

Mayte, no bailes

23

Mayte, no bailes

José Ignacio Murillo A.



PRIMER PUESTO NOVELA

VI CONCURSO NACIONAL DE NOVELA Y CUENTO 2003

CÁMARA DE COMERCIO DE MEDELLÍN PARA ANTIOQUIA

© José Ignacio Murillo Arango
© Fundación Cámara de Comercio de Medellín
para la Investigación y la Cultura
ISBN 33-5364-7

Primera edición: Octubre de 2003

Diseño de cubierta: Lina Parra Trujillo
Diagramación: Taller de Edición
Impresión y terminación: Litotipo Ltda.

MURILLO ARANGO, JOSÉ IGNACIO

Mayte, no bailes | José Ignacio Murillo Arango

1 ed. Medellín: Fundación Cámara de Comercio de Medellín
para la Investigación y la Cultura, 2003.

334 p. ; 21 cm.

Primer puesto. VI Concurso Nacional de Novela y Cuento
Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia

1. NOVELA COLOMBIANA. Título.

Impreso y hecho en Colombia | Printed and made in Colombia
Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio
o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la Cámara
de Comercio de Medellín para Antioquia.

∞

“No cuenten nunca nada a nadie.
En el momento en que uno cuenta
cualquier cosa, empieza a echar de
menos a todo el mundo”.

J. D. SALINGER

El guardián entre el centeno

∞

“Empiezo una nueva vida.
Un rompecabezas
que tendré que armar...”.

Aterciopelados

Para Mónica

Índice

PRIMERA PARTE

La baladista

PÁGINA 13

SEGUNDA PARTE

Las doce cuerdas

PÁGINA 155

TERCERA PARTE

Sandstone

PÁGINA 253

PRIMERA PARTE
LA BALADISTA

80

La baladista

VOY A CONTAR UNA HISTORIA. CLARO QUE VOY A HACERLO. SI NO fuera a contar una historia entonces no podría estar aquí, en medio de este revoltijo al que llamamos Ojo Caliente. Un bar, un restaurante barato, un escenario de pocas luces, cualquier cosa medio parecida a un bosque o a una tumba.

Ojo Caliente, ¿a quién se le ocurrió ese nombre? No sé. Antes se llamaba Manson, bar Manson. Pero cuando llegué ya estaba hirviendo de gente como yo, atravesada, descontinuada, estropeada como una vieja carretera.

Es temprano todavía. Huele a desayuno y a mesa vacía. Ambos olores al mismo tiempo. Aquí hay muchos que apenas se levantan ahora, a las seis de la tarde, y salen a la calle con los ojos enrojecidos. Como yo, ellos abren la puerta y entran al salón. Algunos fuman y la calefacción está a toda. Afuera hay viento y un frío de estrellas en desuso. Empieza la noche y yo hablo. Ellos se toman un café y yo me invento una historia. Cualquier historia.

Casi siempre hablo de mis cosas. Desde que dejé de caminar tengo una memoria salvaje. Ni el litio me la ha domado. Entonces la suelto y ellos se dejan atrapar, se quedan con la taza de café a mitad de camino cuando les cuento que a mi casa se la comieron las termitas. Luego beben un sorbo y se enteran de las deudas que me arrastraron, aguas abajo, después de dejar un demonio azul en la carretera.

Fue un río, les digo, y entonces hago una señal para que el hombre de la consola ponga una balada. Todavía me gustan las baladas. Me he dejado llevar por ellas. Creo que me sé de memoria más de mil quinientas. Las escuchaba desde que mi hermano empezó a trabajar en su taller de

aviones de balso. Ese man es más callado que un putas. Pero lo adoro. Se encerraba con el radio encendido y yo lo oía desde abajo, acostada en la cama o apoyada en la ventana, mirando hacia la calle San Juan. Así era siempre.

Y cuando entré a la universidad seguí con las baladas. Una época en la que estaba mal sintonizada me iba en el bus con un radio pegado a la oreja. Claro, oyendo a Nino Bravo, a Julito, a Sandro y a todos esos. Casi todos españoles y mexicanos, uno que otro argentino. Me gustaban y me gustan. En eso no he cambiado.

Hasta el mismo día que conocí a Rodríguez. Todavía me sigue la sombra de ese man. Ya van a saber más de Rodríguez, pero ahora les quiero decir que también ese día iba yo con mi radio mirando por la ventanilla del bus. Así me aislaba de las noticias que ponía el conductor. Lo único que me gustaba era oír radio y fumarme un lucky en clase. Pero ese día entré y en la cafetería que está a unos pasos de la puerta principal, a la derecha, había un tumulto de estudiantes. Me acerqué y vi a tres hombres con la cara cubierta. Bueno, creo que uno de ellos era mujer. Me pareció. Estaban armados. El que hablaba era alto y de brazos morenos, tenía el pelo tan oscuro como la noche que está allá afuera, en la calle 5 entre las avenidas B y C. El hombre se echaba un discurso contra un montón de cosas. Puede que hasta contra mí que no soltaba el radio con la emisora de las baladas. No me van a creer pero era la primera vez que yo veía un arma. Pensé que eran de juguete, que ellos sólo estaban haciendo una broma de universidad.

Algunos aplaudieron en la cafetería y al final repartieron unos papeles con lo que, creo, era un resumen del discurso. Decían que eran los Comandos Armados de Liberación. Cada uno se fue por su lado, como si alguien hubiera chasqueado los dedos y ellos desaparecieran del escenario. Creí ver las chispas de ese acto de Las Vegas.

Me fui para el baño, no fuera que me dieran ganas en mitad de la clase de Introducción a la Historia de América

Latina, y cuando empujé la puerta allí estaba el moreno alto de la cafetería. Era el mismo. Estoy segura. Ya se estaba guardando su pasamontañas en la mochila arhuaca. Me miró y se rió. Yo también me reí. No me dio susto. Sabía que estaba armado, pero como me imaginé que era un show entonces seguí como si nada. Claro que era el baño de las mujeres y todo. Pero a él no le importó. Ni siquiera dijo: perdón, me equivoqué, o algo así. En cambio me esperó afuera y se puso a decir que a él también le gustaba la música. Yo caminaba y él detrás. Hablaba sin parar. Dijo que era salsómano.

Me daba lo mismo. Una cosa o la otra. El caso es que esa mañana hasta nos tomamos un café. Yo sí era muy loca. ¿Cierto? No como ahora que estoy discontinuada.

Era de los que se mantenían en la universidad sin hacer nada. Hacía años estudiaba sociología, pero me dijo que esa carreta no era para él, que lo suyo era la acción, nada de ser profesor o algo así. Yo me acuerdo de su barba incipiente. Le gustaba pasarse la mano por ese alambre de púas. Tal vez le sentaba bien el cosquilleo entre los dedos. Quién sabe.

Miro a los muchachos del Ojo Caliente. No son muchos pero ahí están. El doctor González, como siempre, va vestido a la antigua. Hay un par de locos más que, como yo, están al final del viaje. Reparo en sus caras. De repente se me apagan las ganas de seguir hablando. Eso es raro. Pero todos se callan, parecen idos. Le hago una señal al man del sonido y él no se demora en poner la música que a mí me gusta para el final de mis salidas. "Back door friend". Ellos saben, después de las baladas siempre pienso en esa canción. Suena como los latidos de un corazón asustado. Se parece a mí, en el fondo, aunque no sea una balada ni nada.

Le toca el turno a otro en el Ojo Caliente. Creo que vienen un par de viejecitas. Son dos tipos en realidad. También son de Medellín y se burlan de todo el mundo. Menos mal que están ellas, porque ahora me canso mucho.

Ni riesgos de bailar. Pero eso no me duele porque, en realidad, bailar ni me causaba gracia. Nunca.

Entonces recojo a Helena donde mi ex y me voy, casi con la mente en blanco.

A veces, cuando estoy en la calle, me acuerdo de que vivo en esta ciudad. ¿Hay alguien que viva aquí? Muchos se hacen esa pregunta. Sobre todo los intelectuales de la universidad. Pero yo creo que todo el mundo vive aquí, todos tienen un N.Y. marcado en algún lado. Para bien o para mal.

Ha sido un largo viaje hasta la oscuridad del Ojo Caliente. Casi no llego. Rodríguez, el río, el pobre Mauricio encerrado en Sandstone. Frank y Helena. Son tantos. ¿Qué haría hoy si estuviera en Medellín? Tal vez me iría para cine con Mauricio y ese amigo suyo que toca el tiple o la guitarra, no sé. Me miraba como asustado cuando iba a la casa. Yo creo que le gusto. O le gustaba. Ya tengo que hablar en pasado. La última vez que lo vi fue con Frank en Medellín. Estaba tocando en un escenario, estoy casi segura de que era él.

Sí, si este viaje no hubiera ocurrido hoy estaría en cine. A esta hora ya estaríamos saliendo del teatro y caminaríamos por Junín. Sería verano y a ellos dos les encantaría ir conmigo por la calle. Mauricio se pondría a hablar de la música de esa película. Es lo único que le gusta del cine. La música, esa cosa que trota y carraspea en todas las escenas.

Bueno, de todas maneras no estoy en cine. Ahora voy por los lados del Parque Tompkins ¿Hay alguna diferencia? Si no fuera por este frío tan hijueputa sería lo mismo.

Lo cierto es que ya no quiero huir más. Quiero decir que no voy a buscar la muerte pero tampoco voy a evitarla. Si ella viene, está bien.

Capítulo 1

LA PRIMERA VEZ QUE RECIBÍ UNA CARTA DE RAY ACABABA DE salir con Frank y la niña rumbo a Harrison. Me sentía descontinuada. Más que ahora. Yo creo. Íbamos a visitar a sus padres, dos ancianos que vivían cerca del lago Wallace, en una casa de madera con ventanas hacia un valle de altos pastizales. En verano, el paisaje se llenaba de un silencio que sólo rompíamos nosotros, también solos y sin muchas palabras en la boca. A veces salíamos a caminar por la montaña. Íbamos hasta el pueblo para verlo vacío, sin los turistas que en invierno se dejaban caer por allí, como la nieve, con sus aparejos para deslizarse falda abajo, entre los pinos y las vallas que anunciaban chocolates y marcas de cigarrillos.

A Frank le gustaba más así, cuando Harrison era un pueblo desierto. Nos íbamos por las calles que sólo habitaban los jardineros. Ellos estaban como en una escuela cerrada por vacaciones, hablándose desde lejos, de una calle a otra, confundidos entre los arbustos y el relampagueo del sol. Levantaban la mano para saludar mientras regaban el prado o podaban las plantas que rodeaban las casas, grandes casas de ventanales que se esforzaban por captar una imagen dramática de las montañas.

Pero en esa estación las cortinas permanecían cerradas. Frank decía que sus dueños se perdían la grandeza de ese territorio seco, ennegrecido por el frío y bajo un cielo sin nubes que se abatía sobre los últimos vestigios del deshielo.

Excavaba con sus ojos más allá de donde uno podía mirar y empezaba a hablar como si estuviera contestando

una pregunta del profesor en su clase de paleontología: “debajo de todos esos caminos de los esquiadores transcurre la vida de un mundo que murió hace mucho tiempo. Ahí debe haber muchos más huesos rotos que los que encontró Cuvier”. Era un chiste de la universidad, flojo y todo, pero él se ponía muy serio cuando le daba por pensar así. Eso era lo que más le gustaba. Un lugar amplio para detenerse un momento, la cima de una montaña, una casa clavada en el filo, entre la bruma nueva de octubre o atrapada por la luz húmeda de agosto. Se ponía sereno y olvidaba las ciudades que fugazmente había visto.

No ha cambiado en todo este tiempo. Siempre ha sido un muchacho solitario, distinto a todos aquellos profesores de inglés que había conocido en el Instituto de Lowell. Con Ángela, mi amiga de El Salvador, lo veía pasar por un lado del pequeño patio que hacía las veces de sala de descanso. Estaba cubierto con láminas de plástico, y ahí debajo todos parecíamos encontrarnos en un invernadero. Él se dirigía hacia donde estábamos nosotras y trataba de decir algunas palabras en español, pero después se olvidaba de todo y empezaba a contar largas historias, de una película que había visto o de las noticias de ese día en las pocas calles de Milford. A mitad de camino se quedaba mirándonos, sorprendido de hablar tanto con alguien.

Después de la clase, llevábamos a Ángela hasta la casa donde había arrendado un cuarto, y después él y yo nos íbamos por la calle Littleton abajo, con ganas de coger la interestatal hacia la ciudad, por la salida 12. Yo abría la ventanilla y dejaba que entrara todo el aire de septiembre.

El verano agonizaba y Frank ponía música. Rodábamos suavemente por la carretera y él acompañaba con golpecitos en el volante la voz de alguien que cantaba como Pedro Vargas. Perhaps, perhaps, perhaps. Terminaba con una bocanada de aire, como cuando se abre una botella de soda, y él la acompañaba hasta que la batería anunciaba, con leves martillazos, que ya todo había acaba-

do. En ese momento sonreía, como diciendo, “es tu canción”, y seguía mirando la carretera.

–Mayte, mira a la niña –dijo Frank, antes de correr hacia ella y sacarla del lodo en el que estaba jugando. Ella se puso a llorar, pero él sólo le dijo, señalando con el índice, que eso no debía hacerse y que ahora iba a tener que cambiarle la ropa. Entraron a la casa y le oí decirme, desde la puerta, que no me preocupara, que siguiera allí, sentada junto al muro que separaba el jardín de la casa. “Ya regreso”, dijo.

Casi todas las noches hacíamos ese mismo viaje. Del instituto a Milford, por una vía rápida que también daba la oportunidad de perderse, dando un giro inesperado, en las calles solitarias de alguno de esos pueblos con iglesia blanca y parque congelado. A veces dábamos una vuelta por Lowell, sólo por escuchar música mientras veíamos las sombras de los árboles y las calles deshabitadas.

Recuerdo una noche. Claro, cómo voy a olvidarla. Fue la primera noche después de tantas otras y antes de todas las demás, hasta que ya no tuvimos nada para decirnos. Íbamos como siempre, por el carril de los que no tenían prisa. Un poco más adelante una pareja se besaba en su camioneta. Iban muy juntos, casi ella encima de él. Se detenían un momento y luego volvían a situarse delante de nosotros. A veces también se orillaban y encendían las luces de parqueo. Cuando llegamos a la intersección creímos que iban a tomar el desvío hacia Nashua, la salida 25, pero siguieron junto a nosotros, tan lentos como podían. Con las rojas luces de parqueo titilando en su cara, vi un ligero temblor en los labios de Frank. Resolvió cambiarse de carril. Hundió el acelerador y nos alejamos un poco por la derecha, hasta que al cabo de un minuto escuchamos un estruendo de autos que se daban unos contra otros. Las latas sonaron como disparos. Nos detuvimos a un lado de la carretera y en medio de la noche, en un repentino amanecer, vimos el humo que llenaba el aire. Todo se volvió

azul. Parecido al relámpago pero allí detenido entre los bultos de la oscuridad. La camioneta de la pareja ardía con las llantas girando contra el cielo. Por un momento hubo silencio. Desde donde estábamos vimos la escena como si fuera una película en la que por alguna extraña razón nos habían sacado del reparto en el último segundo, antes de dar la orden de rodar. No podíamos movernos. Las luces de los otros carros atravesaban el paisaje.

No tardaron en llegar las ambulancias, los carros de la policía y hasta un helicóptero que sobrevoló la zona de árboles negros.

—Lo más seguro es que después vamos a verlo todo en uno de esos programas en los que sólo coleccionan desastres de carretera —dijo Frank.

Nos alejamos de allí, de las luces de emergencia y del ulular de los carros. Fuimos en silencio hasta el alto del Señor Boswell. Asomados al precipicio que terminaba en un bosque de pinos, y después de recorrer un camino apartado, se podía ver la pequeña ciudad, la calle Littleton con los comercios cerrados, como una vena principal que sale y entra del corazón para que la interestatal continúe hacia las montañas de Vermont.

“Cuando llegué a Milford me gustaba mucho venir aquí. Siempre estaba muy solo. Salía caminando los sábados por la mañana, muy temprano, y hacia las once ya estaba aquí. Leía un buen rato, comía algo y esperaba a que llegara la noche para ver todo esto que ahora estás viendo. Creo que antes era un poco más pequeño, pero todavía Littleton es la calle más ancha, la más concurrida los sábados en la tarde. Los domingos, en cambio, por ahí no pasa nadie”.

Después se puso a contarme cosas de su familia, de sus padres que por entonces vivían en Casper. “Una vez Sinatra pasó por Harrison. Eso fue hace como cincuenta años. Y Helen, la hermana de mi mamá, quiso ir a conocerlo, a escucharlo en el escenario de un club recién abierto para

romper la monotonía del lago Wallace. Todos los días oía el programa de radio de la WBC donde él solía ser la estrella. Entre sus cosas guardaba las fotos de Frank que recortaba de las revistas y hasta una vez escribió la letra de una canción con el propósito de enviársela para que la considerara entre su repertorio. Ese fin de semana se fue para Harrison y no volvieron a saber más de ella durante varios días. Pusieron anuncios en los vidrios de las tiendas, le preguntaron a la gente en la calle, la policía la buscó por todos los pueblos vecinos, en Prune, en Fort Morgan, hasta Grand Junction que había sido la última parada del cantante. Fue así como se conocieron mis padres. Ella fue a Harrison a preguntar por Helen y él, que trabajaba en el club donde se había presentado Frank, se ofreció a ayudarlo para encontrarla. Salieron juntos en un Studebaker, siguiendo los pasos de mi tía. Fueron a Utah, hasta Salt Lake City. Alguien la había visto inscribiéndose en un hotel, pero ya el cantante estaba en Nevada y ellos fueron hasta allí, hasta Las Vegas. Al fin la encontraron, en la acera del Sand's, donde aguardaba la entrada de la estrella que iluminaba su locura, sin dinero ni equipaje, sin entender ya lo que sucedía. Era como si se hubiera ido a vivir en sus canciones, creyendo ver a Sinatra en cada hombre que pasaba por la calle".

Hablamos mucho rato de Helen. Desde entonces, ella sólo había tenido breves momentos en los que lograba darse cuenta de lo que hacía, del lugar donde estaba y de las cosas que decía. Todo su dinero, todo lo que tenía se lo había gastado en ese viaje a través de pueblos que apenas empezaban a aparecer en el mapa. Frank era el cartógrafo, el que hacía que por primera vez hablaran en *Variety* de un club llamado Red Head en Buford, o de un lugar en Craig que sólo él podría alumbrar con los susurros de su voz, con esos gestos de hombre impasible que hacía llenar el lugar de muchachas que se vestían de faldas plisadas.

Regresamos al carro después de contarme esta historia y nos fuimos lentamente hasta la universidad. Yo pensaba

en lo apasionada que debía ser Helen. Algún día tenía que conocerla, aunque ya estuviera en un asilo, sin reconocer a nadie. Frank me contó que un día fue a llevarle un libro con la historia de Sinatra y ella se quedó mirando la portada como si no supiera de quién se trataba.

Cuando Frank y la niña salieron de la casa, ella corrió hacia mí como si quisiera sacarme de mí misma, de esa nebulosa en la que por entonces empezaba a meterme. A Frank le extrañaba eso, y también a mis amigas, a Evelyn y a Kate, a todos los que me conocieron cuando empezaba a vivir en Milford, convertida ya en la esposa de Frank Lomas, el que hasta hace dos años era un tímido profesor del instituto de inglés y ahora tenía un buen puesto como investigador de culturas indígenas en la Universidad de Milford, Facultad de Ciencias Sociales. Creo que por eso hacíamos este viaje. Tal vez, dijo él, sería bueno que respirara un poco el aire de las montañas. Y ahí estábamos ya, a punto de salir para Harrison, al patio de escuela vacío, para seguir con nuestro monólogo en un paisaje de huesos rotos y enterrados, de montañas peladas como tumbas indígenas que él estudiaba con expresión solemne.

—Helena, súbete ya al auto —la niña atendió el llamado de Frank y se alejó corriendo para irse a jugar con su muñeca en el asiento trasero del carro. Le dije que la dejara, que así estaba bien. “Quédate tranquila, yo me ocuparé de todo”, dijo.

Esa noche, cuando los carros se estrellaron en la carretera, fuimos al cuarto que él ocupaba en una residencia de la universidad. Quería mostrarme unos libros, ver televisión un rato o sólo mirar por la ventana para darnos cuenta de cómo la noche se tragaba los prados del campus. Desde su ventana se veían los edificios grises de la Facultad de Ciencias, y a un lado las aulas de sociología donde él había estado los últimos cuatro años. Desde entonces ya lo apasionaban los pueblos indígenas, la gente olvidada. Me contó que la madre de su abuela había pertenecido a

los navajo. No le creí mucho. Tal vez sólo era una de esas historias que le gustaba imaginarse. Pero me mostró una foto de la mujer, perdida en la oscuridad de sus túnicas, con el pelo brillante que le daba luz al rígido tono sepia que el tiempo había puesto sobre sus ojos. Me pareció que allí, en su cara, uno podía ver el desierto.

–Era de Kayenta –dijo Frank, mientras sostenía el retrato en sus manos–. Un día no la volvieron a ver en su refugio. Su familia salió bajo la luna a buscarla, se pusieron a cantar en voz baja para que ella los escuchara desde lejos. Pero no apareció. Ni esa noche ni ninguna otra. Se había ido con el hombre que tres días antes les había mostrado un camino más corto para llegar a Flagstaff.

Le subió el volumen a *It's coming down* y me dijo que iba a ir un momento al baño. Aproveché para mirar en su computador. Leí la página que estaba abierta. En líneas cortas hablaba de una muchacha de otro lugar, alguien que siempre parecía en silencio, creo que así decía, o con palabras que sólo el desierto, “con sus lluvias y sus caminos de viento”, podría comprender.

–Es hermoso –le dije cuando volvió y se sentó a mi lado.

–¿De qué hablas?

–De lo que has escrito. Tuve que leerlo. No lo pude evitar. Lo siento. Me he pasado la vida esculcando en los cajones, en esos lugares secretos donde la gente guarda todo lo que piensa, lo que nunca dice.

–¿Esculcando?

–Sí, Frank. Esculcando, ya conoces esa palabra –le respondí, segura de que sólo se estaba dando tiempo para pensar en lo que debía decir, un pretexto, algo que borrara lo que yo, desde hacía varios días, ya sabía. Ángela me lo había dicho, afirmando que estaba como “sospechoso”. Sí, así dijo. Siempre la llevaba a ella primero y después bajaba las ventanillas, ponía el disco de “Cake” y enfilaba hacia Littleton, a husmear un poco la carretera antes de

detenerse conmigo en algún lugar que le permitiera gastar la noche diciendo frases cortas, en una mezcla de idiomas que casi siempre terminaba por hacernos revolcar de la risa.

—No. Creo que estás pensando lo que no es.

—¿Estás seguro?

—Apenas son canciones que estoy tratando de traducir. Esperaba mostrártelas cuando terminara. Tal vez todavía no se comprende bien.

Sólo había que mirarlo. En sus ojos se notaba que navegaba en aguas desconocidas.

—Ahí está el cuerpo del delito.

—Son canciones. Ya sabes.

Bajó la cabeza y se dirigió a la ventana. La pantalla del aparato parpadeaba en su espalda. Me acerqué sin mirarlo y nos quedamos un rato en silencio. Fue mucho tiempo. Hasta me dan ganas de decir que pasó como un año. Estábamos tan quietos, tan sin hablar, que la noche pareció detenerse. Nunca voy a olvidarlo. Nunca. Ni hoy que estamos en este ajeteo del viaje y lo veo a él que levanta el capó y revisa las mangueras, una por una, comprueba la fijación de las tuercas, abre la tapa del filtro de aire, sopla en su interior, lo cierra y después saca la varilla del aceite para ver su nivel. “Está bien”, le oigo decir, con la serenidad de quien descubre que ya el peligro ha pasado. “Es que le faltan como tres mil millas para el cambio”

—Y ahora —hizo una pausa para mirar a la niña y hacer como si fuera un maestro de ceremonias en un circo. Ella sonrió—. Y ahora, señoras y señores, voy por la caja de herramientas.

Pero en esa noche que ahora recuerdo él se quedó en silencio. Se puso a mirar la oscuridad de la noche, pensando seguro en un enredo de cosas que debía decir. Al frente estaban las sombras de los árboles y las luces desvanecidas de los edificios. Yo tuve que acercarme y sentí su respiración. Tampoco tenía ganas de hablar. Enseguida, tal

vez en el cuarto de su amigo de Santa Cruz, alguien encendió el radio. Pusieron una canción que a los dos nos gustaba. Era de un hombre viejo que miraba hacia el cielo, estaba rodeado de cachivaches y nada a su alrededor se movía, sólo el cielo y sus constelaciones desmembradas, mientras escuchaba a Frank Sinatra que predecía tiempos borrascosos.

Resultamos bailando. Ahí, pegados a la ventana. Creo que era la única manera de atrapar algo de la música. En cualquier momento podían mover el dial, podían apagarla y nosotros no sabríamos qué hacer. Ya no habría más pretextos. Me besó la espalda mojada. Así me decía Ángela, burlándose. Aseguraba que eso era como una marca, un tatuaje en la piel por dejarme bautizar en el Río Grande, ante la mirada lasciva de los coyotes.

Sentí las manos de Frank que me recorrían, que me sacaban de ese pasado, del viaje que hice desde la frontera. Ahora estaba con él, susurró, e iba a protegerme, olvidáramos a los coyotes de Tijuana, a los que se habían muerto junto a mí, cuando pasábamos corriendo en medio de la noche y nos mojábamos la espalda. Ahora no estaba la luz de los camperos en la línea de hojalata.

Nos alejamos de la ventana, del frío de ese campus tragado por la noche hasta el sofá donde seguimos sin hablar. Con temor, trazó un camino hasta mis hombros, pasó por el cuello, apartó el pelo que me cubría la frente, me dejó olerlo y volver pedazos todo lo que hasta ese entonces había visto y vivido.

El viejo seguía escuchando a Sinatra en su noche de tormenta. Al final la canción decía que él esperaba volverse rico con todos los trebejos acumulados en su casa. Algún día, en una gran subasta, dirían su nombre.

—Estamos listos —dijo. Bajó el capó, cerró el baúl e hizo sonar las llaves.

Doce horas de carretera nos esperaban hasta Harrison. Teníamos que llegar a Casper y desde ahí dejarnos llevar

por los caprichos de las montañas. Cómo me hubiera gustado quedarme allí, en la casa. Salir a caminar o escribirle a alguien, contándole de todos estos años. Yo misma no sé por qué todavía pero se me ocurrió pensar en otra persona, alguien desconocido de Medellín. Tal vez un amigo de Mauricio, tal vez alguien más que ahora no quiero ni nombrar. Eso lo hago a cada rato. Hasta me pongo a escribirles a esos desconocidos, medio en broma conmigo misma. Algo así, bien platónico. Pienso por ejemplo en el amigo de mi hermano. Ricardo. Sí, Ricardo se llama. Se me ocurrió contarle que había conocido a un muchacho como él. Era Frank, claro. Me lo imaginaba viajando en un bus de Envigado, todo melancólico con rumbo a cualquier parte, solo y distraído. Me parecía que era un muchacho de esos que salen de la casa los domingos por la tarde, discontinuados como yo y sin código de barras.

Cuando ya él le echaba llave a la puerta me acerqué al buzón, lo abrí y tomé de un manotazo el montón de papeles que había. Esa semana, como siempre, el cartero se había esmerado en ordenar los sobres de acuerdo con su tamaño. Era su obsesión. Llegaba en su bicicleta, como si tratara de reconstruir una escena antigua. La dejaba apoyada en el bordón de la carretera y caminaba por el sendero de piedras menudas. Las hacía crujir con un gesto de satisfacción. Parecía lluvia.

Mientras me acercaba al carro, donde Frank acomodaba el equipaje, encontré publicidad de un nuevo gimnasio en Boulder, la oportunidad de viajar por menos de la mitad a conocer las ruinas mayas, una oferta para recibir gratis *El Paso Times* durante un año a cambio de contestar una encuesta en español. Sólo había un sobre que parecía distinto a todos los demás. Tenía un sello que decía "Programa Postal de Sandstone" y su remitente era Ray Rivera, de la Unidad 1C.

Miré hacia la casa por última vez. Helena se asomaba con curiosidad por la ventanilla. Las sombras de los árbo-

les cruzaban por su cara. Fuimos hasta Littleton. Había mucha gente, cosa rara. Algo celebraban los comerciantes de la calle. Ya tenían abiertas las puertas y estaban sacando mercancía para la acera. Un pasacalle anunciaba una venta especial que recordaba el día de hace cien años cuando el doctor Littleton abrió su consultorio y alrededor empezaron a prosperar todos los demás.

Desde ahí, como si todo se iniciara después de la palabra fin, vimos abrirse la carretera.

Apreciada señora Lomas:

Primero que todo debo cumplir con la norma de la institución donde me encuentro. Según el director, lo primero que se debe hacer cuando un interno decide ingresar al Programa Postal de Sandstone es contarle a la gente de qué se trata, quién es uno y cómo consiguió su dirección.

Bueno, entonces le puedo decir, en primer lugar, que hoy es miércoles en la Penitenciaría de Sandstone, a orillas del Mississippi. Perdóneme la literatura, hoy es miércoles en cualquier parte.

Sí, desde aquí vemos el río y escuchamos en la noche cuando pasa el tren cargado de máquinas. Son las diez de la mañana y estoy aprovechando este momento, antes de entrar al taller, para escribirle. ¿Que por qué? Sí, es una buena pregunta, es inevitable y lo mejor es que le cuente, de una vez por todas, que ayer su hermano Mauricio decidió ayudarme a encontrar una persona para escribirle. Yo le pedí que me ayudara porque para mí es muy importante tener a alguien con quien hablar más allá de este lugar. Hace ya cuatro años que estoy aquí, puedo salir pronto pero no acabo de acostumbrarme. Me enteré del Programa Postal y me puse a buscar a quien contarle lo que hago cada día, lo que pienso, lo que quiero hacer cuando salga.

Casi todos aquí necesitamos mucho conocer a alguien que pueda recordarnos la existencia de las cosas y de las

personas de afuera. A veces resultan voluntarios, gente del mismo pueblo que acepta recibir correspondencia de los que estamos adentro. Pero el director dice que es mejor un destinatario más lejano, gente desconocida por completo. Aunque, aquí entre usted y yo, no fue una idea del director. Él es una buena persona, pero esto ocurrió después de que vinieron unos sicólogos de la universidad del estado. Ellos recomendaron que a la gente se le diera oportunidad de hablar o de tener correspondencia "fluida". Sí, esa fue la palabra que emplearon. Fluida. Y el director la repitió una vez que estábamos caminando en el patio, bajo el sol de abril. Fue un buen día, el comienzo de algo muy importante para los que estamos aquí.

Hicieron la prueba con un grupo, usted sabe, un test con preguntas que lo dejan a uno desnudo, y luego nos dieron el permiso a los de la Unidad 1C. Claro que Mauricio ni se había dado cuenta. Él aquí se mantiene hasta muy entretenido con toda la gente que llega de Medellín. Siempre está como en la luna. Mire señora Lomas, nada más ayer llegó un muchacho, se llama Luis y como que su hermano ya lo conocía. Estuvimos hablando con él todo el rato que pudimos, hasta que llegó la hora de irnos para la celda.

Pero ya ve, sin conocerla siquiera y ya le estoy contando chismes. Ese no es el propósito. Lo ha dicho el director, de acuerdo con la recomendación de los sicólogos. Sólo se trata de que nosotros, sobre todo los que no recibimos visitas, que es como decir casi todos, podamos salir de ese silencio en el que estamos. Claro, es el premio a la buena conducta.

Usted, por supuesto, es libre de contestar. Puede quedarse callada o pedirle al director de Sandstone, el mayor Evanston Díaz, que suspenda este correo, que usted no quiere entrar al Programa Postal. Eso no sería raro, porque esto es algo que no tienen en ninguna otra parte.

Yo sólo le puedo decir que su hermano me conoce. Él sabe que mi familia ha desaparecido, no sé de ellos desde hace varios meses. Antes los llamaba a un número en el

Bronx, nuestra casa de siempre, pero ya el teléfono repica en vano y las cartas que mando rebotan hasta mi celda con una nota que dice: nadie responde en la dirección.

Señora Lomas, permítame también extender este saludo al señor Lomas. Mauricio me dice que él es un hombre joven y estudioso, tranquilo, entregado a los libros y a pensar en la vida de los indios. De tanto oír cosas sobre ustedes ya los aprecio mucho.

Como usted sabe, ya Mauricio se lo habrá contado, aquí todos mantenemos el temor de que ellos boten la llave de la celda, que tal vez la tiren al río como una manera de decirnos adiós por siempre. Esa frase es como un chiste tenebroso aquí adentro. Pero Mauricio me dice que tranquilo, que eso no va a pasar. Y la verdad, señora Lomas, es que esta posibilidad de escribirle, de hablar con gente como usted, es ya una prueba.

Lo único que pretendía esta vez era contarle de qué se trataba. Ya llegará el momento; espero que la próxima semana, de escribirle un poco más, pueda contarle historias de mi vida, lo que pasa aquí en Sandstone y lo que me gustaría hacer cuando salga.

Con un respetuoso saludo para su esposo Frank y para su hija Helena, se despide,

Ray Rivera

Capítulo 2

PRIMERO VIVIMOS EN UN PISO DE LA CALLE ATKINSON, EN Haverhill. Estaba cerca del cementerio y yo acostumbraba ir a caminar por las mañanas junto a las viejas tumbas. Estaba muy sola en esos días. Frank trabajaba todo el tiempo. Daba las clases de inglés en el instituto y asistía a los últimos cursos en la universidad. También, decía, estaba preparando su tesis.

Llegaba por la noche, muy tarde, y yo lo esperaba casi dormida, mirando la televisión con los ojos apagados. La luz relampagueaba en la habitación y entonces me empeñaba en perfeccionar un juego que consistía en dejarme llevar como si todo allí fuera agua, con las cosas, los muebles y las paredes navegando en la noche hasta que él diera vuelta a la llave y entrara para cerrar todo un día sin palabras.

Exagero cuando digo muebles. Teníamos un sofá forrado con tela escocesa que habíamos comprado de segunda en la calle Littleton. El colchón estaba en el suelo sobre una delgada alfombra y Frank se había traído la grabadora y el computador de su cuarto en la universidad. Fue un intento de vivir aparte, pero después tuvimos que volver al campus, en Milford, donde nos alquilaban una habitación en el edificio de los estudiantes que tenían pareja. Era el ala Breland. Estábamos mejor. Pagábamos menos y todo le quedaba a él más cerca. Ya entonces podía venir al mediodía, almorzábamos juntos y nos quedábamos en la cama toda la tarde, casi hasta las seis, cuando salía para dar la clase nocturna en el instituto.

Yo podía medir cada minuto, cada segundo. Despertaba a la misma hora, salía a caminar hasta las diez, veía un poco de televisión o ponía un disco de la Fania. Me gustaba oír a Héctor Lavoe. Tenía una voz estrafalaria, llena de Nueva York y de gente perdida. Después hacía el almuerzo como acostumbraba mi mamá, primero muy rápido en la olla express, con un cubo de Maggi como fórmula para solucionar el problema de la medida de la sal. Después abría la tapa para que terminara de hacerse con el gas en bajo.

A él le gustaba esa pesadez que producía el sancocho al empezar la tarde. Muchas veces tuve que recorrer las calles de Milford tratando de encontrar la yuca que Frank había descubierto, según él, como un sabor que hacía parte de otra vida suya, de un pasado que ya sólo regresaba cuando sentía que esa raíz de tierra virgen, de aguaceros sin fin en el bosque húmedo, le invadía la boca. "Así debe ser la selva", afirmaba. Y se quedaba mirando hacia fuera, a través de la ventana que permitía ver los árboles bordeando el parque de la universidad.

Qué difícil era conseguir yuca en Milford. Pero me entretenía mucho cuando salía a buscarla. Muchas veces caminé los tres kilómetros que me separaban del pequeño mercado que se apostaba en los días de sol en un lote abandonado a un lado de la vía del tren. Se veían raros esos trozos de raíz, gruesos y llenos de tierra, parecían seres de otro mundo, estrambóticos, como brazos que se aferraban al mundo, hinchados y feos. Todos preguntaban que qué era eso, y la vendedora, una señora de Honduras que se ponía feliz porque yo le hablaba en español, sonreía antes de ponerse a hablar sobre lo bueno que sabía. "Es mejor que la papa", aseguraba, y explicaba que sólo era necesario pelarla muy bien, lavarla con agua fría y con un cuchillo quitarle la hebra de adentro, el corazón.

Una vez presentaron en la televisión a unos indígenas que hacían un rito con la yuca. Mientras los hombres salían a cazar con sus macanas, las mujeres se juntaban

para preparar la comida. Creo que era un día de fiesta para ellos, y entonces se pintaban el cuerpo y sonreían como en un cumpleaños cada vez que el hombre de la cámara les decía algo. Se pasaban todo el día cocinando y hacían una bebida con los bocados de yuca que escupían, todas juntas, en un gran recipiente de madera, un tronco de árbol que habían tallado hasta convertirlo en el mejor lugar para fermentar lo que esa noche, en una penumbra de humo y mosquitos, tomarían hasta emborracharse, bailando una canción de tambores que se me parecía a un mal sueño.

Muchas veces nos poníamos a ver el canal de los documentales, sobre todo los domingos, en un letargo que prolongaba ese día hasta el lunes, una jornada que desde entonces era para mí como cualquier otra. No importaba, siempre tenía el mismo estado de ánimo. Los lunes también salía a caminar un rato, paseaba junto a otras lápidas de piedra, casi tan antiguas como las de Haverhill. Muchas tumbas tenían la estrella de David y junto a una de ellas habían puesto una placa que informaba acerca de su antigüedad. Uno se demoraba en creerlo. Muy cerca, en una trifulca de negocios, decían que cayó muerto el señor Rosenthal. A los dos días su esposa decidió acompañarlo por su propia cuenta. Así lo contaban en la gran piedra que, con seguridad, nunca pulieron. Tal vez la arrastraron desde el río, tirada por un par de caballos mientras los cuerpos esperaban en el fondo del hueco, sin nombre todavía antes de irse.

El amigo de mi hermano Mauricio me hablaba mucho de las tumbas. Sabía cómo era que se hacía una lápida, cómo se pegaba en las altas galerías del cementerio de San Pedro. Una vez me contó que se iba con su tío en una moto grande y pesada. Atravesaban el centro hasta el hospital y, al llegar, empezaban a trabajar. Tenían que abrirse paso entre los buses de la calle y después, al otro lado de los mausoleos, tropezaban con la gente que se agolpaba junto al muro donde

metían a los muertos, uno junto a otro, uno encima del otro, y ellos esperaban pacientes, con la lápida recostada en la moto, hasta que terminara la serenata de mariachis.

En fin, yo me ponía a pensar en todas esas cosas cuando me iba para el cementerio de Milford, hasta que llegaba el mediodía y regresaba al cuarto en la universidad para ponerme a hacer el almuerzo. Un día llegué y a la entrada del edificio me esperaban dos mujeres. Tal vez las había visto antes, pero nunca quise fijarme en ellas. No me importaba.

-Somos tus vecinas -dijo una de ellas.

-Queríamos saber si necesitabas algo. Aquí somos muy unidas -dijo la otra.

-Sí, pasamos juntas la tarde de los sábados. Porque ya vas a ver lo animado que es el campus cuando es sábado.

-Y ni te imagines los domingos. Es mejor que no, porque esto aquí es como si estuviéramos muertas.

-Si quieres, ese día puedes irte con tu esposo por la carretera que va hasta el lago. Es un bonito paseo. Lo mejor es detenerse en Nashua. Es delicioso. Tienen unos almacenes fabulosos, y sin impuestos. ¿Has ido a Nashua?

-Bueno, no es gran cosa Kate. No la ilusiones.

-Le va a gustar. Estoy segura.

Parecía un diálogo que tenían preparado para todas las bienvenidas. Ellas hablaban y mi cabeza debía ir de un lado a otro, sin decir nada, como las personas que ven un partido de tenis. Se turnaban con precisión, cada gesto era el que justo necesitaban para enfatizar lo que querían decir. Eran simpáticas. ¿Para qué iba a negarlo? Y hermosas. Evelyn era alta, de ojos fríos y piel muy blanca. Su boca estaba condenada a desaparecer para cuando cumpliera los cincuenta. Ese día tenía un impermeable rojo de Sue Brett, largo y cerrado al cuello, que acentuaba más los rasgos de su cara. Se veía lejana, aristocrática. Kate era de ojos vivos, no muy alta y con un maravilloso pelo negro que, según me dijo después, a su marido, el viejo profesor

Lapid, le gustaba ver y sentir en un leve cosquilleo por todo su cuerpo cuando estaban desnudos en la cama, pensando en hacer el amor mientras el televisor parpadeaba con las noticias deportivas de Howard Cossell, los lunes en la noche. Eso era hace años, aclaró, porque después acordaron que iban a explorar otras posibilidades. “Nos encanta la fantasía”, me decía ella, una frase que le oí decir muchas veces, creo que desde ese mismo día, cuando me invitaron a la primera fiesta.

Todo consistía en que íbamos con la familia. Las que tenían hijos los llevaban, y claro, también iban ellos. La primera vez fue en el apartamento de los Siegert, Evelyn y Carlos Siegert. O viceversa. Tenían dos hijos y dos perros enormes. Nunca supe cómo hacían para vivir en ese tiempo con dos animales de ese tamaño en un lugar con apenas dos habitaciones.

Cuando llegamos el aire estaba quieto. Respirar allí era un trabajo duro. Los niños jugaban, corrían entre los muebles y amenazaban los costosos adornos que ya desde entonces, aunque seguro vivían de un sueldo tan magro como el de Frank, eran la pasión de Evelyn. Tenían un patio pequeño y lo aprovecharon para instalar la parrilla que empezaba a humear con las hamburguesas.

Era mayo como ahora, y recuerdo que por ese patio entraba una luz limpia. El humo la convertía en un crepúsculo y los que se afanaban alrededor de la parrilla parecían perderse, succionados por el chorro de sol que se metía por el hueco.

Poco se hablaba en ese momento. El primer capítulo de la fiesta era como una ceremonia, algo que debíamos hacer para contrastarlo con el episodio siguiente. Unas parejas se separaban para alternar con otras, pero no dejaban de mirarse desde un extremo al otro de la sala. Frank y yo permanecimos juntos. Saludamos a los que estaban más cerca y Evelyn salió de la cocina, buscó a Carlos y los dos nos llevaron al fondo, provistos de una lata de cerveza y

con la posibilidad incierta de seguirle el hilo al coro de la conversación.

Hablamos de la universidad, de la vida en el campus. Esperé mucho rato, angustiada, a que alguien hiciera el acostumbrado chiste de los kilos de cocaína que sin duda debí traer de Medellín. Fue en vano. Me preguntaron por Pablo Escobar y yo les conté que una vez, después de su muerte, había conocido una de sus casas. Ellos abrieron los ojos, con morbo académico, y se acercaron un poco más para no perderse ningún trozo de la historia. Nunca les revelé que lo de la casa, algo que podría ser cierto, pasó cuando el hombre estaba a varios metros bajo tierra en Jardines Montesacro, respirando boca arriba el humo de las fábricas.

-¿Y estaba él ahí? -preguntaron.

-Hacía apenas un momento que había salido -les mentí. Estaba decidida a complacerlos.

-Y cómo era, cuéntanos -dijo la esposa de un profesor que, según Frank, aspiraba todos los días más de seis rayas. Estaban casi arruinados.

-¿Quién? ¿Él o la casa?

-La casa.

-Bueno, pues era un verdadero palacio, con una gran piscina. Estaba muy alta en la montaña y cuando fuimos había una fiesta.

Ya entonces no fui capaz de echarme atrás, no podía. La lengua se me volvió salvaje. Tenía que seguir contándoles, inventando episodios o tratando de recordar cosas que alguien me había relatado, un sueño tal vez o algo que pertenecía a la memoria de otro, un desconocido que había publicado un libro llamado "El don de Pablo" o algo así. Les dije cómo era él, que le gustaban los mariachis y se hacía tomar fotos con sombreros mexicanos o vestido como un gánster de los años treinta. "Una vez, frente a mi casa, se fue a vivir una de sus mujeres. Era una mujer hermosa, todos por ahí decían que había sido reina de belleza.

Cada vez que iba a visitarla llegaba en un carro distinto. Recuerdo el Camaro rojo que una vez dejó estacionado en la calle toda la noche. Se bajó de ahí como si saliera de un teatro de hace treinta años. Con el dedo índice llamó a un muchacho que estaba en la esquina. Le dijo que le pusiera cuidado al carro, que era uno de sus preferidos y no quería dejarlo solo. Alguien tenía que estar ahí, vigilando para que no le pasara nada a su cacharro de treinta mil dólares. Lo vimos entrar a la casa. Su espalda era ancha, ni alto ni bajo, caminaba sin prisa, con una sonrisa de tímido que se escondía tras el poblado bigote. Parecía un señor que en sus tiempos de joven había tocado en una orquesta. Bueno, él no volvió a salir hasta el otro día, a las doce, y allí seguía el muchacho que tenía el encargo de cuidar su Camaro. Estuvo despierto todas esas horas y emergió de la noche, entonces, como si hubiera estado en otro mundo. Estaba lleno de oscuridad y de frío, con los ojos como dos placas de acero que luchaban cuerpo a cuerpo para mantenerse alejadas, abiertas a esa luz que, recobrada de la oscuridad de las lámparas de mercurio, insistía en golpearlos dolorosamente. El muchacho lo miró a él desde abajo con sus ojeras al sol. Vio su bigote espeso, la mirada huidiza. Era rollizo y estaba vestido con una camisa de colores fuertes. Nosotros también lo vimos cuando se metió la mano al bolsillo. Sacó un fajo de billetes y le dio varios. ‘Gracias pelao’, le oímos decir todos los que estábamos viendo la escena detrás de la ventana. ‘No se lo gaste todo, llévele algo a su mamá’. Su respuesta fue ‘bueno patrón’. Se alejó en el Camaro y el muchacho permaneció allí, parado, sin saber qué decir ni qué hacer. Estaba petrificado en pleno mediodía, la luz debía estarle picando en los ojos. Se sentó en el borde de la acera y de cuando en cuando se tocaba el bolsillo donde tenía la plata. Yo creo que se quedó dormido, hasta que de repente se dobló hacia atrás y escuchamos que su cabeza sonó hueca al dar contra el cemento. Dicen que murió antes de caer. Toda la noche, supimos,

estuvo recostado contra la portezuela del Camaro, sentado en el suelo con un gran paquete de cigarrillos de basuco. Ya se había dado muy duro en la cabeza. Demasiado duro”.

Claro, tuve que explicarles qué era eso del basuco. No sé si me entendieron, porque lo único que conocía era su olor horrible, como a basura quemada, pero después Frank le puso un tono académico a la situación cuando dijo que el problema de la droga se podía analizar desde un punto de vista distinto al del problema de la seguridad nacional. Era una manera de salir en mi auxilio. “Es un fenómeno cultural”, y agregó que, a propósito, ahora él estaba dedicado a estudiar uno de los grupos indígenas más interesantes del mundo.

—Son los kogis, viven en las faldas de la Sierra Nevada, al pie del mar Caribe. Es un lugar que sólo ellos conocen, antiguo y casi virgen. Ni en su país, el país de Mayte, los conocen bien. ¿Han oído hablar de ellos?

El doctor Lapid, un viejo alto y flaco, dio un salto a la mitad del grupo y empezó a chillar como un pájaro de la selva. Algunos trataron de reírse, pero prefirieron seguir hablando. Al hombre no se le dio nada. Estaba más loco que una cabra.

—Son los chamanes, supongo, con todas sus ceremonias, los mitos de la tierra, una vida que gira alrededor de los árboles, de los animales. Allá la hoja de coca es algo que aquí no comprendemos —dijo el doctor Rainer, un profesor de posgrado en la Facultad de Medicina.

—Veo que ha leído sobre ellos, doctor Rainer.

—Algo. Parece una coincidencia recién inventada, pero mi abuelo conoció en Chicago a Alden Mason. Trabajaron juntos un tiempo en el Museo de Historia cuando él regresó después de excavar, por varios meses, los yacimientos tairona.

—Qué interesante. He leído los trabajos de Mason. Tienen datos muy completos sobre esa cultura. Yo creo que ese puede ser un buen punto de partida para la etnología

en nuestras universidades. Aquí en Milford no la hemos estudiado suficientemente y la propuesta que yo quiero hacer es que el análisis de esas culturas, tan complejas por sus problemas sociales, se inicie con el conocimiento y la comprensión de sus fenómenos, su relación con la naturaleza, su imaginería, esa manera tan distinta de ver el mundo.

–Pero yo creo que esa cultura indígena, tan llena de poesía, no arroja ninguna luz sobre los problemas sociales de la región, y cuando digo región me refiero a todo un subcontinente –dijo Mary, la mujer del profesor García, investigadora también en un instituto asociado a la Facultad de Economía–. Es que toda esa violencia, todo eso que allá está pasando debe tener una explicación más racional, algo que podamos interpretar a partir de unos indicadores muy precisos.

–El problema está en que ese es el esquema que siempre hemos aplicado –señaló Frank con un tono que empleaba hábilmente cuando la conversación se volvía como la cuerda de una guitarra. No tenía más remedio, era un profesor. Pero en su cabeza, yo lo sabía, rondaban todas las dudas del mundo. Tal vez, pensé, en ese momento debía de estar doliéndole el estómago, atormentado por la acidez que en los últimos días, a causa de tantos sancochos con generosas porciones de yuca, empezaba a cambiar el ritmo de su digestión. Engordaba. Era gracioso verlo como un muchacho metido a grande, su vientre parecido a una fruta que empezaba a despertar después de varios días de contacto con la tierra. Siguió hablando.

–Tal vez permanecemos muy atados a nuestras propias concepciones científicas, y ellos son otra cosa. Lo que conocemos del Caribe no es suficiente. No basta con hablar de magia.

–Eso es bastante osado y hasta me atrevería a decir que oscuro –señaló Mary.

–En eso consiste el mérito del profesor Dolmatoff. Él dedicó su vida a conocer el mundo de los kogis, pero lo

hizo desprendido de todo, estaba seguro de que así lograría penetrar su cosmogonía con más libertad, recoger sus narraciones, indagar su estructura social y entender que se trata de un escenario distinto y que, por lo tanto, no podía observarse a partir de nuestras mismas categorías.

Los demás lo miraban un poco extrañados. Yo creo que se esforzaron por entenderlo al ser la primera vez que asistía a sus reuniones de los sábados. Entonces me acerqué para decirle algo al oído: te estás volviendo pesado.

Me miró sorprendido. Sin embargo, apoyó su brazo en mi hombro, con una leve presión de las manos, y se dispuso a seguir escuchando. El rescate llegó por cuenta de Evelyn. Se acercó al grupo y les dijo que me iba a robar por unos minutos. "Quiero enseñarle algo", aseguró.

-Querida. No sabes lo aburridoras que son esas conversaciones de académicos. Yo vendo casas y no me gusta para nada hablar de cosas como tan abstractas. Vamos a la cocina y cuando ya todos se hayan comido las hamburguesas ellos se irán y nos quedamos nosotras, a hablar de lo que nos gusta.

-¿De qué?

-Ya sabes, de ellos ¿De quién más? No, en serio. La tradición que tenemos aquí es que ellos se van después del almuerzo, hasta se llevan a los niños, y nosotras pasamos la tarde solas, hablando de lo que sea. A esto lo llamamos, en secreto, la fiesta del prozac. Cuidado. No se lo cuentes ni al FBI.

En la cocina estaba un hombre al que le puse unos cuarenta y cinco años. No era alto, pero miraba a su alrededor como si estuviera sobre un cadalso. Qué desprecio y qué compasión la de esos ojos. Era una mirada irónica, inteligente y sombría a la vez, llena de pensamientos encontrados. Estaba al fondo, junto a la secadora, fumándose un cigarrillo. Me extendió la mano cuando Evelyn dijo que él era su hermano, Paul, acababa de llegar de California a pasar unas cortas vacaciones en Milford. Tenía una voz

tranquila, como de alguien que se pasa el tiempo solo, rumiando sus pensamientos. No era hábil para manejar las fórmulas que permiten iniciar una conversación, o tal vez no le importaban. De todas maneras empezó con la más antigua, amparado en su mirada fija. Me aseguró que Evelyn le había hablado mucho de mí, que me admiraba por todo lo que tuve que pasar. “Debe ser muy difícil olvidar algo así”, dijo.

–Pero si ella y yo apenas nos conocemos –le respondí.

–Sí, no es que sea una bruja. Pero ya ves, te conoce bastante bien.

Evelyn iba de un lado a otro en la cocina. Servía bebidas y le daba instrucciones a Carlos para que le ayudara organizando a los niños en la mesa. Todo allí parecía un desastre bien planeado, un desorden que los Siegert sabían manejar a la perfección, con una cortesía callada que heredaron de antiguas fiestas familiares.

–A Evelyn le encantan estas cosas. Desde que era una niña. A veces yo me ponía a jugar con ella y siempre era la que mandaba, le gustaba mucho el papel de anfitriona.

–Sí, ya veo. Y lo hace muy bien.

–El secreto está en que no deja nada al azar. Todo lo tiene en cuenta, hasta el desorden de los niños y las conversaciones pesadas de los académicos.

–Veo que la admiras.

–Más bien le temo.

–¿Cómo así?

–Es verdad. Es muy estricta. Lo que piensa hacer lo hace de alguna manera, si algo o alguien no le gusta entonces se dedica a urdir los planes más complicados para sacarlo de su vida. Nada la detiene.

–¡Hey!, me estás poniendo los pelos de punta.

–Claro, es muy extraño que hable así de mi hermana. Pero la quiero, ha sido muy importante en mi vida.

–Te enseñó a tener miedo.

–Puede ser. Eso ya es mucho. No tener miedo es como

estar muerto. Ella misma, Evelyn, le teme a muchas cosas, por no decir que a todo.

-No parece.

-Sí, ese es el truco. Uno la ve tan fuerte, tan sociable, y por dentro lleva una gran tormenta.

-Eso mismo pienso de Frank.

-¿Tu esposo?

-Sí. Miralo ahí, hablando con los otros profesores de la universidad. Se ve relajado, habla con soltura, todo lo que dice suena interesante, y lo es, pero yo sé que se mantiene pensando en otras cosas.

-Así es todo el mundo. Yo creo que así somos todos. Por eso no importa casi nada.

-Sí.

-¿Qué tal si vamos a dar una vuelta? Caminamos un rato y yo me fumo un porro. Evelyn no me deja hacerlo acá, dice que por los niños y por Carlos que tampoco soporta la yerba.

Paul era taciturno. ¿Por qué conozco a tantas personas así? Preferiría andar con gente distinta. A veces Frank, cuando está de humor, cuando algo le está saliendo bien, empieza a hablar como un loco. Inventa historias, me hace reír. Así era en el instituto de inglés cuando se acercaba a donde yo estaba con Ángela.

Caminamos un poco por una calle ahogada en la luz del mediodía. Buscábamos las sombras y llegamos cerca de la cancha de fútbol. Las tribunas estaban vacías y allí nos sentamos un momento, en la parte más alta, debajo de las ramas de un árbol que nos ocultaba.

-Te imaginas lo que pensarían allá, donde Evelyn, si nos vieran aquí -dijo Paul mientras armaba su cigarrillo de marihuana-. Si te cuento que esto lo aprendí en Vietnam no me vas a creer. Puedes pensar que estoy chiflado, y es cierto.

-Ahí debo reírme.

-No tanto, espera. Lo que aprendí no fue a fumar esto. Los porros siempre han hecho parte de mi vida, al menos de

lo que me acuerdo. Cuando me embarcaron ya me tenía que fumar por lo menos uno al día. Lo que aprendí fue algo más inútil, aprendí a armarlos con rapidez y seguridad. ¿Te imaginas? Yo iba como camarógrafo del ejército y andaba por ahí guardando todas esas imágenes de gente que se moría. Entonces un muchacho, se llamaba Evan, me enseñó la técnica de envolverlo con una sola mano, mientras con la otra él sostenía el M16 y yo la cámara, una máquina bastante grande con cinta de 16 milímetros. Pero bueno, dejemos ahí ese cuento. No creo que te pueda contar algo mejor. No tengo historias de ese tiempo ni de ningún otro.

—¿Y siempre te ha gustado fumar? Me refiero a los cigarrillos, no a la bareta.

—Yo creo que sí.

—Ahora que hablás de Vietnam, también me acuerdo que fue mi escuela para aprender a fumar.

—No te creo. Eso hace mucho y eres muy joven.

—No, es que fue hace como quince años. Estaba con mi mamá en la peluquería y me puse a mirar una revista Life. Estaba toda despedazada. La revista, claro. En el medio había un mar de sangre. Aparecían unos soldados al final de un combate. Era Vietnam. Yo creo, aunque estoy como discontinuada. Uno de los hombres estaba en la camilla, otros dos permanecían en el suelo, medio muertos. Y nada más se veía sangre.

—Me acuerdo de esa foto. Era impresionante.

—¿Y sabes lo que me gustó de esa foto? Todos estaban como en un infierno, pero había un soldado que llevaba una cajetilla de cigarrillos amarrada a su casco. Eso me gustó mucho. Creo que después, cuando desarmaron toda esa escena tan horrible el hombre pudo sentarse a darle tres pitadas, sin fijarse en las bombas que sonaban al otro lado. Así me lo imagino.

Cuando volvimos ya los profesores estaban comiendo. Terminaron rápido y se fueron en silencio, incluidos los niños. Acompañé a Frank hasta la acera del edificio. No

tenía que ir muy lejos, claro, sólo necesitaba caminar una cuadra. Me preguntó si estaría bien. Asentí, un poco mareada. Sólo le había dado una pitada al porro de Paul, por curiosidad y para reírnos también un rato, pero el humo logró atraparme y ahora estaba despegando, con las ventanillas cerradas y el cinturón mal puesto.

Creo que Paul también tuvo que irse. No lo recuerdo en esa sala llena de mujeres, todas las mujeres de los profesores, sentadas sobre la alfombra, descalzas y relajadas. Pasaron con la primera ronda de cervezas. No era prozac lo que tomaban. Nada de eso. Nada más sacaban latas de cerveza y se ponían a beber como locas. Evelyn se acercó y me dijo que no bebiera mucho. “No quiero que te hagas daño”. Me quité los zapatos y empecé a decir cosas. Les dije que sí había estado en una fiesta de traficantes. Hice un gesto con las manos para señalar la montaña de coca que ellos tenían sobre la mesa. Todos acudían allí con frecuencia y sacaban dos buenas rayas, una y otra vez, durante horas, durante días. Así les dije, toda entonada.

Alguien puso música y nos paramos a bailar. Sólo éramos nosotras. Estábamos solas y nos dio por bailar. Era un disco de Ray Coniff, me parece, y tenía un cierto dejo de mambo. Nos sentíamos bien. Hasta Evelyn empezó a dar vueltas por el salón, sin rigidez, flotando en la penumbra de la tarde, con las persianas bajas. Recuerdo que di muchas vueltas, que giré, con Kate y con la seria esposa del profesor García. Estábamos solas, como las mujeres indígenas que preparaban la bebida mientras los hombres se iban a lo profundo de la selva. ¿Sí sería así? No lo sé. Me había vuelto loca.

Apreciada señora Lomas:

Hoy amanecí pensando en lo que puede significar para uno, a largo plazo, una experiencia como la que ahora vivo, aquí en Sandstone. Su hermano Mauricio me ha ayudado

mucho a reflexionar sobre eso. Él es muy inteligente, es soñador, tiene muchos planes para cuando salga, ojalá pueda realizarlos. Yo me mantengo rezando para que así sea. Todos aquí lo aprecian mucho, es un líder de esos que no se las dan de mucha cosa. Como dicen en los libros que más leemos aquí, “líder por naturaleza, positivo y emprendedor”.

Él se reiría de mí si supiera que le hablo a usted de esas cosas. Ya sabe, lo que más le llama la atención es la música de las películas viejas y los aviones a control remoto. Tiene gustos refinados.

Pero bueno, la idea principal de esta nota es agradecerle por haber aceptado la correspondencia. Ese es un gesto que sólo me permite comprobar la grandeza de ustedes, de su familia, de usted y de su hermano. Supongo que también el profesor Frank lo sabe, lo cual entonces me hace pedirle el favor de que le extienda a él mi gratitud.

Hoy, muy temprano, cuando nos levantaron para ir a la granja, me hice el propósito de no volver a llamar a mi casa. Nunca han venido a verme, ni siquiera mi hermana Pat, que es maravillosa, aunque no la culpo. Ella es muy joven todavía y le debe dar temor venir hasta Sandstone, tan al norte, y meterse en una cárcel con hombres que la van a penetrar con los ojos. Usted se debe imaginar cómo es eso. Pero fijese, yo soy un tonto, porque la verdad es que ni siquiera estoy seguro de que ella sepa sobre esta temporada que estoy pasando en la cárcel.

Entonces bien. Estuve toda la mañana trabajando y luego, por la tarde, jugamos al baloncesto durante un buen rato. Usted creará que aquí estamos como en el colegio. Y puede que sea así. Eso depende de cómo usted la haya pasado en la secundaria. En mi caso es lo mismo. No era muy raro ver a un amigo con un arma en el patio de la escuela. Sólo se trataba de tenerla, no más, hacía parte de la ropa, algo tan simple como la billetera. Ni siquiera se imaginaban que iban a usarla, al menos no en ese tiempo, pero la mantenían cerca para no perder el equilibrio.

Estuvimos hablando bastante rato con unos muchachos de una ciudad cerca de donde ustedes viven. Creo que se llama Envigado. Ellos también eran del liceo donde estudió Mauricio. Se contaron muchas historias. Creo que ya no los va a separar nadie. Hace muy pocos días que están aquí. Supimos que venían unos nuevos, tres que acababan de sentenciar a siete años, una cifra que se repite, como un eco de pesadilla, en la cabeza de casi todos nosotros. Con un esfuerzo podemos rebajarla a cuatro, pero esas cuentas que parecen tan fáciles en la mano en realidad son muy difíciles. Cuatro años es una eternidad, y sobre todo si el tiempo pasa sin que uno pueda enterarse de lo que está ocurriendo en la casa. En mi caso yo creo que se fueron, se perdieron, tal vez con la intención de borrar el rastro. Le aseguro, a usted, a Mauricio que es mi mejor amigo ahora, y hasta al guardia que permanece en la caseta del teléfono: no voy a llamar más. Voy a olvidarlos.

Eso era lo que quería decir aquí. Es como una decisión que sólo puede cumplirse si la escribo y se la envío a usted. Necesitaba hacer eso para no seguir vacilando, porque cada vez que llamo y me pongo a escuchar un rato el repicar del teléfono al otro lado de la línea, siento como si ya estuviera muerto, me imagino que estoy a dos o tres metros bajo tierra, tocando en el vidrio, arañándolo para que alguien allá afuera pueda oírme. La casa, me dice el guardia, debe estar vacía.

Tal vez a usted le va a parecer que son alucinaciones, que con seguridad estoy viendo muchas películas de horror. Pero así han transcurrido estos días y si no fuera por su hermano y, claro, ahora por usted, yo estaría mucho más hundido. La presencia de ustedes es luminosa y haría muy mal si la siguiera atormentando con estas imágenes de cárcel, de hombre encerrado.

Yo hoy quería contarle eso, para desahogarme, pero sobre todo quería saludarla y, le repito, agradecerle por haber aceptado entrar conmigo en el programa postal.

En su carta me habla de Helena. Es una niña hermosa. Su nombre lo hace pensar a uno en valentía, en fuerza. Ese hogar de ustedes es de revista. Yo me alegro mucho por eso y la verdad es que Mauricio, al que no le gusta hablar de su familia, también los quiere a todos ustedes. Yo le entregué la foto de su hija y de inmediato la puso en la pared, cerca de la cabecera de su catre. Esperé un rato a que me dijera que se parece a su madre o a la abuela. Pero nada. Es que cuando está emocionado se encierra en sí mismo. Sí, de verdad, se encierra detrás de unas rejas que él ha diseñado especialmente para sus pensamientos.

No lo culpo por eso, así somos casi todos. Yo también he aprendido a pasar largos ratos de silencio. Parece que es necesario para sobrevivir aquí. Cuando estaba afuera todos me conocían, tenía muchos amigos. Ahora no. Yo los entiendo pero es difícil. Cuando llegaba a La Isla, el bar que está frente al Parque Tompkins, todos nos tratábamos de hermanos. Siempre oíamos la misma música y uno se imaginaba que esas tardes ahí, sobre todo las del verano, iban a repetirse muchas veces, que nos íbamos a encontrar por siempre frente a esa barra, tomando una Bud y hablando de béisbol, hasta que nos pasáramos de viejos.

No lo sé, pero creo que cuando salga de aquí no voy a ser capaz de volver al barrio. Los quiero, los recuerdo, creo que lo más cerca del cielo que he estado fue cuando Joe, el cantante de "La Tropicanda", me dijo que íbamos a ser buenos amigos. Pero señora Lomas, sé que necesito cambiar de vida. Todo ha pasado demasiado rápido y yo quiero ir más lento.

Me cuenta que está de viaje y tuvo la bondad de enviarme una dirección en Harrison para que pudiéramos mantener esta correspondencia. Espero que esto no sea un problema para usted. Voy a rezar para que se sienta muy bien, para que descanse en el campo y su familia se una cada vez más. Se lo conté a Mauricio. Me miró con seriedad y eso yo lo interpreté como un saludo a todos ustedes. Sin

embargo, al rato decidió decirme que le preguntara a ver si puede conseguirse la dirección de Ricardo, su amigo del liceo, que si habla con él por favor le diga que aquí en Sandstone hay varios de allá, sobre todo del cuarto grado. Él quiere saber si volvieron a ir al cerro El Volador. No me quiso explicar más.

Perdóneme, yo soy muy tonto y me emociono mucho cuando pienso en una familia reunida. Cuando veo los comerciales de televisión, en la sala que tenemos para ver programas un par de veces a la semana, y presentan una de esas familias que se sientan a la mesa para comerse un plato de pasta, yo pienso en lo feliz que debe ser usted.

Aunque usted ahora esté lejos de Milford, y debido a lo prolongado de su permanencia, creo que podremos intercambiar entonces, si lo desea y aquí me lo siguen permitiendo, algunas cartas más.

Hasta pronto.

Posdata: cuando le digo a Mauricio que acabo de terminar la carta para usted, lo oigo rezongar desde su catre. Saludos, dice.

Ray Rivera

Capítulo 3

SALIMOS UN MIÉRCOLES DE AGOSTO, MUY TEMPRANO. PARECÍA que huíamos del verano. Milford permanecía anclado bajo un sol sin piedad. Y desde ese momento, también sin nosotros. Teníamos que ir en taxi hasta Logan y de ahí tomar un vuelo que hacía escala de casi toda una tarde en Miami. Cada uno de nosotros llevaba sobre la espalda un gran morral con la bolsa de dormir enrollada.

Cuando empezamos a hablar del viaje, Frank nunca mencionó la palabra aventura. Dijo que hacía parte de su trabajo y que mi presencia, mi compañía, era muy importante para que el viaje tuviera buenos resultados. "Yo sé que nunca has estado en esa región, pero hablas su idioma y te puedes mover por esas carreteras. Yo necesito eso, o mejor, lo necesitamos los dos, así es como vamos a seguir viviendo".

Nunca dijo la palabra aventura, pero yo sólo pensaba en eso. Lo bueno fue que nunca dijo que esa sería nuestra luna de miel. Se me ocurrió que nos perdíamos en la selva, en un lugar acechado por muchachos cargados de armas, acostumbrados a dormir todas las noches en un nido de hojas de plátano. Él no conocía eso y yo tampoco. Los dos habíamos vivido a muchos kilómetros de las noticias. En la universidad, durante una pequeña fiesta que nos ofrecieron para despedirnos, los amigos de Frank hablaban de un lugar sagrado, y decían cosas como que allí nacía el agua de medio mundo, con indígenas silenciosos que mascaban coca y vivían en un retiro perpetuo. Los admiraban y querían conocerlos, sorprendidos de que yo, tan cerca de ellos, ni siquiera supiera el nombre de sus tribus ni cómo

llegar a sus terrazas de la Sierra Nevada que habían sido su refugio, cada vez más arriba, de Nabusimake hacia arriba, desplazados hasta la zona de los picos donde sólo había nieve. Los caminos estaban llenos de cruces.

Eso contaban ellos, no los indígenas ni los noticieros, sino los amigos de Frank que lo miraban a él ahora, a punto de partir hacia la Ciudad Perdida de los kogis, como una especie de santo que exponía su pellejo, nuestro pellejo, para escribir una tesis que luego, con seguridad, iba a recoger todo el polvo de Milford, el que levantaban los carros de los estudiantes y la tiza de los profesores, antes de que alguien se decidiera a hojearla.

Para mí era una guerra extraña, nunca pude entenderla. Ni ahora que vivo esa lucidez de antes del fin, cuando dicen que todo transcurre frente a los ojos con una impresionante fidelidad, rápido y con los colores tortuosos, con la música de una película que Mauricio me podría ayudar a identificar. Esa guerra de los noticieros era como un mango puesto en la ventana de mi casa, la de la calle San Juan, marchitándose sin prisa, con el viento y el sol escaso que entra por ahí. Primero parece un corazón vivo, de colores exaltados. Se siente uno hasta mal con la locura de su pubertad. Pero después, si uno se acerca, empiezan a verse pequeños surcos, rugosidades como las de una piel joven cuando la vida ya le ha dado demasiados golpes. Basta con pasar el dedo y se siente que algo allí está cambiando, que adentro la carne es devorada por una comunidad silenciosa que reptaba, que se ahoga y se muere después allí mismo. Aparecen manchas oscuras y la piel se hunde por varias partes. Lo peor es que si se mete en la nevera, en un intento por detener la decadencia, entonces queda como un viejo eternamente inválido, varado en la mitad del tiempo. Mejor dicho, está muerto y ya no sirve ni siquiera devolverlo a la tierra.

A él, a Frank, tampoco le gustaba referirse a la guerra. Y menos ahora que estaba tan nervioso. Cuando presenta-

ban una noticia de la selva, con hombres que ocultaban su rostro tras una máscara roja y negra, cambiaba el canal y otra vez nos poníamos a ver los documentales. Yo pensaba: claro, es la pasiva ceguera de los simios. Me gustaba esa frase. La leí una vez en un libro de Frank.

Era su primera salida en solitario para hacer una investigación etnológica. Antes, hacía un par de años, había estado con sus compañeros de la universidad en una excursión a la península de Yucatán. Pero todo, me contó él mismo, terminó en una gran juerga. Se olvidaron de Chichén Itzá y al segundo día ya estaban en Cancún, bebiendo litros de cerveza.

Frank se había dado cuenta de que para mí no era fácil volver a Medellín. Claro que yo quería ver de nuevo mi casa, pasar el tiempo con mi mamá y decirle que me enseñara más cosas de cocina. Seguro, entre las dos, íbamos a hacerle a él una gran exhibición de frisoles al estilo de ella, acompañados de ese montón de cosas que siempre me dieron náuseas pero después, ya en Milford, empecé a sentir como algo que era mío, algo que podía hacer con mis propias manos sin sentir que era ajeno. Yo le conté eso, una vez que acabábamos de tomarnos una cerveza en Pin Ups, la cafetería decorada como un antiguo estudio de cine, en las afueras del campus, saliendo por la puerta de la Facultad de Ciencias. Me dijo entonces que esa era una reacción natural del inmigrante. “Está muy estudiado. Hay un antropólogo español, el profesor Alfredo Delgado, que ha escrito mucho sobre esa transformación cultural que ocurre cuando alguien se va de su país. Lo que antes rechazaban empiezan a quererlo. Es como un mecanismo de defensa, un intento por no perder su propio lenguaje, esas raíces culturales que trajeron en una parte de su equipaje y, sin saberlo ni ellos mismos ni en la aduana, pesaba más que sus maletas llenas de artesanías para los familiares que iban a recibirlos”.

Parecía un médico que auscultaba esa parte tan rara de mi vida, lo que yo apenas si podía ver como un cambio, en

medio de la confusión. Antes quería irme, perderme en un lugar donde nadie más me encontrara. Pero ahora estaba justo en el lugar donde el viaje había comenzado. Él lo sabía, pudo verlo cuando comencé a frecuentar la cocina y a consultar las recetas de mi mamá, y también cuando quise recobrar mis discos y lo hacía ir a East Boston, a un almacén donde vendían todas las baladas viejas. Estaba enterado de todo eso que me pasaba por dentro, tanto que no le podía ocultar que ir a Medellín era más bien un sacrificio. Iba a tener que contestar muchas preguntas. Con seguridad, la familia de Rodríguez iba a enterarse y entonces me llamarían para que les contara cómo había sucedido todo. Tendría entonces que volver a esas imágenes de la frontera. La gran valla de acero que vadeaba un montón de ríos secos a través del desierto, con letreros pintados que reclamaban la presencia de Dios, otros que invitaban a no dejar la madre tierra y muchas señales de la policía, a un lado y otro, con advertencias en dos idiomas. No los culpo a ellos, pero desde hacía un tiempo estaba empezando a olvidarlo todo. Me harían recordar todos esos días que estuvimos en Tijuana, esperando a que bajara la marea de los guardias en la noche, atentos a una señal del coyote, el mismo que nos hizo ir hasta el agua, donde empezaba el final de Rodríguez. Pobre. No lo quise mucho, es cierto, pero tampoco voy a poder olvidarlo. No es para menos, pues sólo con él fui capaz de irme tan lejos.

—No te preocupes —me dijo Frank con una sonrisa, mientras cogíamos el equipaje que estaba encima del colchón—. Los dos estamos un poco nerviosos, por motivos distintos, claro, pero entonces podemos apoyarnos.

—¿Te estás creyendo un boy scout? —le pregunté en son de pelea—. ¿O un cortapalos? Yo creo que te ha hecho mucho daño ese viaje que nunca hiciste a Walt Disney. Esa era la excursión que necesitábamos.

—Tranquilízate Mayte, ya vas a ver que todo sale bien. Va a ser un buen viaje, algo que no vamos a olvidar.

—Eso va a ser lo peor. No olvidarlo.

Ya estaba llorando pero él no se preocupó más de la cuenta. Revisó los papeles, se palpó el bolsillo donde tenía los tiquetes y los pasaportes, miró por última vez los libros que llevaba, las guías para estudiar la lengua de los kogis y la de los arsarios, además de un tratado de medicina y adivinación basado en la hoja de coca, préstamo del doctor Rainer.

Fue un viaje tranquilo. En eso tuvo mucha razón. Yo dormí casi todo el tiempo, hasta Miami. Pero la escala se acortó porque Frank logró la conexión con otro vuelo que a las cuatro y media de la tarde estaría en Cartagena. Ahí podríamos quedarnos un par de días, aunque él odiara las ciudades de turistas, o si teníamos suerte podríamos salir en el último avión hacia Medellín. Yo, la que se había fugado, la rebelde, la que salía cada noche con Rodríguez en una motocicleta, volvía por fin, ahora casada con un estudiante que todos, desde luego, iban a nombrar, en voz baja al principio y después con risa socarrona, como “el gringo”.

No hubo Cartagena. Todo sucedió rápido, sin contratiempos, amparados por la eficiencia de Frank en los mostradores de las aerolíneas. Eran las once de la noche en el reloj que atraviesa, de lado a lado, el cruce con la Cola del Zorro de la carretera de Las Palmas. Desde allá, mientras el carro cumplía con la dosis de curvas pronunciadas, en medio de la algarabía de las discotecas para adolescentes, pude ver otra vez las luces de Medellín. Me pareció que después de esos dos años el tendido de focos cubría un poco más las montañas en el occidente. Donde yo vivía era antes el pie de una montaña pelada. Más arriba apenas estaba la cárcel de mujeres y un tanque del acueducto al que llamábamos “la cabeza del calvo”. Cómo cambia todo cuando uno se ha ido. O no es que cambie, seguro ya todo eso había pasado antes de irme, pero las cosas empiezan a verse distinto, más opacas algunas, más luminosas otras. Esa noche pude ver con claridad la línea de las montañas, un dibujo nervioso en el que nunca había reparado. Ahí

estaban, plenas de oscuridad en su cima, grandes y lejanas, como vigilando todo lo que pasaba allí abajo, desde las primeras luces hasta la carretera que nosotros recorríamos ahora, en un taxi, con el radio prendido en un murmullo de noticias.

—¿Por cuál lado es tu casa? —me preguntó Frank. Le señalé y él asintió con un movimiento de la cabeza. Estaba atento a todo lo que veía, que no era mucho. Los restaurantes no estaban muy concurridos y, entonces, cuando pasaba el taxi junto a ellos su música se oía hueca, parecida a la lluvia en el patio del instituto mientras todos estábamos en clase.

—Creo que nadie en Milford podría imaginarse así a tu ciudad.

—¿Cómo?

—No sé. Es grande y complicada como todas las ciudades. Creo que nunca sería capaz de vivir en un lugar con tantas calles, tantos lugares y tanta gente que se le van metiendo a uno en la memoria. Vivir en una ciudad, en cualquier ciudad, debe ser difícil.

—Sí, es cierto. Todo es un enredo. Hay demasiadas historias y nunca hay tiempo para contarlas.

Me sorprendió oírme hablar así. Tal vez me estaba contagiando de lo que él mismo llamaba, con ironía, “el método Frank” para ver todo lo que pasaba.

Cuando pasamos por San Diego empecé a decirle al taxista cuál podría ser la ruta. No era difícil. Por la calle 33 derecho, hasta la glorieta de Bulerías. Ahí podía voltear hacia la derecha hasta llegar a San Juan por la avenida Nutibara. No lo había olvidado y la verdad es que tampoco había por qué. Todo era lo mismo. Tal vez algunos negocios nuevos, tabernas que ahora se llamaban whiskerías, dos teatros en ruinas, nuevos bares establecidos en casas viejas. Eran sitios donde el vallenato había establecido sus dominios. Estaban llenos de muchachos de la universidad, sentados en la parte de adelante, en las escaleras del local, junto a los

carros que permanecían con las puertas abiertas y la casetera gagueando ya hasta lo último de las baterías.

En medio de todo ese ruido, después de San Juan, llegamos a la casa. Salió mi mamá con una timidez que a ninguna de las dos nos dio para un abrazo. A ella nunca le habían gustado los abrazos, prefería las bendiciones. Decía que esos eran cuentos de los muchachos de ahora que por todo era un beso. Pero en su cara noté la emoción de quien ha estado mucho tiempo rezando para que un hecho así pudiera cumplirse. Le dio la mano a Frank, muy seria y formal, antes de decirme que alguien me había estado llamando por teléfono, alguien que ella no conocía. No quiso dejar su nombre, dijo, pero aseguró que después volvería a llamarme.

—Es raro —me dijo Frank—, nadie sabía nuestro recorrido de hoy, ni siquiera la hora en que llegaríamos.

—Debe ser algún amigo, alguien que quiere preguntarme acerca de Mauricio. Seguro es uno de sus compañeros del liceo.

Entramos a la casa. Mi hermano también bajó del taller y nos sentamos a la mesa para tomarnos un café con leche. Fue una conversación lenta, con muchos espacios en blanco. Mi mamá trató de no preguntarme por Mauricio.

Preguntas. Otra vez lo mismo. Tenía miedo de que ella me preguntara por qué me había ido, así, sin decirle nada a nadie. No tenía respuestas para eso.

El viernes, les dijimos, salíamos para Santa Marta, a buscar la carretera que nos llevaría hasta la Ciudad Perdida de los indios kogis.

Esa noche cerré la ventana que había dejado abierta. Allí estaba la rama del árbol, la cama tendida como si apenas en la mañana me hubiera levantado. Una foto de los quince me miraba desde la pared del frente, junto al televisor. Sobre una mesa estaba el radio que nunca movía de la Voz de Colombia. Si lo prendía, aunque no lo hice, seguro que iba a sonar algo de Julio Iglesias o de Luis Miguel. Ojalá. Pero pasamos la noche en silencio. De lejos se oía la

música de las heladerías y también las motos que taladraban la noche.

Pero Frank quería irse. No me gustan las ciudades, repetía. “En definitiva, en definitiva, las ciudades son un asco, en cualquier parte”. Yo no le discuti porque eso significaría de su parte una respuesta–discurso con miles de citas maravillosas. Yo me quedaría pensando y él me miraría desde el otro lado del cuarto, sin camisa, pensando que yo estaba lela con su sabiduría.

Entonces nos fuimos de la ciudad. Otro viaje. Y yo lo hice pensando de nuevo en la calle San Juan. Su desorden era hermoso. Si al menos pudiera verla otra vez un sábado por la mañana.

Estuvimos poco tiempo en Santa Marta, sólo unas horas que fueron necesarias para hacer el contacto con la fundación que se dedicaba a cuidar la reserva. Allá nos indicaron que podíamos seguir la troncal hasta dar con Los Linderos, por el río Don Diego, o hasta dar con Minca, en el cerro de San Lorenzo. También podíamos ir más hacia el norte, para salir de Dibulla con rumbo a San Antonio, el primer caserío de los kogis. Esa fue la que escogimos, la más lejana y abrupta.

Cogimos un bus que se fue bordeando el mar por una buena carretera. Pero muy pronto el camino empezó a quebrarse, entre altos precipicios, piedras y montes enanos de piel reseca. Después, a medida que se subía por la Sierra, el lodo se convertiría en la mejor compañía durante todo el día, con una noche de sueños a la deriva bajo un rancho que los colonos tenían como refugio para sus caminatas cuando los cogía la oscuridad o la tormenta.

Llegamos frente a una iglesia de paredes blancas. En dos calles largas ocurría todo. La música de los bares ampliaba el mediodía hasta perder uno el conocimiento. Todo allí se prolongaba, parecía que no tenía fin. Las casas se iban difuminando en el cerro cercano, en una sucesión de promontorio y planicie, como un estribillo que marcaba

con las sombras cada hora del día. Nos tomamos una cerveza en El Ruiseñor, un lugar que sólo tenía, tambaleando sobre el piso de tierra, una barra desvencijada y una mesa de billar al fondo, bajo una lámpara de orinal que hacía saltar en llamas el sudor en la cara de los tres jugadores y del viejo que los observaba.

A uno le daban ganas de hablar con sentencias, cosas exageradas, mierda, calor y todo eso. Yo me sentía como en una novela de Gabriel García Márquez.

—A dónde van —preguntó el hombre del bar, un hombre delgado que tenía el rostro atravesado por una sombra. Él nos miraba como si quisiera preguntar algo que no atinaba a convertir en palabras. Era una mirada que no lograba posarse sobre nada. Sin embargo, todas las cosas de El Ruiseñor parecían una parte de sus manos, las reconocía por el tacto, con una rapidez que no le hacía extrañar sus ojos. Ponía los vasos en su lugar, sabía lavarlos sin ganas como en los hoteles y sacaba las cervezas de memoria, las servía y, con exactitud, no dejaba que la espuma desbordara sobre el tablón de guayacán. En su mirada, sin embargo, persistía un bailoteo que, cuando la atención lo impacientaba, se disparaba hacia el techo.

—Queremos subir a la Sierra —le dije.

—Ya sabía.

—¿Cómo? Usted no nos conoce. Ni siquiera puede vernos.

—Es el olor que ustedes traen en sus mochilas. ¿Cuántos son?

—Dos. Mi marido y yo.

—¿Es mudo?

—No, no se preocupe.

—No estoy preocupado. Pero miren, son casi dos días de camino, un camino sin música y con pájaros de alas grandes.

—No importa, ya lo sabemos —le dije. Se me ocurrió pensar que para ellos la vida era misterio, el misterio de un muchacho negro que lo mira a uno con sus ojos verdes.

Chasqueó una carambola y después la fila de cuentas. Todo allí sucedía por partes iguales, o al menos cortadas sin dejar aristas. Como el aire que respiraban, las cosas y el tiempo podían partirse en tajadas. El hombre detuvo sus ojos en la cara de Frank. No dijo nada. Hizo una señal y apareció un grupo de jovencitos.

—Escojan con cuáles de ellos quieren irse. Mínimo deben ser dos. Se necesitan.

Nos fuimos sin acabar las cervezas. Cuánto hubiera dado por fumarme un lucky. A Frank no le gustaba que fumara. Me lo dijo la noche antes de casarnos, después de muchos rodeos que a él debieron parecerle la medida justa para convencerme sin dolor. Estuve unos cuantos días sin meterme un cabo a la boca, pero después empecé a hacerlo en el baño, donde Evelyn cuando no estaban sus hijos o en el cuarto con la ventana muy abierta durante las horas en que él salía a dar sus clases.

Dos hermanas, las García como las llamaban en los caseríos, eran las que iban siempre adelante. Más atrás, un primo de ellas arriaba la mula. Cada rato me preguntaban si quería irme sobre el lomo del animal, pero no quise hacerlo. Me fui un rato pensando en cómo me vería allí montada, como la Virgen María entrando a Belén. Tenía las piernas como dos bloques de cemento y a veces sentía, en medio del bosque de niebla, que si no nos deteníamos a descansar algunas horas, en una de las tantas casas abandonadas que encontrábamos, entonces el viaje acabaría para mí mucho más pronto de lo que Frank podría imaginarse.

No me quejé. Soy una tonta. Pero él pensó, por alguna razón académica, que yo podía caminar por esas montañas con la misma serenidad de las indias kogis. Entonces recorrimos muchos kilómetros por caminos tranquilos o, más bien, desolados. De noche, entramos a una casa vacía. Alguien había dejado allí sus pertenencias. Una hamaca colgaba de un corredor a punto de venirse abajo, y el viento entraba por debajo de la puerta, con un ruido de aspiradora.

Despertamos en medio de una algarabía de pájaros. Habíamos dormido en esa choza en el filo de un cañón. Seguro el cansancio nos había tirado en la hamaca como dos piedras. Abajo estaba el río y junto a nosotros, en la parte de afuera, donde unos palos de guayacán sostenían un alero de palma, se alistaban para salir dos mujeres indígenas. Aunque llevaban tenis, tenían el traje de algodón y la mochila que tantas veces había visto en los libros de Frank. Eran pequeñas y silenciosas, con la piel de ceniza. Cuando pronunciaban una palabra parecía que fuera una rama la que estuviera agitándose, por el viento, para ser escuchada.

—Qué distintas son a las mujeres del río —me dijo Frank, sin dejar de mirarlas. Por primera vez en su vida no estaban en las páginas de sus libros—. Yo las vi una vez en una película que hizo en el Atrato un profesor de la facultad. Eso fue hace varios años. Él me contó que en las orillas había casas de madera que ellos ocupaban por las noches. Eran como hoteles junto al aeropuerto, con las puertas siempre abiertas. Dejaban su panga amarrada a un palo en las orillas y se iban a dormir, tirados en el suelo de tablas junto a su equipaje. Una de esas mañanas, una así como la de hoy, él vio a una mujer chamí que lo dejó fascinado. Claro, nunca le dijo nada, ella se alejó en la panga, sin darse cuenta de su presencia. Tenía un niño en los brazos, la cara pintada y los senos cruzados por vueltas y vueltas de piedras de colores. Eran chaquiras. La siguió con su cámara de video durante un buen rato, hasta que se fue, muy lento por el río, impulsada su embarcación por dos hombres que enterraban en el lecho dos ramas de guayacán, largas y fuertes.

—Por aquí el invierno es desde marzo hasta diciembre. Entonces llueve todo el día. En verano llueve todos los días —nos advirtió Alba, una de las García, cuando ya nos alistábamos para continuar—. Esa es la diferencia. Por eso de aquí para arriba el camino es todavía más difícil. Si por

casualidad no llueve estaremos como a las tres en Ciudad Perdida.

-¿De la tarde? -le pregunté.

-No, de la mañana.

En eso escuchamos un estruendo. Fue un golpe seco que se repitió cuatro o cinco veces. El último pareció rebotar en el aire. Nos detuvimos. La mula se asustó un poco, pero después de un momento decidió ponerse a arrancar, a dentelladas, la hierba que crecía en el talud. Los demás estuvimos aturridos durante un rato. Nos quedamos ahí, sin decir nada. Al cabo de media hora, cuando las García fueron a averiguar si podíamos seguir, su primo se acercó para decirnos que era mejor quedarnos quietos, no hablar siquiera hasta que supiéramos lo que pasaba al otro lado del matorral, donde el camino parecía convertirse en parte del río.

Después de los disparos todo quedó tranquilo. Desde el recodo donde estábamos el camino se veía apacible. Había árboles pequeños a un lado y otro. Las García volvieron para decirnos que no había de qué preocuparse, pero teníamos que esperar un rato. "Se están dando bala allá arriba. Esperemos". Explicaron que era un problema de precios. Los de abajo estaban pagando menos plata por cada kilo de hoja y se habían empeñado en que toda la cosecha debía ser para ellos. Los de arriba no se dejaban. Para seguir teníamos que mostrar el permiso de la fundación, primero en un retén y luego en el otro. En los dos nos podrían hacer preguntas y revisarían todo el equipaje. Pasaríamos entre las diez y las once, "mandaron decir".

Pronto se formó allí un grupo de viajeros que, como nosotros, esperaba el momento de pasar.

-Ya lo sabíamos -dijo el primo.

-No entiendo. Entonces no debimos salir.

-Hasta don Guti, el ciego, lo sabía. Todos allá en Dibuilla lo sabían.

-¿Y por qué no nos dijeron?

—No vale la pena. Ya nos acostumbramos tanto a esto que pasar por aquí es como cruzar la puerta de ese billar. Es lo mismo, también el ciego tiene unas reglas, sabe muy bien cuando estamos usando mal el taco y dice desde la barra que cuidado con el paño. No sé cómo hace. Ese hombre es como un santo loco.

—Estén tranquilos, yo creo que no va a pasar nada —dijo Alba—. No traten de ocultarles nada. Ellos nos conocen porque todas las semanas pasamos por aquí con gringos. Sólo contesten lo preciso y usted, señora, haga todo lo posible por responder lo que le pregunten a su esposo. Hágalo bien, sin vacilar mucho. Dígales que él amaneció como enfermo de la garganta por dormir en el suelo y que entonces no puede hablar mucho. Ellos saben que es mentira pero no importa. Además, gracias a Dios él puede pasar como un cantante de esos que tienen el pelo largo.

Entre los que llegaron a esperar estaba una pareja de arsarios. Los dos mascaban coca y él, con un palo, iba untando los bordes ya blancos de su poporo. No hablaban, parecía que se mantuvieran rezando. Una señora que venía desde Riohacha, bordeando toda la Sierra, llegó preguntando que si habíamos visto a un señor bajito, con un talego de lona.

Cuando dieron la orden pasamos frente al primer grupo. Estaba compuesto por tres muchachos que, se veía, no habían pegado el ojo en toda la noche. Alba se fue hablando con un grupo de raspachines. Ellos iban a trabajar en una plantación de hoja y le contaron a ella que todas las noches esos hombres salían a hacer una pequeña ronda, hasta donde era seguro, y se ponían a colocar minas en los campos cercanos. En la mañana, lo primero que hacían era retirarlas.

Uno de ellos salió del hueco y se dedicó a mirarnos mientras pasábamos lo más lento que podíamos. Sólo hablaron con Alba y con los dos arsarios. Ella les mostró una parte del equipaje y le oí decir que éramos amigos de los hippies kogis e íbamos a visitarlos.

Les dejamos un poco de comida y seguimos para encontrarnos con los otros. Estaban a menos de dos kilómetros. Yo creo que hasta podían hacerse señas, saludarse en la mañana y todo eso. Estaban ahí, inermes, como parte del paisaje. Alguien me dijo que un día sí y otro no, en un juego que sólo ellos entendían, se disparaban para decir que seguían al pie de la tierra sagrada de los kogis, cubiertos de lodo reseco y escuchando vallenatos en un radio de pilas.

Pasamos frente a ellos, también muy despacio, como si en realidad nosotros estuviéramos quietos, sentados en un teatro con las luces apagadas. En la pantalla estaban esos dos muchachos. Uno permaneció en el hueco que habían cavado a la orilla del camino. Su refugio era un árbol grueso rodeado de piedras. El otro salió de su escondite con aire cansado, nos miraba igual a cuando uno sale al mediodía de alguna parte, de un salón refrigerado y oscuro. Se frotó los ojos y tomó su fusil con una mano.

–Necesito los certificados de la fundación –dijo, mientras apartaba a los dos arsarios y al grupo de raspachines. A un lado quedamos nosotros, con las hermanas García y la señora que buscaba a su marido. El primo se quedó entre los dos grupos, al lado de la mula.

–Vamos para donde los hippies –le dijo Alba.

–Ah. Esos locos. Hace mucho tiempo que no pasan por aquí.

–Está lejos. A ellos les gusta permanecer cerca de los mamos, allá arriba, usted sabe.

–Sí, claro, yo sé.

–Sí.

–¿De dónde vienen? Traen buen equipaje.

–Ellos son profesores de la universidad, quieren ir a hablar con los kogis. Como le digo, primero van para donde los hippies, después se van buscar la Ciudad Perdida.

El muchacho bajó la mirada y se puso a jugar con la punta de su bota de caucho. Empujaba una pequeña piedra y volvía a recuperarla.

–¿Tienen alguna revista? Algo para leer. Ya estoy cansado de oír radio. Por aquí todas las emisoras son de vallenatos. Me los sé de memoria.

Fui a buscar en las mochilas que teníamos sobre la mula. Encontré una revista de la aerolínea y se la entregué. Estuvo un rato mirando la portada.

–Buena revista.

–Me alegro que le guste –dijo. Él me miró un momento y después al primo de las García. Frank estaba junto a la otra muchacha, detrás de mí, mirando hacia los matorrales, haciendo como si analizara las matas.

–¿Usted va con el peludo?

–Sí, estamos estudiando. Somos profesores pero también estudiamos.

–Muy bien. Veo que aprendieron bien la lección. Son buenos alumnos de Alba. Van a llegar lejos.

Dobló la revista y se la metió bajo el brazo.

–Aquí, como ven, lo que necesitamos no es plata. ¿Para qué?

–Nunca se sabe –dijo el otro hombre desde su escondite.

–¿Son muchos?

–¿Quiénes?

–Los de abajo.

–Usted sabe, uno nunca puede ver quién está escondido entre las matas –dijo Alba.

–¿Saben una cosa? Yo también he pensado en irme para donde los kogis, aunque sea a mascar hojas. Si ven al mamo Gilberto le preguntan que si puede venir aquí al puesto, que no hay peligro para él. Que sólo venga y aquí hablamos. Llévelle esta piedra. La he estado puliendo, como él me dijo que hiciera para poder pensar mejor. Me sirvió mucho.

Me entregó la piedra y me dijo al oído: “Te podés quedar con ella, porque veo que sos de Medellín y además estás muy linda. Tiene suerte el peludo, ¿es gringo?”. No, le dije yo, es mudo. Él se puso a reír.

Estuvimos un rato ahí parados. El que estaba en la hondonada apenas nos miraba, mientras el otro hablaba como alucinado, en medio de un sueño de varios días, interrumpido por los que pasaban de vez en cuando y por las escaramuzas con los tres muchachos que estaban cuatro vueltas más abajo, esperando el mejor momento para avanzar, atentos al paso de los contrabandistas que siempre dejaban algo, los que llevaban químicos para procesar la hoja, los grupos de raspachines que subían y bajaban con los tres mil pesos que ganaban por cada arroba, los arsarios, los kogis, los arhuacos de Nabusimake, los soldados cansados, los de arriba, los de los lados que se escondían en las faldas de la montaña, el viento del bosque y la lluvia de glifosato, ese silencio de la Sierra que me pareció, desde ese mismo momento, como el desierto donde vi morir a Rodríguez, junto a un candelabro de espinas, en la mitad de una noche con ladridos de perros y luces de patrullas.

Pensando en eso también yo empezaba a tener fiebre. Era como si algo allí lo envolviera a uno, para adormecerlo con la promesa de encontrar una ciudad perdida en la maleza del tiempo.

El hombre alzó la mano para indicarnos que siguiéramos, y el grupo empezó a moverse, obediente.

—Si llueve y los coge la noche antes de llegar a San Antonio tengan cuidado con las minas. Las muchachas saben.

El primo de las García me dijo que esos dos hombres estaban ahí desde hacía mucho tiempo. En Semana Santa pasaron con un grupo de italianos y ahí estaban, con la misma selva en la mirada. Tal vez se habían olvidado de ellos. “Pobres —me dijo mientras dábamos la vuelta en el camino, bajo las primeras gotas de lluvia de ese día—, yo creo que ya están locos”.

Desde que los perdimos de vista el día transcurrió en un silencio parejo. Oíamos nuestras pisadas y nos entreteñíamos viendo el paisaje de hondonadas. Algunas veces,

cuando ya las piernas no nos daban, parábamos un momento y Frank venía hacia mí y me abrazaba para que miráramos juntos las faldas de esas montañas, con nervaduras de erosión que las hacían parecer como animales varados en medio de la selva.

Lo único que hice cuando llegamos a Ciudad Perdida fue mirar a Frank a los ojos. Era mejor. A mí no me gustaban las cosas antiguas. En su cara estaba ya toda esa maraña de árboles. Yo lo sabía y por eso mejor quise fijarme en él. Qué hermoso y tonto se veía.

El último fue un tramo penoso. Los arsarios y los raspachines, con la mujer que preguntaba por el hombre del talego de lona, tomaron otros caminos que no recuerdo. Tal vez ni me di cuenta cuando se perdieron en la espesura. Desaparecieron y yo nunca me interesé por conocer más sus historias.

Subimos con los pies hundidos en el barro, uno detrás del otro, escoltados por la mula. La cabeza me daba vueltas y todos esos árboles, desde la llanura apacible que se veía a la izquierda, allá abajo, pasaban frente a mis ojos como si fuera el paisaje, y no nosotros, lo que se dirigía sin miedo y sin cansancio a la ladera de los kogis. Era una escalera al cielo, una gran avenida en pendiente a la que llegaban otras calles, atravesando la montaña de una manera imperceptible. Cuando vio las terrazas, Frank dijo que parecían las escamas de un gran pez que había nadado junto a ellos, huyendo de los caribes, de los colonos y de la cruz de los dominicos, para quedarse ahí a recibir la lluvia en sus piedras.

Era un silencio de agua, de árboles. Entramos a Ciudad Perdida como si estuviéramos pisando el suelo de los muertos. Se me ocurrió pensar que era un gran cementerio, desolado y frío. No había nada más. Olía a hierba recién cortada. Avanzamos por una de las terrazas. Allí estaban las nubes, la niebla, hombres y mujeres que caminaban por ahí sin pronunciar palabra, envueltos en batas

blancas de algodón, con la mirada escondida y el pelo largo.

Era también un lugar para que el cansancio de esos días de camino se convirtiera en un recuerdo vago de otra vida en ruinas. Respiré hondo y empecé a tratar de olvidarlo todo. Nos parecía que habíamos atravesado el mundo. Alguien debía aplaudirnos, una multitud de admiradores no hubiera caído mal en ese momento que pisamos la explanada del pueblo. Seguro teníamos una sonrisa helada. Frank se sentó a mi lado, extenuado, y yo me puse a devorar todo ese paisaje de trementinos. Las hermanas García y su primo fueron hasta la primera choza y entraron. Dejaron la mula afuera con todas las cosas y yo me quedé con Frank que empezó a quejarse de un fuerte dolor de cabeza.

-Es la altura, tranquilo, ya se te va a pasar.

-No sé, Mayte. Tengo la sospecha de que es algo peor. Es como si todo el mundo, todo lo que soy se viniera abajo. Esto es tan distinto, llegar aquí fue tan difícil que siento el cuerpo como las cuerdas que tocaba Jimmy en el baile de la facultad ¿Te acuerdas? Alguien debe aflojar las clavijas, desconectarme del todo para dejarme llevar sin luz eléctrica.

-No te entiendo. Estás hablando como un gurú. Hasta podrías hacerme la carta astral.

-No te burles. Es cierto. Ahora sólo quiero abandonarme, dejarme llevar del aire o estar en un cuarto cerrado, en una choza, tirado en la hamaca, mientras a mi lado alguien cuida el fuego. He estado pensando en eso desde hace muchas horas, desde que empezamos a subir esta pendiente tan ruda.

Sentado sobre una piedra, así como estaba yo la última vez que salimos de Milford, Frank empezó a derrumbarse. Yo lo vi cerrar los ojos y después de un momento, con el viento dándole en la cara, se acostó de lado en la manga, como un niño, con las manos unidas bajo su cabeza y las rodillas

dobladas, casi hasta el pecho. Lo dejé así un buen rato, hasta que llegó el mamo Gilberto y trató de despertarlo. Llamó a varios hombres y, entre todos, lo llevaron a una choza. Los seguí y entré a un lugar que parecía hecho de humo. Tenía un fogón en el centro que hacía parpadear todas las cosas. El techo terminaba en punta, muy alto, y alrededor, junto a las dos hamacas, tenían varios asientos de piedra.

Acostaron a Frank en una de las hamacas y yo salí un momento para recoger las mochilas. Cuando volví a entrar había una mujer que alimentaba el fuego. No me miró ni sonrió ni nada. Parecía que todos allí hacían las cosas sin necesidad de palabras. Le eché un vistazo a Frank. Estaba profundo. Después me acosté, cuando la noche respiraba, cerrándose en sí misma, con ruidos de animales rasgando la oscuridad en el techo de paja.

Al otro día Frank tampoco fue capaz de salir. Por la noche, entonces, vino el mamo Gilberto y nos dijo que si al día siguiente seguía así entonces tendría que preparar una ceremonia. Frank estaba en aluna, aseguró. Yo me asusté, para qué voy a negarlo, me imaginé una ceremonia fúnebre, una noche eterna de cantos y bebidas horribles, sin poder respirar siquiera en una choza llena de humo, con Frank acostado en el centro, como un pago. Tenía la cabeza puesta en un antiguo cuento de la selva.

Mientras en el pueblo dormían, otra vez nos quedamos solos. La mujer del fuego salió cuando vio que con el rescaldo acabaríamos de pasar la noche en una penumbra que por lo menos permitiría adivinar los bultos de las hamacas. Frank respiraba agitado y a veces se ponía a decir cosas que yo no entendía. Me paré a mirarlo. Fui hasta su hamaca y le toqué la frente. Estaba sudando.

Me quedé a su lado todo el tiempo, hasta la primera luz que entró, sin anunciarse, por el hueco de la puerta. Fue en ese momento cuando resolví dejarlo solo, al menos por un rato mientras encontraba a alguien. Salí corriendo donde las García y me tropecé en el camino con su primo

que se había pasado la noche bebiendo. No entendió lo que yo trataba de explicarle. Era inútil, ese hombre estaba en otro mundo, como todos los de ese pueblo. Entré a la choza donde ellas dormían y desperté a Alba. Atravesamos corriendo el patio con cercado de piedra hasta llegar a la casa del mamo. Lo llamamos desde afuera y al momento salió, como si no hubiera pegado el ojo, con sus tres mochilas atravesadas en el pecho y el poporo listo para iniciar otro día de largas meditaciones.

Después de verlo, su veredicto fue que teníamos que preparar las piedras. “Busquen el sewá de aluna, vayan al bosque de niebla. Después bajaremos con él por el Hukumeizi”, dijo el mamo.

Era necesario salir a buscar el sewá en la madrugada, cuando no es de día pero tampoco es de noche. Dijo que a esa hora todos los seres se encontraban y podían escuchar lo que decía la tierra. “Ella les dirá lo que debemos hacer y después vendrán a contarme”. Eso lo decía muy serio, con una voz nasal de grandes orificios. Me miró con sus ojos arrugados, como si estuviera preguntándose cuánto era lo que yo le podría creer.

Me dio vergüenza. Siguió diciéndonos cómo y dónde conseguir las piedras. Era necesario salir del pueblo, aunque no muy lejos, adentrarse un poco en la espesura y bajar hasta donde estaban las terrazas. Ahí, dijo, las veríamos brillar.

—Hay que creerle —me dijo Alba—. Estos hombres son muy sabios. Por eso no hablan casi.

—Está bien. Sí, no hay más remedio.

Hicimos todo lo que él nos dijo. Recogimos las piedras y las llevamos hasta la entrada de la kankurua. Ahí se quedó él todo el día. Cuando empezó la noche caminó despacio hasta el uraku, cercado de piedras, donde estaba Frank. Se puso a poporear cerca de él mientras nosotros esperábamos afuera. Las García decidieron irse a dormir temprano. Sólo quedó la mujer que atizaba el fuego y yo

me hice a su lado para ver si me contaba algo. No lo hizo. En cambio, vino Eliseo.

Era un mestizo joven, de cuerpo grueso y mirada escrutadora. Tenía unos ojos grandes que se abrían a la noche como los de un pájaro. Llevaba el pelo por debajo de los hombros y dijo que sabía hablar como los kogis, pero desde siempre había preferido el damana, el que hablaban los arsarios. Sus padres eran de Bogotá, me contó, y vivían con él a la orilla del río Cuices. Llegaron allí huyendo de todo, en medio de una fiesta que siguió al concierto de Santana en la plaza de toros. “Yo creo que ese día se la fumaron verde, tiene que ser, porque aterrizaron aquí, dos semanas después, con lo que tenían puesto. Eran hippies de Chapinero, hoy son hippie-kogis. Están perdidos, como yo”.

Cuando hablaba se metía en los ojos de uno, una buena estrategia para reducir a nada las posibles respuestas.

–Es raro que en este tiempo tengamos una noche así, tan despejada.

–Puede traerle a él buena suerte.

–Puede, pero nosotros, o mejor, ellos no creen mucho en la suerte.

–¿Ellos?

–Sí, los kogis. Yo no soy ni lo uno ni lo otro. Estoy como en el limbo. Algunos han dicho que estoy muerto, que no pertenezco a ningún pueblo, soy de todos, me conocen en toda la Sierra, pero no puedo decir que soy de alguna parte. Si yo fuera como ustedes les diría que no tengo historia.

–Eso debe ser bueno.

–Sí, creo que es mejor. Uno es como un fantasma. Invisible. Puedo enterarme de todo, estar en cualquier lugar, hablar como hablan todos. Pero nadie en realidad me escucha, nadie me ve, hasta me parece que olvidaron mi nombre.

–Suena tenebroso.

Nos alejamos del lugar donde todos esperaban la salida del mamo. Me imaginaba que iba a salir como un monje,

casi un santo. Con seguridad no iba a decirnos nada, estaría en trance, y se alejaría otra vez hacia la kankurua, seguido por la mujer que alimentaba su hoguera.

Llegamos hasta el borde del pueblo. Miramos un rato la hondonada, la sombra de las montañas. Los animales hacían ruidos de totuma, de cachivaches, hierros que se retorcián en su ciudad secreta y húmeda. Un pájaro de la noche silbó de repente, con sorna, como lo hacía en la calle San Juan, desde hacía muchos años, el hombre que pasaba afilando los cuchillos.

—Yo sé que usted y su marido tienen un interés muy grande por conocer los secretos de los kogis. Eso lo entiendo. Cada semana vienen a preguntarnos cosas, a filmar, a tomarnos fotos en Ciudad Perdida. Dicen que somos sobrevivientes. Pero yo, y creo que nadie aquí, se siente así. Simplemente vivimos y salimos huyendo cuando nos toca. Sobre todo yo.

—Frank es profesor, quiere escribir un libro sobre ustedes. A mí, en cambio, nunca me gustaron estos viajes. He visto más alacranes que en el desierto. Vine por él.

—Y él ahora no está, está en otra parte —dijo Eliseo.

—¿En otra parte?

—Sí, esa es la mejor manera de entender este lugar donde estamos. Hay que olvidarlo todo. Eso les pasa a los que se han metido mucho con los kogis. Entran en estado de aluna.

—No le entiendo. Usted habla como un sacerdote.

—Perdóneme señora.

—Cuando empezamos a subir, poco antes de encontrarnos con los retenes, yo también sentí algo raro. Era como si los árboles me estuvieran llamando.

—Claro. Eso fue lo que a él le pasó. Como a todos aquí, sin incluirme. Soy un descarriado. Cuando me fui a estudiar a Nabusimake todos creyeron que me había vuelto loco. Después me vieron llegar con una mujer de Riohacha y empecé a vivir mi propia vida, sin irme del pueblo, pero muy lejos de todos ellos. Ahora, muchas veces, tengo que

irme a conseguir algo con los raspachines que vienen del interior. Pero esa plata me la tengo que ir a gastar en Atánquez o en cualquier otra parte. Aquí no sirve.

Me habló mucho rato de sus aventuras en el desierto de La Guajira, de todo el tiempo que estuvo en Venezuela, trabajando con los contrabandistas que cruzaban la frontera cada noche con camiones llenos de televisores. Eran muchos años, decía él, pero se veía tan joven que uno sólo podía pensar que esas historias acababa de inventárselas. Me quedé pensando en lo que me dijo de irse lejos, de cambiar de mundo. Frank, según él, había sentido de verdad todo el misterio de la Ciudad Perdida. Sonrió cuando le dije que me daban miedo todas esas cosas, pero me aseguró que así era y que la gente de las ciudades rara vez podría comprenderlo.

—Está bien, está bien, pero entonces dígame qué va a pasar con él, cómo hace para salir de ese estado. Tenemos que regresar muy pronto.

—Eso es todo lo que tienen que hacer. Dejar el pueblo. Alejarse.

—¿Y el mamo?

—Él sólo está esperando. Quiere que las piedras le ayuden a recuperar un poco la energía, pero en el fondo lo que intenta es que la naturaleza termine de hacer su trabajo, que se tome el tiempo necesario pero que haga algo.

Parecía que me estuviera contando un cuento de dibujos animados, con brujos que se asoman tras sus víctimas. Debía escucharse un estruendo de tormenta eléctrica y una puerta que se cierra para que alguien suelte la carcajada en medio de la sala. Pero estábamos en un lugar tranquilo. El aire era fresco y se podía sentir que las ramas de los árboles, muy altos por encima de las terrazas de Ciudad Perdida, se entrelazaban y crujían, en un juego de selva en mitad de la noche.

Estuvimos ahí muchas horas. No exagero. Toda la noche, toda la madrugada, hasta que amaneció otra vez y

vimos con claridad las tumbas de piedra. Fue lo primero que apareció ante mis ojos y entonces yo corrí, espantada, hasta la choza donde estaba Frank. Un hombre dormía junto a la puerta de entrada, con el primer rayo de sol pegándole en los ojos cerrados. Me acerqué y miré hacia el interior. Nada ni nadie se movía. Di unos pasos hacia atrás y me quedé ahí, casi en la mitad de ese gran patio de tierra, rodeada por las demás chozas, sola del todo, a no ser por el hombre que dormía y por la mirada del mestizo que sentía a mi espalda.

Salió el sol y yo seguía allí, como ida. Eliseo fue a sentarse junto al hombre que dormía y cuando ya el día estaba en pleno salió el mamo Gilberto, ceremonioso y pequeño. Se acercó y me dijo que lo mejor era que partiéramos hacia Santa Marta, que seguro en el camino, cuando ya la altura disminuyera, iba a sentirse mejor. "Ahora está mascando unas hojas de coca, eso le servirá. Esté tranquila".

Las hermanas García hicieron el equipaje, mientras su primo se recuperaba de la resaca e iba por la mula que había bajado hasta la cañada, para pastar en los lugares sagrados. Logramos subir a Frank y nos alejamos despacio. Miré por última vez el grupo de chozas, la kankurua grande y el alero que permitía ver las terrazas, con sus perfectos taludes de piedra. Eran las mejores tumbas que yo había visto.

No se equivocó el mamo Gilberto. Cuando llegamos a Puente Hurtado Frank empezó a dar señales de vida. Se bajó un momento de la mula y miró a su alrededor. Intentó caminar junto a nosotros pero se rindió unos metros más adelante. Tenía que esperar la travesía por el río para saber que ya estaba atrás, muy atrás, la Ciudad Perdida. La vivió, como dijo el mestizo, pero no pudo verla. ¿Qué les iría a contar a sus compañeros en Milford?

Vimos el mar desde la ventanilla del avión y nos dormimos después en medio del ajeteo de las azafatas. Íbamos para Medellín. Mi ciudad perdida.

Apreciada señora Lomas:

Me ha dejado usted muy preocupado. Yo estaba seguro de que su viaje a Nebraska, junto al lago Wallace, con ese clima tan suave que tiene en este tiempo de verano, iba a hacerle mucho bien. Pero ya ve, usted me cuenta –con una confianza que le agradezco porque me hace sentir útil en su vida– que está cansada de la vida que lleva, que quiere estar sola, lejos de todo y de todos.

Yo la entiendo, y no crea que se lo digo como una fórmula de cortesía. De verdad que yo sé lo que es el hastío, aunque sea en un momento de la vida de uno que los demás pueden considerar como de envidiable felicidad. Sin embargo, en vez de ponerme a divagar sobre las posibles causas de su tristeza, le quiero decir que usted debe ser fuerte, que no se deje derrumbar por las circunstancias. Me parece que hay algo o alguien en su vida que no la deja estar tranquila. Eso no me lo cuenta usted en su carta, y puede ocurrir que ni usted misma lo sepa. Piense quién podría ser ese alguien. Yo, por mi parte, no creo que sea el señor Lomas, y mucho menos su hija Helena.

Perdóneme. Usted puede pensar que yo aquí me las estoy dando de sicólogo o, peor todavía, de adivino, aunque le confieso que me gusta mucho todo eso del tarot y los libros que hablan de autosuperación, las siete leyes espirituales y la búsqueda permanente de un ser interior lleno de buena energía. En la biblioteca de Sandstone hay varios libros de Chopra. Pero la verdad es que esto que le digo es para que reflexione y no se deje llevar por la desesperación y cometa algún error que ni usted misma se lo perdonaría.

Tenga la seguridad, como usted me lo pide, de que nunca le voy a contar esto a su hermano Mauricio. Además, él y yo hemos estado muy distanciados en las últimas semanas. Cuando salimos al patio, casi siempre se va a hablar con los amigos del liceo que se encontró aquí, en Sandstone. Alguien de la unidad 3D hasta me dijo, aunque yo no le doy mucho crédito, que sus amigos se burlan de

mí, que les parezco un tipo raro. En fin, no la voy a atormentar con más problemas, sobre todo si en realidad Mauricio sigue siendo un gran compañero de celda. Ayer casi me enloquece, estuvo todo el día hablando de la música de una película que le gustaba. "Nombre código", creo que así se llamaba. Le daba golpes cortos a un trozo de metal y decía: así empieza esa cinta, con Tangerine Dream echando bala.

Pero bueno, sobre los comentarios en Sandstone, me dijo que no les hiciera caso, que se mordieran un codo si no les gustaba que yo hablara con él. Le confieso que esas palabras me emocionaron mucho. No es muy fácil oírlo hablar así. Usted lo conoce. Pero además está el hecho de que uno aquí se endurece, se vuelve agresivo y empieza a olvidar cómo era antes el mundo, cómo era uno mismo.

Mauricio se ha vuelto alguien muy importante para mí. Hasta he pensado en que si alguna vez nos cambian de celda sería horrible, no podría soportar a alguien más respirando tan cerca y utilizando el sanitario que tenemos a un lado de los catres, demasiado cerca como para agregarle también humillación y vergüenza. Yo le dije a él que no nos debía importar que la gente murmurara, pero él optó por alejarse un poco. Eso se entiende.

Le he estado enseñando inglés, y como él es tan sociable ya lo habla bastante bien. Usted se va a sorprender cuando hable con él.

Pero dejemos a Mauricio tranquilo. ¿Ya le hablé de Joe Quintana? Creo que sí. Bueno, yo hablaba tanto de él en el bar donde acostumbrábamos reunirnos que también hasta mis amigos del barrio empezaron a decir estupideces. No me importaba. Hasta en mi casa se dieron cuenta de lo que estaba pasando y aunque nunca me dijeron nada sí empezaron a levantar un muro entre ellos y yo. La única que me entendió fue mi hermana Pat. Es hermosa. Alguna vez va a conocerla. Una vez fui por ella al colegio. La vi salir con su uniforme y la bolsa de los cuadernos a la

espalda, como un morral de excursionista. Me abrazó muy fuerte y preguntó que cuándo iba a volver a la casa, que no bastaba que la llamara a preguntarle cómo iba en las materias. Tenía que ir para volver a jugar al baloncesto en el parque enrejado que está cerca del Riverside Park. Eso dijo ella. Ni se la imagine. Es pequeña y preciosa. Tiene una gracia especial.

Eso era lo que hacíamos cada domingo en la mañana y a veces hasta los sábados por la tarde. Ella es inagotable. Pero después me encerraron aquí, aunque primero estuve en un pequeño correccional de Duncan, y ella aparece apenas en mis sueños de cada noche, cuando corren las puertas y apagan las luces.

Ahí empieza todo, hasta las cartas que le escribo, porque primero las pienso, hago anotaciones en medio de la oscuridad y después trato de ordenarlo todo para que la conversación entre usted y yo tenga esa fluidez de la que hablaban los sicólogos contratados aquí en Sandstone por el mayor Evanston.

Esta noche y todas las siguientes voy a rezar hasta las oraciones que he olvidado para que usted empiece a ver el mundo con otros ojos.

Con cariño,

Ray Rivera

Posdata: es curioso, pero hoy lo que quería contarle era que por primera vez vi salir a alguien de la cárcel. No era un guardia, por supuesto. Qué extraña expresión en la cara la que tienen esos hombres que van para la calle. Tienen miedo, mucho miedo. Su sonrisa es como las de esas tardes de sol cruzadas por la lluvia. Puede que esto me traiga problemas, porque una de las condiciones del Programa Postal es no hablar de lo que sucede en el penal, pero me arriesgo a contarle que quienes salen deben pasar primero por un par de semanas mínimo en el cementerio.

No se asuste. El cementerio es un lugar adonde llevan a los que pronto van a resucitar. Es la última prueba y a todos nos toca. Lo curioso es que uno no sabe si es bueno que en poco tiempo llegue ese momento o, por el contrario, decirse a sí mismo, con una tonta satisfacción: todavía me faltan cuatro años para entrar al cementerio.

Por favor señora Lomas, sonría.

Capítulo 4

MILFORD ERA EL MISMO. UN PUEBLO. VOLVER ALLÍ ERA COMO hacer el amor un domingo por la noche.

El taxi que nos dejó en la acera del edificio debió ser el primero que trituró en esa calle las hojas crocantes de los árboles. El cielo estaba claro y la cancha de fútbol, donde hacía dos meses le había dado una pitada a un porro junto a Paul, parecía esperar con paciencia la primera lluvia, el viento que arrastraría toda la suciedad del sol y las vacaciones.

Cogí el grueso paquete de la correspondencia y subimos al apartamento. Junto a la puerta quedaron los morrales, despidiendo un olor a humo, a caminos polvorientos, a cantos destemplados de indios en la montaña de piedra. Frank se dio una ducha de agua fría y corrió a instalarse en pantalones cortos, sin decir ni una palabra, frente a su mesa de trabajo. Mientras tanto, yo intenté ponerle orden a la ropa, con las ventanas recién abiertas para que saliera todo ese tiempo guardado, lleno de cosas detenidas a la espera de nosotros. Después, agotada, prendí el televisor y me puse a ver un programa de "Hágalo usted mismo", sin poner mucha atención, medio dormida, con todas las imágenes de un viaje que apenas empezaba a crecer en mí como un campo lleno de maleza.

—Esto es una locura —le dije. La cabeza me daba vueltas. Creo que estaba discontinuada.

—Si no escribo voy a olvidarlo —le oí decir. No se detuvo, sólo habló.

—Claro, entiendo. Es un problema de memoria.

—Todo fue como un sueño y tengo que agarrarlo en el aire. Esas imágenes me han estado dando vueltas desde

que bajamos de la Sierra. Estaba loco por sentarme aquí y anotar todo eso. Es lo único que puedo hacer.

-¿Te molesta el ruido de la lavadora?

-No, no te preocupes.

-¿Y el televisor?

-No, tampoco -levantó la mirada y me preguntó acerca del pueblo donde iniciamos la travesía.

-Era Dibulla. Creo que así se llamaba.

Estuvimos así varios días, apenas hablábamos. Yo me detenía largas horas frente a la ventana o salía a comprar algo en el nuevo Kmart de la calle Littleton. Pero sobre todo me ponía a ver televisión y a escuchar, con audífonos y moviendo la cabeza al ritmo de las tumbadoras, un disco de salsa que había grabado en Medellín. Le envié a Mauricio por correo las cosas que mi mamá me hizo traerle. Entre ellas había un avión de balsa, pequeño como una tórtola, construido en el cuarto secreto de mi hermano. Era tan delicado que resolví dejarlo. Algún día podría ir a Sandstone, pensé, tal vez cuando Frank se graduara y pudiera sacar un par de semanas libres.

Por ahora su tiempo se iba en trabajar, encerrado como un loco. Apenas si contestaba el teléfono cuando era imposible negarse. Comía poco, en asaltos de insomnio a la nevera. Fueron tres días seguidos, hasta el sábado por la noche, cuando fue hasta la cama para abrazarme. Yo estaba boca-bajo, con el televisor parpadeando al frente. El cuarto parecía envuelto en una pequeña tormenta eléctrica y yo estaba ahí, sin poderme dormir, hasta que lo sentí a él, acercándose, como si no quisiera despertarme. Le temblaba la mano que puso sobre mi espalda. Se tomó todo el tiempo, casi un año, hasta que decidió estacionarla una cuarta más abajo, muy cerca de donde empezaba el fin aparente de tanta soledad, húmeda de vallenatos, que me había acompañado durante todos esos días. Siguió bajando en movimientos circulares y con una leve presión me hizo separar las piernas. Se detuvo un momento, justo antes de entrar en un

movimiento rápido, ansioso. Jugó así mucho rato. Yo lo imaginaba ahí, a mi lado, conteniendo la respiración para hacerme creer que era un fantasma, alguien que había entrado al cuarto por la ventana y me llevaba ahora hacia cualquier parte, con los ojos cerrados. Frank pensaba que nada más teníamos que imaginarlo para que todo eso sucediera, para que él siguiera inventando movimientos, muy adentro cuando ya no era capaz de contenerse, y en la superficie, sin tocarme siquiera, cuando lograba ponerle al juego un freno que dolía y me hacía maldecirlo. Ahí empezaba a huir de mí misma, en un instante de palabras sucias.

Se levantó temprano y siguió trabajando. A las ocho volvió y otra vez empezó a moverse, detrás de mí. No necesitaba decir nada. Yo sabía de qué se trataba.

Ahora me parece que ese tiempo fue hermoso. Estaba lleno de momentos claros y otros tantos muy oscuros. Pero no lo veía así, me parecía que todos los días eran iguales, que el tiempo no pasaba y hacíamos cada cosa como si alguien nos dictara lo que debíamos hacer. ¿Quién me habría dicho esa mentira? Yo iba y venía por el apartamento, mientras él garrapateaba las páginas de su tesis. Un día le conté a Evelyn, cuando acababa de mudarse a su nueva casa, a media hora de la universidad, y ella me dijo que nunca sería capaz de vivir con alguien así, tan entregado al trabajo. Carlos, dijo, abrió la puerta de la casa y se olvidaba por completo de sus clases en la universidad. "Nada de trabajo aquí", dijo ella, con ese gesto reconcentrado que desdibujaba más sus labios.

Fui a más fiestas del sábado por la tarde. Como siempre, ellos se iban y nosotras nos quedábamos en la sala como unas niñas que salen al recreo de la escuela. Tomábamos cerveza y nos dejábamos llevar por una sensación de indolencia, envueltas en la penumbra y hablando tonterías. Descalzas, nos acostábamos sobre la alfombra en la elegante casa de Evelyn. Nada nos importaba. Llorábamos también o nos reíamos como locas.

Claro, ellos siempre eran el blanco. Carlos Siegert, el profesor Lapid, el doctor Rainer, todos, hasta Frank. Evelyn insistía: yo debía liberarme. A mí me daba risa esa palabra, no la escuchaba desde el tiempo en que mi hermano, el que hacía los aviones en su cuarto secreto, acostumbraba llevar a una amiga a la casa. Mi mamá se enfurecía en silencio. La pobre iba de un lado a otro, por toda la casa. Sufría hasta muy tarde, mientras ellos hacían ruidos de ratón sobre las tablas del zarzo. Por momentos la casa temblaba y después todo volvía a como estaba antes. La muchacha salía al amanecer, caminando con su mochila arhuaca, y yo me quedaba en la cama pensando que ella era una mujer libre, que no le importaba nada. Era como un hombre, fea y maravillosa. Yo quería ser igual, ir a la universidad, amanecer por ahí, en la casa de un amigo, hasta que mi mamá se enloqueciera. Algún día, pensaba.

Evelyn solía decir que todas teníamos que salir del cofre. Le gustaba esa frase. "Debe ser por sus joyas", me dijo una vez Kate al oído, en un momento en que ya estábamos volando muy alto, muertas de la risa, chillando por toda la sala mientras sonaba un disco de Julio Iglesias.

Como el primer día, a ellas les gustaba que yo les contara historias de mulas y sicarios. Se había convertido en una manera de cerrar cada sábado de prozac, ya todas pasmadas, con ganas de irnos a dormir. A veces me pasaba la semana inventando un cuento, algo bien estrafalario. No era difícil, para qué voy a negarlo. Después de todo, Rodríguez me contaba cosas de sus amigos y de lo que él mismo hacía cuando me dejaba en la casa, después de la universidad y de la noche, de ver la ciudad que pasaba a un lado y otro de su motocicleta. Yo subía las escaleras de mi casa y oía desde ahí el motor, a toda. De él me quedaba el olor, alguna palabra sucia que pronunciaba mientras se reía. Apagaba entonces la luz y me iba a dormir, con el radio encendido en la FM220, la emisora de las baladas.

Me acosté sobre la alfombra. Tenía el bluyín desabotado, el pelo suelto. Cerré los ojos. Lo último que vi fue la lámpara del techo, alta y grande, como un animal. Ellas me escuchaban.

“Una vez fuimos a una casa. Era enorme y llena de cosas de la India. Había elefantes de bronce y tigres de madera a los pies de una mesa de veinte puestos. Uno subía por la transversal superior de El Poblado hasta que la carretera se convertía en un camino estrecho. Se veía toda la ciudad desde arriba, entre los pinos que delimitaban las propiedades. Un hombre armado nos abrió la puerta y saludó a Rodríguez con un apretón de manos. A mí me dijo que era bienvenida y que si había llevado el traje de baño. Nada de eso, le respondí, venimos a bailar. La fiesta pasaba por su mejor momento. Era el segundo o tercer día, y seguirían más porque el motivo de la celebración era grande: cien kilos en Miami. Entonces don Pablo estaba en medio de todo, acompañado de sus hombres. Fuimos a saludarlo y él le dijo a Rodríguez que lo felicitaba, que tenía buen gusto. Sin embargo, agregó, yo estaba ciega, ‘porque este man es más feo que pegarle a la mamá de uno’. Todos se rieron y nosotros aprovechamos para escurrirnos hacia donde estaban los demás, junto a la piscina, en un alboroto de salsa que a todos los puso a bailar. Tenían una orquesta que había venido de Nueva York. El que cantaba era el famoso Joe Quintana y yo me quedé un rato viéndolo. Era la primera vez que podía ver a una estrella, ahí cerquita, cantando de verdad para que yo bailara. Era un hombre serio, casi viejo, parecía llevar un dolor que la música de tambores no lograba borrarle. A veces le pedían un bolero y entonces él hacía un gesto de resignación. Tomaba el micrófono con las dos manos y levantaba la mirada al cielo despejado de Medellín, todo el rato, hasta que terminaba. Bailamos mucho. Tal vez demasiado. Cansados, decidimos sentarnos en unas sillas de plástico que, por milagro, estaban libres bajo la sombra de un totumo. No

me pregunten que qué es eso. Es un árbol y ya, apenas para cabezas huecas como las de ustedes. Bueno, a nuestro lado había un grupo de hombres que Rodríguez no conocía bien. 'Creo que son primos de don Pablo, pero no estoy seguro', me dijo. Ellos eran gordos y tontos. Hacían chistes sobre la neurona solitaria que juega al ping pong en la cabeza de las mujeres. 'Tan graciosos estos hijueputas', le oí susurrar a una muchacha que estaba a mi lado. Los miraba con rabia pero pronto cambió su expresión por una sonrisa de plástico cuando uno de los hombres se le acercó y le dijo que ya era el momento de empezar el juego. 'Listo', respondió ella. Se fue y volvió a los dos minutos con otras tres muchachas. Eran más jóvenes que yo. Más que cualquiera de nosotras. Tenían como quince o diecisiete años, no más. Sonreían nerviosas y caminaban con una soltura aprendida. Más bien desfilaban, mostraban lo que tenían, la ropa ajustada, los senos de quirófano, altos tacones que hacían ver sus piernas como avenidas interminables. Se acercaron al grupo de hombres gordos y uno de ellos les dijo que algo debían hacer si querían ganarse un premio que jamás se hubieran imaginado. Ellas insistieron y, entonces, él les aseguró que el premio sería el carro que la ganadora escogiera de todos los que estaban estacionados afuera. Sólo tenía que salir, mirar en el garaje o a la entrada y decir: 'este' o 'aquel'. Ellas celebraron con un beso a cada uno de los gordos. Rodríguez me cogió de la mano, tal vez pensó que yo también iba a irme con ellas. Pero nada de eso. Alrededor la fiesta seguía como si nada. Seguro cada grupo tenía un juego distinto. Unos bailaban, muy pocos estaban dedicados a mirar. Nada más los que estaban de guardia. Vi a don Pablo que se levantó de su silla, grande y pesado. Acababa de decir un chiste y todos lo celebraron dándose palmaditas en las piernas. Parecían unas hienas, seguro, como las que una vez vimos en el desierto. Después, al mismo tiempo, se tomaron un aguardiente. 'Pero bueno', dijo el hombre gordo, 'ahora vamos a

decidir en qué va a consistir la competencia'. Se juntaron para hablar en secreto. Parecían de un equipo de baloncesto agobiado por el sobrepeso de los jugadores. Soltaron otro chiste y al final, entre risas, se acercaron a las muchachas. Uno de ellos habló con solemnidad: 'dicen que aquí no hay cucarachas, pero ayer don Pablo encontró una. Claro, él no la mató, prefirió dejarla con vida. Yo creo que le dio lástima de la pobre. Ustedes saben, ninguno aquí es capaz de matar una mosca... Y bueno muchachas, no más suspenso. Lo que ustedes tienen que hacer, entonces, es buscar la bendita cucaracha, traerla aquí y comérsela delante de todos. Hasta puede que tenga buen sabor y, además, la afortunada puede pasarla con aguardiente' ”.

—¿Y la encontraron? —preguntó Kate.

—Ellas se fueron a buscar. Seguro esculcaron en los cuartos, detrás de las cortinas, en la cocina. Yo no pude ver eso porque me quedé con Rodríguez junto a la piscina. Pero al rato volvieron y una de ellas traía la cucaracha, metida en una bolsa plástica.

—¿Se la comió? —preguntó Evelyn.

—Claro. Pero antes se tomó casi una botella de aguardiente. Cuando se la echó a la boca ya casi ni sabía qué era lo que estaba haciendo. Durmió su borrachera en el asiento trasero de un Mercedes convertible. Ella era muy hermosa, el carro también.

Nunca voy a saber por qué les gustaba oír esas historias. Se quedaban en silencio mientras yo hablaba. Le bajaban el volumen a Ray Coniff o a Julio Iglesias y me prestaban mucha atención. Me hacían sentir que de verdad tenía algo para contarles, historias, partes de mi vida, lo único que yo había visto, lo que había vivido, lo que había inventado.

Pocos días después Evelyn me llamó para que hiciéramos un paseo a su casa de campo. No es que fuera de los Siegert, pero muy pronto lo sería, al menos cuando muriera el padre de Carlos, un rico abogado de Boston, viudo y

sin más hijos conocidos. Si él no disponía lo contrario, y Evelyn confiaba en eso, todos sus bienes irían a parar a la pequeña fortuna que ellos ya tenían a fuerza de créditos y otros malabares financieros. Era una casa de madera, blanca y clavada entre los árboles de Red Mountain, a dos horas por una carretera solitaria que ascendía en una sucesión de curvas y precipicios. Aunque no insistió mucho, la idea era que Frank también fuera, “pero sin libros ni notas de sus clases”, advirtió. Debió sentirse mejor cuando le dije que él viajaría ese fin de semana a Chicago para asistir a un seminario.

A las nueve de la mañana hicieron sonar la bocina del carro. Me asomé a la ventana y vi que Evelyn venía con su hermano Paul y los dos niños. Atrás sacaban sus cabezas los dos mastines que también llevaban su apellido. Nadie más. Pensé que después iríamos por Carlos. Pero salimos de Milford, pasamos por la universidad y nadie lo mencionó a él. Nos fuimos cantando unas canciones de Carole King que todos nos sabíamos. Paul prefería los Carpenters porque, dijo, le recordaban cuando estaba en la secundaria, antes de alistarse, y en su colegio todos lo llamaban para que les tomara fotos de los partidos de fútbol los sábados por la tarde.

—Desde eso tengo la fijación de los sábados por la tarde. Es un momento de gloria —dijo Paul—. Salíamos de los partidos y yo me quedaba un buen rato fotografiando a los muchachos que celebraban. Desde entonces no me he separado de esas imágenes, siempre con la luz de ese día y esa hora. No hay más. En esas horas, prolongadas cada semana, se me ha ido la vida.

—Buena vida. Una vida de eterno soltero —dijo Evelyn.

Cuando llegamos Carlos nos esperaba en la explanada donde terminaba el camino. Se fumaba un cigarrillo y llevaba una camisa y un pantalón blancos, con escrupuloso y caro foulard de Turnbull & Asser. Parecía el dueño de una gran empresa al terminar un partido de golf. Pensé que la

Fox podría hacer una buena inversión en este hombre alto, serio, de cara llena de ángulos, de aura interminable, la mirada con algo de terciopelo, dura pero sin dejar de tener encendida una pequeña llama, algo que a veces me hacía pensar en él mientras el pobre Frank se afanaba sobre mí cada mañana.

Estaba furioso. Cuando nos vio le dio una última chupada al cigarrillo y lo lanzó hacia los árboles. Se acercó a la ventanilla y le preguntó a Evelyn, sin esperar a que ella se bajara, que por qué no habíamos venido con Frank, que acababa de hablar con él en la universidad y no tenía idea de lo que íbamos a hacer.

—Lo siento —dije—. No tuve tiempo de contarle, él iba para Chicago y preferí esperar para llamarlo a su hotel.

—Es una lástima. Me pareció que a él le hubiera gustado venir.

Eso creía él. Pensé. A Frank no le gustaba salir con Evelyn. Le espantaba la sola idea de tener que ir a su casa. Prefería a Carlos, aunque decía que era un poco pedante, con tantos detalles de ropa y de comportamiento social que él se sentía un poco intimidado.

Paul entró a la casa con los niños y yo fui a sentarme en el corredor de la entrada, sobre una silla de bambú y cojines de plástico que se mecía haciendo en sus ejes un gracioso ruido de pájaro. Estuve un rato mirando el paisaje. Los árboles y una colina despeinada iban y venían, hasta marearme. Carlos y Evelyn se habían quedado junto a los carros, discutiendo, mientras los perros daban vueltas a su alrededor. Ella lo miraba con sus ojos de hielo y él luchaba por salir de su compostura. No pudo lograrlo. Evelyn lo dejó ahí plantado y fue a sentarse junto a mí, como una fiera, haciendo que el columpio se meciera a su imagen y semejanza.

—Es un hijueputa. Ya lo viste. Se aparece sin ser invitado y cree que puede enojarse con el que quiera.

—Tranquilízate Evelyn. Fue culpa mía. De verdad lo siento mucho —¿qué otra cosa iba a decirle? Ella aspiraba

el aire de los pinos como si fuera un tornado y decía cosas que mejor ni recordarlas. Así era.

Carlos desapareció en la oscuridad de la casa. Nosotras mismas nos olvidamos de él. Se había encerrado a leer en uno de los cuartos. No bajó a almorzar ni atendió el llamado de los niños en su puerta. Pero a Evelyn no parecía importarle.

—Ya vas a ver. Cuando termine la tarde va a salir de su encierro y se irá para Milford. Solo y muerto de hambre. Seguro no va a aguantar y entonces tendrá que parar a comerse una hamburguesa en algún lugar de la carretera. Es un hombre predecible, como Frank.

—A Frank no he podido conocerlo.

—No lo has observado bien. Todos ellos tienen una rutina, piensan igual. Son de una brutalidad que puede ser brillante si nos descuidamos. Pero fíjate en lo que dicen, intenta descifrarlos y te vas a dar cuenta de que ahí no hay nada. Están vacíos.

—¿También Paul?

—Él es un niño. Míralo cómo juega con ellos. Parece que viviera en otro mundo.

—Es afortunado.

—No. Es soltero.

La tarde no terminó según las predicciones de Evelyn. Carlos bajó de su escondite, más joven y fresco. Se había puesto unos pantalones y una camisa de mezclilla, con unos tenis que parecían recién comprados en Filene's. La nube de su loción nos llegaba clarísima y vi en ella, por primera vez desde que la conocía, una cara de perplejidad que la hizo levantarse del columpio cuando él le tendió la mano y le preguntó si podían dar una vuelta juntos.

Bajaron por el camino bordeado de pinos. Estaban muy tranquilos. Él le hablaba y ella miraba hacia el frente, hacia el paisaje de casas distantes. Los vi alejarse, entretenida con la idea de que todos los días, cuando estamos casados, vivimos pequeñas historias como la de esos

dos que se iban chasqueando la grava con zapatos deportivos recién comprados en la calle Newbury, como si acabaran de conocerse, listos para iniciar otro baile de máscaras.

En eso pensaba cuando vi a Paul que se acercaba para ocupar el lugar de Evelyn. El columpio se inclinó un poco a su lado y el pájaro atrapado en los ejes hizo un ruido de desagrado. Tal vez no iba a aguantar, así que mejor decidí sentarse frente a mí, sobre la balaustrada.

—Ya los viste. Son tremendos. Así es toda la gente que se casa.

—¿Y los niños?

—Sssh. Ni los menciones. Casi no puedo escurrirmeles. Estoy agotado.

—No es para menos. Has estado todo el día con ellos. Para tener hijos como que es necesario pasar una buena temporada en el gimnasio.

—No lo dudes. Aunque claro, yo no los he tenido.

—¿Miedo?

—No lo sé todavía. Nunca lo he pensado en serio. Cada vez que vengo a la casa de Evelyn y los veo a ellos caigo en la cuenta de eso. Me encantan los niños, por eso no me gustaría que tuvieran que aguantarme.

Era un hombre de pensamientos sencillos. Antes, la primera vez que lo vi, pensé que era algo así como un filósofo maldito. Pero no. Miraba con tranquilidad y hablaba sin adornos. Parecía que nunca en su vida se había leído un libro. En su memoria sólo podría tener la música de antiguas discotecas y el ruido de los estadios detrás de él, mientras corría, yarda tras yarda, captando la carrera de Jim Whitman, plateado y corpulento con su uniforme de los Patriots, en busca de un angustioso touchdown.

Paul se apoyó con las manos y arqueó la espalda para mantener el equilibrio. Su cara, entonces, estaba muy cerca de la mía. El mentón de piedra, los ojos claros. Sobre la frente le caía un mechón de pelo rubio.

Me preguntó si podía fumarse un bareto. Yo asentí y de inmediato se puso a armarlo como ya me lo había explicado. Parecía el pase de un mago. Aproveché y le di un par de pitadas. Después de todo era lo mismo que fumarse un lucky.

Junto a él me sentía distinta ¿Cómo hago para explicarlo? Distinta. Era como Frank pero sin el látigo de los libros. Cuando lo miraba a los ojos, aunque estuvieran enrojecidos de marihuana, se podía ver que allí mantenía un gran arsenal de paisajes. Era un aventurero de verdad, un hombre hecho de imágenes, de países, conocedor de toda la historia del Súper Tazón. Empezó trabajando en el mismo equipo de Howard Cossell, el mismo que tanto mencionaban Kate y el viejo doctor Lapid. Hablaban de él como si hubiera sido su amigo. De tanto oírlos hasta yo podría reconocerlo ahora si me cruzara con él por la calle, aunque ya estuviera muerto, hablando sin parar con aquella voz que le salía de la nariz, tan alto y tan viejo como una de esas estrellas que uno puede imaginarse pasando el invierno en una casa deshabitada y suicida de Laurel Canyon.

Agradecí que no se pusiera a hablar de Cossell. En su memoria sólo cabían ya los días en la escuela, los dulces Carpenters y una caminata por el desierto, desde Orogrande hasta el pie de las montañas Hueco, los niños de Evelyn y siempre, todos los días y a toda hora, su bote anclado en la bahía de San Diego.

-¿Ya te contó Evelyn acerca de mi bote?

-Algo me dijo.

-Es mi vida. Hasta puedo decir que es mi hijo, mi esposa. He estado con él semanas enteras. Cuidándolo, navegándolo con lascivia. Ha valido la pena. Se lo compré a alguien que ya pensaba venderlo por piezas y hundir el resto, un cascarón viejo lleno de agujeros. Lo convertí en un gran barco.

Le brillaban los ojos cuando se refería al "El Iluminado", con ocho metros de eslora que él recorría solitario,

dedicado a brillar todas las piezas, revisando el casco y los instrumentos. No era difícil imaginarlo, al final de la tarde, sentado en la cubierta con la mirada puesta en esa luz que se acababa, la mente en blanco y los ojos llenos de agua.

Cuando volvieron Carlos y Evelyn ya el humo se había disuelto en el aire. Menos mal. Nos habrían matado si por lo menos sintieran que nos habíamos fumado un cabo mientras los niños jugaban en la sala. Venían abrazados, se reían y hablaban al oído. Eran felices, pensé, y lo mejor es que en ese momento todos estábamos a tono. Paul acababa de contarme su primera travesía hasta San Francisco, con el corazón palpitándole en la proa, frente al puente enrojecido que cruzaba la bruma.

Estuvimos allí hasta por la noche y al regreso, como los niños estaban dormidos, se decidió que Paul me llevaría hasta la casa en el carro de Evelyn, mientras Carlos conducía el otro, un station wagon que los hacía ver como una familia feliz, ella irlandesa y él americano, o al contrario, con sus dos hijos de New England y sus dos perros de Siberia.

Nos fuimos sin música. Nada más veíamos la carretera, que parecía llevarnos sin sentido. Paul hablaba poco. Me preguntó por Medellín, quería saber si tenía un río, algún barco. “Hay un río, le dije, pero yo creo que así no son los ríos. Lo único que hace es partir en dos la ciudad”.

–Se ve que no te gustaba vivir allá.

–Siempre quería irme. Y ahora que me he ido, quiero seguir así, ajena a todo, sin enamorarme de nada.

–¿Ni siquiera de Frank?

–Lo de él y yo no ha sido fácil. Lo quiero mucho pero todavía no lo entiendo.

–No te preocupes. Yo creo que no es necesario entender a la gente. Hasta me parece que ni siquiera es posible.

–Cuando nos conocimos todo estuvo bien. Salíamos a dar vueltas por las carreteras. Nos reíamos de todo, hasta de nosotros mismos. Después nos dejamos llevar por la marea de las facturas.

—Claro.

—Apenas nos conocemos y ya te estoy metiendo en mis problemas.

—Para eso te pregunté. Te quiero conocer. No es fácil acercarse a alguien y menos a una mujer.

—Eso lo dice todo el mundo.

—Sí, perdóname. Soy un tonto.

En el camino perdimos a los Siegert, así que entramos a Milford pensando que todavía podíamos prolongar un poco más la noche. Paramos a tomarnos una cerveza en un bar de la calle Littleton, cerca de la estación de gasolina. Se puso a llover y nosotros estábamos junto a la vitrina. Desde ahí la calle se veía como el interior de una pecera. Pasaban los carros y dejaban una raya de luz, un lomo de pez que corría a ocultarse. Nuestra conversación logró seguir el mismo ritmo de una oración que no termina, en un latín adormecido, un idioma como el de las ceremonias de los kogis: palabras que dicen con fervor y nunca las entienden. Recuerdo que estaba sonando una canción que me gustó. Él me dijo que era de Johnny Winter: "Back door friend".

No estuvimos allí mucho rato. Acaso una hora. Lo suficiente para que ya la noche, sin remedio, empezara a acabarse. Pensé que Frank podría llamarme desde Chicago. Además, no me sentía muy bien. Quería dormir, darme cuenta de que todavía era capaz de estar sola en una cama, fumarme un lucky en la sala, con un disco de Julio Iglesias llevándome hacia la madrugada. Sola, quería estar sola. Caminar por la casa sin la certeza de que él estaría allí, en alguna parte de ese espacio tan estrecho, aguantándonos los dos las ganas de conversar.

Cada día él estaba más encerrado en sí mismo, en las cosas que estudiaba. Yo, en cambio, cada vez estaba más lejos de allí, estaba en la oficina de Real Estate, trabajando junto a Evelyn, o en una casa que iba a vender o en un bar donde me comía una ensalada con un cliente que no

sabía coger los cubiertos y tenía lo suficiente para comprar una mansión a orillas del lago Hirsh, tan romántica y refinada como su floreada camiseta de Miami, tan llena de fina fantasía como el enorme lazo de oro que colgaba de su cuello. Los veía como un moco cuando me preguntaban: ¿tiene piscina?

Llegamos al edificio y nos despedimos. Subí los escalones hasta la puerta y traté de abrir. La llave no pasaba de la primera vuelta. Miré hacia arriba por si había alguna luz encendida. Nada. Todos dormían sin saber que estaban ahí, atrapados, con el arrullo de una lluvia intermitente que serviría para amenizar una muerte segura, frente al televisor encendido. Alcancé a pensar que si se diera una alarma, todos, tan buenos y solidarios, morirían junto a la puerta, desesperados, pisoteados, uno encima de otro.

Paul seguía en la calle, con el carro encendido. El motor jadeaba como los grandes perros de Evelyn. Se bajó y trató de ayudarme. Le dio a la puerta un empujón seco. Las bisagras se lamentaron. Un golpe más y todos iban a despertarse. Estaba equivocada, ni la puerta cedió ni se encendió ninguna luz en las ventanas. Era un edificio de troncos.

Resolvimos dar una vuelta alrededor. Tal vez podríamos encontrar otra manera de entrar. El apartamento estaba en el primer piso y tenía dos ventanas que daban a la calle. Otra exageración mía. Sólo se trataba de un par de rotos en la pared, cercados por una enredadera y tan pequeños que apenas si cumplían su función de dejar entrar, por la mañana, un chorro de luz. Recordé que el vidrio de la cocina podía quitarse si uno conocía el secreto. Tenía una clave que descubrí en una de mis maratones de limpieza. Nos pusimos a trabajar. Le dije a él que sólo estuviera listo para detener el vidrio cuando empezara a aflojarse. Un carro pasó despacio. Vimos la cara del conductor que parecía preguntarse qué era lo que estábamos haciendo. Sólo necesitábamos empujar una vez, muy fuerte, para que la ventana quedara abierta. Era una tontería, cualquiera

podía entrar y llevarse todo lo que encontrara. El problema es que no teníamos nada, a menos que el ladrón estuviera interesado en conocer el estado actual de las culturas indígenas en América del Sur o el Damana como lengua de palabras que al escribirlas se niegan a sí mismas. En ese caso los únicos sospechosos podrían ser los profesores de patillas, tan serios, tan joviales cuando están frente a su clase. Sus seguidores, jóvenes estudiantes que querían ser algún día como ellos, temblaban de admiración y respeto. Sabían demasiado. Lo único que escapaba a sus conocimientos era que casi todos los sábados, cuando se iban de la casa de Evelyn, la fiesta del prozac nos volvía locas.

La ventana quedó abierta, pero el vidrio pareció deshacerse en nuestras manos. Sentí que resbaló, que se partió en dos cuando Paul trató de detener su caída. No pudo y cayó al suelo, sobre la acera del edificio, convertido en mil pedazos de ruido que iban a quebrar el sueño de todos.

Nos dio risa, una risa de pájaros varados cuando ya la noche sabe que pronto dejará de serlo. Nos lanzamos hacia el hueco recién volado por una pareja de delincuentes, prófugos de la justicia del condado. Sin miedo, seguidos por el viento, saltamos a la casa convertidos en un par de sombras.

Por un momento tuve la sensación de que entrábamos a otra parte. No era la casa de Frank, tampoco era la mía. Esta vez era un lugar que nunca habíamos habitado. Se abría como un acordeón, estaba llena de aire, de corrientes marítimas. Cerré lo mejor que pude y amarré las cortinas, asegurándolas bajo el peso de varios libros sobre las dos sillas de plástico que casi siempre, cuando Frank y yo no estábamos frente al televisor, nos servían para comer.

Aterrizamos en la sala. Sólo teníamos el sofá de tela escocesa y ahí estábamos él y yo, en el último tramo de la risa que nos había dado. Respiré hondo y cerré los ojos. La noche y el día habían sido peligrosos. Me pareció entonces que la madrugada podría serlo aún más.

Fui por un par de cervezas. Abrí la nevera y sentí la corriente de aire que me templaba el cuerpo. Extendí los brazos frente a esa luz de invierno artificial. Me imaginé que era una lámpara de neón titilando en la puerta de un bar de mala muerte. Era un frío que no servía para cambiarle el rumbo a lo que ya había comenzado. Me sentí desnuda frente a todas esas cosas que eran la rutina, nuestra rutina de almuerzos pesados los domingos y comidas en silencio frente al parpadeo del televisor. Me quedé un buen rato. Estaba en estado gaseoso. Me desabotoné la blusa y esperé a que la nevera hiciera su trabajo con esa cosa maleable que era yo aquella noche. Era un intento por entrar en sintonía con el frío, recobrar la calma para poder regresar al sofá, junto a Paul, y seguir hablando con él, muy tranquilos los dos, como estábamos en la finca de los Siegart.

Cuando creí haber vuelto a mi estado sólido regresé a la sala. En el camino me miré al espejo. Muy pronto iba a cumplir treinta años. Nada más me faltaban dos. Cuando tenía veinte pensaba que los de treinta eran ancianos. Ahora llevaba el pelo demasiado largo. Tal vez ya no me lucía. Me arreglé la blusa pero no la abotoné del todo. Dejé libres los dos últimos botones apenas lo suficiente para no sofocarme y poner a prueba su aplomo de marinero aficionado. Con seguridad iba a pillarlo con sus ojos a la deriva.

Soy una tonta. Soy una tonta. ¿Dónde habré aprendido esas tonterías?

Paul seguía en el sofá como un niño que esperaba algo, una sorpresa que trataba de adivinar mientras alguien por detrás le tapaba los ojos con las manos y le preguntaba, con una voz de falsete, quién era ese fantasma que lo asaltaba. De todas maneras no había resistido la tentación de fumarse un lucky. Lo tiró por la ventana y me abrió espacio. Apenas si cabíamos los dos. Frank detestaba ese mueble, decía que se parecía al nido de un gato viejo.

Sentarme junto a él, entonces, fue casi lo mismo que abrazarlo. Estábamos tan cerca que pude ver las arrugas

alrededor de sus ojos, la frente en desbandada y el salitre en la piel, una piel que se acercaba a medio siglo bajo el sol y la lluvia en la algarabía dominguera de la guerrilla del NFL.

Cualquier movimiento en el sofá nos conducía al cuerpo del otro. No teníamos otro camino ni otro mueble, a no ser que alguno de los dos se recostara en la cama y habláramos como dos vecinos, de un piso a otro, sin miedo a los tabiques de madera que hacían el papel, para todo el edificio, de una complicada y efectiva caja de resonancia.

Sus movimientos eran rápidos. Sabía moverse en aguas desconocidas. Yo, en cambio, fui tan torpe como siempre. Aunque es injusto decirlo. Sólo me dejé llevar por esa sensación vaga que me venía rondando desde la tarde que hablamos en el estadio, envueltos en el humo de la yerba. Con él, creí descubrirlo, podía olvidarme de todo.

Ahora que miro este paisaje de hielo, trato de pensar en esa noche. Tan distinta a esta calma de hoy que me destroza los nervios. Eso fue hace menos de un año y ya parece que pasaron siglos por encima de mí. Yo quería volver a Frank y había encontrado a Paul, un hombre que viajaba, que conocía las corrientes de agua, el mar y el viento. Si llegaba a quererme lo haría de una manera extraña, difícil de entender para cualquiera.

En vez de besarnos tratamos de hacer un largo viaje, sin prisa, por el cuerpo de cada uno. Se veía que a él le gustaba estar en esa puerta de entrada. Se demoró ahí mucho rato. Lo vi reptando, buscándome los pies. Acarició mis sandalias de verano y siguió río arriba. Fue breve donde más debía quedarse. Ese era su juego. ¿A través de cuántas mujeres lo había aprendido? Era lento y fetichista. Yo lo dejé, esperé, escuché lo que murmuraba cuando acabó de abrirme la blusa. Tenía los ojos cerrados. Eso me gustó. Resolví tomarlo por los hombros. Parecía un muchacho. Delgado y frágil. Obediente, se tendió a lo largo del sofá y yo hice lo mismo sobre él. Navegué así durante un buen rato, hasta que decidí poner un pie sobre el suelo y la otra

rodilla firme sobre el mueble. Respiramos hondo. Toda la habitación, todo el apartamento y el edificio con su puerta clausurada, estaba derrumbándose dentro de nosotros mismos. Todo ahí era de vidrio.

Al rato, tal vez un año después, demasiado pronto para quien ha caído en el vacío, abrimos los ojos y vimos la otra oscuridad, la del lugar donde estábamos, iluminada por un foco desnudo, como de presidiario.

Sin remordimientos, yo me sentía muy puta, ahí tirada junto a Paul. Él se hizo a un lado para buscar entre su ropa. Armó otro bareto. Le dio un primer pitazo en varios tramos, lo más profundo que pudo, y me lo ofreció enseguida. Me levanté para apagar la bombilla y nos quedamos así, a oscuras, fumando tranquilos, sin música ni televisión. Paul y Mayte. La joven esposa del joven profesor Frank Lomas junto a alguien que tenía un bote fondeado en la bahía de San Diego. Un viejo marinero de cincuenta años mal vividos. Los dos solos, el edificio cerrado por vacaciones de verano y una ventana rota por la que entraba el viento.

No volví a saber de él. Ni Evelyn ha querido mencionarlo en mi presencia. Tres semanas después de esa noche me llamó desde Los Ángeles. Era domingo y ya muy pronto, me aseguró, tenía que bajar a la cancha para hacer las tomas en directo del juego entre los Platers y los Jets. Dijo que tenía mucho trabajo y sólo esperaba el día en que pudiera volver a salir en su bote. Era lo que más amaba. No podía vivir de otro modo. Para hablar con él me encerré en el baño, mientras Frank merodeaba por la sala.

Para su cumpleaños le envié una caja de navegante. La compré en una tienda de Discovery que acababan de abrir en el centro comercial de Milford. Me enamoré de ella cuando la vi. Era de cuero. Parecía antigua de verdad, y cuando se abría saltaba encima de uno el oro de los instrumentos. Tenía un sextante, una brújula, un telescopio y un pequeño tablero, con marco dorado, en el que se representaban los nudos del marinero. No me fijé en lo que valía. Sólo pagué

con la tarjeta, la hice empacar y les dije que por favor se la hicieran llegar a Paul Marsh, en una dirección extraña. Era la dirección de alguien que quería escurrir el bulto. Eso es lo que ahora creo. Fondeadero 77, San Diego, CA.

En fin, después de todo fue una manera de despedirnos.

Lo último que recibí de él fue una carta. Debió costarle mucho trabajo ponerse a escribirla. Tenía una letra ordenada, de muchacho aplicado en sus clases de bachillerato. La tuve conmigo un buen tiempo, bien guardada entre mis provisiones de toallas. Estaba segura de que así Frank nunca iba a tropezarse con ella. A veces la leía. No voy a decir que todos los días, pero sí cuando quería irme lejos de Milford, de todas partes, acabar con esa quietud académica que ni las baladas, mis pobres baladas, lograban romper. Entonces un día puse un disco de Nino Bravo, con esa voz de hombre tan llena de dolor. Yo le creía mucho a Nino Bravo. Me dio por sacar la carta, volví a leerla y la rompí, mientras Nino cantaba y se moría de joven, hermoso y solitario a la orilla de una carretera.

*Señora, señora,
una vez fuiste alegre
para ti cantó el amor.
Te encuentras cansada,
sola, triste, acabada,
escondiendo tu dolor.*

Amontoné los pedazos de la carta y los puse frente a la ventana por la que habíamos entrado para robarnos esa noche de agosto. Era una ceremonia de despedida. El viento se demoró en llegar pero lo hizo. Una ráfaga se la llevó toda de un manotazo y yo me quedé viéndola. Parecía nieve desmelenada que empezaba a caer de los árboles más altos. Se perdió en la calle, la arrastraron los carros y la pisaron en la esquina dos niños que pasaban con su padre, muy abrigados, rumbo a la escuela Frederick.

Lo que ahí decía estuvo alguna vez, casi todo, en mi memoria. Ahora sólo conservo frases, palabras aisladas que he luchado por no dejar ir. Yo soy así, me olvido de todo, me enamoro de todo. Parezco una baladista.

“Yo quisiera ser alguien que te ayude a vivir, no a morir, quiero ayudarte a querer más a tu esposo, a ser tú misma. No ha sido fácil para mí llegar a tu vida, si es que de verdad he tenido la suerte de llegar. Aunque fue corto ese viaje, demasiado. Pensándolo bien lo más seguro es que nos conociamos desde hacía mucho tiempo. En otro tiempo, en otra vida. Ya lo sabes, fue una verdadera locura, pero yo sentí que me asomaba a una desembocadura peligrosa, algo así como un delta pantanoso, lleno de nervios que me empujaban a un mar que desconocía o a una ciudad llena de cosas misteriosas, de calles en las que podría perderme. ¿Has ido a Nueva York? Si alguna vez lo haces sabrás muy bien de qué estoy hablando. Esa ciudad es como abrir el clóset de una mujer que se ama desde lejos. Sin decirselo a nadie, casi ni a uno mismo. Da vértigo asomarse a sus cosas secretas, al cajón donde guarda su ropa interior, sus zapatos, los papeles que ha escrito para que nadie los lea. Es un mundo espeso en el que pocos barcos pueden avanzar con soltura, aunque el agua te rodee por todas partes y en la televisión no paren de advertir, cuando llega septiembre, que un huracán ha empezado a silbar donde todo se acaba, hasta el olvido. ¿Piensas que estoy loco? Sé que vas a entenderme, aunque sea difícil, sobre todo si te hablo así como ahora, casi retándote a adivinar todas esas cosas oscuras que llevo en la cabeza. Acercarse a alguien como tú es maravilloso. Eres tan hermosa, tienes tanta energía y tanta soledad que siempre voy a llevarte conmigo. Sin embargo, ¿para qué voy a negarlo?, me dio miedo hacerte daño, tampoco quería lastimar a ese buen hombre que es tu esposo. Él es parco, él no te escucha siempre, pero creo que vale la pena acercarse a su silencio. Creo que nadie comprendería estas

cosas que te digo. Es demasiado complicado. Ni siquiera yo sería capaz de explicarlo. Vamos a tener que darnos un tiempo para olvidar. Después, sólo después, podré volver a Milford y fumarme un lucky o un porro contigo, para convencerte de hacer un viaje tranquilo en mi barco, de San Diego a San Francisco, acompañados de Evelyn, de Carlos –¡qué par de locos!–, de los niños y de Frank. Será otro tiempo. Hoy me esfuerzo por entenderlo. Por lo pronto, cuando pase esta temporada de la NFL, planeo irme a navegar solo, como el tonto que soy, pensando en ti, igual a un muchacho de la preparatoria que sueña con el verano que acaba de pasar”.

Hola, señora Lomas:

Acabo de leer el relato de su matrimonio. Me divertí mucho con todos esos detalles que usted me cuenta de la ceremonia. Como bien lo dice, creo que nadie más en el mundo ha tenido una boda tan informal, ni siquiera esas parejas que van a Las Vegas y de repente, después de tirar los dados, resuelven ir en una limosina hasta la casa del juez y, sin siquiera bajarse, se casan frente a una ventanilla. Lo de ustedes fue algo más original, más espontáneo y, también hay que decirlo, más hermoso. Sin invitados, apenas con dos alumnos de la universidad que se encontraron en el camino y estuvieron ahí por pura casualidad, frente a un hombre que, sin salir de una cruda, se equivocaba tanto que terminó por susurrarles que estaba más perdido que los perros en misa.

En fin, ese relato me alegró el día porque hoy había amanecido bastante preocupado con el caso mío. No es por la condena. Total, ya la estoy pagando. Sino por el recuerdo constante de Joe. Lo quise tanto, señora Lomas, que a veces creo merecerme todo esto. Dios sabe que yo no fui el culpable de su muerte, que ni siquiera estaba en Nueva York cuando una vecina histérica lo encontró en el apartamento que compartíamos en esa calle oscura de

Manhattan, ahí donde siempre hemos vivido los de la isla, apenas entendiéndonos en esta juerga de idiomas que yo, aquí encerrado, he luchado por dejar atrás.

No puedo negar que ahora soy otra persona. Entiendo mejor la soledad, he aprendido a usarla. Cuando me trajeron aquí tenía mucho miedo de que todos me rechazaran. Antes, en Chicago, me habían dicho que tuviera mucho cuidado con los combos que aquí se formaban, que debía tratar de meterme en uno, o si no... bueno, hacían un gesto del dedo índice pasando por toda la curva del cuello.

Los primeros días sentía que bajaban la voz cuando yo aparecía en el comedor. Usted tiene todo el derecho de pensar que soy un poco acomplejado. No se preocupe, piénsese-lo. Y no es que la esté retando sino que esa podría ser la definición más acertada de lo que soy. Lo he pensado mucho todos estos años que he permanecido encerrado. Me demoré tanto para salir de esa persona que yo no era, vacilé tanto, me escondí y mentí hasta tal punto que me acostumbé a escuchar siempre esas voces en sordina, esos pensamientos que sólo se dicen en voz baja para que el acusado no escuche.

Creo que eso era lo que más me unía a Joe. Para él era peor. Debía sufrir mucho. Fíjese usted señora Lomas: él vivía en un mundo de hombres. Quienes lo escuchaban cantar, con esa voz metálica que se entendía a la perfección con la línea de los vientos, lo imaginaban como un hombre del trópico que cada noche dormía con una mujer distinta. Él podía hacerlo, al escenario le tiraban a veces piezas de ropa interior o en su camerino tocaban de repente y una mujer se lanzaba sobre él, tan adormilado como siempre, para suplicarle que por favor le arrancara la vida.

Eso lo deprimía. Cuando llegaba de una gira lo único que deseaba era apartarse de todo para no seguir con esa risa tonta de boquerista infame. En ese momento yo me dedicaba a cuidarlo, permanecía junto a él, día y noche, hasta que recobraba el aliento y volvía a sentirse capaz de

traicionarse a sí mismo durante una temporada, o tal vez apenas por algunas noches, al menos mientras cumplía el contrato.

Pobre Joe. Yo me pregunto cómo hacía, de dónde sacaba la chispa que le permitía hacer chanzas con sus amigos de la orquesta acerca de una mujer que acababa de pasar, de las piernas largas y los pechos desafiantes. Decían que era el mejor, sabía acercarse a ellas, hablarles, entrar en confianza como ningún otro.

Lo malo es que yo pagaba los platos rotos de ese juego en el que había convertido su vida. Su oficio era ser el que no era. Por eso le pagaban, por eso lograba mantenerse en el candelero de los contratos, sobre todo en los últimos años cuando las personas solían recibir un apodo de lagarto con piel dura. No faltaba el periodista que dijera, al referirse a Joe, que era incombustible, que mantenía intacta la imagen de los boleristas de los años cincuenta, un verdadero camaleón de los escenarios tropicales. Ahora, un poco cansado, ya no sacaba esos discos con carátulas en las que salía sonriendo entre palmeras o recostado sobre el capó de un carro viejo frente al mar de San Juan, vestido de blanco, feliz de ser una estrella que iniciaba su carrera en el bar Sunshine, abierto para bailar todas las tardes con las obreras cansadas de una fábrica de White Plains.

Todo esto que le cuento es porque hoy, como le digo, he estado pensando mucho en él. Todavía no sé cómo va a tomar estas confesiones. Espero que me entienda. Y si no es así, de todas maneras debo agradecerle que se haya tomado la molestia de leerme.

Sin embargo, antes de terminar esta carta déjeme preguntarle por su salud y la de su hija. Sé que no ha sido fácil para usted acercarse a la pequeña Helena. Con seguridad la quiere mucho, pero como no la esperaba, como en sus planes estaba seguir ascendiendo en el negocio de la propiedad raíz, ha tenido que tratar de empezar una nueva vida. Yo, que no he tenido hijos, intuyo que debe ser

muy difícil. Por ahora, tiene la oportunidad de que los padres de su esposo se ocupen de ella, que la cuiden mientras usted sale de esa oscuridad de la que me ha hablado tanto. Después, tenga la seguridad, aprenderá a quererla.

Sin embargo, me parece que Helena no es el único problema. Siento, como creo que ya se lo he dicho en otras cartas, que hay algo más. Como ahora me creo más cercano a usted, como nos parecemos tanto y como usted y yo nos hemos convertido en confidentes, me atrevo a preguntarle si hay alguien o algo más que hoy ocupa su mente. ¿Un hombre? ¿Alguien del pasado? ¿Deudas?

Bueno, el caso es que la siento muy preocupada y eso a mí también me quita el sueño. Puede que la siga rondando todo eso que vivió cuando acababa de llegar, no es fácil eso de ser *housekeeping*, mi mamá lo fue toda la vida, pero es peor cuando se vive con un hombre como el que usted conoció en ese tiempo. Usted no para de preguntarse quién lo mató. Eso nunca se sabrá. Pero lo importante es que usted tiene la conciencia tranquila. Él no se merecía a alguien como usted. Lo que me contó de él, eso de que la hacía pagar la renta y la comida, con la amenaza de hacerla deportar por ilegal, me parece horroroso.

No se desespere. Trate de descubrir la belleza en ese paisaje de las montañas de nieve. Allá deben ser frescos los veranos. Yo la envidio, pues aquí el calor aumenta la sensación de encierro. De todas maneras ya pronto se va a acabar y si usted se repone podrá viajar a reunirse con el señor Lomas en su casa de Milford.

Hasta la próxima ronda del Programa Postal. Espero que en el intervalo pueda tener noticias tuyas.

Ray Rivera

Posdata: hoy tiré sus cartas del tarot sobre la mesa. O mejor, sobre la litera de la celda. Me gustó mucho lo que vi. Ánimo.

Capítulo 5

LAS SIETE DE LA MAÑANA. NO NECESITÁBAMOS MIRAR EL RELOJ. Aunque es posible que él lo hiciera de reojo, mientras cabeceaba en busca de un final angustioso, con sonidos que se atropellaban en su garganta, trotando hacia la meta que adivinaba a tientas, entre mis piernas, con el último episodio de su sueño.

Sí, puede que a él, de todas maneras, se le ocurriera consultar la hora. Su clase empezaba a las ocho y tenía que darle el primer empujón al día con ese viaje al vacío. Yo lo abrazaba, sin abrir todavía los ojos, lo abrazaba y dejaba que él entrara con un breve, casi imperceptible movimiento de la cadera. Llegaba despacio, en pequeñas oleadas, haciendo ruidos de lluvia menuda, a la sordina, tal vez viendo cosas que resumían su vida de un solo golpe, casi como una manera de morir antes de despertar, de darse una ducha y salir a toda con rumbo a la universidad.

Yo me quedaba un buen rato en la cama. Escuchaba todos sus movimientos por la casa, ya no tan cercanos como en el pequeño apartamento del campus. Ahora vivíamos en una casa de la calle San Lorenzo, con la fachada gris y blanca, las alfombras gruesas y una ventana grande en el primer piso, prado y garaje al frente. La deuda era grande, a quince años con cuotas fijas. Nunca iba a encontrar algo mejor pero la hipoteca iba por mi cuenta. No resistí la tentación.

Antes de entrar, el buzón anunciaba que allí vivían el profesor Frank Lomas y la señora Mayte Lomas. Él, un respetado profesor de ciencias sociales en la Universidad de Milford, especialista en culturas indígenas de América,

con un libro escrito sobre los pagos y el simbolismo del paisaje en el reino de los kogis. Ella, ejecutiva de una compañía de bienes raíces, independiente y con acceso a un mercado que sus demás compañeros de la Sun Realty no tenían: los viejos y nuevos empresarios de Venezuela o de Colombia que no hablaban inglés y venían huyendo de sus desastres financieros. Sólo ella sabía encontrarles la casa que buscaban, la que sus esposas imaginaban con el mismo decorado de una serie de televisión.

Pero el buzón no informaba que ya teníamos a Helena. O bueno, casi, porque desde hacía unos días la sentía dentro de mí, hinchándose hasta donde nunca pensé que pudiera. Siempre le había dicho a Frank que sólo tendríamos hijos cuando ya me acercara a los cuarenta, una época en la que yo me imaginaba con mi propia oficina en la calle Littleton, muy ocupada en serias reuniones de negocios.

Helena llegó y fue como si alguien me dijera que detuviera un poco la marcha. Desde que lo supimos, Frank no me dejó salir temprano y prefería en cambio quedarse un poco más en la casa, hacer su desayuno, arreglar, lavar los platos. Casi todo. Pero claro, no olvidaba, todas las mañanas, el polvo que le ponía punto final a sus sueños de momias y rezos en medio de la selva húmeda.

La vida se me volvió más lenta. Salía a hablar con los clientes, iba con Frank a las fiestas de los profesores y algunas veces hasta me quedé con las muchachas en su fiesta del prozac. Por supuesto, no me tomaba ni media lata, sólo las veía a ellas ir y venir con sus historias de sábado por la tarde. Después salía a caminar por esa calle solitaria donde vivían los Siegert. Me iba despacio, gozando de las cinco de la tarde del sábado, la hora que más me gusta. La gente va a los supermercados o se detiene frente a la ventana de su casa para ver cómo se prenden los primeros focos. Todo está en calma. Hasta en Medellín, yo creo. Por mi casa era puntual un carrito de salchichas,

humeante, y los niños rodeaban al hombre que agitaba los frascos de salsa antes de hacer una raya de tomate y otra de mostaza. De lejos se oía el rumor de las heladerías de San Juan, con música de agua sucia. ¿Por qué será? La luz siempre es azul los sábados a las cinco de la tarde. Puede llover o el verano estar ardiendo con un cielo libre de nubes, pero esa hora siempre es la misma. Aquí y en cualquier parte. Sobre todo en cualquier parte.

La ruta iba desde la casa de Evelyn, en la calle Newbury, hasta la estación de trenes. Esperaba a que fueran las seis y treinta para coger la línea que me llevaba hasta el pie de la colina, la única en Milford, tachonada de casas y pequeños edificios, un cielo propio y lejano construido para la parsimonia vegetal de los profesores de la universidad, o de estudiantes a los que sus padres, ricos empresarios, pagaban todo el tiempo que fuera necesario hasta que el muchacho se decidiera a concluir todas sus materias.

Cada vez que hacía ese corto paseo a pie, antes de llegar a la Estación del Parque, con su letrero tallado en el granito, solitaria y lista ya para entrar a la penumbra de los trenes en la noche, yo me iba pensando en la locura de todos esos años. Sin muchas palabras de por medio, Frank y yo teníamos un mundo. Seguro él tampoco se imaginó que se iba a convertir en un hombre tan serio, uno de esos profesores que cuando eran estudiantes solían ser el blanco de su propia ironía. Antes, me contó, se mantenía oyendo a Megadeath y a Letal, puros metaleros. Pero sólo era porque seguía a sus amigos de la secundaria. Él prefería a Nirvana y aseguraba que por R.E.M. pondría las manos en el fuego.

Me encantaba verlo bailar. No es que bailara sino que se movía como una columna a punto de venirse abajo. Ni por nada movía los pies. Decía que los sentía pegados al piso y que la música apenas le llegaba al pelo. Era lo único que agitaba.

Frank. Mi bolero rubio. Nunca pensé que existiera una forma de querer como la mía y como la tuya. Eso no está

en las baladas. Estaba segura de que bastaba con una trama de horario estelar, cuando la gente se pone a comer en la sala mientras sigue con helada atención la historia de la muchacha en el hospital, enferma de amor por un hombre igual a vos, alto y americano. Pero claro, cómo no ibas a dar con la respuesta. Eras Frank, mi marido y mi visa de residente, y con el tiempo, también un hermano incestuoso o un hijo que casi todos los días se me echaba encima y luego se alejaba, a toda prisa, con el maletín de profesor lleno de papeles, muy callado e inteligente, un joven que sus alumnos veneraban.

San Frank, llévame pronto a la casa. Aquí estoy en la estación, sola, con Helena creciendo en mi cuerpo hasta convertirme casi en un vagón de pasajeros adormilados, hartos de madrugar con un pobre éxito en las ventas de esta semana.

-¿Y a qué se debe esa risa?

Era una voz que pretendía llevarme más adentro, por el mismo túnel. Debió pensar que yo estaba un poco zafada. Cuando volteé a mirarlo vi pasar a toda la gente que estaba alrededor, sólo en forma de rayas y de colores, bultos que no me decían nada, como si estuvieran girando, una y otra vez, conmigo en el centro, pequeña y asustada.

Me dijo que le encantaba verme sonreír.

-¿Cuánto hace? Tal vez tres años, puede que cuatro. Te han servido porque estás muy hermosa.

La comparsa se detuvo. Creo que la estación dejó de serlo para convertirse en un desierto, sin columnas ni escaleras eléctricas, un lugar en el que era imposible esconderse.

-Lo último que recordaba de vos era unos pies que se alejaban entre las matas. Yo estaba ahí, tirado y rendido, con un golpe en la cabeza y los policías muy cerca, demasiado como para que yo pudiera escapar de ahí.

-¿Rodríguez?

-El mismo.

Alto y flaco, moreno como un palo que el sol se obstinaba en resecar. Era Rodríguez, el de la mirada turbia. Bien peinado, con una camisa de flores abierta en el pecho lampiño, un anillo le bendecía el dedo del gatillo. Se reía. Viejo y joven, alguien que venía de donde vienen los muertos.

—¿Estás ahí? —dijo, mientras me pasaba la palma de su mano frente a los ojos. Le vi la esclava que bailaba en su muñeca.

—Fue el coyote. Fue ese hombre que me gritaba que siguiera, que no podía detenerme en ese momento porque nos iban a agarrar a todos. La gente corrió a esconderse y me aseguraron que ya no había más remedio. Teníamos que llegar a la carretera.

—Pero ya ves, los dos tuvimos suerte.

—Todos dijeron que estabas muerto.

—Puede que tengan razón. No tendría nada de raro.

Todavía él parecía alguien sin nombre. No era como para llamarlo Juan o Alberto, cualquier nombre. No, él apenas estaba entre muchos otros, hacía parte de la multitud, Rodríguez a secas, como en el ejército, y ahora venía a decirme que estaba vivo.

—Te llamé a Medellín.

—No entiendo.

—Tranquila, ya llegará el momento de entenderlo. Te voy a llevar a la casa y después hablaremos. ¿De acuerdo?

—Me voy en el tren.

—¿Para qué? Ya estoy aquí. Mirá Mayte, soy yo. No tengo moto pero acabo de comprar un carro que todos voltean a mirar cuando paso. Es automático.

—No, gracias.

—Iremos a Nueva York. Allá podemos estar solos, nadie te conoce, podemos volver a empezar y nos vamos a olvidar de todo lo que pasó. Los dos hemos tenido suerte. Es hora de juntarla.

—Por favor, por favor. Tengo que irme.

Me subí al tren. Sin respirar, esperé a que se cerraran las puertas y después mi corazón empezó a correr los cien metros planos, mientras los ojos se me quedaban en un punto fijo. Avanzábamos por un paisaje que me parecía sucio.

Lo que hice de ahí en adelante pudo ser obra de una máquina programada para saludar, dejar el bolso sobre la silla de la entrada, entrar a la cocina, abrir la nevera y sacar de ahí una cerveza. Creo que me la tomé en sólo dos tragos y fui con la lata vacía hasta el cuarto donde Frank estudiaba para decirle que estaba cansada, que me iba a dormir rápido. Hubo un beso de reloj y me fui a la cama con todo el peso de la vida encima de mí. Ni me di cuenta de lo que le estaba dando de beber a Helena.

Creí ver a Rodríguez que me hablaba desde una estación del más allá. Se reía y luego hacía un pase de baile. Tenía un traje brillante de lamé. Estaba reluciente y horrible, con el pelo engominado y cabalgando en su moto por las calles de Medellín, a medianoche, conmigo sentada en la parte de atrás, abrazándolo por la cintura para no ir a caerme en plena avenida Oriental. Pasábamos por las esquinas sin luz y todos caían. Yo veía sus sombras que se derrumbaban, una tras otra, parecían moscas. Nunca nos deteníamos y siempre era de noche, todo el día y todos los días.

Como a las diez me despertó una llamada de Evelyn. Quería saber si había llegado bien. Estaba preocupada porque me había ido caminando, así como estaba. La próxima vez, dijo, me obligaría a tomar un taxi. Carlos me enviaba saludos, y también Kate que todavía estaba allá y planeaba quedarse a dormir. “Después te cuento, tuvieron una gran pelea”, susurró por la bocina.

Debería decir que fue una noche larga, pero lo cierto es que me faltó tiempo para repasar todo lo que ocurrió en la frontera. Habíamos pasado el río y el hombre que nos guiaba dijo que ya faltaba poco, que tranquilos, muy pron-

to íbamos a llegar a la carretera y allí nos estaría esperando la camioneta. Era una ruta nueva. Muy cerca estaba El Paso, pero el truco, nos advirtió, consistía en caminar muy rápido, agachados, haciendo todos los movimientos que él nos dijera. Rodríguez y yo siempre estuvimos juntos, pero algo lo detuvo en ese matorral, junto a los saguaros, a casi dos horas de Las Cruces. “Seguí, seguí”. Le oí decir. Creo que no estaba asustado; el coyote le había dicho que ellos dos se quedarían atrás, hasta que avanzara el grupo. Entonces todos nos fuimos en desbandada y él se quedó junto al pollero. Nos aferramos a la huida. Pudo estar el mar allá al frente y nos hubiéramos metido en el agua, creyendo que así era como se sentía uno aquí, al otro lado del barrio y de la casa, con el agua como parte de un camino de piedras en la mitad de la noche.

Desperté otra vez sin haberme dormido y sentí a Frank que se levantaba, apresurado. “Son casi las ocho”, murmuró al poner el pie derecho en el suelo. No fue a la cocina ni a la ducha. Sólo se vistió y agarró el maletín con las pruebas de sus alumnos. Qué raro, pensé. Seguro tenía una de esas reuniones que tanto lo aburrían. En vez de irse caminando, como siempre, esta vez prendió el carro y salió por San Lorenzo abajo, hasta dar con la calle Littleton y enfilar hacia la universidad.

Una casa vacía, con los muebles ahí recibiendo la luz, resignados, se parece a la cabeza de uno cuando se está medio loco. Los objetos parece que cobrarán una vida misteriosa. Uno se pone a mirarlos y le parecen viejos. Ahí es cuando empieza la gran jornada de la limpieza anual.

Yo estaba a punto de iniciarla. Aunque también pensé que podría aplacarla fumándome un lucky. No era bueno para Helena. Pero quién sabe. Hasta podría traerle buena suerte.

En fin. Repicó el teléfono y ahí estaba él otra vez.

—¿A que no te imaginás?

—No, imposible. ¿Qué pasa?

-Estoy en Flushing.

-¿Dónde?

-En Flushing. Aquí vivo.

-No sé dónde es ni me interesa.

-Te va a interesar, estoy seguro.

-Debo colgar, adiós hermano.

-Pero ahí no está él. ¿Cierto?

-Eso no te importa.

-Bien, pero antes de que me tirés el teléfono, te debo decir que hay muchas cosas importantes. Tenés que saber toda la verdad.

-Seguro que ni hay verdad.

-No has cambiado el estilo.

-Voy a colgar.

-Bueno, está bien. Antes del almuerzo tendré un carro esperándote en la Estación del Parque. A las once en punto.

-Estás loco, más loco que una cabra.

-No te perdás la fiesta. Es toda para vos.

"Este traqueteo hijueputa". Pensé. Cogí un lucky pero no lo prendí. Me temblaban las manos. Seguí pensando las palabrotas en voz alta. Eran los únicos golpes que podía dar. Me caía bien.

Se fue la mañana en un ir y venir por la casa. Intenté llamar a la agencia y todos estaban afuera, haciendo sus negocios. O durmiendo. Después de todo era viernes, un día relajado. CANCELÉ una cita que tenía para las dos y me puse a hacer nada. ¿Qué podría hacer? Sólo era capaz de pasar los canales del televisor sin darme cuenta de lo que veía.

A las doce escuché afuera la bocina de un carro. Sonó una voz y me quedé quieta. Después decidí asomarme a la ventana. Ahí estaba él, al mando de un Honda Civic reluciente, gris de invierno por la tarde. Se bajó y tocó el timbre de la puerta. Dio una vuelta y se asomó por la ventana. Vi su cara alargada, la nariz aguda, los ojos pequeños entrando a las sombras del cuarto donde yo no respiraba. Se cansó de adivinar los reflejos del vidrio y desapareció.

Entonces recobré el aliento y me acosté en la cama, mirando hacia el techo. Todo estaba tan quieto que hasta podía sentir las termitas comiéndose la madera del sótano. Seguro algún día iban a llegar hasta el pie de la cama después de devorarlo todo allá abajo. No iban a parar hasta lograrlo, a no ser que Frank se decidiera a traer al señor Harvey, el dueño de la ferretería, quien nos había dicho que costaba mil doscientos dólares acabar con la plaga y reemplazar algunos maderos ya inutilizados. Teníamos que hacer algo, dijo, pero Frank sostenía que era necesario dejar actuar la naturaleza. Claro, eso lo oyó decir en la Sierra, en medio de la fiebre.

Sentí un ruido en la parte de atrás de la casa. Volví a quedarme quieta. Yo creo que parecía muerta. Pero igual, él logró entrar y abrió la puerta tan tranquilo como si viviera en esta casa.

-¿Estás lista?

-¿Qué hacés aquí?

-Esa pregunta ya la he escuchado en alguna parte.

-¿Qué más puedo decir? Estás en mi casa y yo no te he abierto la puerta.

-Lo sé, lo sé. Pero tenemos que irnos.

-Yo no voy para ninguna parte.

-Tranquila. Todo va a estar bien. Vamos a dar una vuelta, hablamos y nos olvidamos de todo lo que ha pasado hasta ahora. ¿Está bien?

-No creo que eso sea bueno. Ya ves, tengo otra vida, empecé de nuevo y eso fue muy difícil. Me refiero a todo lo que sucedió cuando entramos o cuando yo entré, porque creo que vos apenas sos un fantasma.

-Un fantasma en un Honda automático, del año. Menudo fantasma.

-Eso no es nada.

-Fue mucha la mierda que tuve que vender para conseguirlo.

-Es cosa tuya.

-Bueno, bueno. Está bien. Vamos a calmarnos, vamos a respirar un poco y salimos ¿De acuerdo?

Era uno de esos días que anuncian una fea lluvia. La única que no me gusta. Esa que es insidiosa y sólo revienta cuando menos se espera. Antes de largarse hace un calor del demonio y mientras tanto también. Es necesario esperar un tiempo para que desaparezca esa sensación de zozobra, de que algo va a pasar y uno no puede hacer nada para impedirlo.

Puso un disco de baladas en salsa y salimos por la 82, flanqueados por los pinos que para entonces tenían un verdor cansado del verano. Dimos una vuelta sin pasar por Littleton y yo me aseguré de decirle que evitara también la vía que delimitaba el campus de la universidad. Me di cuenta de que no era fácil salir de allí sin que el suceso no quedara inscrito en las novedades académicas. Todos en Milford éramos alumnos, vigilados por profesores, con asignaturas pendientes y con mucho miedo de salir, quedar por fuera de ese mundo de posgrados y tesis, un espacio autosuficiente en el que uno se podía quedar años y años, algunos estudiando entre una beca y otra, como Frank, otros viendo televisión, como Frank y yo.

La carretera estaba sola. Pocos iban y menos venían. Casi toda era para nosotros. Nos fuimos sin hablar. Por momentos él me preguntaba algo. Yo le respondía cualquier cosa. No me importaba él, ni siquiera le tenía miedo. Es verdad.

Casi cuatro horas necesitamos para alcanzar la ciudad que desde siempre me había huido. Toda la vida. Cuando escuchaba a Julio Iglesias o a Roberto Carlos pensaba siempre en ella, en la ciudad. Una amiga del colegio tenía un novio que vivía en Queens y una vez me mostró una foto que él le había mandado. Aparecían tres muchachos y una mujer. Caminaban por una calle con nieve y edificios viejos. Parecía sábado. Por detrás decía: "esto fue cuando íbamos para el concierto de Julio Iglesias en el Madison Square Garden".

Y ahora estaba esa ciudad frente a mí, tan cerca y abismal como aquellos bloques de piedra, ese cañón lleno de puñales oxidados donde había decidido morirme, salir de mí misma sin decirle nada a nadie, sin música ni pájaros. Nadie podría escribirme una frase porque había escogido la tumba más grande, más que Ciudad Perdida, más que todas las lápidas del cementerio de Lovaina. Gracias a Dios nadie iba a llevarme una serenata, pensé.

Entramos a la isla cuando Mark Anthony ya me tenía loca. Los dos nos sabíamos sus canciones y entonces cantamos, él por un lado y yo por otro. Qué malos eran ellos dos. Juntos podían acabar con uno.

—Por aquí está toda la plata del mundo —me dijo cuando pasábamos frente a un banco de puertas grandes, con un aviso de letras doradas que cubría toda la fachada.

Un hombre de corbata atravesó la calle y siguió por la acera a toda prisa, hasta perderse dos calles más arriba. En la esquina, dos morenos preparaban un andamio para subirse a limpiar la fachada del edificio, estaban muertos de la risa y cargaban, en una canasta, un buen alijo de cervezas.

El tráfico era lento y entonces pude ver todo lo que ocurría en esa calle a cualquier hora de un día laborable. Cómo me hubiera gustado ser una de esas mujeres que iban apresuradas por la acera, con maletín de cuero y traje sastre, muy serias y delgadas. Eso era lo que yo pensaba la noche en que iba a atravesar la frontera. Las había visto en Vanidades y en la revista Dinero, fotografiadas en oficinas con vista a una calle concurrida, sonrientes y bien maquilladas. Los titulares siempre afirmaban que ellas pertenecían a una generación de mujeres triunfadoras. Tenían la belleza helada de Evelyn, no miraban hacia atrás, como ahora, caminando por el parque de las gemelas sin importarles nada, con rumbo a una cita de negocios en un bar penumbroso. Seguro allí iban a fumarse un lucky acompañado de un martini bien seco.

Mientras yo miraba, Rodríguez se entretenía con la bobada que veía en mis ojos. Sonrió y le subió el volumen al equipo, animado por un cambio de semáforo. Así atravesamos toda la isla y después el río. Yo sabía que el carro, si lo viera pasar desde la acera, sonaba como arena en maracas lejanas.

Primero nos detuvimos en una calle que si no fuera verano, con esa luz odiosa que se metía por todas partes, podría decirse que era oscura. La gente parecía envuelta en un contraluz que les erizaba el pelo. Una mujer negra alzó la mano para saludarlo. Estaba frente a un viejo portón, sentada en el último tramo de la escalera. Era flaca, demasiado flaca, y los ojos parecían salirse de sus órbitas.

-¡Hey!, colombiano -le gritó ella.

Salieron entonces dos muchachos del edificio y se acercaron al carro. Rodríguez bajó la ventanilla y les pasó un paquete. Ellos le pagaron.

Seguimos por un puente de metal, negro y con muchos años encima. Eso se veía. Se me ocurrió pensar en cuántas veces había cruzado por ahí el pobre Lavoe. Tan feo y con esa voz de cuello grande, listo para volar con su camisa sanforizada de color rosa, oculto tras las gafas y dejándose llevar por sus cuatro rayas en la cabeza, siempre llevado del putas.

-Voy a poner porros -dijo Rodríguez.

-Está bien, me da lo mismo.

El carro entró bailando al Parque Flushing. Era la única manera de abrirse paso entre la multitud. Tuvimos que dejarlo en otra calle, pero no muy lejos porque Rodríguez quería que lo vieran subirse y bajar de él. Me pasó el brazo por encima del hombro pero yo lo retiré. Lo primero que vimos fue a un hombre que vendía banderas de Colombia. Más allá anunciaban sahumero para San Judas y otro quería adivinarnos la suerte con una lora que sacaba tarjetas de un cofre. Los vendedores gritaban y la gente pasaba junto a ellos como si no existieran. Casi todos eran gor-

dos. Los hombres de bigote y ojos pequeños, enrojecidos, y las mujeres de tetas plásticas, muy altivas, de piernas blancas, muy gruesas, caminando con plataformas de madera.

La gran plaza estaba llena. Frente al escenario la gente era una masa compacta que bailaba merengue y escuchaba trovas. Dos muchachos, vestidos de campesinos, improvisaban canciones acompañados de un tiple. Después subió una reina de belleza, seguida por el concejal Óscar Malone que, después de los aplausos y los pitos, le puso una condecoración a la muchacha. Le temblaron las manos cuando tuvo que acercarlas al pecho de la reina, alto y firme, desafiante, bajo el brasier con soportes de agua.

Primero habló ella. No tengo que hacer ningún esfuerzo para recordarlo. Dijo cualquier cosa de las que se usan en esos casos. Tartamudeó un poco al principio y luego se puso a pedir plata para un fondo de solidaridad con los damnificados del río Amazonas.

–Todos estos años me dije que iba a llegar el día en que lograría traerte a esta fiesta –dijo Rodríguez.

–¿Por qué? Yo podría estar muerta. Tal vez nunca me hubieras encontrado.

–¿Preferirías que estuviera muerto?

–Ya me acostumbré a esa idea.

“Todos necesitamos el apoyo de todos. Pensemos en esas familias sin techo, desamparadas. Yo voy a llevarles el mensaje de ustedes, les voy a hablar de esta fiesta que ustedes hacen aquí, en Flushing, con la música de nuestra tierra, con la comida y los recuerdos que todos compartimos. Pero además voy a llevarles el aporte económico que ustedes, con mucho amor, van a enviarles a través de su reina. De manera especial, quiero agradecerle al señor Wálter Rodríguez, del área de Flushing, quien se ha vinculado a esta campaña con un cheque de quince mil dólares. Muchas gracias a él y a todos”.

–Está bien que lo pienses. Eso demuestra que no me has olvidado.

-No. De verdad estás muerto. No hay más remedio. Te tenés que resignar.

-Hubo aplausos y gritos para la reina. Ella se bajó del escenario y su puesto lo ocupó el concejal.

"Muy buena esa por todos. Yo también conozco al señor Rodríguez. Un ciudadano ejemplar de esta área tan colombiana como el sancocho y los frisoles con chicharrón. Es un honor estar otra vez con esta comunidad. Hace dos años también pude vivir esta fiesta, con toda la intensidad de quienes mantienen el recuerdo de su país con un amor que ninguno de nosotros puede explicar con palabras. Si acaso, las canciones pueden decirlo mejor. Por eso, quiero empezar la subasta de nuestra fiesta nacional con una pieza de museo. Se trata del diamante de Diomedes Díaz, donación de un coleccionista de Cartagena que lo recibió de manos del mismo cantante durante la grabación de su último disco, 'Virgencita de Upar'".

-¿Entonces qué hacés aquí? ¿Hablando con un hijueputa muerto?

-Sí. Yo creo.

-Cuando me soltaron en Tijuana te empecé a buscar por todas partes. Supe que te habías ido para el norte y cuando pude llegué hasta un pueblo que estaba cerca de Milford.

-No te creo.

-He respirado el mismo aire tuyo todo este tiempo. Hasta estuve presente en tu boda. Me senté en la última banca de esa capilla que parecía una tienda del barrio. Demasiado rápido como para ser cierto.

"Felicitaciones al nuevo propietario del diamante de Diomedes. No creo que vaya a agregarlo a su dentadura. Bueno, es su decisión. Pero sigamos ahora con algo que a todos ustedes les va a encantar. ¿Les gusta el aguardiente? Ya me lo imaginaba. Entonces los invito a ofrecer por estas cinco cajas de botellas de aguardiente. El que se las lleve tiene para todo el año y hasta más".

-Necesitás otra vida y yo te la puedo dar. No sé cómo hi-

ciste para llegar a ese pueblo y ponerte a trabajar. También supe que estudiabas inglés por la noche.

-Sí.

-Bueno. Está bien. De todas maneras no me tenés que contar nada. Ya me sé toda esa historia. Hasta la del barranquillero.

-Lo mataron.

-Sí, ya sé.

-Claro, ya caigo.

“Cuando rematamos el diamante de Diomedes supe que el vallenato está en el corazón de todos ustedes. Pero qué tal si nos vamos para Barranquilla, o no, mejor nos dirigimos primero hacia el Valle, allá nacieron mis padres. Alcen la mano los de Cali. ¡Hey!, son bastantes. Y me imagino que todos habrán oído Cali Pachanguero. Bueno, entonces lo que ustedes podrán llevarse ahora es la partitura original de esta composición de Jairo Varela, el maestro de los maestros de la salsa colombiana. Aquí la tienen, de su puño y letra. Empezamos con una base de dos mil dólares. Ofrezcan, ofrezcan”.

-No te imaginés cosas. Además, ese man era un hijeputa. Uno de verdad.

-¿Quién lo dice?

-Fue duro al principio, pero ahora estoy en las ligas mayores. Ya no tengo que pasar toda una tarde vendiendo en las aceras.

-Ahora vas en último modelo y regalás quince mil dólares.

-Apenas me faltás vos.

-¿Nada más?

-Nada más.

-Si te creyera sería una idiota.

-No. Serías la mejor de todas. Y no te cuesta trabajo.

-Tengo que irme. Dentro de poco va a oscurecer y estamos lejos de Milford.

“Vamos, piensen en la gente que necesita su ayuda. Cuatro mil quinientos dólares a la una, cuatro mil qui-

nientos dólares a las dos. Es tiempo todavía de irse para la casa con esta gran pieza de colección. Y queda vendida la partitura de Cali Pachanguero en cuatro mil quinientos dólares a la pareja que está allá al fondo, junto al kiosco de las arepas. Yo los felicito y el Amazonas les agradece con todo el corazón”.

-Esperá.

-No quiero seguir aquí.

-Yo puedo hacer que te manden de vuelta a Medellín. Sólo tengo que ir a Inmigración, les digo cómo llegaste aquí, los tres kilos que llevabas y la gran vida que te pudiste dar gracias al dinero que te dieron por eso.

-¿De dónde sacaste esa historia?

“Antes de hacer un receso en esta subasta quiero aprovechar para que en las próximas elecciones, que están muy cerca, tengan muy presente por quién van a depositar su voto. Tal vez no todos están habilitados para decidir, pero cada vez somos más y estoy seguro de que ustedes van a reconocer que mi gestión en la ciudad, y sobre todo en el área de Queens, estuvo a la altura de sus expectativas. Quiero seguir trabajando por ustedes, por esta colonia de gente trabajadora que tiene unos derechos y tengan la seguridad de que vamos a defenderlos”.

-Viene de la frontera. De esa noche que me dejaste noqueado para salir volada con el perico. Te pusiste de acuerdo con el coyote.

-Nadie te va a creer semejante cuento.

-Eso hay que verlo.

-Sabía que eras extraño, pero nunca pensé que fueras un gran hijueputa.

-Aprendiste a decir palabrotas, como las hijugas.

-Voy a volver a Milford, y si me entero de que me estás siguiendo sólo me volverás a ver cuando ya tengás los ojos apagados.

-Ahorrémonos todo esto. Nada más tenés que decir o hacer un gesto de que nos vamos juntos y listo, se acabó,

empezamos otra vez como en Medellín. Te puedo pagar todas esas deudas que te tienen llevada del putas. Yo lo sé.

—Estás loco.

Una orquesta de mujeres empezó a tocar en el escenario y todos en Flushing, en medio del humo de las frituras, empezaron a bailar. Eran las siete y todavía el sol alumbraba como si el día se hubiera detenido. Rodríguez me dijo que bailáramos y yo lo miré a los ojos antes de salir corriendo por entre la multitud. Creo que él no supo qué hacer, tal vez se quedó helado, con la mirada mía clavada en sus ojos, como la última marca de la ciudad que los dos habíamos abandonado.

Salí del parque sin saber lo que hacía. Me cruzaba con gente como yo. Eran las palabras y los gestos de los colombianos. Alcancé la estación del metro, subí las escaleras y cogí el primer tren que se detuvo frente a mí. Me bajé en una estación cualquiera, creo que era en Queens Plaza, y seguí caminando por una acera vencida que ese día todos habían abandonado. La avenida Roosevelt estaba para mí sola. El tren pasaba y estremecía la soledad de esos edificios que olían a mondongo. Vi una ventana abierta y por allí salía, en lo alto, una cortina blanca que se agitaba con el viento. Era una calle oscura bajo los rieles del elevado. Nadie cantaba, nadie vendía tarjetas de social security en la esquina.

Seguí sin detenerme hasta que llegué caminando a Sunny Side. Así decía en un gran arco frente a la estación del metro. Bajo las letras oxidadas alguien había escrito “Medellín”. Miré hacia un letrero azul que anunciaba a un dentista. Junto al anuncio, un hombre pintaba de color fresa las paredes de su casa. Su niño jugaba en la escalera de incendio. El sol tampoco se iba en ese lugar, después de todo estábamos en el lado soleado. Pero era una luz vieja, casi gris, que se metía en las cosas como el polvo de los carros. Di una vuelta. Un par de locales estaban abiertos. Era otra vez mi barrio, ya cansado. En una sala de aquellas podría estar mi mamá rezando. Pensé.

Me detuve en la esquina donde la señal indicaba que allí pararía el bus con rumbo a no sé dónde, a cualquier parte. Sólo me interesaba salir. En una tienda, un hombre tenía puesta la emisora que transmitía la fiesta de Flushing. El concejal hablaba ya de vender una imagen de Carlos Vives, firmada y todo, con el hombre meditando vallenatos en la plenitud de piedra de la Sierra Nevada. Tomé aire y esperé, mirando hacia todas partes. Nadie me seguía, yo creo que parecía un espanto en ese barrio deshabitado.

Cuando llegué a Manhattan me bajé en la calle 59 con Lexington. Eso dijo el conductor cuando le pregunté. Di una vuelta por los almacenes hasta que el sol se rindió del todo. El día tampoco podía ser eterno. Caminé muchas cuadras, hacia abajo, hasta llegar muy cerca del Parque Tompkins. Fui a un bar, al frente de CBGB, y llamé a Frank. Le dije dónde estaba y hubo un breve silencio. No sabía qué decir. Me dijo que no me moviera de ahí. Pobre man.

Al fin apareció, una hora después que cerraron el bar y yo esperaba afuera, muerta del frío. Desde CBGB se oía un estruendo de muchachos que pogueaban. Frank dejó el carro en ese otro lado de la calle, se bajó y caminó hasta donde yo estaba. Me puso su chaqueta en los hombros y me llevó hasta el asiento delantero. Cerró la puerta con cuidado y nos fuimos.

Llegamos a Milford a las diez de la mañana. Yo vi la hora de reajo, en el tablero del carro, sin pronunciar palabra. También Frank estaba en silencio, seguro pensando que yo estaba en Nueva York porque me moría de las ganas de bailar en la fiesta de los colombianos. Allá él.

Apreciada Mayte:

Le confieso que me siento extraño con este encabezado. Pero lo hago porque usted misma me lo ha pedido. Entiendo lo que me dice acerca de la palabra señora y de llevar el

apellido del esposo. Tiene razón. Eso es algo del pasado, de las novelas que uno leía cuando estaba en la secundaria, de amores en palacios y salidas furtivas con los amantes en una tarde de neblina.

—Si no me freno a tiempo puedo seguir con esto hasta que usted se duerma, porque la verdad —para qué voy a ocultárselo —es que todavía me gustan todas esas historias. Pero sé muy bien que ahora la elegancia y el romanticismo consisten en despojarse de todo eso, ser más libres y no tener que ocultarse en un bosque de niebla para mantener la buena reputación. Usted, ya lo veo, es una mujer de este tiempo.

Cada vez estamos más cerca de salir de aquí. Hablo en plural porque, como ya debe saberlo, su hermano va a acompañarme en ese día que los dos vemos como algo increíble. Ayer, él se puso a hacer bromas diciendo que iba a extrañar todo esto, que iba a ser duro no volver al taller ni a la sala de televisión. A él le gustan esas ironías y yo lo dejo.

Ahora, en este momento, estamos muy aislados de todos. Gracias a Dios no falta mucho. Ya casi no vamos a la sala de televisión ni nos ponemos a ver los partidos de baloncesto. Preferimos conversar, aunque los demás hablen de nosotros. Mauricio me dijo que a él tampoco le importaba y que si yo tenía alguna historia con hombres eso era cosa mía, que él no veía nada de malo en eso.

Qué gran amigo es su hermano, cada vez lo admiro más. Hace tres días, cuando estábamos en las duchas, alguien se acercó y me agarró del cuello. Yo sentí una punzada en las costillas. Me arrastró hasta un lugar que el guardia no podía ver y me dijo que no siguiera persiguiendo a Mauricio, que él era un hombre y no tenía por qué andar con gente como yo.

Pero tranquila, no se preocupe. Mauricio se enteró y esperó la hora de salir al patio para decirle al hombre que nos dejara tranquilos, que seguro él era más cacorro que cualquiera. Cacorro, esa palabra es nueva para mí. Perdóneme si es una grosería.

A él no lo avergüenza estar en la misma celda mía. No le importa que hablen. A mí tampoco me preocupa ser el que soy. He pasado por momentos muy difíciles. Más que el de ahora. Estar aquí, encerrado en Sandstone, no ha sido mi único tormento. Tampoco lo fue el decidirme a ser distinto, dejándome llevar por esa voz que me decía, desde los días de la escuela, que no era como los demás, que no me gustaba ir a los partidos de fútbol ni me enfermaba por ir a ver a los Mets. No me arrepiento de haber escuchado.

Lo de Joe fue distinto, fue el mejor momento de mi vida y también el peor. Y no lo digo porque esté aquí a causa de su muerte, sino porque él no tenía más remedio que ser como todos los hombres, los que cantan boleros y enamoran con una mirada estudiada en largas sesiones frente al espejo. Pero lo quería. Para qué voy a negarlo. Había encontrado en él lo que los demás no podían darme. Me di cuenta de que era algo más que esa voz de terciopelo, esa cara fresca que sabía transformarse en un drama cuando la canción así lo exigía. Era un guarachero, Mayte, pero más que eso él sabía ser un hombre de verdad cuando se alejaba de todo eso. Era un bolerista.

Cuando salga de aquí voy a llevarle flores, voy a rezarle. Pienso que él espera eso de mí. Con seguridad no le gustan esas expediciones de fanáticos que van hasta su tumba para cantarle sus mejores canciones. Debe revolcarse al oír ese aquelarre de quienes sólo pudieron conocerlo en su parte menos diáfana: bajo las luces.

Para olvidarlo he tenido todos estos años. Cuatro años de encierro. Las veces que he salido a la calle, en el bus del correccional, he estado esposado y con cadenas en los pies. Son ridículos aquí. Como si uno fuera un criminal. Sólo Mauricio ha sido mi soporte. Qué suerte tuve. Lo encontré a él para salir del abismo, y ahora está usted, que me escucha, que se toma el trabajo de leer estas cosas y hasta de escribirme sobre lo que a su vez le está ocurriendo.

Nada más hoy tiré sobre mi litera las cartas del tarot. Ya le conté que esa es mi afición. Pero esta vez lo hice pensando en su signo. Ya se debe imaginar cómo hice para averiguar el día de su santo, así que no se detenga en esa parte. Lo que vi, con esa sabiduría propia de los grandes arcanos del Oriente, fue que su temporada en las montañas iba a tener para usted un efecto benéfico. Estaba el mago presidiendo la pirámide y eso significa que va a ocurrir algo grande en su vida.

Me dio mucha alegría poder leer eso en mis cartas. Confío tanto en ellas que su interpretación es para mí un hecho cumplido. Usted va a hacer un largo viaje, más lejos del pueblo donde ahora se encuentra. Tendrá que esperar. Por lo pronto, salga a caminar, conozca un poco el entorno. Si quiere –y se lo digo porque yo estuve con Joe en ese lugar– haga una excursión al cañón del Colorado. Ese paisaje erosionado, tan duro, tan simple, le hará ver el mundo de una manera distinta.

Por favor, hágalo. Está muy cerca del pueblo donde viven sus suegros. Si usted sigue preocupada por ese recuerdo del pasado, si hoy no sabe qué hacer con su vida, ese viaje es su mejor oportunidad para entrar a un lugar que para mí es sinónimo de salvación: el olvido.

Cuídese mucho.

La próxima será a orillas de la libertad.

Ray Rivera

Capítulo 6

HACE YA CINCO DÍAS, TAL VEZ MUCHOS MÁS, QUE FRANK SE FUE de regreso a Milford. Hizo bien. Aunque tampoco tenía otro camino. La noche antes estuvo jugando todo el tiempo con Helena. Sentada en el columpio de la entrada, los vi hablar como dos grandes amigos en el cuidado jardín de los Lomas. La luz de la lámpara caía sobre ellos y se podía sentir el viento de finales de agosto anunciando que el verano empezaba a convertirse en cientos de hojas secas, listas para caer y crujir.

Fue un verano lento. De encierro y de pocas palabras. Varias veces hicimos el acostumbrado paseo a la ciudad deshabitada, con los jardineros haciendo eco de tijeras en las calles, mientras en los hoteles se podía sentir el gemido de las máquinas refrigeradoras. A veces una sombra, a la que todos conocían en el pueblo como la tranquila familia Lomas, se acercaba al vidrio de una puerta dorada, señalando con gesto cansado el letrero que decía “cerrado hasta el 30 de agosto”, cuando volverían los empleados y Harrison iba a llenarse otra vez de colores, de trajes pegados al cuerpo y esquís recostados en la entrada del Parque Rubey, donde las góndolas permanecían ahora como tenis viejos colgados de los árboles.

El señor y la señora Lomas vivían para Helena. Si fuera por ellos tendríamos que dejarla siempre allí, acompañándolos en sus paseos de jubilados por la calle Hyman, hasta dar con la carretera 82 que se abría frente a las montañas, siempre bordeada de nieve, con pinos altos y serenos que no se inmutaban ante el asedio de las camionetas.

Esa noche, antes de irse, Frank me dijo que debíamos darnos tiempo, que si yo quería podía viajar a Medellín, hasta la Navidad o hasta enero. Pero también podía quedarme en la soledad de las montañas de nieve. Así dijo, y me pareció que trataba de no mirarme. Muy pronto la ciudad iba a llenarse de gente, de estrellas que dormían en la tarde después de esquiar toda la mañana, sonriendo frente a las cámaras de las revistas del corazón, y después saldrían en la noche para dejarse ver en el restaurante del hotel Jerome, en el Mezzaluna o en el Matsuhisa.

Cuando empecé con Frank, ese invierno en el que me llevó a conocer a sus padres, vimos a muchos de ellos. A veces íbamos por la calle, tomados de la mano, y yo me detenía en seco, volvía la cabeza y claro, ahí estaba, tan tieso y elegante como en el programa de los domingos a las siete y treinta, el ejecutivo estrella de la compañía Duncan, el mejor amigo de Phil y Liza, un solterón cuyas aventuras de apartamento encendían muchos televisores.

Eran tan distintos a nosotros. Iban tranquilos por la calle, saludaban con un gesto aprendido, jovial y luminoso. Lo único que podía preocuparles, creo yo, era la aparición repentina de algún fotógrafo, sorprendiéndolos en un momento que no aparecía en el libreto, sin la sonrisa de primera página y en compañía de alguien que mantenían en tinieblas. Sólo tenían miedo de su propia vida. Yo creo.

En cambio Frank y yo, lo mismo que los Lomas y Helena, paseábamos por la avenida Ute, mirando a la derecha la gran montaña, sin que nadie nos detuviera para hacernos preguntas. Era una triste ventaja. Nadie nos conocía, seguro parecíamos un grupo más de turistas hambrientos de paisaje, tratando de matar el tiempo de los oficinistas en vacaciones, confundidos entre grupos de japoneses de sonrisa congelada y famosos que después, entre una jornada y otra, iban a poblar todas las horas de nuestro tiempo libre, mientras comíamos, mientras hacíamos el amor

o cuando estábamos en la cocina preparando el almuerzo del lunes.

En todo eso pensaba mientras los veía a ellos en el jardín. Se despedían. Ella estaba sentada en sus piernas y escuchaba muy atenta todo lo que él le decía. Lo adoraba. Eso podía verlo uno en su mirada, en la manera como seguía sus palabras. Se puso a jugar con las gafas de Frank y a veces las tiraba al suelo para que él las recogiera. Una y otra vez. Eso le daba risa.

Después fuimos a acostarla. Los dejé un rato en la habitación mientras yo arreglaba la cama. Quería contarle un cuento. Me dijo él. Desde lejos escuché que le repetía la historia que le contó el mamo Gilberto, perdidos los dos en el mareo de las nubes más altas, mientras la luz parpadeaba en sus caras en la penumbra del templo de los cuatro fogones. Pero tal vez Frank estaba confundido y se trataba mejor de un relato de Dolmatoff, el alemán que un día subió por las escaleras de piedra y pensó que al fin, huyendo de la guerra, había encontrado el cielo: “El viento era un hombre que andaba por todo el mundo. Andaba por aquí y por allá, por todas partes. Pero un día se cansó y no quiso caminar más. Llegó a una casa y pidió posada. La gente le preguntó: ‘¿Tú quién eres?’. ‘Soy el viento’, dijo el hombre; ‘Vengo de lejos y estoy cansado’. ‘Vete de aquí’, decían; ‘aquí no queremos viento’. Entonces el hombre se fue y caminó lejos hasta llegar a otra casa. Llamó a la gente y pidió posada. La gente le decía: ‘¿Cuál es tu nombre? ¿Cómo te llamas?’. El hombre decía: ‘Soy el viento. He andado mucho y quiero descansar’. Pero la gente no le dio posada; le decían que se fuera. El hombre siguió caminando y una noche llegó a Inchiráka. Pidió posada. La gente le preguntó quién era y cuando decía que era el viento, ellos decían: ‘Está bien; entre y descanse un rato’. Desde entonces no hay viento en Inchiráka”.

Antes de dormirse, Helena obligó al pobre Frank a que le contara tres veces la misma historia del viento. Además

hizo preguntas. Quería saber por qué esos hombres hablaban como si estuvieran en silencio, cómo eran sus casas y qué hacían los niños que no iban a la escuela. Entre tanto yo intentaba dormir, aunque sabía que él iba a venir hasta mi cama, se recostaría a mi lado y haría un largo silencio antes de empezar a hablarme con voz de medianoche, lento y ceremonioso. Era la hora de las despedidas porque sabía que yo no me levantaría para verlo alejarse por el camino que se perdía entre los pinos, con la mochila arhuaca en su hombro y reservando un saludo final para ese instante en que ya desaparecería, devorado por un sol discontinuado.

—Hace muchos años. Bueno, no tantos. Así dice todo el mundo para empezar las historias. Entonces hace muchos años yo pensaba que mi familia no era esta que tengo ahora. Vivíamos en una casa de un barrio que en los veranos parecía un campamento de indios navajo. Íbamos por ahí, todo el día, con la cara pintada y montando en bicicleta. Era una calle tranquila, de muchos niños, de padres jóvenes. Pero ellos dos no eran jóvenes. Se veían viejos y jamás salían de la casa a trabajar. Desde siempre él fue un jubilado, alguien que se mantenía en un sillón frente a la ventana, leyendo el diario, en un horario que nunca cambiaba. Desde muy temprano lo escuchaba. Se hacía un café, cruzaba un par de palabras con mi madre. Después, toda su atención estaba puesta en *The Nebraska Star*. De esas páginas surgían todas sus opiniones de las cosas que pasaban a medida que su vejez se prolongaba, más y más. Ya lo has escuchado hablar de los Kennedy, del Vietnam y hasta del día en que los Dodgers fueron ejecutados, para vergüenza de muchos, por los Bravos de Denver. En la calle, los muchachos me decían que ellos eran mis abuelos, pero en cambio yo empecé a preguntarme muy pronto cómo hacían para llevar esa vida tan secreta, tan callada. Parecían árboles. Eran extraños y yo quería huir de ellos. No podía creer que esta fuera mi casa y sólo esperaba cumplir los 18 para irme de aquí. Llegué a Milford pero todos estos años

lo único que he hecho es tratar de reconciliarme con este mundo pequeño, tanto como el de nosotros dos.

–Nunca pensé que iba a poder vivir tan apartada, lejos de todo, como si me encerrara en mí misma.

–Creo que por eso logramos entrar al mundo de los kogis. Pero también, creo que por eso estás ahora así, tan lejos de mí, de Helena y de todos.

–No. Ustedes no tienen la culpa.

–No estoy buscando culpables. Ya lo encontré, acabó de encontrarlo y debí hacerlo hace mucho tiempo. Yo no voy a cansarte con un discurso. Sólo te pido que por un momento pienses que ahora, a punto de irme, yo reconozco ese abandono al que te he sometido. Voy a dejarte sola un tiempo, todo el que tú quieras. Será tu decisión. Vas a estar aquí, en esta casa que es muy grande. A la niña la van a cuidar ellos y tú podrás estar tranquila, con mucho tiempo para pensar. Mientras tanto yo voy a tratar de volver a ordenar mi vida, en Milford o en cualquier parte. Tengo muchas cosas en que pensar y lo primero es sobre el regreso de esa extraña sensación de cuando tenía diez años: ¿esta es mi familia?

–Frank, no te pongas así. Todos tenemos demasiadas preguntas y nos ponemos trágicos en momentos como este. Creo que lo mejor es cerrar los ojos y salir a hablar con alguien, con cualquiera que no sepa nada de nosotros.

–No me gusta dejarte sola.

–Fresco.

–Estas montañas son una locura cuando llega la nieve. Dicen que hasta hay un nuevo lugar donde bailan merengue toda la noche.

–Sí, ya lo sé.

–Debes cuidarte mucho.

–Claro, podría devorarme el lobo en una de estas noches, rodeada de estrellas de televisión. Por eso voy a ir al Mezzaluna la próxima semana, cuando lleguen los Stefan. Hace mucho que no bailo.

-Mayte, no bailes. Nunca pensé que iba a decirte esto alguna vez. ¿Me estaré volviendo viejo?

-Está bien. No te preocupes por mí. Seré una tumba.

Amaneció y abrí los ojos. Al hacerlo no pensé en Frank sino en el señor Lomas cuya rutina ya también hacía parte de mi inventario de ruidos matinales. Parecía que siempre doblaba el periódico en la misma página. Tal vez hasta podría ser el mismo diario, en una fecha que lo dejó suspendido en la mitad del viaje, listo para no morir nunca. Tendría que averiguarlo.

Me acerqué a la ventana y recibí en la cara un puntillazo de luz. No vi a nadie. Tampoco sentí el ruido de ningún carro ni Helena había salido al jardín con su abuela para recibir el sol de la mañana. Cuando fui a la sala, el señor Lomas me miró. Parecía mirar desde otra carretera, después de tomar la salida equivocada, con todos los carros pasando junto a él. El señor Bernard Lomas, un hombre siempre viejo. Yo creo que siempre iba a estar ahí, hasta cuando volvieran los animales prehistóricos que, hace unos años, le gustaban tanto a Frank cuando hacía el bachelor en la universidad del estado.

-Todos salieron. Fueron a llevar a Frank a la estación -me dijo él desde su sillón.

-¿Hace cuánto?

-Un buen rato. No querían despertarla.

Me encerré en el cuarto de baño y prendí un lucky, sentada en la tapa del inodoro. Muy pronto iba a tener que ir a Market Basket para comprar un paquete de veinte cajetillas. De ahí en adelante, seguro, iba a fumar mucho más de lo que nunca había soñado. Me fumé otro y después empecé a arreglarme. Una ducha de agua fría, después otro cabo y finalmente decidí ponerme lo mejor que había traído a Harrison. No era gran cosa. En la maleta apenas había echado ropa para no hacer nada.

Fui a dar una vuelta, caminé hasta la carretera y me alejé por ahí, sin darme cuenta de lo que hacía. Miraba las

colinas calvas y el cielo implacable. Los carros pasaban muy cerca. Yo los sentí, aunque estaba muy discontinuada. Me rodeada una luz de quirófano, como si tuviera una lámpara sobre mi cabeza y dejara transparente todo lo que tenía adentro. Tal vez nada, apenas un montón de cables al descubierto, desconectados unos, en corto circuito el resto. Fui hasta el negocio de carros usados y miré un rato las ofertas que aguardaban, con el precio pintado en el parabrisas, bajo el sol del mediodía. Abrí la puerta de un Ford que me pareció hermoso y fuerte. Un buen animal de carretera. Era grande y el asiento trasero parecía el sofá desgastado de una tienda vegetariana. Su color era indefinible, un azul con parches de maltrato. Estaba lleno de viajes con mapas atravesados y un radio que seguro sólo sonaba cuando el dial se chocaba con una guitarra eléctrica. Tenía los biseles intactos y el hombre que atendía me hizo sentar al volante y darle vuelta a la llave. “Escuche el motor, está joven, puede llevarla a cualquier parte, es perfecto para huir con alguien que acaba de salir de la penitenciaría, ansioso por quitarse su traje a rayas”. No lo acompañé en la risa tonta que desgranó con sus dientes de maíz trillado y me quedé un rato sentada ahí, hasta que se fue para atender a otro cliente más decidido. “El martes vuelvo”, le dije desde la berma. El hombre levantó la mano, como si quisiera volver para decirme algo. Pero yo empecé a alejarme, con el cascajo crujiendo bajo mis sandalias de Payless.

Cuando volví ya Helena había regresado con la señora Lomas. Me abrazó, sin ganas, y luego se fue a la cocina junto a su abuela. Las dos estaban llorando.

Llamé a Evelyn para que me prestara la plata. Le conté lo de Rodríguez. Todavía no sé por qué lo hice. El caso es que yo revuelvo las historias. El problema era con mis tarjetas de crédito y la hipoteca de la casa. Hacía tres meses no pagaba. Hacía rato no vendía ni una tabla vieja.

Pero la respuesta de Evelyn me dejó sin código de barras. ¿Quién estaba más loca? ¿Ella o yo?

Dijo que estaba preocupada por no haber recibido noticias mías desde hacía tanto tiempo. Nos habíamos ido como si estuviéramos huyendo del pueblo. Y aunque era verano, con la universidad ocupada por los fantasmas de viejos campeones de fútbol, aseguró que nos extrañaba mucho el combo de profesores, los habituales de cada sábado en casa de los Siegert, decorada al estilo de una mansión a orillas del lago, con neumáticos salvavidas de un barco perdido y claraboyas empañadas por el tiempo más que por el mar donde, sin duda, nunca habían estado antes de salir de Satie's, el costoso local de muebles y diseño que ella visitaba todos los viernes en la tarde, antes de ir a tomar algo con sus amigas de la oficina en un bar a orillas del río Charles, abrigadas y altivas como grandes damas de negocios del centro de Boston.

Hablamos de todo, aunque yo no mucho, a decir verdad. Ella aprovechó la ocasión para soltarme uno de sus discursos. "Tenía que zafarme", dijo. Yo me reí un poco porque pensé: ya estoy zafada. Qué rollo. Era una buena ocasión, debió pensar ella. Lo de Rodríguez le daría para animar un desmañado sábado de prozac, cuando yo no estuviera allí para contarles la historia de ese hombre que cada noche me recogía y salíamos los dos, disparados por la avenida Oriental, desolada y fría, lista para que alguien muriera muy pronto en cualquiera de sus dos orillas.

-Por favor Evelyn -le dije-. Eres mi última oportunidad.

-Lo siento -respondió-. Voy a hablar con Carlos y luego te llamaré, aunque también espero que tú lo hagas. Hasta pronto querida, cuídate y no olvides mi dirección de correo electrónico porque lo más probable es que en el otoño dejemos Milford. Nos vamos para Austin. ¿Ya lo sabías?

-No.

-Después te cuento porque tengo una cita, creo que es la última casa que vendo en MA. Voy a comprarme un sombrero. No te olvides de nosotros. Te queremos mucho.

Así quedamos, en nada. Ella colgó y yo me encerré durante los dos días siguientes. La señora Lomas me tocaba la puerta. Entraba y se ponía a hablarme con voz pausada mientras yo comía, sin dejar de decirme, antes de irse, que no olvidara mi pastilla de litio. Helena, en cambio, se quedaba en la sala con el señor Lomas. A él le gustaba leerle las noticias de Casper, hasta los obituarios.

Después ella se iba y yo me quedaba sola, escuchando los ruidos del jardín, los animales que bajaban para encontrarse bajo la lámpara donde Frank y Helena se habían despedido. Cuando ellos tres se callaban se sentía el murmullo del televisor.

El martes desperté al mismo tiempo que los pájaros. Me acerqué a la puerta y nada llegó a través de ella. Ni siquiera podía sentirse el viento que solía arremolinarse al entrar en desbandada por el ventanal de la sala. Tampoco se doblaban las noticias del señor Lomas. Todos se habían ido. Salí y encontré una nota en la cocina, junto a la cafetera: "Nos fuimos a caminar por el Parque Rubey, hoy empieza la temporada. No queríamos despertarla. Si no llueve regresaremos a las once".

Era inútil la advertencia de la lluvia. Sólo tenía uno que alzar la mirada para darse cuenta de que el cielo recién se había levantado. ¿Para qué iba a molestarse en cumplir, sobre el atareado Harrison, su lento ciclo de lluvias? Iba a ser un día largo. Parecía que el verano se empeñara en permanecer a orillas del lago Wallace. ¿De dónde saldría la nieve para la nueva temporada de los esquiadores?

Sentí que ya conocía bien este lugar. Tanto como mi habitación en La América, ese barrio antiguo de baladas. Y como Milford, impassible mientras transcurre una conversación de mujeres solas un sábado por la tarde. Caminé descalza por la casa de los Lomas. Por primera vez entré a su habitación. Las paredes tenían papel de colgadura con dibujos envejecidos de ramos de rosas. La ventana daba al

jardín pero también permitía ver el sendero de la entrada, con dos filas de arbustos que empezaban a desnudar sus ramas. Esos brazos puntiagudos se alzaban a un lado y otro, señalando con dramatismo todas las direcciones posibles. Si al salir uno les preguntaba sobre la ruta con seguridad iba a perderse. Pero estaban tan solos que me quedé mirándolos un buen rato. Me daban lástima, parecían señales de una carretera abandonada.

Abrí un cajón donde la señora Lomas tenía guardada su ropa interior. Esas prendas hacían parte de sus recuerdos más secretos. Oían a perfumes viejos y ya tenían un color mustio. Estaban dobladas con esmero de coleccionista. Al levantar un corsé de complicado armazón resbaló de allí un paquete de fotografías. Todas eran en blanco y negro, menos una en la que aparecía Frank en medio de la nieve, con un par de grandes esquís a lado y lado, abriendo y cerrando esa sonrisa suya, tan escasa y tan hermosa. Por detrás habían escrito: "Frank, la primera vez que salió a esquiar, diciembre de 1975. Ocho años, seis con nosotros". Seguí mirando las fotografías por el respaldo, leyendo lo que estaba escrito con lápiz, con pluma o hasta con un trozo de papel escrito a máquina y pegado con goma gruesa. Las letras no correspondían a una sola persona. Cuando leía algo que me llamaba la atención les daba vuelta y me ponía a verlas. Entre las últimas encontré una que decía, con simpleza, "Helen y Frank, 1952". Ella estaba seria, como hipnotizada, y él sonreía con exactitud de cantante. Se veían flacos los dos, pero mientras el hombre se esforzaba por preservar su escaso peinado de salón ella iluminaba la fotografía con un pelo hermoso, largo y rubio. Su belleza era muy dura y lejana, y la cubría con un traje inocente de lunares, plisado y abierto en el ruedo, un poco más abajo de la rodilla.

Me guardé la foto de Helen y Frank, rodeados de curiosos en el vestíbulo del hotel Beacon. Aquí la tengo todavía, se fue conmigo. Guardé el resto en desorden, sin intenciones de no dejar huellas. Entre los papeles había

una nota del colegio Jefferson. Ahí estaba. Frank Lomas, segundo curso. En tres renglones el profesor escribió que el muchacho era bueno en el dibujo pero bastante deficiente con los números. Sin embargo, afirmaba, “sus calificaciones serían analizadas desde otro punto de vista teniendo en cuenta la configuración de su grupo familiar y los problemas de salud que vivió el alumno durante el otoño y el invierno”. Junto al informe escolar encontré un recorte de periódico. Alguien había escrito por detrás, sobre un anuncio de las cámaras Daci –“más luz con dos velocidades”–, que la noticia era del 5 de julio de 1961 y fue publicada por el Casper Star en la página nueve: “La alegría de la fiesta nacional se convirtió en tristeza en el hogar de los Lomas, una pareja de mediana edad que fue atacada por un grupo de hombres armados. La policía informó que ellos llegaron a caballo, vestidos a la vieja usanza de los vaqueros y reclamando que esas tierras, donde los Lomas viven desde antes de convertirse en una reserva, le pertenecían a la comunidad blanca de Harrison. Dispararon sobre los ventanales e hirieron gravemente al señor Lomas. Algunos testigos que no quisieron identificarse afirman que se trataba de miembros de la Asociación Nacional del Rifle, acusación que fue puesta en duda por el sherif del condado, Fred Campos”.

Un par de recortes más anunciaban la lenta recuperación del señor Lomas, hasta que en una última lo mostraban saliendo del hospital. “Víctima del pasado no podrá volver a llevar una vida normal”, decía el titular.

Guardé todo lo mejor que pude. Sus cosas debieron quedar en un gran desorden. Cuando volviera iba a pensar que los vaqueros habían regresado, que la estaban esperando en el patio para prenderle fuego a la casa o a las escrituras. Ella escogería, mientras el señor Lomas miraba por la ventana, después de exprimir el diario, tratando de gritar que se llevaran todo eso, que a ellos ahora nada les importaba, ni siquiera morirle.

En vez de ella fui yo quien tuvo ese sueño. Al despertar, estaba recostada en su cama y vi el reloj. Las diez y unos cuantos minutos. Salí a la sala y busqué algo con qué escribir.

“Helena. Perdóname que te escriba esta nota como si yo no fuera tu mamá. Pero es que he soñado que algún día íbamos a ser amigas, que nos íbamos a contar todas nuestras cosas. Entonces no sería necesario que me vieras como tu mamá. ¿Para qué? Nunca he querido ser grande y tampoco voy a serlo ahora. Por eso me voy. Cuando volvamos a encontrarnos vas a ver todo esto como un cuento de gente que no habla, apenas eso, algo que sucede en una mañana como la de hoy, en una casa quieta y llena de fotografías y noticias viejas. Hoy no me siento bien. Debe ser un cierto miedo a la carretera. ¿Por qué te escribo? No sé. Debe ser porque yo creo que este tiempo va a pasar, que voy a cerrar los ojos para caer al río y flotar corriente abajo, hasta Las Vegas, donde las luces de los hoteles me harán olvidar un poco. Si alguien te guarda esta carta, pensando en que algún día vas a querer leerla, entonces las dos podremos seguir pensando que pronto nos vamos a encontrar para reírnos juntas. Por ahora lo mejor es que me vaya, no quiero que algo malo te pase a causa de mis tonterías. Sólo quería despedirme. Perdóname. Ni siquiera sé para dónde voy. Tengo un carro con el tanque lleno, eso espero, y un atado de ropa sencilla. No necesito más, aparte de estar sola. Estoy un poco perdida, pero si tengo suerte y escojo la rama correcta en el jardín de tus abuelos entonces el río y el viento que erosionan las piedras me traerán de vuelta. Algo así le oí decir a tu papá. Los amo”.

Doblé la hoja y la puse con cuidado sobre la cama de la señora Lomas. Escribí al respaldo que por favor se la guardaran hasta que Frank pensara que ella podría leerla. Cogí mis cosas y salí. Tenía que apresurarme hasta llegar al negocio de autos usados. No quería encontrarme con ellos mientras caminaba por la orilla de la carretera. Sólo

en mi Ford podría estar segura. Tomé la correspondencia y miré las ramas de los arbustos que bordeaban el sendero. Jugué a que estaba ciega y pasaba por ahí tocando a tientas. Así fue como di con la rama que me señaló el rumbo. Tenía que ir hacia el suroccidente, hacia las tumbas de piedra, un lugar donde el viento jugaba a las escondidas con el viejo silencio.

En el paquete de cartas, casi todas de anunciantes, había un sobre de Ray. Entré de nuevo a la casa, encendí el computador y revisé mi buzón.

Apreciada Mayte:

Como ve, nunca dejo de escribirle. Usted ya sabe que esto es algo que me hace falta, sobre todo ahora que ya estamos más cerca que nunca de salir a la calle. Entonces aprovecho que tengo la oportunidad de usar el e-mail para relatarle mis tonterías.

Además, lo bueno de escribir por la red es que uno se suelta, ni le da importancia a la puntuación y menos a la ortografía. Es como si uno estuviera escribiendo posdatas.

Su última carta fue muy breve pero suficiente para convencerme de que usted necesita hacer un viaje, ojalá a un lugar con mucha luz, donde todo sea nuevo para usted y pueda sentir que todavía es tiempo de descubrir el mundo. Pensando en esto hace poco me puse a estudiar sus cartas del tarot y encontré, según su primer arcano, el dos de espadas al revés, que ahora piensa mucho en el pasado. Por eso ahora le parece que todo en su vida ha cambiado, que antes se sentía más joven cuando se arriesgaba en el amor. Ahora no. Además, de acuerdo con la cercana presencia del tres de copas, una carta que revela el primer arcano de su signo más afín, capricornio, usted tiene miedo de que su destino sea convertirse en una mensajera de la muerte.

No tenga miedo por esto que le digo. Las cartas son a veces muy dramáticas y uno tiene que ver las cosas de

acuerdo con las experiencias que ha vivido durante su vida. De todas maneras debe cuidarse o por lo menos reflexionar mucho. Este es un buen tiempo para hacerlo.

Discúlpeme por hablarle así, como si yo fuera ese personaje extraño de la televisión de Miami que sale disfrazado de ángel, lleno de joyas y haciendo gestos extravagantes. Por favor, no piense que yo soy así como él. Me gusta mucho leer el tarot pero en vez de un negocio es para mí como una manera de jugar con ese destino que uno sólo puede controlar cuando también aprende a contemplar lo que no puede verse.

Pero ya ve lo pesado que soy cuando me refiero a estas cosas. Hoy, en medio de las muchas ocupaciones que uno tiene antes de ir a la celda de confinamiento, solamente quería saludarla y desearle que esté bien. Parece que primero voy a salir yo y después lo hará Mauricio. Eso esperamos todos aquí.

¿Sabe una cosa? Su hermano es aquí en Sandstone, cada vez más, un ídolo de la gente. He visto que hasta los más hoscos se acercan a saludarlo. Le tienen respeto y él se lo merece. Es el mejor en el taller, el que cumple todos los deberes, el que apenas habla cuando hay que hacerlo. Eso aquí lo aprecian mucho. Es un hombre firme al que sólo he visto un poco nervioso en los últimos días. Debe ser porque ya está terminando su condena.

Usted se preguntará que si tenemos miedo de entrar al cementerio (por norma debo escribir celda de confinamiento), pero la verdad, y al contrario de lo que pensaba hace un año, a uno ni le importa pagar ese último castigo. Bueno, además, en el caso mío no es mucho tiempo, apenas un par de días por la naturaleza de mi condena.

Para cuando salgamos hemos acordado encontrarnos en alguna parte. Mauricio me dice que lo más seguro es que él no salga de aquí libre del todo. Como no tiene documentos puede que se lo lleven en avión hasta una isla de Colombia, creo que se llama San Andrés, y de ahí podrá

volver a su casa, esa casa de la que usted me ha hablado tanto en sus cartas. Eso quiere decir, entonces, que yo tendré que viajar a Medellín para prolongar esta charla que hace cuatro años sostenemos aquí. Hasta se me ocurre algo que podría parecerle una locura de presidiario: encontrarla también a usted en su ciudad, en su casa, con la pequeña Helena y el señor Lomas. ¿Estoy diciendo tonterías?

Ojalá que no lo deporten. Yo creo que lo pueden dejar aquí, en una especie de libertad condicional o si mucho lo dejan en la frontera con México. Para ellos el sur es un país grande que está ahí debajo del río. Es lo mismo, dicen.

De aquí, por lo pronto, le cuento que todo está bien. Ayer entró alguien nuevo, también es colombiano pero lo ubicaron en una unidad distinta a la nuestra. Nadie lo conocía, a excepción de Mauricio que se sorprendió al verlo en el otro patio, cuando salimos del taller para hacer un poco de deporte. Nosotros, como siempre, en vez de coger el balón nos habíamos puesto a hablar. Estábamos solos y en ese momento salieron ellos en fila india. Él nos miró y nosotros lo vimos. Era como si el hombre nos conociera y su hermano siguió muy callado todo el resto del día, hasta por la noche cuando me atreví a romper el silencio reglamentario del pabellón para que me dijera lo que pasaba.

Usted sabe cómo es Mauricio. Cuando menos pensé oí que me decía algo sobre el hombre que habíamos visto. "Ray, es él". ¿Quién?, le pregunté. "Es Rodríguez", dijo él. Y no quiso decirme ni una palabra más, aunque tampoco se podía porque ya para entonces el guardia estaba ahí frente a nuestra celda, haciendo sonar su bastón en la malla de acero.

—¿Usted sabe quién es Rodríguez?

Ray

Capítulo 7

AHÍ ESTABA TODAVÍA ESE BELLO DEMONIO AZUL. PARA QUE ALGUIEN se fijara en él tenía que estar como yo, así de corrida, con un mapa en blanco en la cabeza. Le pagué al hombre los quinientos sesenta dólares que pedía y prendí ese motor viejo que él me había vendido con el cuento de que era una caja de música.

El pobre tiesto tenía pretensiones de alta velocidad. El hombre que me lo vendió no mentía, no era un chiste: ese Ford Bengala estaba hecho para huir, pero esta vez sin más compañía que una cinta con la música que llegaba desde afuera hasta mi cuarto en Medellín. Era una rara mezcla de porros y baladas. Así es uno, qué tontería. Antes quería irme, ahora creo que lo mejor sería regresar para poner mis cosas en orden. Sin embargo, lo que hago es tirar mis pastillas de litio por la ventanilla y alejarme por la interestatal 155, hasta Sedona, una carretera deshabitada que me lleva al lugar donde terminan todos los viajes. Por lo menos los míos.

Una hora después vi la montaña. Una meseta donde el demonio, con la frente aplanada, me daba la bienvenida a su calor agonizante. Cada dos millas se repetía el techo agudo de una granja; cada cuatro, una estación de gasolina. Podría dormirme si no fuera por las cruces de madera que estaban clavadas en las orillas de la carretera. Si uno desaceleraba podía ver las piedras junto al precipicio y leer que Lázaro Ramírez, de Cuernavaca, murió allí el 4 de septiembre de 1988. Había dos para Thelma y Louise, una para cada una, suspendidas en el aire con el acelerador a fondo en un carro descapotable. Las adoraba. Más allá,

unas ramas señalaban que al pasar nadie podía olvidar a Selena, tampoco a Emma ni a Ana, casi todas ellas muertas en el siglo XIX. Otra más allá decía que Jaime Orrego, de Río Negro, alcanzó a cumplir cuarenta y dos años antes de aventurarse por la noche y el día de este lugar de espanto cavado por el viento. Seguro lo asesinaron por la espalda, como muere toda la gente en el desierto. Les dicen que huyan, que allá junto a la montaña reseca podrán bañarse en la piscina de un gran hotel de Las Vegas, libres al fin de toda la suciedad sin cine que hay al otro lado de la frontera. Con los disparos también escuchan las alas del águila, en ese momento tan breve cuando se impulsa para caer en picada sobre los que están cruzando la frontera. "Aquí todos aprendimos a ver de noche", se le oye decir al pollero mientras la cara da con el polvo a la orilla de la carretera. Después huyen. Puede sentirse que unos se escabullen por las guaridas del desierto, los demás se pierden, sólo corren y se tropiezan con los arbustos y los bultos de piedra. Seguro terminan regresando y al otro día, en un domingo de fiesta pueblerina, van a despertar en el país que dejaron, sintiendo el olor del maíz en el asador y la música de cuerdas afuera, cuando salen a la ventana de la pieza oscura en un barrio de Tule, cerca de donde vive la pequeña Irma, su vecina en la hilera de cruces: 1982-1987. Miran los altos edificios, el orden en las calles. Ya están en otro lugar, pueden olvidar como yo he olvidado, pero sobre todo pueden regresar. Y siempre regresamos.

"La manzana de la discordia", el porro que estaba sonando en mi pasacintas de los años setenta, me hacía pensar en todas estas cosas. Me fui cantando como lo hacía la Pipa González. Una vez estuve en un baile con él. Claro, yo bailaba con Rodríguez y él cantaba en el escenario y me miraba. Tenía los ojos claros, era rubio y lejano como Frank y llevaba, igual a todos los de la orquesta, un traje blanco.

Pasé por Teec Nos Pos, un sitio que el mapa señalaba, entre paréntesis, como el único donde cuatro estados com-

partían una de sus esquinas. Era la esquina del movimiento, solitaria en el encuentro de la 169 con la 504. Cruzé el pueblo que consistía en una estación de gasolina, un Kmart y un monumento a alguien que no recuerdo. Creo que ni siquiera traté de saberlo. Tal vez era el general Grant o alguien así, capaz de prenderle fuego a una ciudad entera. Seguí por la primera salida que encontré y llegué hasta Cayenta. A la entrada, un aviso decía que tenían excursiones al Cañón. Me detuve y entré al local. Era una habitación desnuda. En una de las paredes tenían un gran mapa y debajo de él había un escritorio. Llamé y nadie contestó. Un minuto después sentí que corría el agua de un lavamanos y se abrió una puerta por donde salió un hombre que se subía el cierre del pantalón. Se sentó frente a la mesa, sonriendo y ordenando unos papeles. Era gordo y sudaba por el cuello. Me miró con unos ojos pequeños que se perdían detrás de sus gafas. En un parpadeo creí ver a Rodríguez. Iba y volvía.

—¿Va a viajar? —me preguntó.

—Ya estoy viajando. Llevo ocho horas en la carretera.

—Pues tuvo suerte. Yo sé que no es fácil llegar hasta aquí, casi ni estamos en el mapa.

—Está bien. Creo que llegué a donde llegan los muertos cuando no hay lugar más adelante.

—Tiene razón.

—Entonces hábleme de las excursiones.

—Usted tiene un humor negro. Eso me gusta. Y por eso le tengo lo que necesita alguien como usted, alguien fuerte, capaz de caminar muchas millas a campo traviesa.

—Adelante.

Saldríamos al otro día, con otros cinco que me esperaban esa noche para comer juntos en un restaurante mexicano. Prefería comer sola y dormir un rato antes de salir a dar una vuelta por el pueblo. No había mucho para conocer, sólo que en el aire persistía una sensación de que algo grande estaba pasando por allí, muy cerca del lugar donde

me comí una hamburguesa sin bajarme del bengala. Di unas cuantas vueltas por los alrededores, hasta me aventuré un poco más allá de la carretera, por un camino sin asfalto, con la esperanza de ver desde allí esa luz de calcio que sale de la tierra cuando está abierta. Eso era el Cañón, una vieja y enorme herida expuesta frente a todos. Todos acudiríamos allí, a sus orillas, con la esperanza de verla sangrar otra vez.

Además, no podía dejar de sentir como si algo se estuviera acabando. Era igual a una noche en Medellín. Estaba en el centro, junto a un teatro donde presentaban películas mexicanas. Llevaba puesto el uniforme del colegio y me acompañaba Mauricio. Los dos teníamos un poco de miedo porque ya estaba oscuro y la gente pasaba muy rápido. Oíamos gritos, los carros se detenían y de un momento a otro nos quedamos solos en ese lugar. Me puse a llorar, pero él me decía que tranquila, que ya iba a llegar el bus y todo estaría bien. Después nos pusimos a jugar en las escaleras eléctricas de la esquina de Junín y caminamos hasta el hotel Nutibara. A esa hora, por la avenida Primero de Mayo, sólo pasaban los vendedores ambulantes que subían con sus carretas para guardarlas en un local de San Ignacio, frente a la vieja universidad con paredes de tapia y adornos republicanos. Nos asomamos al vestíbulo del hotel y abrimos los ojos ante un salón lleno de gente bien vestida, con lámparas que extendían sus tentáculos por todo el techo. En un rincón, muy lejano, un grupo estaba tocando porros, la que cantaba era una mujer regordeta. El portero nos dejó estar ahí un rato, sentados en una silla de terciopelo. Mauricio lo convenció de que estábamos perdidos y el hombre nos consiguió un taxi para que nos llevara a la casa.

Pero ahora estaba sola, en un lugar donde Mauricio nada podía hacer por mí. Además, yo no hubiera querido.

Dormí en el asiento vegetariano del Ford y, muy temprano, decidí conducir hasta un pequeño centro comer-

cial. Dejé el carro parqueado en el sótano y fui a cambiarme y a echarme un poco de agua en la cara. Volví al local de las excursiones y allí estaban todos. Me saludaron como si fueran boy scouts a punto de emprender una aventura que al día siguiente los periódicos iban a reseñar en primera página. Estaban frescos, alegres, algo nerviosos.

Abordamos un bus de turistas y viajamos casi dos horas hasta el lago Powell. El hombre gordo era el guía y nos entregó un papel con todas las instrucciones. Todo lo haríamos al aire libre. No habría hoteles ni atenciones especiales. “Pero seremos muy felices”, dijo él, parado en medio de todos, sosteniéndose de los asientos.

No presté mucha atención a lo que decía. Yo iba en otra excursión, muy lejos de todos ellos. Era un viaje a ninguna parte, una travesía que habría podido firmar con cualquier agencia y el resultado sería igual. Poco me importaba el paisaje y menos los recuerdos, las fotografías y las bromas ingenuas que ya empezaban a salir a flote, forzando las risas y creando complicidades. Uno de ellos cantaba. Ya ni me acuerdo de su canción. Menos mal porque era un verdadero idiota.

Me puse a mirar por la ventana y me dormí un rato. Fue el guía quien me despertó y vi su sonrisa de niño, ya sudando otra vez pero con un aspecto que no podía compararse con el del lento oficinista que el día anterior, en la quietud navaja de Kayenta, no había logrado entender lo que yo quería decirle.

—Llegamos al cementerio —me dijo él. Sus ojitos brillaban. Era un chiste.

Me bajé, un poco aturdida. A ambos, en los asientos, sus ocupantes habían dejado toda la basura que pudieron. Todo allí, adentro, estaba cubierto por una luz desolada. ¿Acaso había ocurrido un desastre? Bajé los dos escalones del bus y puse los pies en el cascajo del parqueadero. Sentí el crujido porque estaba mirando hacia abajo. Caminé un poco y alcé la mirada. Ahí estaba, era el cielo implacable y

el arco iris de piedra. A su alrededor se insinuaban, como pedazos de un sueño roto, las otras rocas que el río y el viento, sin decir palabra, devoraban desde hace años.

El guía se acercó al grupo y nos dijo que debíamos cuidarnos del sol. "Regla número uno: un buen sombrero". Sonrió como Rodríguez y todos le obedecieron, menos yo que, en cambio, lo que hice fue acordarme del sombrero que Evelyn iba a comprarse la semana anterior. Con seguridad, sobre su cabeza virginal sólo pondría una pieza de colección.

-Hoy vamos a estar todo el resto del día aquí, admirando este monumento de la naturaleza. Vamos a empezar a relacionarnos con el lugar, a entender ese lenguaje tan particular de las piedras. Muchas excursiones del Cañón suelen terminar frente a esta mole de granito. Mírenla. Esto es más grande que el templo de Abu Zimbel y los secretos de Tulum. Créanme. Yo sé por qué se los digo. Por eso es que al contrario de todas las excursiones, prefiero empezar por este lado de la travesía. Iremos en sentido contrario, como quien dice contra la corriente, descubriendo en calma todos los misterios, los paisajes que cada vez, a medida que avanzamos, serán más desolados, más quietos. No teman, vamos a divertirnos mucho.

Me miró y yo le hice un gesto de saludo con la mano. Sonrió satisfecho. Los demás le celebraron el discurso. Insistió para que me parara junto al arco de piedra y enfocó su cámara a una Mayte sonriente, con un sombrero prestado y gafas oscuras. ¿Dónde estará ahora esa mujer? Me refiero a la de esa sonrisa falsa.

Al otro día, después de dormir bajo una gran carpa, dejamos por fin ese paraíso de veraneantes que comían como hienas las frituras que traían en bolsas de papel brillante. No era eso lo que yo buscaba, si es que estaba buscando algo. Caminamos varias horas y descansamos para almorzar en un pequeño bosque donde funcionaba el puesto de los guardias. No se podía hacer siesta porque

antes de anochecer teníamos que estar casi frente a la entrada de Page. Sería una jornada ardua pero todos dijeron que estaban listos.

Cogí una rama seca y la adopté como bastón. Era una buena manera de equilibrar el peso de mi morral. No era mío sino de alguien que al verme con apenas un bolso al hombro decidió que podía ayudarles a los demás. Así eran ellos, todos unos cortapalos.

A las tres de la tarde la quietud se adueñó de todas las cosas. Nos asomamos a un precipicio y yo me alejé más para dejarme atrapar por la desolación de ese lugar que había dejado de ser, que tal vez nunca había sido. Ellos siguieron. Yo me quedé.

Ni siquiera me di cuenta de que se alejaban. Estaba tranquila y me puse a imaginar cosas con todas esas figuras que se alzaban al cielo. Podía verse una montaña con un ojo de cíclope y una mordedura de serpiente en la roca dorada y quebradiza. Así debía ser el mundo cuando ya dejara de serlo. Se parecía a mi cabeza, a las cosas que pensaba. Yo también estaba llena de grietas, de hondonadas que ni siquiera dejaban ver el río.

Cuando estuve sola, cuando ya no quedaban rastros de los excursionistas, decidí tomar el camino contrario. Un letrero advertía que de allí en adelante el recorrido tenía que hacerse con guías autorizados. Pero yo seguí. ¿Qué me importaba?

Llegué hasta un lugar donde sólo podía sentir el latido del viento. Ahí estaba empozado, no iba ni venía. Tal vez era su guarida y se dedicaba a reparar sus fuerzas, a respirar profundo después de haber recorrido todo el desierto. Cuando uno está en medio de todo eso, en la parte más plana y abandonada, el aire se pone a lamer todo lo que encuentra, desesperado, como si fuera un perro. Era una tierra arrasada, inexistente. Eso me gustaba. Avancé por el borde de una grieta hasta donde se alzaba un monolito con rostro de mujer. Tenía una cabeza fuerte y los hom-

bros desafiante. Miraba hacia el oeste. Con seguridad, desde su altura podía ver Las Vegas. Puede que alguna vez llegara hasta sus oídos una canción de Elvis, derrotado y con el cuello como las alas de un pájaro, gordo y despiadado con la soledad, cuando ya lo único que sabía hacer era morir. Esa roca pudo ser la única que supo escucharlo, como esperaba que también lo hiciera conmigo.

Esperé. Pasó una ráfaga de arena. Resolví dar unos cuantos pasos y me encontré de frente con el río. No, no era el río. Lo que estaba allí era el vacío, mucho aire para respirar en caída libre. Mirame Helena, escúchame Mauricio. Frank, al fin he encontrado un lugar al que puedo llegar sola. Creo que esto aquí es como el final de todos los viajes, lleno de profundidades, de montañas resacas, de ese mismo viento que lo va erosionando a uno mismo. Se me ocurre que lo que yo quiero hacer es verle la cara a la noche, dormir sin parar durante varios años, saber cómo es morir mientras la mirada cae al río, cruzando capas y capas de tierra envejecida, mientras me acuerdo del hombre de las constelaciones, dedicado a revisar sus cachivaches y escuchando desde la pieza de al lado, donde una pareja de viejos se está besando, los tiempos tormentosos de alguien llamado Frank que pasó como una ráfaga por las montañas de nieve y por el corazón de la pobre tía Helen.

Abrí los brazos y todo lo que había alrededor, esa postal sin árboles, me empujó hacia delante. Dejé caer mi mochila y alcancé a ver que se quedó enredada en una piedra. Más allá había una cruz. ¿Sería la de Mayte? Escuché gritos. Estaban lejos pero me veían al borde de esa frontera. Me sentía limpia, serena, con el pelo arremolinado en la misma dirección del viento. ¿Otra vez los coyotes? El hombre de Cayenta se asomó a la piedra con rostro de mujer y alzó los brazos sin ser capaz de pronunciar ninguna palabra. Cerré los ojos. Rodríguez pedaleaba hacia donde yo estaba. Yo creo.

Estoy cayendo. Ahora sí, observen a Mayte que da vueltas en el aire, que se resbala por el vértice de la roca, junto

a la mujer que mira el juego del tahúr y escucha el latido de la última fiesta enloquecida en la torre del Sand's. No me importa caer porque siempre lo he hecho. Tengo pasaporte para caer y ahora soy libre de hacerlo. Les miro la cara a los que me buscan, seguro creen que estoy cerca y todavía tienen esperanza de encontrarme. Pero a estas horas, en el crepúsculo del parque, estoy cayendo, soy también una sombra y una montaña, tengo el cuerpo hecho jirones. ¿Tendré la suerte de convertirme en una roca?

El agua me recibe y sigo río abajo. ¿Me estoy purificando? Es otro bautizo, otra puerta de entrada al mundo de los vivos y de los muertos. Al fin y al cabo es la misma cosa. Yo lo sé. Basta con desconfiar del guía y alejarse de la excursión para caer en la cuenta de una cosa tan simple.

Creo que voy hasta Flagstaff, casi hasta la presa Hoover. Eso dice el tiquete. Me dejo llevar por los rápidos, mirando los precipicios desde abajo. El cielo es pequeño y torrencioso, traza una raya de tiza en mis ojos a medida que me hundo. Escucho a Helena que me pregunta por la muerte. Yo le digo que es una sirena que canta en el desierto. "Yo la vi y no tengo miedo". Ella se queda mirándome y yo me alejo. Voy hacia Las Vegas y allí tomaré un bus como cualquiera. Voy a buscar un lugar en el oeste, al norte de los viñedos. Eso haré cuando termine de caer y pueda salir a contar, en un bar sin música, todo este miedo, todo esto que soy porque decidí morirme lejos, muy lejos de las ciudades que he perdido.



DICEN QUE ESTOY AQUÍ DE MILAGRO, DESPUÉS DE UNA NOCHE tras otra en un hospital de Prescott. Yo no vi nada de eso y no puedo contarlo. Apenas lo sueño y me despierto, como si saliera del agua.

En las noches me duele la espalda. Una punzada a la derecha y me doblo un poco.

Pero logré borrar el rastro. Al menos por un buen tiempo. Pasé por varias ciudades, estuve en Kentucky con una tribu gótica y vi pasar un tren solitario por una calle de Memphis. Hablé un día con una muchacha como yo, confusa entre dos idiomas y viajando en bicicleta, frente al sol que se ocultaba a la orilla del Mississippi. Todos esos lugares, esas personas que me hablaron mientras salía del agua y olvidaba, son ahora una imagen borrosa, salpicada por la lluvia de todo el otoño y el frío intenso de la mitad del invierno. Es algo que pasó por la ventanilla del Amtrak en un viaje de cuatro meses. Fueron muchos kilómetros hasta aquí, hasta el Ojo Caliente, este feo lugar al que amo, donde he encontrado a algunos tontos como yo que escuchan con interés estas cosas que les cuento.

¿Cómo es el Ojo Caliente? Es igual a Mayte. Ya lo dije, creo. Afuera le pintaron un letrero que no se entiende y cada noche viene la gente para escuchar a los corridos como yo. Gente descontinuada y a punto de pegar pelo. Se toman un trago, se abrazan en la oscuridad. Es un viejo lugar en una ciudad vieja, con sillas gastadas por poetas sin nombre. Se fuman un porro en silencio, salen después al frente y leen sus cosas. Nadie aplaude. No nos importa. Parecemos del otro lado de la vida. Es delicioso. Olvidamos y recordamos, sentimos el soplo del verano que estremece los refrigeradores del bar, abrimos las puertas para que entre el frío cuando llega noviembre.

Helena me acompaña a veces y Frank vive solo. Tres cuadras lo separan de mi casa. No está muy conforme pero tampoco puede hacer nada para impedirlo. ¿Cómo habrá resistido en esta ciudad enloquecida? No lo sé. Cuando estoy muy mal y ni siquiera soy capaz de salir de la casa, él se queda conmigo, con su mochila arhuaca colgada en la silla, sentado en silencio como un viejo indígena de la Sierra.

Pobre Frank. Dice que todos en la ciudad estamos en la boca de un volcán apagado. La gente de aquí lo adora.

A ellos, como a mis amigas de Milford, les gusta que yo les cuente cosas. Cosas de Medellín. De Pablo y todo eso.

Sin embargo, ahora me ocurre una cosa, así tan llevada y todo, casi pegando pelo. Ni yo misma lo creo. Ya ni bailo, parezco un mueble viejo. Estoy muriendo, lo sé, pero en mis historias de balas y baladas, las que cuento en el Ojo Caliente después de la tanda de Ricky Ortiz y Annette Aguilar, ya nadie alcanza a decir: me muero.

Apreciada Mayte:

Si no ha leído sus e-mail es posible que esta nota se le confunda con una carta que ya le había enviado. Puede que primero lea la segunda, escrita cinco días después pero con igual temblor de manos y en un papel con membrete de este divertido hotel llamado Sandstone. Confío en que el azar me permita contarle ahora que esta será la última nota que le escribo. Al menos desde Sandstone. Ya ni siquiera estoy en mi celda. Me sacaron del cementerio y de allí fui a parar a otro pabellón por un par de días, aislado y con una luz permanente sobre mi cabeza. Por fortuna ya me había despedido de Mauricio, justo antes del confinamiento, y quedamos en que nos encontraríamos en un bar del pueblo que está cerca de Sandstone. Sin embargo, mientras me alistaba para salir con la orden de libertad por pena cumplida, se me acercó un guardia y me dijo que tendría que esperar un día más mientras investigaban un hecho grave que acaba de ocurrir en el pabellón de los internos sin sentencia.

¿Se acuerda del tal Rodríguez que había ingresado hace poco? Pues lo encontraron muerto en los baños del ala derecha. Todo aquí está muy confuso porque, dicen, nunca había pasado algo semejante. Ahora le están haciendo muchas preguntas a los colombianos, pero estoy seguro de que Mauricio no va a tener problemas. Esté tranquila. Si él no llega a Harrison o a Milford, dondequiera que usted

esté, si lo deportan, yo viajaré a San Andrés o a Medellín, no importa el lugar, para que entre los dos nos ayudemos a empezar otra vida. No pienso ir al barrio, ni siquiera voy a dar una vuelta por el Parque Tompkins. Esa época la cerré con llave y boté ese pedazo de lata. Hasta mi familia, creo, se fue río abajo. Le confieso que no sé cómo voy a hacer para seguir viviendo sin saber nada de mi pequeña Pat. La quiero tanto.

Pero bueno, la idea que tenía no era dejarle un sabor amargo. Por el contrario, quiero decirle que ahora sí tengo la certeza de que sus problemas van a solucionarse. Pronto va a poder estar al día con la hipoteca, y hasta podrá volver a usar sus tarjetas de crédito. Estoy seguro. Mis cartas nunca mienten.

Pronto vendrá el guardia. Creo que en cinco minutos. O tal vez dentro de cinco días. No sé. Pero me parece que es apenas el tiempo suficiente para agradecerle todo lo que usted ha hecho por mí. No se imagina lo mucho que me ha ayudado para poder sostenerme en este lugar. Lo mismo le he dicho a su hermano y lo mejor es que de aquí en adelante todo va a ser distinto.

Eso espero. No se olvide de mí, porque yo nunca podré hacerlo.

Ray Rivera

SEGUNDA PARTE
LAS DOCE CUERDAS



Capítulo 1

AL PASAR LA VERJA RESPIRARON SIN QUERER EL OLOR AMARGO DE las flores. Junto a un muro cubierto de mármol negro dejaron las herramientas mientras Juan iba a guardar su motocicleta. Ricardo lo vio alejarse por entre un grupo de gente que miraba las losas en silencio. Tenía la misma espalda, ancha y perezosa, de una foto suya que conservaba en la billetera. Aparecía junto a la quebrada, saludando desde el puente.

Hacia una semana que Ester se lo había contado. Era una tarde solitaria en la casa. A las cuatro empezó a llover y Ricardo decidió ponerse a escuchar los discos viejos de su padre. Todavía tenían la radiola. Así la llamaban, radiola, un nombre antiguo que se ajustaba a los parlantes cubiertos por una tela de muebles. En los cajones podía encontrar tangos y boleros, alguna marcha extraviada o un fox. Estaba en la sala repartiendo su tiempo entre las imágenes de la calle y la quietud de los muebles. Los discos parecían de arena. La aguja del aparato se desplazaba por su geografía gastada y la voz del cantante se perdía por entre un murmullo.

La sintió llegar, callada como siempre. Se apoyaba en las tapias del corredor y arrastraba la silla de ruedas por las baldosas rojas y amarillas. Se puso a oír los discos. Sabía que a ella le gustaba el silencio y la dejó ahí, con sus ojos grises, hasta el momento en que decidió hablarle de Juan, su hermano. Le dijo que cuando escuchaba esos discos se acordaba de él y contó que por ahí debía tener una foto suya tocando el tiple. “No lo sabía tocar –le dijo–. A veces lo intentaba y algo le salía pero sonaba raro. Es que tiene las manos demasiado duras”.

Juan volvió junto al muro de mármol negro. Sonreía y llevaba una lápida en la que decía, con letras adornadas: "Su vida fue una lección para todos".

-Debió ser un profesor -dijo.

Y entonces Ricardo se puso a pensar que el que iba a dormir debajo de esa piedra labrada por su tío podría ser el viejo profesor Abrahán, al que todos le huían porque babeaba a los de la primera fila de pupitres, absorto en su discusión solitaria sobre Bolívar o en las desventuras de un coronel que vivía, en medio del calor de su pueblo, agobiado por sus propias sentencias.

-Debía estar aturdido por los vallenatos -murmuró mientras iniciaban su recorrido por entre los pasadizos de tumbas.

Ya enero estaba por la mitad y pronto llegaría el día de volver al liceo. Miró al cielo y comprobó que todavía escaseaban las nubes. Parecía otra vez el cielo de hace dos años, un tiempo en el que no llovió y que su tío solía recordar diciendo que no había caído agua ni para llenar un vaso del bar El Torrente. Fue un verano de más de doce meses. El tiempo de Sofía. Nunca iba a olvidarla. Una tarde la vio salir al balcón de su casa en medio de un aguacero. Tenía una levantadora transparente. Parecía que la lluvia de la tarde la hubiera sorprendido viviendo en otro tiempo. Salió al balcón y comprobó los goterones con la palma de la mano. Se fue y al poco rato volvió con una olla de aluminio y la puso bajo el chorro que bajaba del tejado. Ricardo la observó pegado al muro de la hilandería. Le pareció maravilloso estar frente a esa imagen de la mujer y el verano. Creyó que eso apenas era posible en una canción de Benny en la que alguien "se alborota para llenar la palangana" y pasan raudos los autos y la gente abre sus paraguas negros junto al mar.

Pero ahora iba con su tío Juan, otra vez bajo un sol de veinte pliegos, pensando que tal vez eso del vaso de agua era otra exageración de las que solía repetir el profesor Abrahán. Él se inventaba esas frases que impresionaban

a todos los alumnos y se ponía muy ufano, justo antes de ponerse a hablar del coronel viejo y olvidado en medio de unos platanales. “Así le pasaba al Libertador, después de semejante gesta”. Y entonces a todos los de adelante les caía lluvia en la cara. Afuera había unos árboles secos, y los pinos enanos que bordeaban el camino de piedra esperaban otros tiempos para gozar de la neblina.

Adelante caminaba Juan cargando las herramientas. Ricardo lo seguía por entre las columnas blancas que bordeaban las galerías. El piso de ladrillo se tragaba los pasos. Altas paredes guardaban los muertos y las flores caían antes de morir.

No era un día de muchas visitas y entonces ellos pudieron trabajar. Prepararon un poco de mezcla de cemento con arena muy fina, como si fuera de revoque, y Ricardo se trepó a la escalera para esparcirla sobre los ladrillos. Se le ocurrió pensar que detrás de esa pequeña pared estaría el hombre con sus lecciones. Cuando bajaba miró de cerca las otras tumbas. Antonio Acevedo que duró hasta el año 39, Fernando Higueta hasta el 69, María Elena Agudelo hasta el 58. “Por ahí está la de tu papá”, le dijo Juan desde abajo. Estaba limpiando la lápida con sus manos. Le echaba un poco de saliva y repasaba los dedos por entre las pequeñas ranuras del epitafio. Era apenas un nombre, Omar Zapata, dos fechas y, más abajo, las letras que el marmolero decidió poner en cursiva.

–Este se ahorcó con un alambre.

Pero Ricardo estaba pensando en una balada de Nino Bravo. Había leído en uno de los mármoles: “al partir, un beso y una flor”, y se imaginó también el día de la muerte de ese hombre, con toda la gente tomándole fotos al auto junto a la carretera y él con la voz suspendida de un hilo de sangre, tan parecido a un pájaro en desgracia pero empezando por fin a olvidarse de todo.

Su tío se subió a la escalera para poner la lápida. Era la décima fila, casi ya bajo el techo de cal. Resonó el martillo

en la galería solitaria. Puso la mano en una columna y le pareció sentir que toda esa quietud se estremecía con los cuatro golpes que el marmolero le daba, uno en cada vértice. La aseguró con unos tornillos y terminó la tarea con unos botones de bronce que la hicieron ver como un altar. "Se parecen a los clavos de Cristo", dijo Ricardo. La piedra negra brillaba en ese ambiente recién blanqueado, con olor a una sal profunda. Era una piedra hecha por el tiempo y el agua.

-Esta es una piedra buena, de Río Sucio -explicó, mientras se limpiaba las manos con una estopa.

Se pusieron a mirar la obra desde abajo. El mármol brillaba en lo alto, y volvió a leer el trozo de la canción de Nino Bravo, varias veces hasta que lo sintió como un pasaje bíblico. A su lado, las demás lápidas parecían hechas con piedras de la quebrada Santa Elena. Eran verdes y olían a barro de casas demolidas. Era como si muchas oraciones se hubieran dicho junto a ellas y en su nombre. Golpeaban la piedra con los nudillos, se santiguaban y empezaban a contar los padrenuestros, las avemarías, un credo y al final un diálogo con una lista de pedidos.

-Tu papá quería que le dibujaran un árbol en la lápida. Me lo dijo un día que estábamos bebiendo en El Torrente. Yo después traté de hacerlo, pero en eso me falta ciencia.

-Modestia.

-Nada de eso.

Sonrió con sus dientes grandes e hizo un gesto con las manos, la cabeza agachada, como si estuviera tocando unos tambores. Las arrugas de la cara eran como una telaña que se deshacía cuando estaba satisfecho de pensar en sus cosas.

Salieron a la manga que había junto a la galería. No había viento y el sol caía ya destemplado, brillante todavía pero casi vencido.

-¿Sabés una cosa? A vos que te gusta tanto la música te quería decir algo importante.

-¿Qué?

-No se puede confiar tanto en ella. O bueno, en ella sí pero no en los músicos. Todos son unos vanidosos. Le hacen creer a uno que son unos bacanes, muy sensibles y todo eso, pero nada, lo único que hacen es pichar con viejas buenísimas y nadar en su piscina de Beverly Hills.

-Te da envidia.

-No creás. La gente se vuelve así. El otro día hablaba de eso con el Hamaquero. Cuando estábamos en la universidad teníamos amigos que se mantenían leyendo a Marx y a Lenin, eran revolucionarios. Y ahora se contentan con ser gerentes, saco y corbata, esposa con el pelo teñido, carro de segunda. Vos sabés. Así son esas cosas.

En el mausoleo de los Echavarría los pájaros tenían su reino. Los Ospina se habían decidido por una corona al estilo de la Roma Imperial, y los Restrepo de la calle Bolívar tenían a la entrada dos palmeras grandes y al fondo un par de leones petrificados junto a los muertos.

-Unos tambores en mi tumba. Sí, señor. A mí no me gusta tanta solemnidad como la de esa gente con tantos apellidos.

-Creía que era un tiple.

-Ni riesgos -respondió su tío.

Ricardo cargaba las herramientas y trataba de leer las tumbas. Los mausoleos tenían frases en latín o poemas de escritores franceses.

Salieron ya al borde de la noche. Por los lados del bosque de la Independencia la luz de las casas era amarilla. Los vendedores de flores empezaban a cerrar sus kioscos y los conductores de los autos que pasaban se persignaban rápido y luego se perdían por las callejuelas que llevaban a las casas de Lovaina. Eran casas de un solo patio y baldosas rojas y amarillas. Los travestis se ajustaban las lentejuelas en la acera. Por ahí casi siempre era de noche.

A los dos les gustaba caminar por esas calles. Junto a "La cueva del oso" Ricardo se acordaba siempre del albo-

roto que hacían los muchachos cuando pasaban por allí en el bus del liceo.

Pero ese día decidieron subir al barrio. Se llamaba La Orilla y ambos habían estado de acuerdo en que parecía una gran piedra con las casas colgando de sus aristas. Las calles eran estrechas, con casas de tapia y luces que titilaban como si fuera diciembre.

—Vení, me esperarás un momento mientras me tomo una cerveza en la cantina del Hamaquero. El pobre se quedó casi solo, apenas lo acompaña una sobrina.

Treparon hasta el lugar que se abría en una esquina sin calles, con las dos hojas de la puerta abiertas. De allí en adelante estaba la ciudad. Se detuvieron a mirar las luces y a nombrar los lugares que creían reconocer desde lo alto de ese abismo. Abajo todo palpitaba y ellos estaban a salvo, en La Orilla.

La cantina del Hamaquero era azul. Las puertas estaban recién pintadas. Él era un hombre callado y de ojos grandes. Cuando hablaba solía ponerse una mano en el mentón y decía las cosas como para él mismo. Sus clientes debían inclinarse mucho en la gran mesa del fondo para oírle sus historias de cuando se salió de la universidad sin graduarse y empezó a trajinar la calle con sus hermanos de Girardota. Fue ahí cuando empezaron a decirle el Hamaquero. Krystof el Hamaquero. Una barba gris envolvía su cara en una sombra de estaciones de tren. Le gustaba contar que su bisabuelo era de Ucrania.

Entraron, volvieron a dejar las herramientas en un rincón y Juan se tomó la primera cerveza.

—Esta fue una buena tarde —dijo, y se trenzó en una discusión con el Hamaquero sobre cuál había sido el año con menos lluvias.

Ricardo los escuchó un rato pero luego, cuando ya empezaban a hablar de la universidad en los años setenta, decidió ir al baño. Corrió la cortina de plástico y se puso a mirar por la ventana opaca que le quedaba al frente. Una mujer veía televisión.

Estaban cantando Los Hispanos y el presentador, vestido con una chaqueta de flores y el pelo engominado, anunciaba que se trataba de un concierto en Nueva York, donde los colombianos bailaban con la historia de Lorenza. El cantante aullaba.

Hubo un corte y aparecieron los rostros de la gente en la avenida Roosevelt. Estaban en medio de una neblina pesada y sonreían al salir de un local. “Es como estar en mi país”, dijo una señora. Un muchacho de pelo largo declaró que él prefería otras cosas. “Así suena Medellín”, dijo ante la cámara un hombre que, aseguró, escribía para la sección de espectáculos del periódico Hoy de Queens.

–Qué caspa –dijo ella sin mirarlo.

–Sí, es una caspa. Pero bacano ver a toda esa gente allá, en Nueva York –respondió él.

A Ricardo le pareció que hablaba como desde una tumba. Era un patio y el televisor estaba en medio del corredor, a la entrada de un cuarto donde alumbraba una veladora. Hacia adentro olía a cosas viejas. Pero ella, pensó, parecía hecha de viento: “un viento rural, de brazos fuertes, el pelo negro, su mirada se estalla dentro de la mía y la voz le suena como en seis por ocho”.

–Mirá toda esa gente –agregó ella.

Rodolfo Aicardi, el de Los Hispanos, estaba radiante y sudaba. Ladraba y hacía gestos que la gente aplaudía. El presentador del programa seguía con una sonrisa quieta, como congelada en un chiste antiguo.

Desde el fondo se escuchó la voz del Hamaquero: “Niña, tráigame dos botellas”.

Ella se paró con rapidez. “Vení para que me alumbrés”, y le puso una linterna en las manos. Le pesó como si fuera un arma. Atravesaron el patio. Había flores grandes y matas en tarros de galletas. Ella caminaba con agilidad por entre las cosas hundidas en la oscuridad. A veces se volvía para cerciorarse de que Ricardo la seguía. Parecía fuerte y tenía la mirada grande. Hablaba como la gente del Oriente,

como su padre Antonio que había crecido más allá de El Derumbo y tenía el rostro acostumbrado a la madera. Era una voz firme. “Prendé la lámpara”, le dijo, y Ricardo obedeció.

Entraron a un cuarto oscuro donde había muchas cajas. Una bicicleta colgaba del techo y contra la pared producía una sombra de animal grande. Al fondo se escuchaban las voces de su tío Juan y el Hamaquero. Le subieron el volumen al radio y hasta ellos llegó claramente el gemido de las doce cuerdas.

–Es muy bueno –le dijo él–. ¿Sabés cómo se llama lo que está sonando?

–No.

–Hurí. Así se llama.

–Tiene nombre de animal.

–Sí, es cierto. Pero es bacano.

–Música de catanos.

Ricardo pensó que podía apagar la lámpara. “Ella tiene una mirada grande, parece que nunca puede cerrar los ojos”. Eso se lo había escuchado a Mauricio en el liceo. Se sentaba frente a la profesora de ciencias naturales y la miraba, quieto y callado. Después, cuando sonaba el timbre y salían todos al corredor, él soltaba frases como esa de los ojos que nunca se cierran. Y así le estaba pasando con la sobrina del Hamaquero. Para Mauricio, pensó, sería como la música de una película antigua, como de los años setenta.

Ella metió las manos en un cajón y las botellas tintinearon. “Aquí está el aguardiente”, dijo. Sacaron varias botellas y las pusieron cerca de la puerta. Al fondo los hombres habían empezado a cantar al unísono. Era una letra triste. Hablaba de un campo seco y la casa blanca que se quedaba en medio del paisaje. Sus habitantes se alejaban por el camino hasta que sólo veían una nube amarilla. Iban para la ciudad.

–Pues mirá. A mí me gustan más los tambores. No son tan tristes.

–Sos rumbera.

–Sí y no.

–¿Cómo así?

–No, mentiras. No me creás. Sólo era por molestar.

Cuando ella dijo eso Ricardo apagó la lámpara. Se le cayó de sus manos y la sintió rodar por el cuarto. Ella siguió hacia el hueco de la puerta, mientras él intentaba adaptarse a la penumbra. La sintió pasar a su lado, en silencio, como un pájaro que hubiera entrado desde el patio. Lo cogió de la mano. “Si querés te podés tomar un trago, él no se va a dar cuenta y menos ahora que empezó a poner la música que le gustaba en la universidad, Pablo Milanés y todo eso”.

Abrió la botella y se la acercó. Era como sentir el aliento de uno de los que mataban la noche en El Torrente. Allí le echaban viruta gris a las baldosas para que ellos pudieran escupir mientras hablaban de tangos y del último partido que vieron en Miraflores. Muchas veces había tenido que ir por su tío para llevarlo a la casa, parecía un muerto. Abandonaba la moto en cualquier parte y se perdía en la noche de la quebrada Santa Elena, más abajo de la peluquería y dos casas arriba de la prendería. Se emborrachaba con tangos, a veces con porros y boleros, pero llegaba siempre hablando de bambucos.

–Yo no tomo –dijo ella–. Nunca me ha gustado eso. Ni el olor. La gente se emborracha con sólo verlo. Se miran ahí como si fuera un espejo que les deforma la cara. Vení, prendé la lámpara y mirá que la cara se te vuelve toda rara en esa botella.

Otra vez en la luz volvía a acordarse de él. Nunca antes había hablado tanto rato con una muchacha, solos, casi a oscuras mientras afuera ya no parecía existir la calle ni la gente, apenas el hueco de la ciudad y las voces del Hamaquero y de su tío cada vez más lejanas. Vio su cara en la botella, regordeta y transparente como si se la hubiera tomado toda.

—¿Sí ves? Cuando uno se ve ahí ya sabe cómo va a quedar. ¿Entonces para qué? Mi tío se mantiene diciendo que eso es bueno, que la música suena mejor así, con tres golpes de aguardiente en la cabeza. Pero yo creo que se pone es a recordar. Le gusta ponerse triste, como si toda la vida se le viniera encima de un solo tiro. Ahí es cuando yo me quedo en el patio, viendo televisión, porque a mí no me gustan esas guitarras, esas voces destempladas que le cantan a los pueblos. Me pongo a ver telenovelas, de gente que se casa en una playa y después se separa en Bogotá, cuando ya son ricos y están cansados de quererse tanto, de besarse todos los días y de oír vallenatos. ¿Sabés dar picos?

—Pues yo creo. Una vez un amigo me dijo que era como abrazar la almohada, que podía practicar con ella. Él quiere ser bailarín y conoció a una muchacha que también quiere bailar. Es una mona linda, todos nos enamoramos de ella una vez que él la llevó a un baile. Un día, él nos contó que se habían acostado.

—¿Y vos le creés?

—No sé.

—Pues yo no.

—¿Por qué? ¿Es que lo conocés o qué?

—No preguntés, mirá yo te enseño. Eso no tiene ningún misterio.

Sintió los labios de ella que llegaban a los suyos. Los ojos se le acercaron tan rápido que lo volvieron más ciego que esa oscuridad. No pensaba nada, se imaginaba que después todo eso parecería una de esas mentiras para contar en el liceo, una historia que había soñado el domingo por la noche, después de ver Casino Royale y sentir la lluvia en su propia pieza, dentro de su cama. Así eran los labios de ella. Pura lluvia cayendo sobre su cara, despacio, transportada por un aliento de árboles como los que bordeaban la avenida La Playa los sábados por la noche. No la imaginó, no pensó, se dejó llevar por la mirada, por la oscuridad de ese cuarto que estaba en La Orilla de todo y

de todos. No iba a contar tampoco. Sabía que para siempre ella le estaba sellando los labios.

–Cómo te llamás –le preguntó Ricardo.

–No. Fresco. No es necesario. Cuando en las telenovelas pasan estas cosas la respuesta es que no hay nombres, que después veremos, cuando todo se acabe y todo resulte al revés. Felices pero al revés.

–Pero no te puedo decir siempre: ¡Hey!, sobrina del “Hamaquero”.

–¿Y cómo sabés que va a haber un siempre?

–Pues, me imagino.

–Está bien. No te molesto más. Me podés decir Ana, Ana Krystof.

–Ana Krystof.

–Si algún día me decís Anita te mato.

Capítulo 2

TEMBLABA JUNTO AL ESTANQUE DE LOS PATOS. A LAS SIETE Y MEDIA de la mañana, al final de enero, todo parecía borrosamente nuevo. Las paredes blancas del pabellón de quinto y sexto, el mural del maestro Cárdenas y las máquinas negras del profesor Carazo habían detenido el lugar en un tiempo sin clases, con un olor que Ricardo creyó parecido al de las matas del cementerio. Sobre el camino rodaban los corozos que la lluvia de la noche anterior había derribado.

Mauricio estaba junto a los patos, con un pie en el muro de la charca de azulejos que nadie lavaba desde el pasado noviembre, tiritando como todos los demás hasta el momento en que el director terminara de leer la lista. Los nombres resonaban en la voz del hombre. Era bajito, de zapatos muy brillantes, con una mirada huidiza que parecía resbalar por los arabescos de su corbata. En su voz los nombres de todos los muchachos se deshacían como la tiza. Daniel dio un paso al frente. Alfredo Medina, más asustado que nunca con sus ojos saltones, quedó en el grupo C. Alberto Chavarriaga, desgarrado y moreno, en el D. Fabricio Rendón se quedó en el A. Al fondo, vio que Carlos Rueda sonreía, nervioso, con sus dientes desportillados.

Ricardo Ruiz, dijeron por el altavoz, y él salió de un sueño que lo había llevado, bamboleando en un bus repleto de estudiantes resignados, hasta la puerta del liceo. Oyó risas a su alrededor. “La bella durmiente”, dijo alguien. Ochoa soltó una carcajada.

Dio un paso al frente y quedó justo al lado de Mauricio. Los dos se miraron. En ese año también estarían en el mismo grupo.

Los que en el año anterior solían reunirse en el patio de los mangos, habían quedado en otros grupos. No importaba, pensó Ricardo, al fin de cuentas estarían juntos en los descansos de diez minutos, y podrían volver al camino que los conduciría a la salida por la Iguaná, donde estaban los tugurios, y luego llegar al coliseo en una mañana sin clases, como había ocurrido una vez que los de sexto se enfrentaron a la policía. Se escurrieron entre los gases lacrimógenos, por San Germán abajo, para encontrarse de frente con el circo dormido. Recordó el telón brillante, la pista de aserrín y dos mujeres que arreglaban trajes de bailarinas detrás del escenario.

Antes de subir al segundo piso los dos miraron otra vez los árboles enanos, la cerca y la ingenua guarida de los scouts. Cristo abría sus brazos de bronce pegado a un muro de granito, era el lugar donde los de sexto escondían la yerba.

Mauricio respiró el aire de la mañana y supo entonces que no sería bueno para poner a prueba el aeroplano de cartón que su hermano le había armado. Era un aire grueso, sin luz. En la pintura del maestro, a quien veía pasar con una barba florentina y sus pies hinchados metidos en chanclas, estaba Prometeo con el vientre vacío, recién picoteado por las aves de Santa Elena. Encadenado, miraba con terror hacia los baños y hacia el salón del profesor Sánchez.

Pero ahora escuchaban rezos, oían historias falsas de vacaciones, una noche con Clara en un balcón mientras abajo, en la calle, jugaban al fútbol. Todo ese tiempo había transcurrido bajo el sol y la noche. A Ricardo se le vino a la cabeza el día en que la calle se llenó de cucarrones. Volaban por todas partes y ellos estaban allí, en medio de los insectos, escuchándolos zumbar bajo las lámparas de mercurio.

Esa mañana no hubo empanadas ni café con leche. "Menos mal", murmuró en medio del frío. Apenas se oían

los nombres. Una gran lista de apellidos y pasos nerviosos al frente. Después treparon la escalera en perfecta formación hasta los salones que daban a la banca de granito donada por la Sociedad de Mejoras Públicas.

Algunos empezaron a corretear por el pasadizo que terminaba en un cuartucho lleno de trastos. Ricardo se sentó y quiso contarle a Mauricio lo que estaba haciendo con las doce cuerdas. Le mostró las manos. Sus nudillos eran como de piedra y hablaba con una voz apagada.

–No son las cuerdas, es el trabajo que estoy haciendo con mi tío. Yo le ayudo con las tumbas –dijo Ricardo.

Mauricio le preguntó que cómo hacía para trabajar con cemento y mármoles y después ponerse a tocar las doce cuerdas.

–Es casi lo mismo –respondió como si lo supiera desde hace mucho. Parecía un viejo–. El tiple sabe mucho de cementerios. Está muerto.

Se calló en seco, y mientras entraban a un salón que parecía una notaría antigua Mauricio pudo sumergirse otra vez en sus pensamientos. No. Esa mañana no podría volar. En el aire grueso nada más, si acaso, se podía dar un paso adelante y sumergirse en lo que Ricardo llamaba “el anfiteatro”.

Los patos se aventuraban, ya solos, más allá de sus casas de juguete. Y las palomas, en el techo húmedo del salón de las máquinas de escribir, viejas y negras, empezaban a invadir el lugar del profesor Carazo. Era oscuro ese salón que habían escogido para enseñar a teclear con los ojos cerrados. El profesor miraba desde unos lentes gruesos y apenas si podía abrir la boca para decir algo. Le temblaban los labios entre un pielroja y otro. Cuando aspiraba el humo hacía un gesto como de irse para otra parte.

En esos primeros minutos de hielo Carazo apenas pudo articular unas cuantas frases. Arriba, junto a la ventana, murmuraban las palomas. Parecían mirar con desdén los ojos de los muchachos. De vez en cuando había un revoloteo

teo de plumas que estremecía los vidrios. El paisaje se veía sucio desde los pupitres y Ricardo notó que ellas escasamente volaban, que estaban allí como parte del mobiliario, como esas máquinas de anticuario con cintas de dos colores, detenidas en el último día del otro año, cuando todos salieron corriendo, pensando que por fin ya todo había terminado. Pocos habían tenido tiempo de leer lo que alguien dejó escrito en el tablero: Feliz Navidad. Era letra de Ochoa. Pensó.

El profesor Carazo se decidió a hablar: "Mi vida no está hecha de palabras... y mis clases tampoco". Nadie se movía. El profesor se puso a mirar hacia el patio. "Vamos a escribir sin ver, sin hablar. Este lugar será como un monasterio. En la oscuridad encontraremos las palabras". A Felipe Ospina, que siempre hablaba de la Grecia clásica, se le vio esbozar una sonrisa. Pero el ambiente era tan solemne que mejor se puso a mirar el suelo.

El profesor se volvió hacia el tablero y borró el último vestigio de las vacaciones. Escribió con la tiza: "Cerro El Volador". Abrió las páginas de un libro y puso la tiza en el canal.

–Van a escribir a medida que les dicto lo siguiente.

–¿Y los computadores profesor? ¿Cuándo traen los computadores? –preguntó Daniel, un muchacho rollizo y despierto.

–Eso es otro cuento. Ya llegarán, y mientras eso ocurre vamos a aprender a teclear. Por si no lo sabían, es lo mismo. Por ahora, a trabajar.

Hubo un murmullo de rodillos. Las teclas y los resortes se desperezaban después de dos meses. Freddy tanteó las teclas, miró de reojo esos pequeños platos en los que debía hundir sus dedos de acuerdo con el manual teórico y práctico del profesor Carazo, "siguiendo los lineamientos de la Remington". Entre los párpados, pudo entrever la borrosa figura de ese hombre que fumaba. Parecía hundido en sus meditaciones mientras las máquinas crujían.

“Recuerden que nada de mirar las teclas. Escriban: ‘Poco se sabe de los antiguos pobladores del valle. Punto. De ellos apenas quedan unas vasijas de barro, coma, casi todas de origen funerario. Punto’. Le dio una chupada al cigarrillo y continuó. “Para los arqueólogos, coma, entre paréntesis Herrán y Correa, se trata de un centro espiritual. Punto. Al cerro El Volador llegaban los indígenas para vivir más cerca de sus muertos. Punto. Era una cultura de pasivos adoradores de la muerte. Punto’ ”. Volvió a fumar. “Llama la atención de los investigadores el cráneo, coma, recuerden que la a es siempre con el meñique, de una mujer hallado en el sitio, coma, aproximadamente de 18 a 20 años de edad, coma, en un entierro asociado al estilo herrería. Punto. Era una mujer de rasgos fuertes. Punto. Se argumenta que debió tener un papel importante en aquella antigua sociedad. Punto”.

–¿Todos están ciegos? –preguntó Carazo, aferrado a su pielroja.

–No, profesor. Rueda abrió los ojos –dijo Ochoa con los ojos cerrados.

Ricardo pensó que ese año en el liceo todo empezaba con un olor a muerto. “Están llorando las máquinas, negras y viejas, y uno con los ojos cerrados, con los gallinazos desplumándose por ahí cerca”. Se le ocurrió que podría ser una buena idea para alguna canción de Los Cityados, tres muchachos de Prado que habían decidido ponerle música a la muerte. “Puro death metal”, recordó.

Ricardo iba a los cementerios con su tío y mientras armaban una tumba él se ponía a oír esas canciones. Se metía por entre los pasadizos, iba hasta los mausoleos y se paraba ahí para mirar a las vírgenes y sentir, según decía, “las doce cuerdas apretándole la garganta”.

–Entonces se van los dos. Aquí, en este salón, apenas los dedos pueden hablar y mirar.

A Ricardo y a Mauricio les pareció que sus ojos sólo se abrieron cuando el bus trepaba ya por San Juan. Empe-

zaban a abrir las puertas de las heladerías y, en El Naranjal, los latoneros se afanaban bajo el sol para irse a tomar una cerveza. El martillo sonaba como las teclas de una vieja Remington. Vieron pasar el Tropicana, las mesitas extraviadas de La Tinaja, una sala de baile con aire de domingo lento, donde una mujer besaba al delantero del Estrella Roja.

Se bajaron al frente de un almacén de cachivaches. Miraron la vitrina. Había una silla con rastros de cal, una escalera, antiguallas como las de cualquier casa. En una estantería se exhibía una colección de revistas pornográficas. Las portadas, ya desgastadas, mostraban a las mismas mujeres que se llevaban a la cama todas las noches.

Fue ese olor antiguo el que los llevó hasta la calle donde vivía Mauricio. Como siempre, Julia estaba cerca de la ventana mirando la tarde con sus ojos grises. Pero esta vez, además, ella murmuraba cosas. Entre sollozos le oyeron pronunciar el nombre de Mayte. Les sonó lejano ese nombre y Ricardo se acordó de una canción que hablaba de carreteras y el tiempo seco y ondulado cuando el Ford azul pasaba cerca de una estación de gasolina.

—Se fue —dijo ella.

“No parece enero”, pensó Ricardo. “En este mes la gente llega”. Hacía tres semanas que él salía todos los días a respirar la soledad del nuevo año, deambulando por el barrio, con el placer de ver la esquina vacía, la tienda sin clientes y la cancha de fútbol con sus oasis de arena como perros tendidos al sol.

Los dos salieron a buscar a Mayte toda la tarde y toda la noche. En alguna parte les dijeron que la habían visto tomando un taxi. Estuvieron un buen rato en su cuarto, en un intento por encontrar allí alguna pista de su paradero. Vieron la cobija doblada y el cuadro en la cabecera con un grupo de niños perdidos en un bosque parecido a los de las películas de San Juan Bosco. Los cuidaba una nube gris que flotaba en un marco desvencijado.

Cuando Ricardo se fue la siguieron buscando en la oscuridad de los dos patios. Sin dormir, se dejaron llevar por los rezos de Julia que se había recostado en el sofá de la sala. Los asaltaba el roce de una mata y el silencio del barrio les llegaba a pedazos.

–Ya son dos los que se van de esta casa –dijo ella.

El primero fue Roberto. A él lo vieron salir una mañana muy temprano. Dijo que iba a hacer una vuelta por Barrio Triste pero metió su ropa en una maleta verde. Desde la ventana, ellos lo vieron atravesar la calle. Se detuvo un momento junto a la heladería y pasó su mirada por las imágenes que iba a dejar atrás.

Gente así los visitó esa noche. Roberto, con una maleta verde. Mayte transformada con el viento de la carretera. Después escucharon los primeros buses de La América y empezaron entonces a dejarse llevar por las cosas del día. Su hermano bajó de su refugio de balsa como si toda la noche hubiera volado mal en un aeroplano. Parecía también con las alas rotas pero no dijo nada al verlos allí, en medio de un charco de luz, a punto de extinguirse.

A las siete Mauricio ya estaba en el liceo. Le pareció que todo era de vidrio. Pasó la puerta y miró con desolación la barra de ejercicios. Se acordó del día en que él y Ricardo se propusieron hacerla pedazos con una bomba. Era todo un plan para acabar con la tortura de ese trozo de metal renegrido que el día anterior, bajo la mirada del profesor, les hizo sentir que los brazos se deshacían. Odiaban esa barra y ahí estaba, en una de las mañanas más heladas de su vida, una mañana sin rastro de Mayte, contando las baldosas del patio y tratando de encontrarla a ella en las cosas más raras del pasado.

Él mismo se sintió a punto de quebrarse y quiso dejar que todo ocurriera como tenía que ocurrir. Mayte era la carretera y él era de vidrio. Se asomó en el rellano de las escaleras del bloque de primero de bachillerato. Cogió un corozo y lo destrozó entre el pulgar y el índice. Los mucha-

chos estaban junto a la capilla poniéndose la pantaloneta para la primera hora de educación física. Esperaban a Jaramillo, un hombre rudo que acostumbraba pasearse por las canchas con una lista. Decía palabras gruesas que le sonaban como monólogos de un salvaje que trataba de librarse de su soledad en medio del bosque.

El aire frío rizaba el agua de la piscina. En la cancha había una niebla extraña y a Mauricio le pareció como el comienzo de una banda de Schiffrin en *El viaje de los malditos*. Se quitaron la ropa y la pusieron junto a los muros de la capilla. Estaban todos callados, con las manos moradas y la mirada sin asomarse al día. Cerca de ellos se hallaba la barra, la tenebrosa barra en la que era preciso aguantar tres minutos suspendido para no desatar la ira de Jaramillo.

El profesor llegó envuelto en una bufanda. Todos estaban ya con su uniforme blanco y verde. Temblaban las tres filas y al hombre apenas se le veía la cara.

—¡A trotar niñas! —gritó—. A ver cuál es la más señorita.

Le dieron tres vueltas al patio de las canchas de baloncesto. Pasaron junto a la cafetería donde ya había ruido de ollas. El viejo Abel, escondido en el cuarto secreto de la fotocopiadora, se tomaba un tinto para calmar sus palpitaciones taciturnas.

En la segunda vuelta, a punto de ser el último, Mauricio sintió de cerca la respiración de Ochoa. Sus tenis nuevos parecían llevárselo por delante. Rezaba y se le salían las lágrimas. A Ricardo lo vio más atrás todavía. Tenía el pelo revuelto y corría mirando al cielo, al verlo parecía que pensaba en *La bruja de Black Sabbath* con un fondo de doce cuerdas. Ellos tres, los últimos, terminaron las vueltas agarrados de un poste. Respiraban hondo y el aire les ardía. Ese aire dolía y pensó que a Mayte también debía dolerle, aunque fuera en la moto de Rodríguez y él le estuviera poniendo a *Los Melódicos* en el walkman. “A esta hora deben estar mirando el paisaje. Las montañas y el precipicio. ¿Se habrán muerto?”, pensó.

Jaramillo estaba en medio de ese concierto de jadeos. Parecía feliz de sentirlos llegar cerca de él, cansados ya antes de empezar el día. Le gustaba verlos sudar, correr en manada, mirarlo a él con los ojos enrojecidos del último perro de la jauría.

–Están como tiesos de tantas vacaciones... así que ¡a pararse en las manos! –gritó, y la orden se convirtió en un paisaje al revés de venados desbocados, piernas que chocaban contra los muros de la capilla y las manos tratando de aferrarse a las baldosas para alcanzar el cielo. Ricardo se detuvo un momento para mirar todo ese desespero, él mismo tenía ya la espalda enrojecida de intentar hacer lo que en el circo parecía tan fácil. Era otro mundo allá abajo. Más allá la cancha de fútbol seguía envuelta en la niebla.

Ochoa permaneció sentado, murmurando un padre nuestro que Jaramillo alcanzó a escuchar. Hizo una señal en la lista que manejaba como un arma y le dijo: “Este ya se ganó el cielo... a trepar al cerro, se van todos para El Volador”.

–Yo no puedo profesor –murmuró Ricardo–. Tengo un problema en las rodillas, me duelen y no puedo trotar tanto.

Jaramillo se puso a mirar las canastas de baloncesto y luego al cielo. “¿Alguien más no puede hacer carrizo en la casa de las señoritas?”, dijo.

Se sintió un silencio pegajoso.

–Yo tampoco –dijo Ochoa.

–Muy bien. Así me gusta. Que sean tan hombres como las viejas de Lovaina. Muchachos, cuidado, que no les vaya a pasar nada a ellas en el campo. Cuando lleguen a la cima del cerro me las cuidan, les dan oxígeno, les maquillan la cara. Mucho cuidado que son muy delicadas. Y ahora, ¡a correr!

El cerro era como el lomo de un camello. Ricardo los había visto en el circo esa mañana en que lo descubrieron todavía enterrado bajo la noche, ajeno a los que tiraban

piedra en el liceo. No, ya nunca iba a contarle a la hermana de Mauricio que allí estaba ese muchacho con el que se iba cada tarde, que lo había visto tirando botellas con gasolina al carro antimotines. Lo descubrió por esos ojos enrojecidos. Pasó junto a él y ambos se miraron. Sí, era el de la moto que iba por Mayte a las cinco mientras él y Mauricio estudiaban álgebra en la sala. Tenía la cara cubierta con un pañuelo. ¿Será por eso que se acordó de él? Bien podría ser un beduino que domaba los camellos del circo. Recordó una ocurrencia de esos tiempos: los camellos se habían detenido en el mediodía. No les importaba la luz porque se la habían bebido toda. Sólo la lluvia podía abrir esos ojos mansos.

En fila tomaron todos por el camino que los conducía al cerro. Tuvo la idea de irse pensando en la canción que cantaban durante una masacre en una película. La gente del pueblo pasaba por la calle cantando ese himno y a un lado y otro estaban los que iban a matarse. Murieron los que cantaban y ahora él iba por ese camino de barro hacia El Volador con esa música en los labios, la misma tonada que les hacían cantar en el liceo durante los actos públicos.

—Es justo y necesario —le escuchó decir a Ochoa que iba a su lado. Sudaba. Apenas empezaba la cuesta y él ya estaba pálido.

Otra vez eran los últimos. Ricardo, Ochoa y Mauricio. Tres que subían al cerro mientras los demás ya se habían perdido entre la hierba alta. El camino de regreso estaba lejos y ellos pensaron que lo mejor era coger un atajo. Torcieron por un terreno que alguien había quemado. Trotaron por entre las cenizas del cañaduzal y se metieron después en la espesura de un pequeño bosque de carboneros. No había espacio ni para las sombras. Estaba tan enmarañado que decidieron detenerse. Un silencio puro los sobrecogió. Era un silencio fabricado por el viento, de silbidos entre las ramas, de luz que apenas comenzaba.

Estuvieron un rato mirando a su alrededor. Ni un camino, ni siquiera trozos del paisaje o del liceo allá abajo con el oso Jaramillo mascando su rabia en medio del patio.

–No puedo seguir muchachos –dijo Ochoa.

Mauricio se acercó a él, estaba temblando. Con los dedos llevaba la cuenta de los padrenuestros.

–Esto por aquí es un buen sitio para las tumbas –murmuró Ricardo mientras cogía un poco de ceniza–. ¿Se acuerdan del dictado de ayer con el profesor Carazo? Eso es verdad. Sí, los indios metían a sus muertos en urnas de tierra, junto a vasijas de barro.

“Eran de Manhattan”, dijo Ochoa mientras se quitaba los tenis. “Me los trajo un tío de regalo de Navidad”. Trató de limpiarlos con una hojas secas, pero la ceniza se había aferrado a la tela.

Los golpeó una ráfaga de viento. Los tenis rodaron hasta el pie del único árbol grande que había en los alrededores. Era un eucalipto que se mecía con el remolino de aire en lo alto de El Volador. Tenía unas raíces fuertes que se aferraban a la tierra seca. Por entre sus hojas se veía el estadio, las tribunas solas y el techo del coliseo. El circo ya estaba lejos. En alguna ciudad antigua hecha toda de piedra, las puertas pintadas con sangre de carnero y camellos husmeando en los mercados.

Caminaron un trecho hasta la sombra donde tropezaron los zapatos de Ochoa. Nada de agua. Sólo estaba la mañana y ellos respirando ese aire seco. Decidieron sentarse en una piedra y allí Mauricio se decidió a contarles.

“Si yo pudiera volar. Una vez vi a mi hermano volando. Estaba en una manga de Sabaneta. Parecía un gran hombre en medio de toda esa gente que lo aplaudía. Sacó un avión hermoso. Era azul, azul y blanco con unas insignias rojas y amarillas. Era un avión largo, un aeroplano, y él se puso a volarlo con una cuerda. Daba vueltas y el aparato lo seguía, se alejaba del círculo de él y los que estaban allí parecían pensar, ‘qué bien vuela ese muchacho’. Así estu-

vo toda la tarde y yo lo vi con mi hermana Mayte. Ella también estaba asombrada. Álvaro vuela. Le gustan las baladas y vuela. Se encierra toda la semana en su taller de los aviones, apenas habla y sale los sábados a comprarse una revista que envuelve muy bien en bolsas oscuras y entra a la casa. Después, los domingos, vienen por él y se van a volar en la manga de Sabaneta. Vuelve más callado. Se mete en su taller. Se duerme. Lo escuchamos hablar por teléfono. Pero esa vez que lo vimos, la primera de todas, volvió y se sentó en la sala. Puso discos de Roberto Carlos y se quedó ahí. Hubo un momento, cuando ya todos nos habíamos ido a ver televisión, que se puso las manos en la cabeza. Estaban cantando una de esas canciones que a él le daban duro y yo lo vi por la puerta a medio cerrar. Ya no estaba volando”.

—Creo que me voy a ir. Esto aquí está lleno de polvo. ¿Qué nos irá a decir el profesor Jaramillo? Seguro va a haber falla —Ochoa se limpió las gafas con la camiseta blanca, sopló los tenis y empezó a ponérselos. Los otros dos no parecían escucharlo ni verlo.

“Una vez él nos llevó al cine. Hacía mucho tiempo que yo no iba a cine con la gente de mi casa. Íbamos con Mayte que estaba estrenando un vestido que le había hecho mi mamá. Tenía unas cadenas doradas y los zapatos eran de charol. Iba muy peinada y él la cogió de la mano cuando nos bajamos del bus en el Parque Berrío. Vimos las palomas un rato y después tomamos por la calle Colombia. Ese día había mucha gente ahí, recostada en los muros del metro que estaba a medio construir. Nos dijeron que iba a pasar el presidente. Y entonces, como todavía había tiempo, esperamos a que pasara el desfile. El hombre pasó saludando y todos le querían dar la mano. Sonreía. Era una risa congelada. Mi hermano la levantó a ella para que le pudiera dar la mano al presidente. Ella se puso a llorar. Después todo quedó como estaba. Se fueron los carros y nosotros bajamos por la calle hasta el Avenida. Estaban

presentando a Dersu Uzala. Casi todos los días pienso en Dersu, no en la música de la película sino en él. Decía: oigo humo. Fue un día increíble. Un día sin viento ni nada. Mi hermano estaba serio pero quería hacer todo lo que nosotros quisiéramos hacer. Creo que fue el único domingo sin lluvia que él había dejado pasar así, sin salir a volar”.

Ochoa se puso de pie y salió por entre los carboneros. “Por allí debe haber un camino”. Lo vieron alejarse. Sudaba por la espalda y sus piernas gruesas apenas parecían responderle. Lo escucharon murmurando. Quebró unas ramas. Al rato volvió y les dijo que estaban perdidos.

–Buen descubrimiento –dijo Ricardo.

–Pero hay que salir –respondió Ochoa–. Ya son las diez y Jaramillo debe estar como una fiera. A esta hora ya debíamos estar en clase de inglés, ya teníamos que haber hecho la fila para el café con leche en la cafetería. Lo único bueno es que no nos tocó la guerra de panes.

–Menos mal.

Mauricio decidió treparse al eucalipto. Era alto, sin ramas bajas, pero alcanzó a subir un par de metros. Desde allí vio las casas lejanas de Robledo, apenas unos techos y la carretera al mar, la cúpula atravesada de La Consolata, el Picacho como un faro negro para los que se habían perdido en uno de esos cerros. Gritó. Ni el eco.

Estuvo un rato mirando, y cuando bajó ya Ochoa se había ido.

–Dijo que no se aguantaba. Que por aquí hasta seguro espantaban –le contó Ricardo.

–Caminemos entonces, pero en dirección contraria –dijo Mauricio.

Encontraron un rancho a menos de cien metros. Lo vieron por entre las ramas de un carbonero. Estaba envuelto por una nube que lo hacía parecer como un refugio en un bosque de niebla. Algo así habían visto en el libro de geografía, una casa medio en ruinas, deshabitada y a merced del viento.

Se quedaron allí, mirando hacia el patio, un cuadrado de tierra con algunas plantas en tarros de galletas. Se oía un radio con música de carrilera.

A veces el viento movía la ropa que colgaba de un alambre. Y el sol llegaba hasta ese lugar con ganas de incendiarlo. Ellos se quedaron quietos cuando sintieron movimiento en el rancho. Oyeron a una mujer que decía palabras sucias. Rastrillaron un metal sobre el piso de piedra. Ricardo creyó que aquello era una urna funeraria donde los indios volvían a despertar para recorrer sus tumbas y mirar desde allí la ciudad llena de enemigos. Ahora sólo verían sus nichos saqueados.

Pero se abrió una puerta y de allí salieron dos muchachos. Estaban desnudos y trataban de taparse con sus manos. Bajo el brazo llevaban lo que pudieron rescatar de su ropa mientras la mujer corría tras ellos blandiendo un machete de hoja negra. Corrieron todo lo que pudieron, hasta un árbol, donde lograron ponerse los pantalones cortos de boy scout y la camisa con insignias de la tropa. De lejos seguían oyendo las maldiciones que el viento les llevaba. Se pusieron las botas y siguieron caminando, cerro abajo, hasta su propia choza llena de máscaras, pieles de zorro compradas en un anticuario, fotografías de un jamboree junto al río de un pueblo caliente.

La mujer volvió a su rancho y ellos se acercaron. Cruzaron la cerca y se arrastraron hasta el hueco de la ventana. La vieron sentada frente a una mesa. Tenía una vela encendida junto a una vasija de barro. Nada más. Ella lloraba y le hablaba a la urna funeraria: "Otra vez han vuelto, otra vez... ahora no les podés perdonar. Ni por el putas. Convierte en ceniza su maldita choza de lobatos. Que ellos sientan tu poder y tu muerte".

Tenía el pelo largo y negro. Se recostó sobre la mesa, rendida, mientras la vela parpadeaba y la música de carrilera zumbaba a su alrededor como una mosca.

Ricardo y Mauricio bajaron hasta el liceo. Ya casi era el mediodía. Pronto saldrían de los salones para el último descanso. Todo estaba tan quieto que se oía la gran olla de vapor en el restaurante. Caminaron por la manga y alcanzaron el bosque de los mangos. Desde ahí vieron la casa de los scouts. También estaba sola. El sol relumbra-
ba en los vidrios y en la entrada crujían las hojas secas de una palmera a punto de venirse abajo. Los estandartes tenían nombres de los personajes del bosque de una vieja serie de televisión.

Se acercaron como dos animales. De un árbol a otro, se cubrían para no ser vistos. Llegaron a la entrada y encendieron el fuego. Aspiraron el humo. Ricardo se acordó de la sobrina del Hamaquero. Tenía ojos de camello, pero viendo llover en un desierto.

Primero fumó uno, después el otro. Era un cabo pequeño, de mil pesos. Cuando acabaron prendieron un pielroja. Los dos sintieron que les ardía la garganta. El humo bajaba prendido, envuelto en alambre de púas. Eso pensaron ellos. Ricardo escupió y lanzó la colilla sobre las hojas secas de la guarida scout.

Cuando se alejaron vieron la llamarada negra que se alzaba por encima de la copa de los árboles. No demoraron en salir de las clases y todos vieron desde el patio cómo el fuego se tragaba la choza.

Fueron a coger el bus y junto a ellos pasó el carro de los bomberos. En el aire flotaba la ceniza, hasta que se encontraba con la corriente de aire que bajaba, con un silbido, del cerro El Volador.

Capítulo 3

CUANDO ELLOS SE FUERON SÓLO LA MÚSICA Y EL SILENCIO LE quedaron a Ricardo. Desde hacía un tiempo lo perseguían las doce cuerdas. Después de la jornada en el liceo, llegaba a su casa y se ponía a buscar un sonido que había pensado mientras en la clase de educación física los hacían subir trotando al cerro El Volador. Allá arriba, entre los matorrales, gastaba un rato mirando la ciudad desde lejos. Entonces recordaba a Mauricio que también se había ido de la casa apenas un mes después que Mayte, para él siempre hermosa y enigmática, decidiera partir con el muchacho que todas las noches, al salir de la universidad, la esperaba en su motocicleta.

A veces se quedaba dormido, y al despertar, cuando la luz de las cuatro de la tarde empezaba a volverse azul, veía el resplandor del televisor que hacía bailar, sobre la silla del rincón, la sombra de las doce cuerdas. Se recostaban en un diapasón corto, templadas y tímidas, con una madera mezquina y la profusión de trastes y clavijas que muchas veces desanimaban a Ricardo cuando se ponía a pensar si algún día las podría hacer sonar como Jimmy Page con su guitarra en “La canción es la misma”.

Para él se trataba de una época antigua. Treinta, cuarenta años atrás. Jimmy había salido al escenario con una guitarra doble. Una Gibson double neck. Era estrambótica, pensó. Las luces se volvían rojas y él tenía un traje negro. Bastaba que Jimmy pusiera un dedo sobre alguna de las cuerdas para que todo el estadio se llenara de gritos. Una tarde, en el teatro Cuba, Ricardo lo vio sometido a esas doce cuerdas, seis arriba y seis abajo. Dos guitarras

pegadas, como dos hermanas que habían nacido unidas por una misma caja de resonancia. En los pasillos del teatro y adelante, donde se templaba con clavos la tela de la pantalla, los muchachos saltaban en un fiesta de la oscuridad, mientras sobre sus cabezas bailaban las luces del proyector.

Pero en ese tiempo todavía estaba Mauricio. Cuando iba a su casa del barrio La América podía ver a Mayte. A las cinco, mientras el televisor parpadeaba rojo y amarillo con un programa de dibujos animados, ella se alistaba para salir. Se quedaba un momento hablando con ellos. Decía que le gustaba pasar las tardes oyendo baladas. Se acostaba, prendía el radio y se ponía a mirar hacia la ventana, con la rama del laurel que arañaba el vidrio cuando hacía viento. Ella decía: "Algún día logrará entrar y yo voy a dejar que haga lo que quiera. Puede llevarse cualquier cosa, menos el radio".

Ricardo apenas sonreía cuando ella contaba esas cosas. Su mamá decía que la estaba volviendo loca.

La motocicleta llegaba puntual para salvarla. Se iba escaleras abajo, hasta que cerraba la puerta y se alejaba con Rodríguez por San Juan, hacia el centro de la ciudad que empezaba a sumergirse en la noche.

La casa quedaba vacía. Ricardo y Mauricio subían al cuarto de la terraza para ver los aviones que construía su hermano. Él salía a comprar sus revistas y ellos aprovechaban para visitar el taller. Era un lugar secreto al que sólo llegaban los aficionados a los aviones, los que podían pagarlos y quedarse muchas horas hablando de materiales importados para estrellarlos contra el cielo y la tierra. Los fuselajes de madera colgaban del techo como reses desolladas. Las alas esperaban su turno para ocultar la osamenta y en la mesa, en un orden estricto, yacían las piezas de un motor en miniatura.

A Mauricio le gustaba explicar los detalles de los aviones. Ya los conocía muy bien y sabía ponerlos a volar en

una manga del sur, más allá de Envigado. Era su aeropuerto. Su hermano le había enseñado los secretos, cómo hacer que dieran vueltas en el aire o pasar a ras del suelo con sus motores haciendo un gran escándalo, hasta aterrizar como insectos en el claro abierto entre los matorrales. Alguna vez le contó a Ricardo que entre ellos sólo hablaban de aviones. Cuando el tema se agotaba parecía como si los dos hermanos no vivieran en la misma casa. “Está loco por los aviones. Igual que yo”, le dijo.

Un día fueron a ver los aviones desde la manga que está entre el cementerio y el aeropuerto. Llegaron en el bus que daba vueltas por todo el occidente, con el radio en la emisora de los vallenatos. Fue un viaje largo a través de toda la ochenta. Se bajaron del circular junto a los vendedores de flores y respiraron el olor a muerto de los ramos que junto a la acera, apenas separados por un alambre de espinas, custodiaban las tumbas. Atravesaron los dos carriles de la avenida y se apostaron junto a unas estacas de madera clavadas en la tierra. Esperaron un rato.

—¿Sabés una cosa? Ayer Mayte me dijo que le gustaba hablar con vos.

—¿Y por qué?

—No sé. Llegó a la casa y se puso a oír baladas en su cuarto. Yo escuché el murmullo y fui a decirle que le bajara, que a mí no me gustaba esa música de peluquería. Pero nos quedamos conversando. No me lo quiso decir, pero yo creo que había estado llorando, tal vez fue por el novio. Ella es así.

—Decime una cosa. ¿Qué es lo que más le gusta a ella?

—Leer y oír baladas.

—¿Las dos cosas?

—Sí. Se mantiene leyendo novelas de sicarios, historias de Pablo Escobar y todas esas cosas.

—Por eso anda con ese man, el traqueteo.

—¿Rodríguez?

—Sí, el man de la moto.

—Él no es traqueto, es un duro de la universidad, un intelectual. ¿No le has visto la pinta?

Un avión acababa de dar la vuelta por la pista. Las turbinas empezaron a girar más rápido y un ruido de metales los envolvió en medio de la polvareda. Mauricio sabía qué hacer. Se aferró a una de las estacas y con los ojos cerrados le puso la cara al torbellino. Ricardo lo vio por un momento, envuelto en la cortina de arena. Parecía que iba a volar. Abrió los brazos y la fuerza del aire lo lanzó un poco hacia atrás. Dio dos pasos para guardar el equilibrio, y se mantuvo en pie, transformado en una cruz, con la cara vibrando como una pared frente al viento, hasta que el avión se alejó por la pista y él se quedó como si hubiera ido a otra ciudad, muy lejos de donde estaba, del cementerio a su espalda y de Ricardo que seguía pensando, atrapado en una nube de tierra, que Mayte lo esperaba en algún lugar de esa noche.

Mauricio quedaba tranquilo después de someterse a los vientos cruzados de las turbinas. Decía que en esos momentos le parecía escuchar muchas voces, que unas manos se le acercaban y trataban de llevárselo, lejos de allí. “Tal vez algún día me voy”, decía.

Esa tarde volvieron a coger el bus y se bajaron en la calle San Juan. Caminaron por el lado de la emisora y pasaron de largo por los bares donde ponían música de la Sonora Matancera. En el Tropicana estaban anunciando otra vez a “La canción es la misma”, en una sesión especial para los que tenían libre la tarde. A esa hora las calles empezaban a llenarse con la gente que salía de los bancos recién cerrados, mientras las sillas de la 70, regadas en la acera junto a la ruta de los buses, ya tenían los primeros clientes.

Llegaron a la casa y allí estaba Mayte con su rutina de siempre antes de salir. Ella los vio aparecer por el hueco de la escalera. Los dos tenían el pelo revuelto y el polvo de las cárcavas del aeropuerto había sobrevivido en su ropa

durante la larga travesía a pie desde más abajo de la 70, junto a la emisora que tanto les gustaba espiar para poder ver alguna vez a uno de los artistas de baladas. Una vez quisieron lanzarle una piedra a la vitrina, pero vieron salir a Fausto. En las carátulas de sus discos aparecía como “Fausto de América”. Tenía casi dos metros de altura y un copete que lo hacía parecer un águila. Desde la puerta les gritó, para ahuyentarlos, cerrando el puño y forzando su voz de falsete, la misma con la que cantaba el Ave María en las misas del Partido Conservador.

Mayte pensó que les había pasado algo y corrió hacia ellos, sosteniendo en una mano el secador de pelo. Pero los dos muchachos se echaron a reír, cuando la vieron acercarse, casi sin ropa y blandiendo el secador como un arma.

–Se volvieron locos –dijo ella, advirtiéndoles que no podían sentarse en los muebles con esa ropa así de sucia, que Ricardo por lo menos tenía que quitarse la camisa mientras Mauricio iba al baño a darse una ducha y cambiarse todo lo que llevaba puesto.

Ricardo retrocedió hasta el primer peldaño de la escalera, entreabrió la puerta y se quitó los tenis. Hizo lo mismo con la camisa y subió despacio. Vio a Mayte que seguía frente al espejo, observándolo de reojo, y fue a sentarse en una silla de madera que por alguna razón siempre mantenían en el rincón más apartado de la sala.

–Ricardo, ¿cierto que así te llamás?

–Sí. Yo creí que sabías mi nombre. Ya habíamos hablado.

–Es que yo soy así. Me mantengo descontinuada.

–¿Y eso qué quiere decir?

–No sé, nada. ¿Qué hacés?

–Lápidas. Voy al liceo también pero en vacaciones, o cuando lo cierran, acompaño a mi tío al cementerio... para ayudarlo.

–Dicen que lo van a cerrar.

–¿Qué?

–El liceo. Por lo del incendio.

—Sí, eso dicen.

—Esperá —le dijo ella.

Ricardo se detuvo en seco y vio que ella se acercaba. Tenía una falda azul, una blusa blanca y zapatos de tacón bajo. Parecía el uniforme de una estudiante de secretariado. Cuando iba en la moto con su novio, en el sillín alargado, tenía que sentarse de lado, con una mano entre las rodillas y la otra en la cintura de él.

Ella dio dos pasos hacia Ricardo. Dejó el cepillo en la mesita de centro y sin dejar de mirarlo se acercó y empezó a sacudirle la polvareda que anidaba en su cabeza. A Ricardo le hubiera gustado ver que la arena gris también cayera en su blusa, que la llevara esa noche como una prueba de que había estado muy cerca de él, casi entre sus manos, respirando a tan escasa distancia que él mismo podría guardarse una bocanada de su aliento. Sólo necesitaba que ella le dijera algo más, que apenas si abriera la boca y le dejara ver por un instante todo lo que ella era, todos sus secretos de por la noche, todo su misterio, sus palabras escondidas, lo que era de los labios hacia adentro, ese lugar que tal vez ni Rodríguez, el muchacho de la moto, había podido descubrir. Le pareció que Mayte estaba hecha de silencio, de largas tardes esperando nada.

Nada más fue un momento, apenas mientras Mayte le pasaba sus manos por la cabeza. Eran unas manos que bien podrían quedarse allí, aprisionadas en su pelo. Cerró los ojos por un instante, un momento de oscuridad en el que se acordó de Huri, esa canción antigua que tanto le gustaba, y al volverlos a abrir ya ella estaba otra vez frente al espejo, con su falda azul y el bolso colgando de su hombro. Afuera la esperaban en una Kawasaki 125, roja y con un guardabarros delantero que se prolongaba como el arco y la flecha apuntando a un blanco móvil en la mitad de la noche.

Le dijo adiós y se alejó, escaleras abajo.

Mientras miraba el laurel que trataba de entrar por la ventana del cuarto, Ricardo sintió el estruendo de la moto

que se disparaba hacia San Juan, volteando por la heladería del teatro América para después perderse por los lados de la emisora, cerca de la calle de los mecánicos, en ese barrio donde siempre era posible encontrar a alguien, a cualquier hora del día, escuchando a Julio Iglesias.

Fue la última vez que la vio.

Dos semanas después, el martes por la mañana, Mauricio le confirmó que Mayte se había ido.

—Hermano, yo creo que me voy. Tengo que ir a buscarla.

—Dejala tranquila.

—¿Te vas a hacer dar un puño? Güevón.

—Fresco pelado.

—Mi mamá no para de rezar. Y mi hermano se encerró en el taller de los aviones. No sale de ahí desde el domingo.

—¿Pero dónde la podrías buscar? Nadie sabe de ella, me estás diciendo que preguntaron y no hay rastro.

—Es que ayer hablé con mi primo, el de Manizales.

—El traqueto.

—No me jodás. Él dice que ella debe estar en México, tratando de cruzar la frontera. Hace unos días lo había llamado para que le ayudara pero él no quiso, le dijo que primero tenía que terminar en la universidad, aunque fuera filosofía o cualquier otra güevonada, graduarse y conseguir un empleo para ver cómo le iba. Si no resultaba entonces podía seguir pensando en lo del viaje. Pero ya ves, parece que no le hizo caso y se fue, o mejor, se fueron.

—¿Y tu prima?

—Estamos hablando es de mi primo.

—No te hagás el loco.

—Bueno. Vamos a ver si voy primero a despedirme de ella.

—Claro.

—Yo creo que se fueron juntos. Mi primo dice que seguro escogieron la entrada por Tijuana. Él le había contado cómo era eso. Yo también voy a ir, seguro que voy, él dice que me va a ayudar.

—¿Y el liceo?

—No sé, Ricardo. No soy capaz de pensar en eso. Si la encuentro rápido creo que podré volver. Voy a pedir un permiso, dos semanas o tres. No creo que me digan que “no”.

El permiso del director de quinto nunca se lo dieron. Lo recibió en su oficina y le entregó una hoja de papel con la historia de un maestro hindú que, aseguró, le ayudaría a reflexionar. Tuvo que ponerse a leer allí mismo, mientras el director buscaba algo en un cerro de papeles. Al final, cuando terminó su búsqueda, le dijo unas palabras que consideró apropiadas, tomadas del manual de casos críticos con el alumnado. Le dijo que el liceo tenía problemas muy graves, lo del incendio se estaba investigando y lo más probable era que el gobierno municipal ordenara el cierre definitivo.

“Primero fue lo del profesor Sánchez, esa muerte tan horrible delante de todos sus alumnos, y ahora esto...”, le oyó decir al director. Agregó que además lo de su hermana era un problema para ser resuelto por gente más grande, que era mejor que viajara su padre, aunque ya no viviera con ellos en la casa, o tal vez su hermano, sin saber de su refugio contra el miedo en los aviones de balsa, libre para escaparse de todo, para no enterarse de nada.

No volvió al liceo. Un día Ricardo no lo vio llegar y al siguiente tampoco. Pasó la primera clase del jueves, la de español. Siguió la de comportamiento y salud. Al final, después de educación física, ya él sabía que Mauricio no iba a volver. “Mejor para él, pensó, al menos no tendrá que vérselas con la maldita barra de aguante en agarre directo”.

Ese día les habían hecho el examen de la barra. Cada minuto arriba, aguantando, era un punto. Tres era lo mínimo y él, como Mauricio, nunca lograba llegar a uno.

Cuando volvió a su casa lo venció el sueño. Cerró los ojos pensando que tenía miedo.

Ricardo soñó que abría los ojos y veía a Mayte en medio de una multitud. Era un gran concierto y ella estaba cerca de él. Hacían fila para entrar y la gente se agolpaba a su

alrededor. Querían conocerlo. ¿Por qué? Se preguntaba él, si yo soy un pobre diablo. Pero ella estaba feliz y eso era suficiente. Él siempre había querido tener su cara tan cerca como ahora, como si fuera a contarle un secreto o repetirle al oído una de esas canciones que todas las tardes escuchaba en el radio de pilas. Tal vez algún día podría convertirse en ese cantante que a Mayte le gustaba y ella se sorprendería de oír una voz como la suya, tocando además las doce cuerdas.

Despertó a las cinco y media, la hora de los dibujos animados. En su casa ya tenían el televisor prendido. Se levantó del mueble de la sala y fue a su cuarto para coger el tiple. Esa semana había estado ensayando algo que le gustaba mucho. Era “Tierra buena”, de Carlos Vieco. El profesor de inglés, John Castano, que por las noches tocaba con un trío de aficionados errantes por los locales de la 70, le había dicho que era una buena composición, que ahí se podían hacer muchas cosas con el tiple, como en “Cuatro preguntas”. La escucharon una vez en la oficina de los profesores y desde ese momento le quedó sonando en la memoria esa historia de alguien que busca irse hacia el silencio, hacia un lugar donde sólo estén sus libros, un tiple y un perro.

La ensayó muchas veces y hasta alcanzó a contarle a Mauricio, antes de que se fuera, que al fin había encontrado una manera de tocar las doce cuerdas. “Tierra buena”, casi tanto como “Cuatro preguntas”, le había dado la idea de hacer la música que quería. Pensó que los bambucos tenían su mismo blues y lo único que necesitaba era hacer otros nuevos con las imágenes del río muerto, los cementerios donde entierran a los muchachos envejecidos, el barrio perdido, todo lo que le pasaba, hasta un viaje en bus a través de la ciudad, la mirada de Mayte y las palabras de la mujer del cerro. El suyo sería un tiple capaz de encenderse, de volverse añicos en el escenario como lo hacía Pete Townshend con su guitarra, convertirlo todo en un desastre de aparatos humeantes, con un final de Kurt y com-

pañía acabando con todo mientras sentían el olor a cuarto cerrado de un espíritu adolescente.

Esa tarde acabó de repasar los consejos del profesor Castano. Le había dicho que empezara sin mucho ruido. Tenía que esperar a que todo se calmara, que la gente se detuviera un momento y pensara: ¿qué está ocurriendo aquí? Al tiple, dijo, se le debe crear un vacío. “Es un instrumento que cae, se toma su tiempo para barrer todas las impurezas, espera a que suenen los vientos y la percusión, y después deja que transcurran las voces. Es un instrumento humilde, acostumbrado al olvido, es paciente y silencioso. Tal vez por eso es capaz de decir tantas cosas”.

Durante esos días Ricardo había transformado “Tierra buena” en una mezcla de los sonidos que más le gustaban. Quería que una batería lo acompañara antes de pasar la mano por las doce cuerdas. Esos golpes secos, pensaba, podrían crear ese vacío del que hablaba el profesor Castano. Tenía que ser algo duro, alguien debía sudar para que se sintiera el abismo de su canción. Después podría sonar un bajo eléctrico que le diera, como el último afluente de su río, la melancolía de un blues.

No tenía nada de eso. ¿Quién iba a acompañarlo? Los sonidos apenas estaban en su cabeza con la misma desolación que le producía el recuerdo de Mauricio y Mayte. Se imaginaba a los dos pasando la frontera. Tal vez el muchacho de la moto se había quedado bebiendo en Tijuana y ellos se cansaron de esperarlo. Después de estar ahí, de hablar con los coyotes y dormir varias noches en un hotel sin nombre y sin sábanas limpias, lo mejor era hacer algo, cualquier cosa, como pasar por algún hueco de la gran pared de acero, pintada con frases de despedida y oraciones a la Virgen, para esperar después a un lado de la carretera hasta el momento en que alguien los recogiera y se los llevara lejos de allí, de esa frontera caliente, llena de zopilotes, de gente que espera en la noche y mira por las rendijas de la barrera durante todo el día, de hombres que obser-

van con atención de águila impasible los movimientos del viento y las matas de agua y espinas en medio del desierto.

Resolvió salir con sus doce cuerdas. Fue un momento a la cocina y se despidió de Ester.

—¿Adónde va? —le preguntó

—Sólo voy a dar una vuelta, a ensayar por ahí. Hablamos.

Cuando salió a la calle se dio cuenta de que iba a ser una larga noche. Pensó de una vez que hasta podría llegar a parecerse a ese viaje en medio de la oscuridad que una vez hizo con su tío Juan. Ese día tuvieron que dejar la moto en el cementerio, recostada en el mausoleo de los Echavarría, y salieron hacia el oriente, cruzando el parque, hasta llegar a Lovaina donde las mujeres se apostaban en las esquinas y los balcones permanecían encendidos hasta la madrugada. Era como una pequeña ciudad secreta. Las puertas estaban entreabiertas, y desde la acera se podía ver la baldosa cuadrículada y la penumbra en el patio. En la sala, tres parejas se acariciaban en silencio, esperando a que alguien saliera de uno de los cuartos para entrar a ocuparlos. Era una fiesta que a Ricardo le parecía antigua, de poetas alcohólicos, de novelistas que iban allí para escribir después, hace cincuenta años, la historia de una pobre mujer de la hilandería, recién llegada de un pueblo del suroeste o de cualquier parte, atrapada en Lovaina por las garras de la noche.

Pero ahora iba solo. Su tío debía estar en el bar El Torrente, donde todavía escuchaban tangos. Pasando la calle, y después de atravesar los zaguanes donde hace años se hospedaban los trabajadores de la hilandería, uno podía ver la quebrada Santa Elena que bajaba mansa de los precipicios y los derrumbes, antes de sumergirse en la avenida que partía en dos el centro de la ciudad.

Llevaba las doce cuerdas en su estuche y en su cabeza la maraña de sonidos que componían su propia versión de "Tierra buena". ¿Qué diría el señor Carlos Vieco?, se preguntó a sí mismo. Pensó que si estaba vivo debía tener más de cien años. De lo contrario estaría revolviéndose en su

tumba. No le gustaba esa frase pero la pensó: revolviéndose en su tumba. Todos los sábados, sin recordarlo, los metaleros van al teatro que tiene su nombre y se ponen a escuchar a Tenebrarum y a Reencarnación, con todos esos rayos que caen en los árboles del cerro Nutibara, más abajo del pueblo congelado en una réplica para turistas y amantes secretos de domingos por la tarde.

Salió al puente y se detuvo a esperar el bus. En el bar de la esquina estaban poniendo un disco viejo de Héctor Lavoe. Nadie estaba allí, salvo René que se ocultaba detrás de la barra, secando las copas de aguardiente con un trapo rojo. Pasó un bus pero no se detuvo. Esperó otro rato. Se acabó la vieja canción que a Ricardo lo hacía pensar en ese barrio donde siempre había vivido, en un pasado que no era tan lejano y, sin embargo, así lo parecía.

¿Cuándo perdí yo a este barrio?, se preguntó. ¿Sería mientras me encorbaba sobre el tiple o tal vez por pensar tanto en Mayte? Seguro eran las dos cosas, se respondió.

Resolvió seguir a pie, por la quebrada abajo, como siempre decía Ester para referirse a ese barrio contrahecho donde ya sólo sobrevivía El Torrente. Cómo había cambiado todo ese paisaje. Aunque cada mañana pasaba por ahí en el bus, rumbo al liceo, ahora en la noche se le parecía a un lugar distinto, con gente que no conocía, muchachos que salían de los zaguanes a fumarse un cabo de basuco. Sintió el olor a basura incinerada.

Cuando pasó frente al Torrente quiso ver si ahí estaba su tío. Quería preguntarle si al otro día tenía que acompañarlo a poner alguna lápida, o tal vez a comprar una pieza de mármol. Pero no estaba, y siguió por la acera angosta, esquivando los buses, observando a la gente que lo miraba extrañada, como si se preguntara que quién podría ser el del tiple, el que va casi corriendo calle abajo, hacia el centro o hacia ninguna parte.

En Junín cogió el bus de La América y se fue colgado del tubo, con el tiple apoyado en la punta de su pie izquierdo.

El lugar se llamaba Negro. Estaba más arriba del teatro y de la iglesia con su cúpula en forma de sombrero. No era fácil distinguirlo a esa hora de la noche. Cuando se acercó ya todos los carros pasaban con las luces encendidas, y al dar la vuelta lanzaban un ramalazo de luz sobre los muchachos de chaqueta negra. Lo vieron entrar. Las pocas cosas que había, un par de sillas y un enorme candelabro, se perdían en la penumbra. Al fondo, una vela alumbraba el bar de escasas botellas, casi todas vacías. Era lo único que brillaba.

Se acercó al mostrador. No había nadie. Decidió entonces coger un vaso y se sirvió un poco de agua.

–Muy bien, eso es lo que esperamos de quienes vienen por primera vez –le dijo un hombre que salió del orinal. Tenía el pelo largo, cogido atrás con una banda elástica. Lo recorrió con la mirada y se detuvo en su tiple.

–Es un tiple –dijo Ricardo.

–Un tiple. Doce cuerdas. No me digás que sos serenatero.

–No. Apenas aprendo.

–¿Bambucos? ¿Pasillos? Toda esa mierda que oíamos cuando estábamos pelados.

–Todavía se oyen.

–¿Y qué te trae por aquí? Esto es el Negro, yo soy el Negro. No te digo bienvenido porque aquí a nadie le gusta esa palabra. Pero aquí estás, el primero que entra. Hoy no es una noche cualquiera.

Encendió el equipo de sonido y puso un disco de Marilyn Manson. Los que estaban afuera se decidieron a entrar, apenas hasta el límite con la acera. Ricardo se puso a oír la voz que buscaba ser de otro mundo. Cada palabra era un grito que rasgaba todas las cosas. La batería golpeaba duro, por encima de lo que fuera, pisoteaba las guitarras, enceguecía la voz del anticristo, sin rostro, sin cuerpo, sin sexo.

–Le suena hasta la pintura de la cara –dijo Ricardo.

–No te burlés pelado. Marilyn es una bacanería.

–Yo también.

—¿Cómo así?

—Pues que yo también toco. Pero mejor. Sin esos juegos pirotécnicos, sin ese disfraz. Lo único que necesito es una batería y un bajo.

—Este man si salió más raro. ¿Quién te dijo de esto? No te las vas a tirar de profesor de música. Aquí ya todos salimos de bachillerato y no seguimos. Quedamos hartos de salones de clase.

—¿Y entonces qué?

—Más tarde, vamos a ver. Ahora vienen unos manes que tocan. No, esperate. Es un man y una pelada. Yo creo que ellos traen los instrumentos. Puede que te dejen ver cómo es eso del tiple. Este man está como volado.

El local se llenó. Muchos permanecieron en la acera y adentro el calor empezó a crecer bajo las chaquetas de todos. Después de Marilyn pusieron a Verdún, a los Catástrofe, a Sismo y a Defender. Uno detrás de otro. Las guitarras sonaban agudas. Parecían cuchillos. Se metían en todo lo que ellos habían estado pensando durante ese día. Las letras hablaban de cementerios que alguien recorría, una pesadilla con hombres que nada tenían de extraño, sólo que su voz se perdía a medida que la ciudad empezaba a convertirse en un campo santo, una tumba para todos a la que arrojaban cal y luego, bajo un día de sol, se dedicaban a sembrar de bendiciones.

Los muchachos que estaban en Negro movían la cabeza a medida que las guitarras de cualquier banda iban y venían. Paraban en seco a un golpe de la batería. No hablaban. Sólo estaban ahí, pensando en la palabra noche.

Un largo rato sonó Metálica, y cuando terminó lo suyo, en medio de una cortina de humo y de cuerdas conectadas, se imaginó que alguien lo llevaba en andas y en el escenario se encendía una cruz invertida. Había resucitado, decían, pero su voz ya no le daba para más.

Después llegaron los del grupo. Eran tres muchachas. Al rato entró alguien que les iba a hacer la batería. No era

un lugar para aplausos. Acomodaron sus cosas junto al mostrador y ahí mismo empezaron a tocar. Parecían venir de un largo viaje. A Ricardo se le ocurrió que habían naufragado durante su travesía en bus desde el otro lado del río, después de pasar el puente San Juan y Barrio Triste, la calle de los mecánicos. Tuvieron que esperar a que arreglaran un problema con el encendido y ellos, todos entonados, se fumaron tres cabos mientras todo pasaba. Así llegaron al Negro y se pusieron a tocar a los instrumentos. Ya lo tenían en la cabeza. Fundían muchos sonidos en uno solo, de muerte metálica y de garaje melancólico. Los convertían en algo irreconocible, algo que para ellos lo era todo.

–¡Hey! –le dijo el Negro–. Poné cuidado. Son buenos.

La cantante empezó con un saludo. Se le ocurrió hablar como si estuviera en la entrada de un gran hotel, en su trono de recepcionista, sofisticada y dueña de varios idiomas. Puso voz de telefonista, después trató de imitar a Shakira y a Gloria Stefan, se movió como en un comercial de gaseosas. Estaba burlándose de todo lo que se agolpaba en su mente, de lo que oían en la radio. Tenía el pelo suelto. La nariz, fuerte y ganchuda, la hacía ver como la mala de cualquier historia. Algunos decían: “Yo creo que es un hombre”. Sus ojos eran grandes.

–Nos encanta estar aquí –dijo ella–. Hace tiempos que no tocábamos con gente. Si nos quieren oír bueno, si no también. Gracias de todas maneras. Hijueputas.

Todos saltaron. Cuando las guitarras empezaron su movimiento circular, los muchachos de negro dejaron de ser las estatuas de Marilyn. Se tiraron unos encima de otros. Querían apiñarse en el centro de la sala, sumergidos en la oscuridad de las paredes.

–Eso, duro –les gritó la cantante por el micrófono–. Le tienen que dar duro, se tienen que morir un rato para darse cuenta de lo que tienen. Nada. Así muchachos, pogueen como un diablo.

La banda sabía tejer las historias de todos ellos. Cayeron en sus redes, pero también a eso habían ido. La muchacha seguía inventando frases a medida que la guitarra y el bajo se fundían y el baterista marcaba en caída libre los saltos del corazón.

—Entrá, entrá —le dijo el Negro a Ricardo.

Estaba al borde del semicírculo que se había formado alrededor de la banda. Un paso más significaba estar ahí, en el centro de todo. Sintió en su mano, como una espada de utilería, el peso de las doce cuerdas. El Negro quería que él se metiera para quedar en medio del estruendo, como un loco. Corría el riesgo de que la muchacha que cantaba lo pateara con sus gruesas botas de punta de acero, como las de los militares, o que los que pogueaban se le lanzaran en manada, furiosos por detenerlo todo con un pobre instrumento de montaña, un tiple de bambuquero que iba a sonar como una lágrima sobre las hojas de un libro de poesías desdichadas. Iban a burlarse, iban a matarlo, pero también, pensó, iban a oírlo.

Sacó las doce cuerdas de su estuche y lo puso delante de él, casi como un violinista que avanza sobre el escenario y los de la orquesta se levantan para saludarlo. Se acercó a la muchacha y ella lo miró con los mismos ojos que había visto en la casa del Hamaquero. Era ella. Apenas ahora, cuando la sentía respirar hondo en medio de un breve silencio, se daba cuenta de que era ella, la de los ojos que nunca se cerraban. Ahora su rostro se había vuelto geométrico. Ricardo alcanzó a pensar que la escasa luz del Negro la convertía en una larga ecuación de aristas y catetos.

—Muchachos, llegó el man del tiple —dijo ella.

Todo se detuvo. Los que pogueaban se acercaron a la banda. Allí estaba él junto a la sobrina del Hamaquero. Ana Krystof. Pero ella era otra, estaba en su propio mundo.

—Qué vamos a tocar, decí —le preguntó sin que los demás oyeran.

–Bueno, tenía algo –le susurró–. Pero sólo se trata de que ustedes sigan en lo suyo. Yo veré cuál es el mejor momento para entrar.

Como una máquina, las guitarras volvieron a dejar pasar su corriente eléctrica. De vez en cuando un efecto de distorsión le daba gracia al cambio de registro. La cantante agradecía el gesto y volvía a empinarse para que oyeran sus improvisaciones. Ricardo se atrevió a hacer el primer paseo de los dedos por las cuerdas. Nada. No pasó nada. Se lo tragó el estruendo.

Mejor así, pensó. Se agachó sobre las doce cuerdas y de vez en cuando, en esos momentos de vacío que el profesor Castano le había dicho, aprovechaba para dejar salir esa voz destemplada de su instrumento, procuraba que se metiera sin necesidad de apartar a nadie. Le hubiera gustado que todo se detuviera un buen rato. Entonces él podría dejarles ver cómo sonaban sus doce cuerdas.

Pero las muchachas siguieron en lo suyo. El ritmo del pogueo fue subiendo. Ana advirtió que esa canción se debía tocar con acordeón, pero que a ellas eso no les importaba.

–Ni por el hijueputa –dijo.

De repente ella alzó la mano derecha y todos los de la banda se quedaron quietos. Sólo Ricardo continuó. Estaba encorvado, tratando de descifrar los sonidos de las doce cuerdas. “Tierra buena” se había convertido ya en un vago recuerdo, arriesgaba con perderla de vista y allí, rodeado por los muchachos sudorosos que bajaban del pogueo, trataba de recobrarla, hallarla en algún punto de la carretera.

Fue un silencio largo que él trató de llenar con los pedazos de su canción. Los tomó de cualquier lugar, donde primero los encontró, sin importar el orden. Detrás de él la batería empezó a seguirlo, cerraba y abría cada acorde, tendiendo una cortina de humo al terror que invadía a Ricardo. Eran golpes en la cabeza de todos y después pasa-

ban las doce cuerdas, como agua fría que llegaba del pasado y envolvía a los que esa noche estaban en Negro.

Alguien lanzó sobre ellos una de las sillas y todos saltaron otra vez al centro de la sala. Ricardo siguió tocando pero ya nadie podía oírlo. Los muchachos de chaqueta negra empezaron a gritarle que se fuera, que eso ahí no era para tocar bambucos. Otros se fueron para el bar y empezaron a quebrar las botellas vacías. El candelabro, con su vela encendida, voló casi hasta la calle. El Negro fue a esconderse en la parte de atrás del local y lo siguieron dos de las muchachas de la banda. La batería se quedó sola, esperando a que la despedazaran.

-Vámonos hermano -le dijo ella. Estos manes se enloquecieron.

Ella se paró frente a todos y les dijo que lo que era con él también era con ella. Que no fueran ignorantes y vieran sus doce cuerdas, que ni Juan, "el guitarra del grupo Masacre, tenía una igual". Eran doce cuerdas, dos guitarras pegadas, y ellos, agregó, no sabían nada de eso.

-Y al que se acerque le doy un puño. Malparidos.

Todos se quedaron quietos y ella no paraba de decirles cosas. Sacó una navaja y se la mostró a todos. La hoja relumbró un momento en el lomo de su nariz. Parecía un cortaúñas en sus manos grandes, pero los miró con esos ojos que sólo ella sabía abrir por la noche, como en el patio del "Hamaquero" a cuatro cuadras del cementerio. Ahí, en los ojos de ella, podía morirse uno, enterrarse para siempre, pensó Ricardo.

Los dos retrocedieron por el local, un paso tras otro, muy despacio, mirando hacia todos los lados. Nada podía moverse, excepto ellos y el brillo de la navaja que temblaba en las manos de ella.

-Se la hundo al que sea -les dijo.

Cuando llegaron a la puerta ella se quedó mirando hacia adentro. Sudaba y Ricardo le vio temblar un poco los labios. La muchacha lo miró y los dos salieron corriendo. Dobra-

ron la esquina, pasaron por la iglesia con cúpula de sombrero y no se detuvieron hasta que encontraron las luces de neón de una heladería. Les brillaba la cara y estuvieron un rato recobrando el aire. En el local estaban poniendo baladas y dos parejas hablaban en las mesas de afuera, bajo un techo de plástico con anuncios de gaseosas.

Ricardo se dio cuenta de que estaban en San Juan, la calle partida en dos por un cordón de cemento. A esa hora todavía bajaban los buses de La América y San Javier, tal vez los últimos, pensó. Antes, cuando iba a la casa de Mauricio, le gustaba montarse en esos buses que después de las diez sólo ocupaban los billaristas del bar Americano y las muchachas que se apostaban en el entresuelo de la 74, encima del almacén de bicicletas de don Pablo.

—Por aquí vivía un amigo mío. Se fue para el otro lado.

Ella se quedó en silencio. Esperaba que él le siguiera contando, muy tranquila, como si la pelea en el Negro estuviera en el libreto. En la mano todavía sostenía la navaja, escondida entre los dedos. Se echó el pelo hacia atrás y tomó aire por el lento camino de su nariz.

—¿Por qué?

—Cómo que por qué.

—Que por qué se fue. Mirá, ¿si ves? Me sonó como una balada. Por qué se fue, por qué murió, por qué el Señor me la quitó.

—Estaba harto del liceo. Yo creo. Casi todas las tardes nos poníamos a escuchar música, oíamos a Johnny Winter. A él le gustaba. Y después nos íbamos para el cuarto de su hermano a ver los aviones y las revistas.

—Se hacían la paja. ¿Cierto?

—¿Cómo así? ¿Estás loca?

—No me digás mentiras. Yo sé cómo son los pelados como vos. No te dé pena, eso no tiene nada de raro.

—No me gocés.

Nadie más se movía en la heladería y ellos seguían ahí. Paró un bus y el chofer los miró por un momento. Sus ojos

eran como dos linternas rojas de lapicero. “¿Se quedan?”, preguntó él, pero arrancó sin esperar la respuesta.

—A su hermana le gustaba hablar conmigo. A veces Mauricio se quedaba arriba, en el cuarto de su hermano, y yo lo esperaba en la sala, hablando con Mayte. Pero ella se fue, y él detrás de ella. No le gustaba que se mantuviera con Rodríguez, un muchacho con moto.

—Mauricio. Hasta bueno conocerlo. Apuesto a que es como vos.

—No, creo que no. Somos muy distintos. Todas se enamoraban de él. Yo creo que vos también te habrías enamorado. Él quería ser uno de los de Nirvana.

—Bueno, no hablemos más bobadas. Mejor nos vamos, o nos quedamos aquí, nos tomamos una cerveza aunque sea en esta heladería de baladas.

Entraron al lugar que parecía un acuario. Nadaron hasta un rincón, junto al aviso que alumbraba sobre la calle. Una lluvia menuda parecía polvo cuando pasaba bajo el cono de las lámparas. Allí adentro todo estaba quieto y azul. Era una luz de ventana medio abierta, en una calle concurrida que de pronto se había silenciado. A Ricardo, que por primera vez entraba a un lugar así, le parecía que era como estar en la sala de su casa un sábado por la tarde. La música venía de lejos, como de otro barrio, y las otras dos parejas ni se movían. El orinal murmuraba a unos cinco metros.

Pidieron dos cervezas y empezaron a tomar en silencio. Los carros pasaban con un ruido de caucho. A veces las farolas les iluminaba la cara.

Ella dejó caer su mano en la rodilla de Ricardo. Fue una corriente que pasó por ahí y se detuvo. Ana siguió subiendo, sin decirle nada, sin mirarlo tampoco. Hacía como si estuviera absorta en los carros que pasaban. Con un gesto le pidió silencio. No quería que él hablara. En sus dedos todavía tenía la navaja, susurrando con el filo en la tela del pantalón. Ella fue hasta el final y ahí decidió quedarse.

Los dos se tomaron un trago de cerveza. El mesero hacía cuentas en la barra, lejos de todo lo que sucedía. Ya estaba acostumbrado a la lentitud del lugar. Lo que allí pasaba no era fácil de ver si el ojo no estaba entrenado a la penumbra y a los movimientos secretos debajo de las mesas. Pero a él ya no le importaba. Eso parecía porque contaba las monedas mientras los que allí estaban se tocaban con furia y sin esperanza.

Ricardo vio que sus doce cuerdas habían quedado en un frágil balanceo sobre una de las sillas. Se movían un poco con el movimiento que ella hacía. Cerró los ojos cuando le bajó el cierre y se acordó de que el estuche se le había quedado en la pelea del Negro. Pero sintió que algo en él se liberaba, como si las cuerdas, al fin, saltaran de su timidez andina. Algo dentro de él abría las alas, pero el pensamiento le pareció como para esos libritos de educación sexual que los ponían a leer en la clase de comportamiento y salud. Estaba sorprendido de él mismo. Ahí, en la oscuridad, pensando en el liceo mientras esa muchacha, la cantante de un grupo en desbandada, lo estaba acariciando. “Estoy como loco”, pensó. Se inclinó un poco sobre la mesa y ella, en cambio, recostó del todo su cabeza junto a las botellas de cerveza. Parecía dormida. Pero tenía los ojos abiertos, él la vio, con la luz amarilla de las lámparas dándole de lleno en la cara. ¿En qué pensaba? Tal vez en nada. Sólo imaginaba, planeaba cada movimiento con mucha paciencia. Sintió en la carne, al mismo tiempo, la navaja y los dedos de la muchacha. Sabía cómo hacerlo, sin hacerle daño, sólo el frío que entraba, como un grato intruso, a un lugar a punto de explotar. Aumentó el ritmo de arriba hacia abajo, hasta dejar que el arma se perdiera entre los pantalones para que el cuenco de su mano pudiera cubrirlo en el extremo, con firmes movimientos circulares.

A Ricardo le pareció que había vuelto al desamparo de la infancia. Estaba ahí, mojado y lejos de su casa. Fue un

pequeño torrente que lo inundó todo por dentro, con espasmos de electrocutado. Ella le dejó la mano, jadeando también como un corazón cansado.

Le pagaron al mesero y se alejaron por la calle San Juan, de barrio Triste hacía abajo, seguros de que parecían unos fantasmas. El aire estaba frío y se sintieron como vacíos. Ella iba a coger el metro, hasta la estación del Hospital Infantil. Después caminaría junto a los muros del cementerio para llegar a la casa del Hamaquero. Ricardo iba para el oriente, para el barrio que está junto a la quebrada Santa Elena. Atravesaría el puente sobre el río y apuraría el paso por las calles del centro.

Al día siguiente, a las cinco de la tarde, cuando abrieron de nuevo la heladería, el mesero encontró, junto a la silla del rincón, bajo el letrero, una navaja que al jugar con ella bajo la luz permitía leer, en pequeñas letras grabadas sobre el metal, "Funeraria San Pedro, teléfono 9945099".

Capítulo 4

IBAN POR LA QUEBRADA ARRIBA, AL LADO DE LA HONDONADA que en la noche era un foso oscuro, alargado como un muerto. Serpenteaba hasta el centro de la ciudad. Recibieron en la cara la luz de tres lámparas que formaban un lago de ceniza en la esquina del Torrente. Pasaron por el puente de Goovaerts y se sintieron a salvo.

Ricardo pensó que sólo ellos estaban allí, en ese puente solitario. Vio los locales cerrados y sintió de lejos el murmullo del chucuchucu. Alguien bailaba allá arriba, en esa curva de la calle que los buses pulían, con ruido de latas y pasajeros a la deriva, hasta llegar al puente blanco, donde estaban parados en ese instante sin saber qué hacer. Abajo sonaba la quebrada de cuatro en conducta, la misma que bajaba como una novela turbia desde Santa Elena, con esa historia de la muchacha que trabajaba en la hilandería y se la devoraba la ciudad.

Acababa de leer ese libro. Era una tarea del liceo. A ella se la imaginaba morena, con una larga cabellera de mujer antigua, rolliza y desnuda casi siempre, dispuesta a acostarse con cualquiera de ellos o, en el peor de los casos, con el profesor de educación física que los traía de la lengua en la barra de torturas y las trotadas al cerro El Volador. Seguro él, decían, iba a acribillarla con su cuerpo de macho indomable, ordenándole que hiciera esto y aquello. Pero también podría ser con Ochoa. Cómo gozarían, pensó. Se reirían como unas hienas viéndolo a él en medio de esa mujer llena de oleajes, de palabras de amor como las que se decía la gente hace cincuenta años en una casa de Lovaina.

Acaso serían las mismas de hoy. Nada raro, se dijo Ricardo, y quiso contarle a su tío la historia de ese libro. Seguro que él también lo conocía y hasta debía tenerlo entre sus viejas novelas de Cortázar y las revistas de China Reconstruye, en el baúl gris que guardaba con celo en un rincón del cuarto de Ester.

Pero no se atrevió. Se sentaron frente al bar de René. Estaba cerrado. Apoyaron la espalda en la puerta metálica. Un celador pasó tocando el pito. Parecía volar en su negra bicicleta de cartero.

“Una mujer es más de lo que uno puede abarcar”. Le oyó decir a su tío. “¿Estás prendido?”, le preguntó.

—No, nada de eso, es que vengo pensando tonterías. Hoy, por ejemplo, creo que descubrí algunas cosas.

—¿Cómo qué?

—Es sobre uno. O sobre mí, tampoco voy a involucrar a los demás.

—Desenrollá.

—Bueno, es que creo saber ahora en qué consiste eso de la madurez. Se me ocurrió pensar que madurar es querer convertirse en un funcionario público o ejecutivo o todo eso.

—Tener éxito.

—Sí, claro. De eso se trata. Pero es una madurez... como cuando se envuelve una fruta verde en papel periódico. Al madurar así se traiciona a sí misma. Ya no le pertenece a la naturaleza.

—Estás muy profundo.

—No te burlés.

—No me hagás caso, yo entiendo. Te voy a contar una cosa —dijo Ricardo. Parecía que más bien hablara la quebrada, y a él le gustó ese efecto. Su voz era otra, era la de alguien que nunca había pensado en contar un cuento y de repente sucedía, arrastrado por el agua, hacia abajo, donde las casas parecían derrumbarse.

—Oigo.

–Nunca se lo he contado a nadie. Ni siquiera yo mismo me lo he contado.

–Dejate de tonterías. Contá.

–¿Te acordás de Pispo?

–¿Y quién no?

–Yo lo vi morir.

–¿Y?

–Yo estaba en la sala leyendo la historia del coronel para una tarea del liceo. Estaba aburrido, para qué te voy a decir que no. Me dio por pararme y mirar a través de la ventana. Los dos hombres estaban abrazados y no se decían nada. Abrazados con las chaquetas envueltas en los brazos. Pispo se agachó un momento y el otro hombre lo empezó a golpear con algo en la espalda. La calle estaba sola. Era mediodía y no había ni un alma. Ni siquiera la de ellos. Esos dos hombres eran como fantasmas. Me salvaron de seguir leyendo ese libro.

–Dejá la crítica literaria para otra noche. Hoy estamos jodidos.

–Pispo se detuvo un instante y luego empezó a descolgarse de la vida. Cayó sobre la manga, parecía una hoja.

–Pobre Pispo. Era un rufián pasado de moda. Ya nadie le temía. ¿Te acordás de sus peinados? Tenía una mota a lo Elvis. Siempre estaba armando cigarrillos de marihuana en el quicio de aquella casa que siempre me pareció tan extraña, tan oscura y como deshabitada, con un solar que se pierde en el morro de los curas.

–Estaba ahí, frente a mi cara, con los ojos vacíos, pero yo no pensaba que se estaba muriendo. La ventana de la sala le debió servir de último espejo. Allí vio su rostro y toda su historia. El otro hombre voló calle abajo sosteniéndose el estómago, fue a morirse junto a la quebrada y Pispo se quedó mirando su cara, en medio de un barrio quieto y yo como único testigo.

Los policías entraron a la casa para preguntar y dejar pisadas de sangre por todas partes. Le echaron agua a las

baldosas. A Ester la interrogaron pero a Ricardo lo dejaron a un lado, tan silencioso como ya estaba el hombre tendido en la acera con una sábana cubriéndole el mechón de pelo quieto. Sabía que en un par de días vendría su tío Juan para decirle: “¡Hey!, Ricardo, vení vamos a ponerle la lápida a Pispo”. Y entonces se irían los dos en la moto, llevando la lápida sobre las piernas y la caja roja de las herramientas.

–Así se murió ese man –dijo Ricardo.

–Como todos los camajanes de cuando yo tenía tu edad.

–Te volviste cucho.

–Sí.

Oyeron las campanas de San Policarpo, y entonces Ricardo se embarcó en otros pensamientos. Uno de ellos tenía que ver con los sonidos. Le pareció que esa noche del 6 de enero apenas estaba descubriendo la orquesta de la calle. La quebrada que bajaba del Derrumbe y Media Luna, la voz de su tío Juan, el puente de cal que crujía cuando pasaba un carro, la noche misma y el murmullo de un baile que se escuchaba en una casa que siempre le había parecido extraña, como de una obra de teatro.

Olvidada por casi todos los que conocieron su esplendor, se asomaba a las noches desde un balcón habanero, carcomido por un salitre lejano que llegaba hasta allí en una corriente misteriosa. Dos columnas soportaban el alero de tejas de barro y abajo había unas puertas siempre abiertas y con la madera despintada. Tenía unos muros trajinados y al fondo una bombilla acompañaba la humedad de todas las cosas.

Cuando menos pensaron estaban un paso más allá de la puerta de aquella casa. Subieron las escaleras de cemento y llegaron a una sala que parecía un barco. Había unas lámparas hechas con papel de celofán y en las únicas dos sillas estaban sentadas tres muchachas. Junto al balcón bailaba una pareja. Parecía un paisaje del mar que al menos Ricardo nunca había visto. Pensó: “una postal de

cumbias y de porros”. Recordó que su hermana solía decir: “es que en este barrio hasta las casas bailan”. Y se ponía a hacer gestos muy graciosos de las casas moviéndose de un lado a otro, alcoholizadas y amanecidas.

Era un lugar de cosas viejas y mujeres esperando el fin de la noche. Al fondo, alguien cantaba y sonaba el piano de un disco medio achacoso. Se puso a pensar en cuántas fiestas habían naufragado en ese buque.

Una de las mujeres se paró y fue hasta el fondo de la casa. Desapareció tras una cortina de plástico. Todos eran del barrio. Los conocían pero siguieron como si nada. Parecían estar en medio de un rito. El mismo desde los días en que Ricardo pasaba por allí junto a Ester con rumbo al granero Barcelona. Ellos siempre habían escuchado esas canciones y para él eran un misterio que sólo ahora venía a conocer de cerca. Olía a manteca vegetal y todos veían bailar a los dos viejos del balcón, sintiendo la quebrada como si fuera el mar.

El hombre era un albañil que de tarde en tarde se dedicaba a bailar tango con su hija. A él le decían Quiqui Mona, ella era delgada y bajita, con senos desamparados y unos ojos grandes que estaban como acostumbrados a la noche. Muchas veces la había visto doblar la cintura y alguien la sostenía como una hebra de cabello de ángel mientras el ciego de los García desarrugaba el bandoneón en una esquina de la sala.

Ahora el viejo estaba junto a unas palmeras de papel, transformado en dandy tropical. Bailaba con una mujer que lo sobrepasaba tres veces en cintura. Le decía cosas al oído y ella se reía. Ricardo vio sus labios que se prolongaban como una lengua, sudorosos, babosos. Cuando se acababa un disco permanecían en posición de bolero hasta que arrancaba el otro reclamo de Carlos Argentino y entonces ella se abrazaba más a él y formaban un bulto uniforme, ajustado a la noche y a esa casa de pocas palabras.

Pensó que ya estaba bien, que se había tragado todos los tangos del mundo, todos los timbales le reventaron en la cabeza el día en que su papá llegó borracho y puso a Daniel Santos la noche entera. Nadie durmió en la casa, sólo él mientras el disco iba y volvía arañado por la aguja. Nunca más lo volvió a ver. Se murió y nada más, sin darse cuenta. Recordó que olía a carpintería, a cantina, a la quebrada después de la medianoche.

Se acercó a los que bailaban. El viejo ya estaba arriesgando sus manos de albañil por debajo de la cintura de aquella mujer. Las muchachas de la sala parecían sembradas en medio de ese paisaje. Hablaban poco. Pero el hombre no paraba, le susurraba cosas, le mordía una oreja, la apretaba y luego la soltaba. Pensó: “¿Qué haría este gordo si yo le tocara aquí las doce cuerdas? Se quedaría quieto porque ellas están hechas para sumergirse en uno mismo”.

Hubo un día en que se las llevó para el cementerio. Ayudó a alistar el cemento para que su tío pegara el mármol en una tumba. Después se puso a tocar las doce cuerdas.

Este hombre, lo supo, no haría nada con las doce cuerdas. Mayo, el vecino del almacén de tenis, le decía: tus doce cuerdas son demasiado tristes, parecen como de Julio Flórez. Su idea era que debía poner el tiple en el patio, al sol como ponían en la carpintería la madera gruesa.

Hubo un momento de silencio y se escucharon entonces todos los ruidos de la casa. Las pulseras de latón de las doncellas pintarrajeadas, el bamboleo de los faroles y las palmeras de papel, los pasos de su tío que se perdía tras la cortina de plástico y el hombre de La Habana y Buenos Aires que respiraba profundo mientras le corría el sudor por la cara. Se apoyó en una pared y gritó hacia adentro, para que lo escuchara el eco en la negrura de ese puerto de cloaca: ¿Qué pasa con esa clave René? Pronunció las palabras con pequeños cortes en las sílabas, como si fuera de la Costa, y entonces se puso a hacer los pasos de la

trigueña Encarnación. Todos fijaron sus ojos en él, en sus zapatos de colores. Sin música la fiesta empezó a animarse y en esas entraron otros tres hombres. Dos de ellos hablaban duro. El tercero, enjuto y de gafas, apenas se reía.

–¡Hey!, Daniel –lo llamó uno de ellos desde el balcón.

Los otros dos se pusieron a bailar. Por fin las muchachas decidieron ponerse de pie. La sala se llenó con esas tres parejas. Ricardo se sintió allí como un fantasma. Tal vez nadie podía verlo y tenía el privilegio de anotarlo todo, de observar cómo las parejas buscaban los ángulos más oscuros y se aferraban y sudaban.

Se abrió la cortina y vio a su tío que salía disparado, con la cintura doblada y un gesto de dolor que le impidió, antes de caer al suelo, decir la primera palabra que se le vino a la mente. Corrió hacia él y le ayudó a pararse. Los demás no parecían darse cuenta. El hombre al que llamaban Daniel seguía con la boca abierta.

–Todos aquí son unos hijueputas –dijo su tío.

–El hijueputa sos vos –dijo detrás de él una voz aguda. Parecía hablar con un cuchillo en su boca.

–Y yo que iba a decir que todos menos este mequetrefe.

–Tu abuela.

Los que bailaban se detuvieron.

–Vieja cara de lápida.

–Tumbador.

–A mucho honor.

El hombre gordo preguntó que qué pasaba.

–No quería pagar –dijo ella.

Todos empezaron a acercarse. Ricardo y su tío retrocedieron. “Yo a esta vieja no le pago ni un peso”, le susurró él. No estaba asustado. Hasta le alcanzó para una sonrisa antes de lanzarse los dos escaleras abajo. Atrás sintieron los pasos de los demás. Las doncellas se pusieron a gritar, asomadas al balcón, mientras el gordo rodaba hasta cruzarse de un lado a otro de la puerta.

Corrieron muertos de la risa. Bajaron hasta el puente y allí doblaron por el callejón hasta llegar a la puerta de la casa.

–Nunca te acostés con una flaca –le dijo a Ricardo, mientras trataba de recuperar el aire–. Apuñalan. Ya viste.

–Pero eso no es por ser flaca. Ahí todas son así.

–Todas son flacas, llenas de escamas y de espinas.

–Como peces.

–Claro, como peces de una quebrada sucia.

Menos mal, pensó Ricardo. Mayte no era flaca. Ana tampoco. Pero soñó con ellas y con la quebrada Santa Elena. Soñó que ellas dos se iban, corriente abajo, y que él se quedaba parado en el puente de Goovaerts. Hasta allí llegarían las doncellas flacas para hacerlo entrar en su fiesta solitaria. Todo en el sueño fue también un desastre. Arrancó las palmeras del balcón habanero y las tiró a la calle, por donde pasaban los buses de Santa Elena. Después silenció la música con un golpe seco al aparato de los discos. Pero antes de bajar por la escalera de cemento se le ocurrió decirles, como si fuera un predicador del Parque Bolívar: “despertarán después con las doce cuerdas”.

Miró un momento el paisaje que dejaba atrás. El foco se tambaleaba en lo alto de la escalera y salió al sereno con el rostro encendido. El barrio estaba solo. Ni un bus, ni un bar abierto. Sólo estaba él, soñando, mientras su tío roncaba en la sala donde ya no se oía, desde hacía mucho, la voz tumbadora de Daniel Santos.

Capítulo 5

APAGÓ EL TELEVISOR Y SE QUEDÓ SENTADO. LA SALA ESTABA sola y podía ver que afuera ya empezaban a encender las lámparas. Le gustaba esa hora. Todo empezaba ahí, justo donde también todo terminaba. Antes, cuando tenía quince años y entró al grupo que dirigía el profesor Carazo, el de la clase de sistemas, prendía el radio a las seis y sintonizaba la emisora de la universidad. No era fácil encontrarla y tenía que mover el dial en espacios microscópicos. Escuchaba entonces el silbido de la ciudad, hasta que llegaba, nítida, la trompeta de Marsalis. El locutor daba la bienvenida al programa “Notas de jazz” y en la cortina se oía la percusión fragmentada en golpes de madera y la voz de Louis que surgía de la oscuridad: night night.

En ese momento se ponía a mirar la calle. A ambos lados, las casas mantenían en pie sus fachadas de retazos. Era un lugar que conocía. Ahora no. El cielo de la tarde se fundía con los vallenatos que desde esa hora hacían sonar en la casa de enfrente, la del corredor y el patio de las primeras comuniones, con una cocina vieja que en vez de azulejos tenía baldosas de cemento y dos hornos para encender leña que ahora sólo habitaban los ratones.

Conocía muy bien esa casa. Allí vivió hasta dos meses antes de cumplir los trece años y durmió en ella por última vez la noche antes de su primer día en el liceo. Era el 20 de enero, lunes, y despertó soñando en un domingo de juegos al pie de la fábrica de textiles, en Envigado. Mientras él hacía su primera fila en el pabellón que daba al estanque de los patos, en su casa estaban dedicados a

pasar los muebles de una casa a otra. Sólo era necesario atravesar la calle con los colchones y las tablas de las camas. Cuando regresó, al mediodía, todos almorzaron en el suelo de la sala recién blanqueada, aspirando el olor de la cal, con la espalda apoyada en muros que les parecían extraños. Eran tapias, gruesas y altas. Arriba se unían en un complicado armazón de vigas, con viejos alambres de electricidad.

Sí, pensó, ese lugar ya era otro lugar. Sintió que el pasado se le estaba convirtiendo en una enfermedad. Todos los de la casa estaban contagiados. Nadie quería salir de allí y él ya trataba de olvidar todas sus historias. ¿Para qué todo eso? Se preguntaba. Todavía, aunque con menos frecuencia, se reunían en la cocina para acordarse de las cosas. Ester, como él, siempre estaba atenta y se reía de todas las ocurrencias. Pero muy pronto la lección estuvo bien aprendida: los muchachos salían a jugar al fútbol y se dejaban llevar por el verano, en enero, cuando apagaban las luces en la avenida La Playa y todos se aferraban a los últimos vestigios de las vacaciones. Subían entonces, muy temprano, por la carretera que bordeaba la quebrada. El pasto se elevaba a la derecha, seco y lento, frente a los ventarrones. A la izquierda, una hilera de casas varadas, parecidas a barcos viejos, con el caparazón desconchado, a punto de hacer agua por todos sus flancos.

De ese tiempo ya no quedaba casi nadie. Se empezaron a ir, uno después de otro. Cualquiera día, de madrugada, iban a despedirse. Decían: "Vamos a ver cómo es eso". Y se quedaban. Primero escribían cartas con letras de colegial y hasta un día llegó a su casa, bien envuelto en una bolsa de manila, un libro con fotografías de John Lennon. En la primera hoja, sobre un fondo de nubes que cubrían el piano blanco, todos escribieron cosas. Debajo de sus nombres pusieron las iniciales de un lugar en el que ellos, hasta Ricardo, ocuparon sus sueños: N.Y. Así lo escribían ellos: N.Y. N.Y.

Después dejaron de escribir. “Se fueron del todo”, pensaban en la casa.

“¿Por qué nos quedamos aquí?”, murmuró para él sólo, con la cara cubierta por la luz amarilla de las lámparas. Ya el barrio era otro barrio y hasta ellos mismos habían cambiado. Ester atravesaba la casa en la silla de ruedas y cada cual tenía sus propias cosas en la cabeza. Uno iba a la universidad, otros dos terminaban el bachillerato, una de ellas trabajaba en un almacén de La Alhambra y otra empezaba como secretaria en una fábrica de bluyines. ¿Y él? Con el liceo cerrado sólo tenía la televisión y las doce cuerdas.

Fue hasta la ventana. A esa hora pasaba la gente que regresaba del trabajo. En la esquina se apostaba un trío que no paraba de fumar y la señora del frente, ya muy vieja, apenas si salía a la puerta cuando antes solía pasar la tarde en la acera, hablando con las vecinas mientras la casa se le llenaba de sombras, de hijos que crecían y de una viudez secreta con el nervioso cajero de un banco, joven y solitario, que vivía en la casa de al lado, junto a la tienda que pronto, en un descuido de su dueño, iba a venirse abajo con sus viejos muros de tapia.

“Sí, aquí no hay nada más para ver ni para oír”. Volvió a encender el televisor y se puso a pasar canales. No se detenía, igual a un turista de agencia que nunca se satisface de ver edificios lúgubres que pasan frente a la ventanilla del bus. Sólo daba vueltas. Iba hasta el canal 30 y regresaba al uno, con parada única donde todo el día ponían música. Si había un video de R.E.M. ahí se quedaba. Si por casualidad salía John Secada o Gloria Stefan trataba de huir lo más pronto posible.

En el canal 15, con un gesto funerario, apareció el rostro cansado de Ozzi. Qué viejo estaba, pensó él. Iba en una procesión con guitarras eléctricas. Subió el volumen. Era un cortejo de otro siglo y todos llevaban trajes largos y raídos. Iban muy lentos por un paisaje desolado. Ozzi muestra-

ba las uñas, largas y filosas, miraba con rabia, pálido y teatral, pintado como Bela Lugosi. Entró la batería y también tocaron a la puerta.

No fueron nudillos contra la madera. Sintió un golpe seco, como si alguien hubiera arrojado una piedra. Ester entró a la sala y ambos se asomaron a la ventana. Las lámparas de la calle alumbraban lo que a Ricardo le pareció una de esas escenas que Black Sabbath sabía acompañar con una marcación lenta del bajo, mientras la percusión llevaba las cosas al extremo de la nada. Alguien moría mientras en la ciudad no paraba de llover.

Estaban ahí, frente a ellos. Parecía que todo el barrio se hubiera puesto de acuerdo para iniciar en ese momento una fiesta de mitad de semana. El chorro de una lámpara de sodio caía sobre sus cabezas. Se veían extraños, iguales a las figuras de cerámica, pintadas con torpeza, que vendían en las aceras de Junín. Tenían el rostro encendido como antorchas de una época antigua.

Cuando lo vieron a él junto a Ester, tras el vidrio de la ventana, todos se quedaron en silencio. Nadie quería hablar. Ricardo vio que la viuda se escondía tras el cajero. “¿Qué pasa?”, les preguntó Ester. Nadie respondió. Los tres hombres de la esquina también estaban con ellos, acompañados de los cinco hijos del tendero que desde la noche antes, hasta la madrugada del viernes, estuvieron bailando salsa y vallenatos en la acera de su casa. Bebieron tanto que ahora se veían como fantasmas, reflejando en la nariz y en sus pómulos de indios conversos, como los de las cartillas de San Jerónimo, una luz de neones desgastados.

Al rato llegó el cura de San Policarpo. Era un hombre joven que tenía el mérito de haberle puesto música de Miami a los cantos tradicionales de la misa. Todos se acercaron un poco más y lo rodearon, mientras él alzaba sus brazos y la mirada al cielo ya ennegrecido, sin luna ni estrellas. Los alumbró un rayo oportuno. Ricardo y Ester

vieron esa luz que les cruzó a todos por la cara. Hasta el padre se vio enorme, como un enviado de Dios que venía a cumplir una misión asombrosa. Un niño traía una cruz de Semana Santa y otro hacía mecer el incensario.

“Señor Todopoderoso. Apelamos a tu misericordia, a tu perdón, para que ilumines a tus hermanos, los habitantes de esta casa donde las fuerzas de la oscuridad han creado su nido perverso. Tú que conoces este barrio, habitado por gente que ha seguido las tradiciones de la Iglesia, con profunda devoción a María Auxiliadora, visita ahora el hogar de Ester y sus hijos”. Los demás respondieron con el estribillo de un merengue que hablaba de salvación y misericordia. Rezaron un padrenuestro con la mirada puesta en el cielo y las manos extendidas en actitud de recibir o de elevar, a la altura del pecho, todas sus peticiones.

Ester se echó la bendición. “¿Pero qué es todo esto?”, le preguntó a Ricardo.

—No sé, debe ser alguna ceremonia del miércoles de ceniza, o algo así. ¿Estamos en cuaresma?

—Pero entonces es algo nuevo. Nunca he sabido de estos rezos, a no ser en la procesión del Viernes Santo, cuando la gente pone en la ventana las hojas de balazo.

—O también puede ser por lo de Pispo. El man ese que mataron aquí hace como seis meses.

—Claro, puede ser, pero esas oraciones están muy raras. ¿Fuerzas de la oscuridad? Voy a tener que hablar con el padre.

Sin dejar de rezar el sacerdote se acercó y tocó la puerta. Ellos abrieron y él entró. Iba adelante, apretando con una mano el Cristo de plata que le colgaba del cuello. Detrás iba el niño con el incienso, protegida su cabeza con un manto de Virgen. A Ricardo le pareció que tal vez se lo habían quitado a la imagen de La Dolorosa. Era de una tela de muebles, gruesa y púrpura, con piedras de fantasía de la calle Palacé. Atrás, quieto en el umbral, se quedó el otro monaguillo, custodiando con la cruz de metal, mien-

tras la gente se agolpaba en la acera, empinados los de atrás para tratar de ver desde afuera lo que sucedía allá adentro.

El incienso y las oraciones recorrieron toda la casa. Se detuvieron en el patio, entraron a la primera pieza, después a la segunda y a la tercera. El padre subió al zarzo y desde el último escalón le lanzó un poco de incienso. Ricardo pensó que el pobre hombre iba a quedar agotado, sobre todo si iba hasta el solar y viera la selva húmeda, con toda una variedad de insectos que allí tenían su reino.

Para terminar, el sacerdote entró a la sala y, mirándolos fijo a los ojos, los bendijo y, sin más palabras, les dio la espalda y los dos vieron, como si palpitará en sus colores amenazantes, la cruz marcada en la estola que cubría los hombros de su sotana. Se fue, pasando por entre la gente. Algunos lo siguieron hasta el pie de la cuesta y ahí les dijo que lo perdonaran pero es que los padres también tenían que ir a comer.

“En este barrio se están volviendo locos”, dijo Ester cuando ya la gente se había dispersado. No tardó en volver el murmullo de la música de cada día, a esa hora de la noche en que cierran las puertas para sentarse a comer frente a la televisión. Al rato, cuando terminó la telenovela de las siete y treinta, después del noticiero, volvieron a salir y se sintió en la calle, con más nitidez, la mezcla de salsa y merengue. Alguien, a dos casas de la tienda, sacó sus amplificadores a la ventana y se sentó en una mecedora a escuchar tangos.

Ellos dos, en cambio, solos en esa casa de tapias viejas, se sentían flotando en una nube de miedo. Los cuartos, los muebles, la ropa de las camas, los cuadros y hasta ellos mismos estaban envueltos en una niebla de incienso. Les pareció que iban en una nave con rumbo hacia otro tiempo.

Cuando llegaron todos los hermanos todavía se sentía el rastro de la ceremonia. ¿Qué pasó aquí? Preguntaban al entrar. Llegó el tío Juan en su motocicleta y husmeó como

un perro a lo largo del pasadizo. Casi toda la noche estuvieron en la sala, tratando de encontrarle una explicación. Llamaron a la iglesia pero el padre ya estaba dormido.

Todos ellos se pusieron a fumar y el último rastro del incienso terminó por disolverse. A las diez ya se estaban burlando de alguien que bailaba porros como un muñeco de trapo. Ricardo salió a la puerta y vio que una mujer, la esposa del albañil que bailaba tango en el puente, venía con su niño montado en un triciclo. Antes de pasar junto a él cambiaron de acera.

Esa noche se acostaron tarde. No pusieron música en la vieja radiola. Al dormirse, Ricardo sintió que una de sus hermanas lavaba los platos, con el chorro grueso de la canilla que arrastraba los pocos restos de una comida rápida, entre alegre y nostálgica, parecida a las que precedían el día de Navidad o el jueves de Semana Santa.

Sonó con un cantante que se aferraba al micrófono y sus uñas crecían a medida que el de la guitarra destroza-ba las lámparas. Todo caía sobre las tablas del escenario. Parecía lluvia. Sintió que caminaba por ahí, sin zapatos, mientras alguien le suplicaba, desde la primera fila de pogueo, que no lo hiciera, que todo era una equivocación, que su concierto era más allá, en el pueblo siguiente, lejos de la granja abandonada donde Jimmy acababa de salir con la cabeza sostenida por un lazo de plástico, con la mirada roja de fumar dirigida al este, donde estaba la ciudad y desembocaban los ríos.

Fue un sueño rápido, lleno de fragmentos y de gente que rezaba. Al despertar pensó en ella, en una Mayte que flotaba en el río mientras se peinaba para salir a la universidad. Era hermosa y no soportaría verla una vez más. Si algún día regresaba Mauricio él se escondería en cualquier rincón de la ciudad. ¿Qué podría decirle? ¿Qué se la había hecho cinco y diez veces pensando en ella? ¿Que cerraba los ojos y la imaginaba frente a él como una casa abierta y luminosa?

Abrió los ojos y le dolió la luz que se filtraba por la tela gastada de las cortinas. Los cerró otra vez y se puso a ver los círculos que se formaban adentro, cuando las pupilas se resisten a bajar la guardia y permanecen abiertas, tratando de ver el interior de ese trozo de piel que convierte en un juego fácil el paso del día hacia la noche. En ese descenso de la luz volvieron a sonar las cuerdas conectadas al amplificador y apareció entonces Ana Krystof, confundida entre los espectadores del concierto de Ozzi, todos con la cabeza cubierta. La distinguió por su nariz, por esa figura geométrica que prolongaba su mirada hasta cualquier parte. Era fuerte y lejana, parecía un hombre, con unos ojos que se abrían, grandes y trasnochados, como una flor carnívora. Eso era lo mejor de ella, pensó, era muy distinta de todos los que hacían parte del funeral eléctrico. Escuchó voces, un gemido. Pero ella sonrió cuando él apareció, en medio de la gente, con esas doce cuerdas que se veían minúsculas, tímidas y andinas, un instrumento despreciable, inadvertido en cualquier ciudad como los uno con sesenta del montón que se hacía medir en el liceo, a las siete de la mañana todos los miércoles, en la clase de educación física: “todos tan pequeños y con tanto miedo a morir”, soñó que pensaba.

Entonces tocó las doce cuerdas y la gente de Ozzi quedó petrificada bajo sus capuchas de algodón gris. Le pareció que la religión de ellos era fingida y que a él le había llegado la hora de perderla. Se lanzaron contra él y corrió, corrió hasta donde pudo, atravesó la ciudad, cruzó los puentes. Sólo ella sonreía, sólo ella entendía. Despertó delabada sentada en el corredor mientras por el patio volaban los pájaros. Estaría sola, acabada de bañar, lenta por el trasnocho y con la música de su banda haciéndole bulla en la cabeza.

Ella le preguntó como lo hacían todos: ¿Qué más? Pensó que seguro nadie tenía respuesta para esa pregunta. Sólo se contestaba: nada, ahí. Sucedió entonces un silencio y luego aterrizaron.

–¿Perdido? –preguntó ella.

–Nada, es que con el liceo cerrado no dan ni ganas de salir.

–Antes mejor.

–Nada, eso cree uno cuando está en clase de comportamiento y salud. Vos sabés. Pero aquí en la casa uno apenas tiene el televisor.

–Y los discos. No te quejés. También tenés el Play Station.

–Claro, los cidís.

–El otro día estuvimos hablando de ese caso.

–Cuál caso.

–No te hagás el bobo, güevón. Hablábamos de vos y de esa salida tuya en el local del Negro.

–Mucha risa o qué.

–Nada, nos pareció muy bacano, aunque acabaron con todo allá. Ese man se quedó en la olla.

–¿Cuál man?

–Pues el Negro. Me parece que todavía estás como dormido.

–Sí, creo que sí. Fue una noche pesada.

–Bueno, entonces, hagamos algo hoy. Podemos ensayar un rato aquí, en la casa de mi tío.

–Está bien. ¿Vos y yo solos?

–¿Te da miedo, o qué?

–Fresca. Encontrémonos pues en Junín.

–¿En Junín con qué?

–Ah, no te burlés. Ya me sé el chiste.

–No, en serio Ricardo, decíme ¿Junín con qué?

–Junto al almacén Siegert.

–Listo. A las cuatro.

Por la tarde, los sábados, su calle tenía algo que le gustaba. El sol caía sobre las casas y las hacía ver como un puerto del Magdalena, atravesadas por el tiempo y el agua, calientes y deshabitadas. “Ojalá todos se hubieran ido”, pensó. Sin embargo sabía que pronto, cuando la tarde cayera, saldrían a sentarse en las aceras, comprarían aguardiente y no pararían hasta el amanecer con los discos viejos de la Fania.

Ella lo estaba esperando, sentada en el bordillo de la vitrina del almacén. Se veía distinta a la luz del día. Era pálida y el pelo corto la hacía parecer más fuerte. Toda su ropa era oscura, con botas, bluyines y una camisa de hombre que le hacía ver el cuello como un precipicio. No llevaba bolso. Bajo los ojos se había hecho una raya con un lápiz negro. Le extendió la mano con el pulgar al frente. “¿Qué más?”. Él le respondió que nada.

Se fueron caminando hasta el parque, junto a la catedral. Se sintió raro andando junto a ella. Era la primera vez que se encontraba con una muchacha en el centro y sin embargo le pareció que estaba viviendo una situación vieja, de personas que habían nacido en los años cincuenta y tenían quince o veinte años cuando sonaban Los Yetis. Su tío, una vez que llegó borracho a la casa, le contó de una novia que tuvo; sacó la billetera y le mostró una foto pequeña, como de cédula, donde aparecían los dos junto a la ventana colonial del Club Unión, abrazados, ella con el pelo largo, botas y falda corta, él de patillas y camisa de flores. Y ahora estaba ahí, como si repitiera ese momento, por primera vez junto a una muchacha.

Entraron a la cafetería Versailles y se sentaron en una de las mesas que están cerca de la caja registradora. A Ricardo le gustaba ir a ese lugar, sobre todo cuando los meseros preguntaban: ¿claro u oscuro?

Se tomaron un café oscuro, sin hablar mucho, y después pidieron una ginger alé para los dos. Salieron del local con la botella en la mano y fueron a sentarse en las gradas del gran templo de ladrillo. El sol les daba en la cara y se entretuvieron un rato mirando los chorros del agua de la fuente. Desde allí escucharon la perorata de un hombre que explicaba un pasaje de la Biblia. Sólo un viejo, de barba larga y blanca, parecía ponerle atención. Frente a ellos, a dos pasos de la fuente, un hombre se detuvo para darle la última chupada a su cigarrillo. Estaba sin camisa y dejó en el suelo una bolsa plástica llena de cosas. Se

arrodilló para sacar lo que llevaba y en un minuto armó lo que él anunció, con voz ronca, como el circo de la calle. Tenía un aro rodeado de cuchillos, una antorcha y algunas botellas de vidrio. Ellos lo vieron saltar a través del aro, una y otra vez, hasta que la gente empezó a rodearlo. Pudieron ver cómo tomaba petróleo de un frasco, lo guardaba en su boca y luego soplaba sobre una llama. Cuando acabó “el número del volcán” se dedicó a armar “el de la piel de piedra”. Tendió dos hojas de periódico y con un martillo quebró cuatro botellas. “Ahora verán”, dijo, y se echó a la boca un puñado de vidrios. Hizo como si los masticara, sonrió mirando al público, en círculo, y escupió en el suelo mientras hacía un gesto de satisfacción con las manos en su estómago. “Y esto es sólo el comienzo”, dijo. Se tendió de espaldas sobre la cama de vidrios y luego se levantó para mostrar cómo sangraba en pequeños puntos. “Resistencia y concentración oriental”. Volvió a tenderse y le hizo una seña a Ricardo. “Sí, usted, el de la guitarrita. Ya verán. Póngame esa piedra en el pecho. Así, muy bien. Máximo peligro. Ahora venga, súbase a la piedra y si quiere póngase a saltar sobre ella. Adelante jovencito”. Ricardo obedeció y no pudo dejar de sentir que estaba matando a ese hombre. Él tenía la cara roja y tomaba aire por la boca. Saltó una vez y desde el aire vio que todos lo miraban. Le pareció extraño, no se fijaban en la víctima sino en el asesino. Lo admiraban. Saltó una vez más y el fakir se puso a toser. Otra vez, otra vez, dijo él ya a punto de estallar. Pero Ricardo lo que hizo fue dar, en un segundo, los cuatro pasos que lo separaban de Ana.

–Vámonos –le dijo a ella.

–Ese hombre está listo para morirse. Miralo. No le importa.

Cuando ellos se alejaban, por entre los ventorrillos del parque, una señora gorda, de bluyines apretados, se alistaba para subirse a la piedra.

–¿Para dónde nos vamos? –preguntó Ricardo.

–A ensayar. ¿No habíamos quedado en eso?

-Bueno. ¿Pero sabés una cosa? Quiero ir con vos para que nos hagamos un tatuaje.

-Vamos, yo sé de un lugar donde los hacen bacanísimos.

-Me voy a pintar en la espalda las doce cuerdas.

-Está bien. Bacano.

Capítulo 6

LA VIO DESDE LEJOS. ESTABA SENTADA EN LA PENÚLTIMA FILA, junto a las escaleras que conducían a la salida. Eran las seis de la tarde. Sábado. Olía a crispetas y a cigarrillo pielroja. Ricardo se preguntaba, ¿para qué iba uno a escuchar poesías?

—Tranquilo, cuando se vayan todos estos poetas, salimos nosotros y tocamos.

—Será lo mismo. A esta gente yo creo que no le importa lo que salga allá, en el escenario. Sólo están aquí para no quedarse en la casa.

Ella le dio un codazo.

—Como que estás por poner problema. ¿Entonces para qué ensayamos tanto con esas cuerdas?

—No sé. Con seguridad se me va a olvidar todo cuando llegue allá. Ya vas a ver que lo hago todo al revés.

—Bueno, algo es algo.

El último poeta, el africano Robert Rydell, salió al escenario y la gente aplaudió como una máquina. Parecía uno de esos programas de humor en los que unas risas de batería señalan con una equis el lugar exacto del chiste. Estaban pasmados mientras el hombre, con un gran letrero al fondo que anunciaba el último día del festival, leía en inglés de un pequeño libro. Cuando soltó la primera palabra la gente le puso atención como si por fin el viento hubiera llegado después de un día en el que el aire podía partirse con un cuchillo. Todos esperaban una voz húmeda y profunda, que sonara como tambores anunciándole al Duende que Camina un peligro en Keela We. Pero el hombre habló y sonó como un pájaro perdido. Lo siguieron a lo

largo de una de sus páginas y él se puso a mirar el cielo que se perdía, con extravagancia, sin una sola nube. Terminó leyéndole al crepúsculo, porque todos allí, con un enjambre de niños en vacaciones, convirtieron las gradas en un animado patio de escuela.

Rydell fue bajando la voz a medida que se aventuraba por las páginas de su libro. Saltaba una y otra hoja. A veces se devolvía, sin hacer comentarios. En las pausas la gente aplaudía y al final, cuando ya estaba oscuro, el público empezó a irse, falda arriba hacia la réplica en tamaño natural de un antiguo pueblo de arrieros y comerciantes prósperos. No le hicieron caso al presentador que anunciaba la segunda parte del programa.

—Creo que le vamos a tocar a las gradas —dijo Ricardo.

—Tranquilo. Seguro que esto se llena de camisas negras.

No tardaron en aparecer por la parte alta. Parecían moscas que bajaban por la rampa de cemento, volando bajo y sin decir muchas palabras. Los iluminaba la luz amarilla de las lámparas. Le pareció reconocer a alguien.

Sí, era ella. Mayte. Ricardo la vio, hermosa entre todos los metaleros vestidos de negro. Junto a ella estaba un hombre rubio, de hombros anchos y pelo recogido atrás con un elástico. Parecía aburrido.

—Tengo que contarte algo —dijo Ricardo.

—Escogiste el mejor momento. Ahora no me digás que tenés miedo.

—Sí, tengo miedo.

—¿De qué? ¿De tocar aquí con estos manes?

—No, no tiene nada que ver con esto. Al contrario.

—Entonces salgamos.

Saltaron al escenario. Ellos estaban abajo, con toda la noche de verano encima, al aire libre y frente a una mancha oscura que los miraba.

Ana estaba al frente, con la guitarra eléctrica atravesada en su pecho. Ricardo se hizo a la izquierda de ella, junto a la muchacha del bajo y a dos pasos del hombre de la

batería. Se quedaron quietos y en silencio. Nadie estaba comiendo, se habían fundido con la noche. Sólo Mayte llevaba una blusa clara y el pelo del rubio, a su lado, parecía aumentar la luz en esa parte del público ¿Hacia dónde más puedo mirar? Se preguntaba él.

No los anunciaron porque tampoco tenían nombre, nunca habían pensado en eso, y entonces estuvieron un rato haciendo reverberaciones con la guitarra. Hicieron sonar los tres golpes ensayados de la batería y arrancaron. Vacilaron un poco pero Ana hizo un gesto para que todos se detuvieran. Lograron hacerlo en seco, como si de verdad fueran perfectos. Tocó el micrófono con sus labios y metió con fuerza las manos en sus bolsillos: "Esto que ven aquí no es una noche de estrellas. No se hagan ilusiones. Nos están viendo, ya no podemos ocultarnos. Por eso lo mejor es ser como somos. De todas maneras estamos perdidos. Por eso hoy vamos a tocar distinto. Abajo el rock, abajo la salsa y los tambores, ustedes, nosotros, este cielo inmundo, esta colina de árboles y banderas. No nos escuchen. Abran mejor sus bolsas de papas fritas y váyanse a meter dedo en el Pueblito Paisa".

Le dio un manotazo a las cuerdas y los amplificadores dejaron salir un alarido. Ella se quedó un rato tocando su guitarra. Parecía olvidarse de todos los que estaban allí, sólo miraba las cuerdas, a veces el cielo. Cerró los ojos, con un gesto de dolor que le salía de las puntas de los dedos. Bajó después casi hasta el silencio, dejó que el sonido se arrastrara, muy lento, para que todos entraran en él. Cuando lo consiguió, la batería supo que debía atarlos y entonces dio tres golpes duros que la gente sintió en el estómago. Ya no podían irse, el bajo era implacable y apenas faltaba que Ricardo, esperando el vacío, les hiciera doler el aire con sus doce cuerdas. Eso, como lo habían pensado en tres largas sesiones de ensayos, tenía que ocurrir.

Miró hacia la mancha rubia de Mayte. El hombre la rodeaba con su brazo por encima del hombro y los dos per-

manecían quietos, sin ningún gesto en la cara. Estaban tan cerca que él podría hablarle, en una conversación que apenas ellos dos iban a entender. Pensó que con seguridad ella lo había reconocido. Tendría que estar ciega para no darse cuenta de que el del tiple era él, Ricardo, el muchacho que una vez fue con su hermano Mauricio a las cárcavas del aeropuerto. Por lo menos debía acordarse de esa tarde, cuando él llegó a su casa lleno de arena, subió las escaleras, esperó en silencio y fue a sentarse, obediente, en una esquina de la sala mientras ella le acariciaba el pelo.

Terminaron la primera canción y él lo único que había hecho era pensar en ella, tratando de que se fijara en él y, al mismo tiempo, huyendo de su mirada, rogando para que no lo viera allí, como un idiota, con ese tiplecito sombrío colgado del cuello.

Ana se le acercó. Estaba transformada. Como en la noche del Negro, ella ahora era intocable, quien la mirara de frente corría el riesgo de morir electrocutado.

-¿Qué está esperando hermano? -le preguntó ella.

-No ha llegado el momento.

-Siga mirando esa vieja y verá que no toca.

-No me jodás.

-Usted verá. Nosotros seguimos con las otras canciones.

Siguió con una canción de carrilera que había transformado en un juego de voces agudas, atravesadas por golpes de batería. Conservó intacta la primera frase, hasta donde decía que "si no me querés te corto la cara con una cuchilla de esas de afeitar". Pero de ahí en adelante ella y el bajo empezaron a decir otras cosas, frases sueltas, trozos de otras canciones, de baladas y comerciales de televisión. "Tocan tremendo", pensó Ricardo.

Cuando acabaron Ana volvió al micrófono, lo tomó con fuerza y se llevó a la boca su punta roma y brillante. Sudaba y sus ojos estaban más grandes que nunca. Todos podían pensar que ella tenía la noche entera allá adentro.

Dijo que ya iban a “dejar de hacer tanta payasada para poder tocar lo que más querían”. Hizo un silencio y levantó la mano para darle la señal a Ricardo.

Pero él dio un paso hacia atrás, como si tratara de ocultarse tras la batería. Ella fue por él y algunos, entre el cielo negro del público, se pusieron a reír. Lo abrazó y él sintió el sudor de su cara, la nariz resplandeciente y aguda, en un ángulo perfecto para fijar la hora de acabar con el mundo.

Ricardo cerró los ojos y sintió la yema de los dedos pasando por las doce cuerdas. Nada más hizo eso. Abrió los ojos con la pupila encima de ellos y vio los círculos de discoteca que se iban y volvían, en un ritmo secreto, siempre distinto, con bordes que eran como los del sol cuando una sombra lo atraviesa cada trescientos años. Se imaginó al hombre que compuso ese pasillo para que él lo acabara con su tiple un sábado por la tarde. ¿Iba a revolcarse en su tumba? ¿Se vendría abajo ese teatro de metaleros y punkeros que llevaba su santo nombre de maestro y padre de familia? Tocó un rato solo, siguiendo las notas del señor Vieco, tal como se las había enseñado el profesor Castano. Las tenía en su memoria y supo meterse en el vacío, en ese instante de nada que Ana Krystof había creado para él. Ella también supo entrar con la Yamaha, pesada y brillante. Los dos caminaron juntos sin dejar de tocar, casi hasta el borde del foso, y quedaron frente a frente, ella tocando con la frescura de quien va por una carretera sin montañas ni casas en sus orillas, y él ya más tranquilo, buscando a Mayte y a Mauricio en el territorio olvidado de las doce cuerdas.

Ninguno de los dos sabía hacia dónde podrían dirigirse. Sólo tomaron una ruta abandonada y se dejaron llevar, sin mirar los mapas ni recordar a quienes se habían quedado atrás. Sentían la batería, cansada, tratando de seguirlos, el bajo tras sus pasos. Iban y la gente que los miraba hacía parte del paisaje, parecían montañas, fuertes y lejanas.

Llegaron al mismo tiempo. Ella abrió la boca y tomó aire. Ricardo sintió su aliento y el grito que los dos supieron deshacer con el último envión de las cuerdas. Se sintió más solo que nunca. Ella lo miró y él parecía no saber dónde estaba ni qué había hecho. Todo le daba vueltas. Dio dos pasos y la abrazó. Parecía un boxeador cansado que se aferraba al otro para ganar unos segundos de aire. “Ya se acabó, fresco”, le dijo ella. Sintió la guitarra eléctrica que se chocaba con las doce cuerdas y los amplificadores se lamentaron un momento, como si rastrillaran vidrios y una sirena rompiera la quietud de la noche.

Abrió los ojos y vio el lugar vacío de Mayte. Todos los demás estaban vestidos de negro, en un silencio que los bendecía con ceremonia de metales y cruces de fuego.

—¿Estamos en el cementerio?

—No. Acabamos de tocar.

—Entonces vámonos.

Bajaron hasta la avenida, con los instrumentos en la mano. La batería y el bajo cogieron por su lado, en la camioneta donde iban los poetas, pero ellos dos resolvieron seguir a pie, hasta la parada de los buses de Belén. A esa hora, subían al cerro los buses de escalera con grupos de vallenatos en la banca de atrás. Todos iban a la cima, al pueblo en miniatura, para emborracharse mientras veían la ciudad de lejos, sumergida en la noche. A cada lado se estacionaban los carros donde las parejas permanecían escondidas, en el asiento trasero, mirando también y acariciándose frente al precipicio iluminado.

Se bajaron en San Juan, al otro lado de la estación de gasolina. Caminaron un poco por la 70. Por primera vez se sentía bien caminando junto a ella, no como esa tarde que pasaron en el Parque de Bolívar, cuando se dio cuenta de que le temblaba la voz al tratar de decirle algo.

Ahora quería contarle muchas cosas, pero ella estaba seria y silenciosa. Le cogió la mano y siguieron por la acera, mirando hacia los locales que tenían las mesas bajo el

alero. Se confundían entre los serenateros que iban a pie, vestidos de corbata, y los conjuntos de caja, guacharaca y acordeón que de repente se detenían frente a un grupo, en la esquina de Mondongo's. Más allá, en la acera del frente, los mariachis estaban reunidos con sus vestidos relucientes y las pistolas de plástico que llevaban en la cintura.

Una bronco se detuvo junto a ellos, haciendo sonar la grava acumulada junto a la acera. El conductor bajó la ventanilla y les preguntó, riéndose: "¡Hey!, ustedes qué tocan". Era joven y tenía una camisa amarilla, parecía alumbrar como las lámparas de sodio y hacía juego con el grueso reloj de pulsera metálica que llevaba en la muñeca. Se acordó del hombre que andaba con Mayte. Así era Rodríguez, pensó, hasta se parecen. Junto a él iba una mujer de pelo salvaje, rubia en la sombra, con una risa congelada.

Ricardo iba a responderle pero Ana se adelantó y le dijo: ¿Qué querés que te toquemos? El hombre soltó una carcajada y la mujer lo acompañó con un ruido de maracas. El radio de ellos sonaba monótono en un ritmo de discoteca. Chispún chispún chispún. Y había en su tablero tantas luces que los dos parecían girar en una pista de baile, recorriendo la ciudad a ciento veinte por hora. "Huy, qué pelada tan brava", dijo sin dejar de reírse y hundió el acelerador, en un chillido de neumáticos, para alejarse por la 70.

Ricardo y ella se quedaron callados, los dos solos bajo el balcón donde la gente despachaba, sin conversar, grandes platos de mondongo.

Si querés te vas conmigo. Yo voy a coger el tren que va hasta San Antonio, ahí tomo la otra línea. Podés dormir en la casa, a mi tío no le va a molestar.

—¿Dormir?

—O ver televisión, como querás.

—No. Mejor mañana o el lunes hablamos.

—Bien. Entonces qué vas a hacer.

—No, nada. Voy a coger el bus aquí, hasta el centro.

-Entonces me voy.

-Hablamos.

Ella se alejó pero antes de cruzar la calle decidió regresar.

-Te quería decir que lo de hoy fue una bacanería. Sonó muy power.

-Sí. Estuvo bien.

-Teníamos a esa gente cogida de aquí -dijo ella haciendo un gesto de apretarse el cuello con una mano.

-Al menos no me sacaron por bambuquero.

-Lo de nosotros nada tiene que ver con eso.

-¿Con qué?

-Con el bambuco, sonso.

-Entonces hablamos. Creo que mañana voy al cementerio con mi tío, hay que poner unas lápidas.

-Está bien cara de lápida. Nos vemos. -Sacó una navaja del bolsillo de su bluyín y se la entregó. -Es para vos, por si alguna vez te ponen problema.

-Nunca te faltan estas cosas.

-Aquí se necesitan. Tenía otra que me había regalado un man todo atravesado, pero se me perdió en el rollo de esa noche en el bar del Negro.

-Gracias, primera vez que tengo un arma.

Se rieron. Ella dio media vuelta y se alejó por la avenida, envuelta por el ruido de los carros que, al detenerse en los puestos de perros calientes, dejaban la puerta abierta para seguir oyendo la música del pasacintas.

Fue un lento viaje de regreso. El bus no sólo se detenía para recoger pasajeros sino que el chofer paraba a conversar con sus amigos o a comprar un cigarrillo en un puesto ambulante. Antes de pasar el puente de San Juan, sobre el río, paró en la esquina del montallantas y compró una cerveza. Sin decir nada volvió a arrancar y prendió el radio. Un locutor susurró: el sonido de las palmeras. Llegaron a la avenida Oriental cuando Cheo Feliciano estaba cantando "Los entierros de mi pobre gente pobre", y Ricardo se sorprendió al darse cuenta de que sin proponérselo trata-

ba de seguir, con los dedos sobre las cuerdas dormidas del tiple, esa canción que todos los días, en el cementerio, ponían frente a las tumbas nuevas.

Subió caminando por la avenida La Playa y volteó por la esquina del teatro Buenos Aires. Hacía mucho tiempo que no seguía esa ruta. Se acordó del domingo por la mañana en que fue a ver El hombre de la máscara de hierro. Al salir de la sala lo sobrecogió una luz transparente, se sintió transportado a ese patio donde el sol calcinaba el rostro del prisionero. Como ese día, resolvió seguir a pie por la calle Colombia, entre casas que se levantaban sobre aceras muy altas, unas más arriba que las otras, con las puertas abiertas y gente afuera tomando el fresco.

En el puente, el bar de René estaba lleno. La quebrada apenas se oía, no sólo por la música, sino porque ese día bajaba de Villatina como si apenas fuera un hilo de sangre entre las piedras de alcantarilla. Había tanto movimiento en ese lugar, pasaban tantas motos y taxis de la caseta alemana, que Ricardo se vio en problemas para cruzar hasta ponerse a salvo en la esquina de las empanadas. Miró, como siempre lo hacía al pasar por ese lugar, la piedra donde su padre se tropezó una noche para poder empezar, como él mismo decía, a morirse joven con la santa gracia de no ser una carga para nadie.

Siguió por el callejón, con su cuneta en el medio para una lluvia que ya todos por ahí habían olvidado. Pasó de largo por entre los niños que jugaban, esquivó sillas en la acera y llegó, por fin, a la esquina de la tienda.

Había gente agolpada a un lado de la calle. Los bomberos levantaban trozos de tapia y las luces de emergencia giraban en los rostros de todos los curiosos. Algunos, tratando de ayudar a rescatar los muebles de la casa, apartaban las cañas del techo derrumbado y avanzaban hacia el patio interior donde el tendero, con el sombrero negro que nunca se quitaba, le gritaba a sus hijos cosas que nadie entendía. De repente el hombre parecía hablar otro idio-

ma, manoteando junto a su flaca esposa de pelo blanco, "Siquiera todos quedaron vivos", oyó decir a una señora que al verlo se apartó un poco para unirse a un grupo que comentaba la situación. No había aire, sólo el polvo de los muros viejos era lo que estaban respirando en esa calle. Una nube espesa se levantaba desde los restos de la tienda y se regaba por todas partes, acompañada de un olor a cañería, a cosas guardadas desde siempre y que se espantaban ahora ante las luces rojas del desastre.

Ricardo se alejó y entró a su casa, pasando la calle. Comió lo primero que encontró en la cocina y se encerró en su cuarto. Ester y sus hermanos no le dijeron nada. Tenían cara de preocupación. Eso se notaba, pensó él. Se fueron todos para la sala y decían que ojalá llegara el tío para ver qué hacían.

¿Hacer qué?, se preguntó mientras prendía el radio y se ponía a buscar una emisora, acostado en la cama que daba hacia la ventana con barrotes de presidiario. A veces se asomaba por ahí un gato que vagaba por los techos del barrio y cada mañana, a las seis, le llegaba nítido el sonido de las campanas de la iglesia. Movié el dial pero sólo encontró baladas en una estación, tangos en otra y, casi al final, pudo atrapar la última parte de Demorfografía, con Marilyn Manson en un escenario lleno de fuegos artificiales. "Qué farsante es ese man", pensó Ricardo. "Ella tiene razón, todos vamos falda abajo, hasta nosotros. Tal vez lo mejor es quedarse en silencio, como ocurre cuando todo se ha derrumbado".

Apagó el radio e intentó dormirse. Pero oyó que en la sala todos empezaron a hablar al mismo tiempo. Saludaban a alguien y se sintieron pasos apresurados en el patio del medio, donde todas las tardes pasaba una luz de acuario por entre las tejas de plástico removidas por los gatos.

-Sería un tonto si los saludara con un buenas noches -dijo una voz desconocida, y los demás respondieron, sin pensarlo, "buenas noches". Era una voz fuerte y campe-

sina. Mezclaba palabras del barrio, decía cosas como parece y güevonada-. Vengo de la esquina, ya vieron lo que pasó en esa casa. El tendero y otras personas, como saben que yo cuido esto por aquí con mi gente, por algo soy el presidente de la junta de vecinos, me pidieron que viniera a hablar con ustedes.

Ricardo se imaginó que todos lo miraban, sorprendidos de ver a ese hombre que se aparecía en la casa hablándoles de algo que no entendían.

-Voy a ir al grano, así es como me gusta. ¿Para qué les voy a echar carreta? El caso es que la gente está asustada porque aquí, en esta casa, se escucha una música extraña. Dicen que parecen ritos satánicos y los profesores del colegio Simón Bolívar dicen que al oír esas canciones al revés se da uno cuenta de que dicen cosas de demonios. Es la adoración al diablo.

-Así es -dijo otra voz que parecía el ladrido de un perro faldero.

Hubo otro silencio. Ricardo se acercó más a la pared y sintió también, a lo lejos, las otras voces de quienes seguían en la calle, sacando cosas de la tienda derruida. Uno de sus hermanos se puso a toser.

-¿Y para qué las oyen al revés? -preguntó Ester-. Yo no sabía de nadie que oyera música al revés.

Todos se rieron y después se oyó de nuevo la segunda voz.

-No se rían. Nosotros sólo esperamos que ustedes reflexionen sobre esto. La gente del barrio está preocupada y no quieren tomar medidas extremas.

-¿Cómo así? -preguntó una de sus hermanas-. ¿Qué quiere decir con medidas extremas?

-Ustedes saben. Cuando la gente tiene miedo de algo, pues tratan de alejar el mal.

-¿El mal? Ustedes están locos.

-¿Y usted qué piensa de todo eso? ¿Usted también cree en esas bobadas? -preguntó Ester-. Se oyó entonces una

tercera voz. La reconoció, era el cura que cantaba sus alabanzas de domingo con una orquesta tropical.

—No me pregunte eso señora, yo no puedo tomar partido. Lo único que quiero es cumplir con un encargo de mis feligreses. En especial del señor tendero. ¿Ahora qué va a ser de ese pobre señor? Todo el mundo le debe y ahí el que paga los platos rotos soy yo porque sus diezmos eran... Bueno, el caso es que fueron varias personas las que hablaron conmigo, muy preocupadas. No les voy a decir quiénes, pero entiendan que la misión que Dios me encomendó consiste en eso, en escuchar a la gente y atender los quebrantos de sus almas. Ellos tienen miedo. Así de simple.

—Entonces hágalos caer en la cuenta del error —le dijo Ester.

El sacerdote respondió algo que ya Ricardo no pudo oír. Pensó que tal vez se había arrodillado y empezado a rezar. Pasó un rato y luego sintió que los tres hombres se despedían. Tal vez eran más, pero sólo hablaron ellos. Cuando abrieron la puerta entró todo el ruido de la calle. Se oían restos de tapia al caer, desmoronados, y muebles que eran montados en un camión de mudanza. Sin embargo, y como era sábado, no faltaba el murmullo de los discos de la Fania y El combo de las estrellas. “Trágico bacanal”, escribió con lápiz en la pared, junto a su almohada. Allí también tenía pintados los nombres de los que tocaban en Limpbizkit y, más abajo, casi oculto por su cama, “Bad Religion” junto a la palabra R.E.M.

Se levantó y miró por la ventana. Entre los árboles de níspero se veía la torre de la iglesia. En un hueco en forma de cruz colgaban las campanas y debajo del reloj estaba escrito, con letras grandes de colegial, un letrero que decía: “Es hora de amar a Dios”. Sin saber por qué le dieron ganas de reírse y hacer bromas.

Cogió el radio y la sábana de su cama. En una emisora encontró, cuando apenas empezaba, un lento funeral de Sábado Negro. Sabbath Bloody Sabbath. Sintió que la ba-

tería sonaba maravillosa, como golpes de piedra en una tumba abandonada, mientras la guitarra eléctrica marcaba el paso de los que asistían al rito prohibido. También había lluvia y truenos. Bajó las escaleras, pensando en cómo sería ya la vida de los B.S. Le pareció que lo más seguro es que ellos estuvieran por ahí, paseándose por Miami, como futbolistas en vacaciones rodeados de mujeres enamoradas de sus crenchas, de sus arrugas de viejos drogados que ahora apenas apetecían fumarse un bareto después del almuerzo.

Cuando llegó al patio se puso la sábana sobre la cabeza y caminó, solemne, hasta la sala, mientras sentía que Ozzi sacaba las uñas para asustar a los adolescentes que asistían a su concierto. Años después, pensó, en sus oficinas de jóvenes ejecutivos recordarían todo eso como su primera noche de viento al borde del abismo ¿Se habían salvado de caer?

Apareció en la entrada de la sala, bajo la gruesa viga que la atravesaba para que el zarzo no se desplomara. Abrió los brazos, todos oyeron la voz gutural, como de ultratumba, lenta y atravesada por los rayos de una tormenta. Ricardo ahogó un alarido y se dio cuenta, tras la neblina de la sábana, que todos sus hermanos, incluyendo Ester, se esforzaban para no reírse.

Capítulo 7

-NOS VAMOS -DIJO EL TÍO JUAN CUANDO RICARDO APARECIÓ, recién bañado y abotonándose la camisa.

-¿Para el cementerio?

-Sí y no. Claro que hoy tenemos trabajo pero el caso es que nos vamos. Es decir, se van ustedes del barrio. Así lo decidió ayer tu mamá con tus hermanos.

-¿Y por qué? ¿Pasó algo?

-No te hagás el bobo Ricardo. Puede que aquí no te conozcan bien pero conmigo las cosas son muy distintas. Como dicen en los libros de vaqueros: son a otro precio.

-Muy gracioso.

Su tío estaba sentado en una silla de la sala. Se veía cansado. Junto a él tenía la caja de las herramientas. La mañana del lunes entraba fresca y solitaria. Todos en la casa ya habían salido y sólo quedaban él y Ester. En la esquina de la tienda se veían, desde la ventana con cortinas de tul, los restos de la casa de tapias.

Salieron y Ricardo pensó que parecía otra vez un sábado de junio al mediodía. En alguna parte oían un programa sobre plantas medicinales. Pero nadie estaba en la calle, ni siquiera los niños. Con seguridad, al prender la vieja moto todos iban a despertarse y saldrían a sentarse en las aceras.

Se fueron hablando del liceo. Le dijo que eso ya estaba acabado, que ni modo de que volvieran a abrirlo, pero, como siempre, le pareció que hablar mientras se va en una moto es lo mismo que dar golpes en el aire, como los boxeadores cuando salen por la mañana, con las manos envueltas en gasa, peleando frente a un enemigo imaginario

mientras trotan. Sus palabras se iban, como las puntas de una bufanda al cruzar a pie una calle azotada por la ventiscá. Bajaron por el puente y atravesaron el centro, por Bolívar, y siguieron derecho hasta llegar al cementerio.

–Las lápidas están en la oficina –le dijo Juan cuando llegaron al rincón donde solían guardar la moto, bajo las escaleras que conducían a los hornos de cremación.

–Voy por ellas.

Ricardo fue hasta una puerta que estaba entreabierta. Era una oficina oscura, con un escritorio desvencijado en un rincón y un aparador lleno de figuras de mármol, casi todas manchadas y rotas. Cuando estuvo adentro se sintió invadido por un olor a flores secas, el aire parecía de papel. Prendió la lámpara de neón y se le ocurrió que ese cuarto era como la madre de todas las tumbas. Era la pieza de los marmoleros, como decía su tío, y allí vio, en un rincón, las tres lápidas. Las llevó hasta la primera columna de la entrada. Eran pesadas y grises. Esperó a que su tío descargara las herramientas y volviera a amarrar la caja, con gran cuidado, a la parrilla de su moto.

Mientras tanto se puso a mirar las lápidas. Tenía que darles vuelta y ponerlas a la luz que llegaba del sector de las primeras tumbas, los mausoleos que parecían castillos de una época en la que morir era una noticia. Su tío había hecho un buen trabajo. La primera tenía dibujado un libro y sobre él escribieron las fechas del difunto: Ingeniero Fernando López 1958 – 1999. La otra era más sencilla, simplemente llevaba el nombre, Margarita González 1928 – 1999. La tercera lápida estaba en blanco, su tío no había escrito nada y sólo un papel de cuaderno de colegial, pegado con cinta, mostraba el nombre de su dueño.

Arrancó el papel y leyó: “La vida es una mentira – Te recordaremos – Tu tío y tu música”. Y abajo, en letras más pequeñas, “Ana Krystof – 1978 – 1999”.

Pasó un tiempo largo antes de cerciorarse de que estaba leyendo bien. Miró hacia las tumbas. La luz de la maña-

na caía sobre las tres vírgenes cubiertas de moho blanco. Junto a ellas, la sucesión de columnas antiguas mostraba el lugar donde dormían los muertos ilustres desde el siglo pasado. Ricardo sintió una mano en su hombro. “Lo siento”, oyó que decían. Su tío cerró los ojos e hizo un esfuerzo para hablarle, mirando hacia adentro. No le salían lágrimas. “Todo este rato, desde que llegué a la casa de tu mamá, sólo he estado pensando en cómo iba darte la noticia”.

Los dos se pusieron a mirar las rayas de sombra que las columnas dibujaban sobre los mármoles en el pabellón antiguo. Él siguió hablando, con una voz que parecía dirigirse al aire enrarecido por las flores. En una de las tumbas, los amigos de un muchacho llamado Wiston Alexander, todavía sin mármol, lo lloraban mientras hacían sonar “El Todopoderoso”, con esa voz metálica de Lavoe que los perseguía siempre, como un ángel de la muerte, en medio de la noche.

—Ayer me llamó el Hamaquero y me dijo que la había atropellado una camioneta. Iba por la avenida 70 y pasó ese carro a toda velocidad con un grupo de mariachis. No la vieron cruzar. La policía dice otra cosa, aseguran que ella les estaba poniendo problema y que actuaron en legítima defensa.

Ricardo agachó la cabeza y vio los restos de flores del último cortejo del domingo. “La enterramos hoy, por la tarde”, oyó decir como si su tío estuviera ya en otro lugar, tal vez en otro país.

Sólo le dijo “hablamos”, sin mirarlo, y salió por la puerta de rejas al parque donde los taxistas se detenían para limpiar el carro y tomarse un café junto a la clínica León XIII.

Le pareció que todas las cosas, esos edificios viejos de Barranquilla y Lovaina, daban vueltas alrededor de él justo antes de empezar a derrumbarse. No sentía el calor del mediodía cercano, pero le pareció que estaba caminando como en un desierto, le daba trabajo dar un paso y otro, por la acera de las cafeterías que a esa hora olían a carne

y a frituras. Una mujer con la cara pintada se tomaba una naranjada en el rincón del Kilimanjaro, un bar a oscuras de mesas redondas y sillas de plástico.

Bajó por la universidad, atravesó el puente y vio en la hondonada, caminando sobre la carrilera que se oxidaba a la espera de los trenes, a la monja loca que tenía su convento, para ella sola, debajo de un viaducto que ya nadie cruzaba. ¿Qué le diría ella si le contara de Ana? Tal vez, pensó, lo miraría con sus ojos hundidos y claros, se alisaría el traje raído y lo invitaría a entrar en su guarida. Allí, en un arrebató y aferrada a un Cristo de hojalata, decidiría crucificarlo. Le dieron ganas de reírse y de llorar y se detuvo un momento apoyado en las barandas del puente. El viento le arremolinaba el pelo y él se puso a mirar el agua sucia que iba hacia el norte. Sólo podría tener unos centímetros de profundidad pero con su fetidez abarcaba muchos kilómetros, más allá de los corredores de la universidad, casi hasta la 45 de Manrique, donde Gardel vigilaba, chato y ennegrecido, la decadencia de los cafés que malvivían a su sombra.

Resolvió seguir, sin pensar en un sitio de llegada, sólo quería caminar hasta que ya no pudiera más, gastarse del todo y caer después como ella, atropellada por enormes sombreros de medianoche, para detenerse del todo, cerrar los ojos, dormir una semana, dos meses, tal vez un año entero hasta que ya el verano dejara de ser inclemente y se olvidara de esta ciudad para que al fin pudiera hundirse en un aguacero religioso.

Llegó a la glorieta de Coca-Cola y siguió adelante, hacia Everfit y la estación de policía que tenía en su entrada, arrumados, decenas de carros acribillados. Cruzó la calle y a los cinco minutos estaba pasando por el frente de la fábrica de balines, abandonada desde siempre, en la mitad de una manga que la hacía parecer una fortificación ocupada por decenas de soldados muertos. Y junto a ella se levantaba la primera malla del liceo, que separa-

ba una cancha de fútbol de la otra. La primera tenía hierba de potrero, la otra era un campo de arena, seco y enorme. Estaba solo, todo allí estaba solo, hasta el cerro El Volador.

Se acercó a la puerta y vio que ya no estaba la reja de espaciados barrotes que antes, cuando la cerraban, permitía la entrada furtiva a cualquiera mientras el vigilante despertaba y veía pasar, sin poder hacer nada, a los que llegaban tarde a la primera clase.

Pero allí se levantaba ya un muro de ladrillo cubierto con piedras. Y en el extremo habían dejado una puerta cualquiera, hecha de hojalata y pintada con rudeza. Tocó y por el postigo apareció la cara del vigilante.

–Soy del liceo, de quinto A, vengo a buscar a un profesor.

–¿Cuál profesor? –preguntó el hombre.

–John Castano, el de inglés que toca en un trío por las noches.

–Pero usted no es de veterinaria, ¿cierto?

–¿Cómo así?

–Es que esto ya no es el liceo. Ya lo convirtieron en la Facultad de Veterinaria –se puso a reír para él solo poco antes de decir que tal vez después decidían convertir el lugar en un matadero–. Lo siento mucho, no puede entrar si no tiene la identificación.

–Tengo la del liceo.

–Eso ya se acabó. Ahora es veterinaria.

El hombre cerró el postigo y Ricardo se quedó un momento allí parado, frente a la puerta clausurada. Decidió dar la vuelta y entrar por la malla que daba a la cabaña de los boy scouts. Se fue bordeando la malla, mirando el frente del bloque de quinto y sexto, las escaleras de granito y los pasamanos de metal pintado de negro, rayados una y otra vez, entre un recreo y otro. Desde ahí, antes de perderse en el bosque de árboles de mango, hasta podía verse, intacto al parecer, el laboratorio del profesor Uriel y el cuadro de Matuca frente al mesón de la cafetería.

Encontró rápido el hueco en la malla de alambre pero pudo ver, a tiempo, que habían puesto más allá otra cerca disimulada, como si se tratara de una trampa olvidada en los juegos de una tropa de boy scouts. Dio una vuelta entre los árboles y comprobó que muchos estaban reducidos a troncos secos, regados entre la maleza para abrirle espacio a un corral de gallinas. Sin embargo, las cenizas de la cabaña seguían allí, con las vigas calcinadas que se partían sobre los restos de máscaras de barro y las lanzas de imitación con puntas de papel de aluminio.

Unos metros adelante estaba, al fin, el bloque de segundo de bachillerato, con el corredor en el piso de arriba y las palomas del profesor Carazo devorando todavía los restos del salón oscuro donde permanecían, como piezas de museo, las viejas máquinas de escribir Remington, con teclas redondas y cintas en rojo y negro. Qué extraño había sido todo eso, pensó Ricardo. Bajó otra vez al primer piso para ver el mural de Prometeo exponiendo sus entrañas, justo al frente del salón de biología, lleno de frascos con animales en formol, carteleras con dibujos de plantas y las voces de todos detenidas en el tiempo, dibujadas con sangre y tiza en el tablero, entre el pánico y los gritos de ese mediodía cuando allá adentro, en la mitad de la clase, entraron a matar al profesor Sánchez.

Fue el último día, antes de ese momento, en el que podía comprobar que todo a su alrededor empezaba a morir. Quería saber cuánto más necesitaba olvidar para seguir viviendo. Le parecía demasiado. Cada cosa, todas las imágenes del liceo, las de su casa y la calle, la sucia tienda derruida, las palabras de Ana mientras caminaba con él por el centro, Mauricio volando su avión de balsa en el patio que comunicaba a quinto, a través de la ventana del salón de física, con el pabellón de segundo flotando al mirar por la campana de Gauss. Y también estaba Mayte, hecha de agua, casi inexistente. Qué podía hacer para olvidarlos, para empezar de nuevo y ver a Ester en otra casa,

sin sus patios ni la ventana en la sala para mirar la tarde. Nada, se dijo, nada. La palabra le quedó resonando por dentro. Era nada doce veces, para tocarla en un acorde abierto hasta que ya las cuerdas empezaran a morirse, desprendiéndose del mástil. Ya no sería capaz de ahorcar más bambucos.

Subió hasta el pasadizo del grado cuarto y entró al salón donde daban historia. Las paredes seguían tapizadas, cubiertas por una gruesa capa de barniz, con imágenes de la gesta patriótica. Le pareció ver de nuevo al profesor Abrahán, embalsamado a sus noventa años, todavía caminando derecho, lento y ciego, fanático de Santander y de las cosas que se hacían al pie de la letra. Cuando bajó quiso entrar a la biblioteca. Recordó que una vez, en un tiempo que él siempre consideró como el de su locura, decidió que iba a leer todos los libros de ese lugar. “Qué ventiado estaba”, dijo para él mismo. Estaba seguro de que nadie iba a oírlo. Ahora la puerta tenía un aviso: “No entre sin máscara”. Se imaginó entonces que los libros estaban tan viejos y enmohecidos que ya era un verdadero peligro respirar sus páginas descompuestas. Empujó la puerta y vio frente a él un cuarto envuelto en la neblina. En vez de las estanterías y los bancos donde se sentaban a leer, había unas mesas grandes envueltas en plásticos. Dio unos pocos pasos hacia adentro. Miró hacia donde antes solían estar los libros de literatura española, pero encontró una bolsa con guantes de cirugía. Cerca de donde estuvieron siempre las revistas de Italia que clasificaba el flaco bibliotecario, a quien le decían Don Quijote, ahora podía verse, en la bruma, una bañera con olor a veterinaria. Alguien le puso la mano en el hombro. Ricardo se dio vuelta y vio frente a él la cara de un hombre con los ojos hundidos y el pelo tirado hacia atrás. No necesitaba mirarlo mucho para darse cuenta de que venía de un relato de horror en blanco y negro, con ruidos artesanales que arrancaban carcajadas en la sala llena de muchachos.

Ricardo le sonrió y él le hizo una señal de que se acercara. Le preguntó que si venía para una cirugía.

-No le entiendo, perdóneme -respondió él.

-Usted es el primero que llega para la clase de disección.

-Yo no estoy en clase.

-¿Seguro?

-Claro que sí.

El hombre se acercó a una de las mesas y retiró el plástico. Allí, uno al lado del otro, acostados y con las patas rígidas, tres perros muertos esperaban a la jauría de estudiantes que en pocos minutos, entre un chiste y otro, iban a descuartizarlos.

Ricardo no demoró en alcanzar la puerta. Salió tan rápido que de un salto llegó al gran patio que daba a la cafetería y a la piscina. Lo atravesó bajo el sol de la una de la tarde, mirando las líneas de la cancha de baloncesto. Tenían tantas capas de pintura que ya formaban un leve promontorio.

En las escaleras vio una cara conocida. Le decían El Mono y estaba allí, como vigilante de la piscina, desde hacía mucho tiempo. Era el mismo, solitario y callado, con la cara enrojecida y el pelo sucio, partido a la derecha y rubio como el de los campesinos que se pasean los domingos, envueltos en ruanas cuadrículadas, por la plaza de su pueblo.

Lo reconoció de inmediato y le preguntó también lo que todos preguntaban: ¿qué más hombre? "Nada", respondió él.

-Hoy no viene nadie por aquí. Es libre.

-Ya veo, esto parece un cementerio.

-Así es.

El Mono se puso a mezclar líquidos en una botella. Cogió un poco de un recipiente y otro tanto de una bolsa. Lo agitó todo y luego fue hasta el borde de la piscina para vaciar la mitad. Agitó el agua con una varilla de aluminio y fue hasta el otro extremo para echar el resto.

-Esto lo dejaron ayer como la Curva de Rodas. Había fiesta.

Ricardo lo miraba. Sus movimientos y sus palabras eran los mismos de siempre. Cada vez que alguien llegaba a la piscina estaba atento a que primero fuera a las duchas y se paraba junto a la puerta enrejada para asegurarse de que al pasar agitara un poco los pies en la pileta. Lo vio sentarse en el banco de madera, recostado a la pared, y se puso a arreglar el larguero, con la cesta de nylon en el extremo. Estaba rota y él se había armado de aguja y carrete para repararla. Parecía dedicado a remendar las medias de una persona con pies enormes.

—¿Puedo entrar a la piscina?

—Ya sabés que hay un reglamento. O había porque el de antes ya no se aplica para los estudiantes de veterinaria.

—Entonces se puede.

—Claro, pero no te puede ver nadie. Esperemos a que los químicos hagan efecto.

Siguieron un rato en silencio. Él remendaba y a veces le decía a Ricardo que le trajera algo de una pieza que tenía a la entrada de las duchas. El Mono se tomó una cerveza que tenía guardada entre sus frascos de cloro.

—¿Un trago?

—Bueno, gracias.

—Hace calor. Yo creo que este es el año más caluroso que me ha tocado aquí.

—¿Llevás muchos años?

—Como veinte, y siempre aquí, en la piscina.

—Entonces nos conocés a todos.

—A todos, tenés razón hombre. Qué plaga eras vos aquí —los dos se pusieron a reír—. Me acuerdo de ese día que le escondiste la ropa a Luis Ochoa. Pobre muchacho, estuvo casi toda la mañana sentado en esta banca, esperando a que ustedes se compadecieran.

—Ochoa, claro. Oí decir que se va para Roma.

—¿A Roma?

—Sí, quiere ser cura.

—Y tiene cara. Esas gafas grandes y siempre amigo de

los profesores de religión. Una vez vino con el padre Francisco. Un domingo. Los dos se bañaron en la piscina. Estaban empelota.

–No jodás hombre. ¿Y nadie más ha vuelto?

–Casi nadie. Ya no los dejan entrar. No sé cómo hiciste.

–Entré por la malla.

–Apuesto a que te dio por venir a recordar, a ver cómo había cambiado esto.

–Yo ni sé. Sólo llegué hasta aquí. Estaba trabajando y me dio por salir a caminar. Cuando menos pensé estaba junto a la fábrica de balines y vi el liceo. No venía pensando en nada.

–Una vez vino Pablo.

–¿Cuál Pablo?

–Pues Escobar, cuál otro Pablo iba a ser. Estudió aquí, pero perdió el año cuando estaba en cuarto porque le gustaba más irse a robar lápidas.

–¿Y qué vino a hacer aquí?

–Le dio por ahí. Llegaron en unas camionetas tremendas y él se puso a jugar al fútbol con unos manes. Eso fue todo lo que hicieron.

–Pero si a él lo mataron hace como diez años.

–Sí, yo sé, pero estuvo por aquí. Eso es lo que cuenta.

–En esta ciudad todos creen que vieron a Pablo.

Ricardo se recostó contra la pared. La tarde empezaba a adormecer todas las cosas. Los árboles del frente, detrás de la piscina, parecían agachar sus hojas, mientras el agua no dejaba de lanzar breves fognazos. Estaba azul y profunda. Se quitó la camisa y dio un paso para apoyarse en la verja, metiendo los dedos por entre los huecos de alambre. Desde ahí veía los pabellones de techos aplanados, parecían barcos que se alistaban para zarpar o, mejor, para hundirse en el agua, con todos los pupitres y las frases, las palabras sucias, los trozos de canciones y las fórmulas matemáticas que estaban escritas en la madera, unas encima de otras, tantas como los que se habían sen-

tado allí, frente al tablero blanqueado por la tiza. Sería un gran naufragio.

El Mono lo sacó de sus pensamientos para decirle que ya se iba a almorzar. Podía quedarse allí, le dijo, nadar un rato siempre y cuando se metiera primero bajo la ducha.

Fue hasta el lugar oscuro donde las duchas, sin puertas, goteaban a un ritmo secreto. Las escuchó por un minuto y luego abrió la llave. Sintió el agua fría que le congelaba, de un solo golpe, toda la cabeza. Salió aturdido de la oscuridad, con el ovillo de su ropa en la mano. No llevaba nada encima y se sentía bien, como al terminar las clases de educación física, cuando todos, desnudos, se ponía a jugar golpeándose con las toallas mojadas. Sin embargo, era la primera vez que pensaba entrar así a la piscina. Si El Mono lo viera, pensó, no tardaría en sacarlo del pelo.

Puso sus cosas sobre la tabla de madera y cruzó la puerta. Se detuvo en la pileta y miró sus pies en el fondo. El agua los hacía ver más claros, como si tuvieran una vida propia, separada del resto de su cuerpo. Entonces caminó hasta el borde de la piscina, imaginándose que ya no tenía pies, que volaba como un avión de balsa y se aproximaba a una playa solitaria. Sobrevoló la orilla de baldosines y se sumergió con un leve impulso de las alas, abiertas como sus brazos, sin hacer ruido para no espantar el sopor de la tarde.

Nadó hasta el centro y se empujó, sin tocar el fondo, para mirar el liceo antes de hundirse, primero él antes que todos. Por la carretera pasaban los carros a la velocidad de un lunes por la tarde. Sintió que el cielo bajaba hasta él, con los colores del agua. Esperó un rato. Los sonidos venían y se iban. Ni una nube. Sólo azul, todo para él en medio de lo que ya se había ido. El agua le llegaba hasta la boca, lo tocaba como si él fuera la playa de una isla solitaria, y después volvía a replegarse. Ya los pabellones estaban muy cerca, los vio como si fueran a alcanzarlo.

“Para despertar de esta pesadilla voy a tratar de dormirme”, pensó. Cerró los ojos como en el concierto del

cerro. Le llegaron nítidas las doce cuerdas. Alzó las manos, hasta alcanzar la superficie, tocó el aire y se hundió.

El liceo estaba quieto y vacío. Por los techos bajos pasaba el viento y barría las plumas de las aves. En los salones, por fin, todo estaba en silencio.

TERCERA PARTE

SANDSTONE

80

Capítulo 1

AL OTRO LADO, DONDE LOS ALVARADO, ESCUCHAN UN DISCO DE gruperos. Uno los siente hablar. Tiran la cartas sobre el piso de granito y yo me pongo a imaginar que es el rey de espadas el que cae, junto a un pobre seis de diamantes. Una mano con anillos se apresura a recogerlo. Lo sé porque desde hace muchos días escucho ese roce del metal sobre el cemento, esas palabras y el fondo de gruesos saxofones de los Tigres del Norte, gruperos de sombrero y gabardina que contaban la historia de una niña de la frontera. La pobre, cantan ellos, “tenía trenzas, miedo y ganas de vivir, quería ser alguien antes de morir”.

Los Alvarado aseguran que ellos eran como los gruperos, con esas pintas de gente que se mantiene en la frontera, ni de aquí ni de allá, siempre en el medio para no comprometerse con ninguna orilla del río. Una vez en la sala de televisión, nos presentaron una cinta de videos de los Tigres. Los de Monterrey se pegaron a la pantalla y así estuvieron un buen rato, en un silencio que no les conocíamos. A Iván se le salieron las lágrimas, se quedó ahí, murmurando cosas que no entendíamos bien: un viaje en tren hacia La verdad o sus consecuencias, la I25 con montes pelados a un lado y otro, los saguaros alumbrando la cena de los samuros entre Albuquerque y Las Cruces. Le escuchamos nombres de gente, de lugares. Dijo que había recorrido en vano el camino que une a Cuchillo y Caballo, pero que iba a volver, que su vida no podía terminar entre esos muros, con dos horas de sol cada tres días y siempre vestido como para delatar la noche de los que sueñan con fugarse.

A él y a su hermano, Carlos, los habían arrestado cerca de Las Cruces, a una hora de El Paso. Acababan de cruzar el río, solos porque no se fiaban de los coyotes y porque, además, llevaban de a medio kilo de perico en bolsas de plástico. Fue Iván el que contó. “No nos salió el cruce, como que les dio rabia que no los contratáramos para pasar y entonces le avisaron a la patrulla. Yo los vi primero. Todo estaba muy quieto. La otra gente que también pasaba, en fila india, se había perdido por entre los matorrales. Ni siquiera vi a los que siempre están en la muralla, como vigilando el paisaje para tirarse cuando cae el último rayo de sol y sólo se ve el desierto negro, frío y grande. Eso sí es estar de noche”.

En la frontera los pájaros buscan entre las bolsas de plástico que dejan en el camino. No se ven pero se siente el aleteo. Esculcan la ropa abandonada, se comen los restos de comida y de madrugada se van, cuando es necesario encontrar un lugar para ocultarse del día. Yo me puse a pensar que todos ahí teníamos casi la misma historia.

Los Alvarado cruzaron la quebrada en calzoncillos. El agua les llegaba a la cintura cuando estaban en la mitad. Desde ahí se veían las luces del puente, los carros que entraban y salían. Se esforzaban por no dejar mojar el atado de ropa. Lo sostenían en alto. Atravesaron corriendo un camino de grava y trataron de perderse, amparados por la oscuridad, con el único ruido de sus pies entre las matas. Cinco minutos después aparecieron otras luces. Se cruzaban en el cielo, como si anunciaran una feria. Rugió un motor, sintieron el giro de la hélice sobre sus cabezas.

—Sólo hicieron escándalo. No sé si nos vieron y mejor nos dejaron ir para ver qué pasaba, pero lo cierto es que ahí estuvimos como dos horas, encuerados mientras todo el desierto se congelaba, se iba durmiendo en una cama de niebla, hasta volverse una línea y perderse después junto con toda la oscuridad. Muchos aquí ya saben cómo es eso. Parece que la arena se le metiera a uno por entre los hue-

sos. No nos movimos, no hablamos hasta que estuvimos seguros de que se habían ido. Lo duro fue después, cuando llegamos a Las Cruces. Ya nos sentíamos al otro lado. Pero nada. Esas casas tan bonitas, todas blancas, las calles con árboles. ¿Qué íbamos a hacer? Todavía llevábamos esas bolsas en el revoltijo de ropa húmeda y teníamos que entregarlas en Caballo, un poquito antes de La verdad o sus consecuencias.

Los Alvarado no sabían que para entonces ya estaban calientes. Llegaron en bus a una estación de gasolina y ahí los esperaban. Eran dos, dijeron, y estaban vestidos como si fueran a salir a cantar.

–Nos hicieron señas de que nos acercáramos y salimos despacio. Dimos una vuelta. Me acuerdo de un paisaje sin árboles, un grupo de gente saliendo de la iglesia ese domingo a las 12 del día. Había sol como hoy, mucho silencio también. Ellos hablaban poco.

–¿Y qué muchachos? ¿Todo bien? –nos preguntó uno de ellos. Tenía gafas oscuras y sombrero de piel-. A ver, muestren pues lo que se trajeron.

–Le pasamos las dos bolsas y preguntó si estaban buenas. Yo me puse a mirar por la ventanilla mientras él probaba. Lo escuché pero no lo veía. Tenía una respiración que le salía como del estómago. Ni lo miré porque ahí estaba la carretera que me gusta tanto. Íbamos pasando por casas de campo, potreros con cercas de madera pintadas de blanco. En el estéreo tenían una canción de Selena. Parecía domingo y era domingo.

No quiso seguir contando. Escondió la cabeza entre los brazos. Era la primera vez que los Alvarado se acercaban a nosotros, los de la Unidad 1C. Hasta ese día estuvimos aparte de todo y de todos. Éramos diez de Medellín, dos del liceo, con Pedro Montoya que había llegado un mes antes. Al principio yo no reconocí a nadie. Venía de pasar tres meses en el correccional de Chicago, me acababan de sentenciar y ahí estaba yo, un martes por la tarde, con el uni-

forme que me hacía parecer una naranja de California. Vi unas caras. Hombres de bigote, de brazos fuertes. Algunos sonreían, otros pasaban por una puerta de madera con las manos esposadas y los pies encadenados. También estaban los guardias, pero ellos sólo se veían ahí, distantes y repetidos, como las señales de una carretera.

—Fresco que esto es como un internado —me dijo Alfredo, un muchacho al que mi primo le había mandado a decir que me cuidara—. El primer día siempre es duro como en cualquier parte. Apuesto a que en el colegio te pasó lo mismo. Vos vas a estar aquí cuatro años, yo me voy dentro de dos, pero cuando eso ocurra ya van a llegar otros y entonces no vas a tener problemas. Además aquí la gente es sana. Hay como tres de la unidad 3B que son cacorros, yo creo que sí, pero tranquilo que no agarran ni una mosca. El que lo da aquí es porque le gusta.

Yo iba pensando en mi prima mientras caminábamos por el pasadizo. Me acordaba de los días que habíamos pasado en Manizales antes del viaje. Ella me dijo algo que escuchó en una telenovela. Caminábamos por la avenida Santander y de pronto se detuvo antes de llegar a las Cuatro Estaciones. Fue a sentarse en el muro y empezó a buscar en su bolso. Sin hablar, sacó una hoja de papel y un lapicero. Se puso a escribir. La esperé a que terminara.

—¿Qué escribís?

—Una cosa, algo que se me ocurrió y que no soy capaz de decir. Mejor te lo escribo. Además, así te lo podés llevar y te vas a acordar.

Dobló la nota con cuidado y me la metió en el bolsillo de la camisa.

—No la podés leer todavía. Cuando llegués.

Es una niña. Siempre la voy a ver así. Cuando regrese, cuando esté pagando los últimos quince días de castigo y me encuentre ahí, solo y bajo tierra, en cuclillas como los indios en sus tumbas de El Volador, no voy a pensar mucho en el regreso. Creo que será mejor poner la mente

en blanco casi todo el día y despertar de un momento a otro, en un cruce de caminos, imaginándola sin remedio, entre muchas caras desconocidas como en ese primero y lento día aquí en Sandstone.

Esa tarde nos fuimos caminando hasta su casa. No había nadie. Abrió la puerta y entramos. Subimos hasta el segundo piso. Prendió el televisor y nos pusimos a ver un programa de música que daban a las seis, esa hora indefinible en la que los conductores no saben si prender los faros. Parpadeaban las paredes y la fotografía enmarcada de un matrimonio lejano, ella de sombrerito, con una flor en el ojal, y él también de sombrero de fieltro y una sonrisa apenas esbozada como la de un cantante de tangos. Abajo estaba la firma inclinada del fotógrafo, en tinta china sobre un espacio que había quedado en blanco. Rodríguez.

—Así le dicen al man que se fue con mi hermana —le conté a ella—. Siempre ha sido un secreto. Llegaba de estudiar y después se iba con él toda la noche. Así nos fuimos alejando de ella. Hasta que se fue.

—Pero yo no acabo de entender por qué tenés que ir a buscarla. Si está con el novio fue porque ella quiso.

—Tu hermano llamó hace dos semanas. Nos dijo que alguien, un amigo tal vez, la había visto caminando por una calle de Nueva York. Era ella, seguro, nos dijo. Después mi mamá se puso a llorar. Ella pensaba que no iba a ser tan difícil volver a verla, que tal vez estaba en la costa como otros le habían dicho. Decía: ojalá nada más sea una de esas locuras que le dan a uno cuando está joven.

—Seguro que la vas a encontrar. Pero esa es una ciudad horrible, aunque mi hermano te ayude, él que ha ido tantas veces, me da miedo de que te pase algo.

De repente sentimos toda la soledad de esa casa grande, donde sus hermanos eran apenas un recuerdo que despertaba cada domingo y empezaba a desvanecerse por la tarde, antes que dieran el primer pedazo de Clase de Beverly Hills, el programa que sus esposas no se podían

perder. Y entonces se iban, con bolsas de plástico en las manos. Se detenían un momento junto al carbonero florecido, mientras los niños se trepaban al carro y asomaban la cabeza por la ventanilla para despedirse de la tía, la niña de la casa, tan sola y tan enamorada del primo de Medellín. Sería una buena telenovela.

Esos días, me dijo ella, eran antes como una fiesta. “Traían a los niños, las mujeres se iban para la cocina y los hombres se ponían a hablar en la sala, mientras las cortinas se inflaban con el viento. Parecía una familia antigua, conservada así, como en formol”.

A veces se ponía triste, pero no tanto como aquel día. Dijo que era porque yo me iba y ahora tenía que ver cómo podría gastar todo ese tiempo que iba a sobrarle. “Tal vez me voy para Medellín. Mi mamá es capaz de quedarse sola. A ella le gusta. Voy a estar un tiempo donde las tías. Nada más por cambiar, aunque yo creo que todo va a ser lo mismo”.

Así como hablaba ella ese día, con esa lejanía que empezaba a crecerle en los ojos, empezamos a besarnos en su cuarto. Una ventana daba al jardín, junto a la biblioteca, y yo me puse a ver el final de la tarde. Un azul de televisor subía por los vidrios y ahí estábamos los dos, a punto de no volvernos a ver. Yo me quería despedir de ella sin abrazos de cortesía pública ni manos que se agitaran entre sollozos, por entre la multitud y la luz amarilla que se filtraba por la celosía del aeropuerto.

Recorrí con los labios todos los rincones de su cara, muy despacio, sin dejar que las manos interrumpieran esa quietud. Ella también quería sentirse así. Yo creo. Estábamos como inventando una nueva manera de besar, de tocarnos. Cada roce era profundo, cada respiración, por leve que fuera, se ampliaba para decirnos otras cosas. Todo mi cuerpo logró acercarse al de ella, respetando esa ley recién aprobada de no usar las manos, dejarlas fuera del juego, olvidarse de ellas para que la desesperación de encontrarnos no nos sorprendiera.

Capítulo 2

SÍ, TENGO MUCHO TIEMPO PARA PENSAR. RAY TAMPOCO SE EQUIVOCA cuando se burla de ese letargo mío que naufraga todos los días, sobre todo por la tarde, cuando volvemos del taller, ahogado en un montón de pensamientos. Me dice que no es bueno darle tantas vueltas en la cabeza, y menos cuando son ellas las que giran en esa rueda de Chicago.

Ray es bajito y de bigote. Parece un mexicano de los tiempos de Negrete, pero toda su vida vivió en El Barrio desde que su familia llegó de Puerto Rico. Sin embargo, no se acuerda de eso, ni del mar ni de los muchachos de su barrio que eran fanáticos de Tito Rodríguez. Me contó que en el 76 tenía quince años y se mantenía por ahí, rondando por el Parque Tompkins con un grupo de muchachos que odiaba a los que jugaban al baloncesto. Se ponían chaquetas de plástico y el pelo se lo dejaban crecer en afro. Caminaban por las calles del alfabeto, la b, la c, el puente, el Lower East Side, rodeados de edificios iguales, ni altos ni bajos, sólo medio derruidos, con ventanas negras de las que siempre colgaban brazos de gente que se recostaba allí para mirar a los que pasaban. Se estacionaban carros largos de colores pálidos, un poco estropeados pero de biseles relucientes. Eran como animales dormidos en las tardes de ese verano sin chaparrones. Pero recordaba que por la calle siempre corría el agua de los hidrantes que habían abierto los niños para jugar fuera de sus casas. Saltaba el chorro en la esquina, junto a la cafetería del matancero, y todos salían corriendo para ponerse a saltar en esa fuente que surgía de la ciudad hirviendo.

—Había resuelto irme a vivir a otro lado. Los demás se quedaron en El Barrio, en esa costra de la madrugada a la que llaman East Harlem. Yo quería estar en pleno Manhattan, ir a los bailes que hacían por la calle con la gente de Joe Quintana. Además estaba el parque donde todavía deambulaban los hippies de hacía diez años; las mujeres con batas largas de tela india y los hombres de sombrero de paja, como para ir a cortar caña.

Un viernes cualquiera se aparecía Joe con sus muchachos. La suya era una voz que se metía por entre la percusión como una lengua. Aspiraba todo el aire de la línea de vientos. Tres muchachos soplaban contra la brisa y él dejaba sentir la saliva de sus palabras cuando las decía. A Ray le parecía sentir el dolor de las manos cuando tocaban los tambores grandes. “Le sacaban muertos a la tumbadora”, dice.

Después Joe se ponía a cantar. Apenas si podían verlo, tenía el pelo en afro y su camisa era de seda brillante, con el cuello abierto como si fuera un pájaro.

—Así era como yo lo veía. Perdona. Bailábamos como demonios, bebíamos como si el verano nunca fuera a acabarse, pero no es para tanto. Créeme. Joe. La primera vez que lo vi yo estaba en El Islote. Dos viejos que se tomaban una cerveza junto a la puerta regaron el cuento. Es él, insistían. Había pasado al volante de un descapotable.

Joe dio una vuelta por la avenida C, volteó a la izquierda, donde unos trabajadores cerraban un hidrante provistos de grandes llaves. Comprobó que ya no estaban los almacenes de antes, adosados a la calle con chaquetas colgando de la marquesina. Varios autos estaban aparcados con las dos llantas del lado derecho sobre la acera. Siguió de largo por la 49 y se encontró de frente con el Parque Tompkins. Era mediodía, cien grados sobre la espalda si uno resolvía salir a cruzar la calle. Las líneas del macadam parecían retorcerse, se volvían gelatina. Sin quitarse las gafas oscuras, se bajó del Mercury y entró a El Islote.

Los viejos se codearon y Ray, desde la barra, lo vio entrar con su vestido blanco, reluciente, el sudor dándole un ligero brillo en el rostro. Sonrió y levantó los brazos. ¿Cuánto hace, no?, dijo Joe. Le estrechó la mano a todos y Ray se bajó del banco de aluminio para saludarlo. Un ruido de muebles metálicos acompañó el saludo.

Era Joe Quintana ahí otra vez. Estábamos solos en el patio de la Unidad 1C, mientras caía una de esas lluvias de septiembre que el viento cobra al menudeo. Los demás estaban trabajando en el taller, o se habían puesto a jugar en el salón. Más allá, por encima de la alambrada, uno podía sentir el tráfico de la avenida del Ferrocarril. Desde el río San Pablo se levantaba una nube de humo, como si un gran barco estuviera pasando. Detrás de los vidrios, en lo alto de su garita, el guardia se entretenía con todo ese paisaje.

—Tenía una mirada que te obligaba a seguirlo—dijo Ray.

A él le gustaba quedarse con el cigarrillo entre sus dedos, sólo le daba dos fumadas y luego dejaba que se consumiera.

Esa tarde de Joe era muy distinta a esta de hoy. Ahora estamos más cerca del hielo.

Cuando el cantante llegó a El Islote, donde todos se pararon para saludarlo, el aire estaba espeso, era agosto y a él se le había congelado la sonrisa de artista en una fotografía que muchos como Ray, amigos del Parque Tompkins, guardaban entre sus cosas. “Nos contó que venía de hacer un largo viaje con sus muchachos. Estuvieron tocando en Florida, bajaron por la carretera 95 en un Jaguar rojo y se quedaron más de un mes, esperando a que los contrataran para ir a cualquier parte, ojalá a algún lugar que no conocieran, muy lejos de ahí. Decidieron coger sus maletas y se fueron para Caracas, luego pasaron a São Paulo, a Lima y terminaron tocando en Medellín. Se vestían con trajes anchos y bailaban parecido a los del Gran Combo de ahora, con pasitos así”.

Ray se paró del banco en el que estábamos sentados y se puso a dar pequeños saltos sobre el piso de cemento. “Joe

nos dijo que eran como unos muñecos, ni él mismo sabía imitarlos. Nosotros lo escuchábamos con la boca abierta, felices de estar hablando con alguien como él. Lo habíamos conocido desde cuando decían que era 'el niño de la salsa', con su pelito afro y los pantalones pegados al cuerpo. Pero ahora estaba grande, era un señor, y nos estaba contando en El Islote que se fue para Medellín a tocar. Dijo que había pasado una noche en un bar donde las paredes estaban pintadas con las caras de todos ellos. Las muchachas del bar no se dieron cuenta de que él era ese mismo muchacho que sonreía en la pared del fondo, junto a Héctor, Vitín, Willy, Manuel y todos los que estuvieron en esa noche del Cheetah, cuando también era verano, porque cuando uno recuerda todo eso siempre es verano, y a todos nos parecía que ponerse a bailar era la mejor manera de hacer que la noche nunca se acabara”.

Me imaginé que esa calle era Palacé. Pura decadencia. Una vez que iba en bus para Envigado me puse a mirar con atención cuando pasaba por ahí. Era un viernes por la tarde y vi a una muchacha que esperaba a sus clientes en la puerta de un hotel. Tenía un vestido amarillo, transparente, y la luz del sol de la tarde que se acababa también ayudaba a desvestirla. A su alrededor se agitaba la vida corriente de esa calle. Hombres que pasaban arrastrando carretillas con papel periódico, vendedores de muebles que sacaban su mercancía a la acera, almacenes de pinturas y de repuestos que empezaban a cerrar con estruendo de puertas metálicas. Ella parecía estar sola en la mitad de todo eso, con la música de Joe o de Celia o de cualquiera anunciándole que esa iba a ser una noche como todas. Ella y Palacé se mantenían en la sombra.

“Mauricio, yo te quiero contar una cosa. Ya lo sabíamos todos cuando él llegó a El Islote. Se esforzaba por sonreír como antes, como en esta fotografía que tengo aquí en la billetera. A nosotros nos gustaba pensar que para qué hablar nosotros si ya teníamos su voz. Pero él ya no era un

muchacho y tenía más historias que canciones. Todos ahí sabíamos que el último año, después de salir corriendo de Medellín, lo había pasado en el correccional de San Diego”.

A Joe lo habían detenido en la estación La Candelaria. Acababa de cantar en una plaza de toros y llevaba cinco días trabajando hasta las cinco de la mañana. Dormía apenas un rato, con el rostro atravesado por la luz de las persianas, y salía antes del mediodía para amenizar algún almuerzo en una finca de El Poblado. Los que asistían parecían estar siempre de fiesta. Eran buenos tiempos para ellos. Ray tiró el cigarrillo cuando ya, con la última ráfaga de viento, iba a quemarle los dedos. Me contó que una vez Joe subió a la alcoba del dueño. Era un lugar deshabitado, casi tan grande como este patio. A él le parecía que era como el Parque Tompkins pero creo que, si mucho, debía ser como esta cancha de baloncesto. Desde un gran ventanal se dominaba el aeropuerto y frente a la vidriera estaba él, silencioso y tranquilo en una silla mecedora. Unos binóculos le colgaban del cuello. En un rincón, la cama estaba rodeada por un mosaico de espejos que formaba el plumaje de un pájaro frente al sol. A su alrededor giraba un mundo de baratijas: cortinas de flecos, alfombras peludas, objetos de la India que alguien había comprado en Venezuela.

Joe entró al cuarto y saludó sin hacer mucho ruido. No hubo respuesta. Don Pablo estaba dormido, con la luz en retirada y el bullicio de la fiesta pisándole los talones.

Capítulo 3

ELLA NO QUERÍA CONTESTAR. COMO CADA VIERNES, SALÍ DEL TALLER y me fui a la oficina donde uno puede hacer las llamadas. Le pagué al guardia apostado en la ventanilla y marqué el número. Pensé que muy pronto escucharía su voz. Apenas se necesitaba un instante, dos timbrazos y después estaría ella al otro lado de la línea.

En ese momento, o mejor, todo el día y toda la semana, desde el domingo que estuvimos jugando a las cartas, y durante todos esos días en el taller, en el patio viendo jugar al baloncesto, en la celda, mientras comíamos los macarrones de siempre, en todas partes, estuve imaginándola. Este tiempo aquí lo he convertido en esa espera. No me quiero engañar, pero escuchando esos discos nortños que ponen los Alvarado se me ha ocurrido pensar que “es como otra condena, otra vana ilusión, me la he echado encima sin temor a una traición”. A veces me pongo a cantar esas cosas así y todos se ríen, hasta los de Monterrey, pero la verdad es que muchas veces eso es lo que siento.

El amigo de mi primo, el que se va dentro de dos años, me repite que uno no se puede poner así en Sandstone. Eso no les gusta a los oficiales, dice él, “y tampoco a todos estos que ves aquí, en el patio, haciéndose los que están mirando las nubes en la hora del recreo, como si les regalaran el sol por primera vez. No, ellos están pendientes de todo, y sobre todo de las moscas muertas, hay que mover las alas”.

Al hombre le gustaba hablar así, como en las películas de malos. Tal vez las había visto en el teatro Aladino, que era un callejón oscuro con tres hileras de bancas. Tenía una chivera a lo mandarín y la piel curtida por un sol que

no veía desde hacía bastante tiempo. Antes, en Medellín, había trabajado de barrendero en la hilandería de los Kalmanovitz, hasta que conoció a mi primo y empezó a hacer viajes para él. Su vida era la de un soldado. Hacía lo que era necesario hacer, desde ir a un parqueadero para recoger un Nissan con la maleta cargada de dólares, hasta asustar a un vendedor callejero de Elmhurst que se quería quedar con un trozo más de su propio barrio.

Pero él no entendía que de la única manera que yo podría sobrevivir a ese tiempo sería con la cabeza en otra parte. Así lo había decidido desde el día en que llegué a Sandstone. Primero vi los árboles, la puerta metálica que se abría para que el bus sin ventanas pudiera entrar con nosotros ahí adentro. Yo estaba esposado, con unas cadenas en las tobillos y un vestido nuevo de color naranja todavía envuelto en su bolsa de plástico. Si alguien pasaba por ahí podría pensar que era como uno de esos moteles que se ven cuando uno va por la carretera de Caldas. Me acuerdo de Ricardo que decía, cuando no había con quién, así como ahora en Sandstone, apuñalando el mico casi todos los días, que alguna vez se iba a ir para uno de esos moteles adonde todos se van con sus viejas. Pero él iba a ir solo, tan solo como se mantenía, con un atado de revistas de Playboy.

Fui a dar otra vuelta por el patio, donde los muchachos de la Unidad 1C estaban hablando muy animados. Se veía el humo de su aliento cuando hablaban, rodeando a un muchacho que acababa de llegar. Se llamaba Luis y era de Envigado. Había estudiado en el liceo en la jornada de la tarde. Su hermano mayor, Alberto, le contaba historias de don Pablo, de cuando estudiaban juntos en el liceo y los dos se montaban en el mismo bus que hacía el recorrido por Manrique. Se bajaban en el cementerio de San Pedro, merodeaban por entre las tumbas, se fumaban un pitillo de marihuana recostados en el pedestal de las tres vírgenes y después se iban a caminar por la parte vieja, donde

estuvo la tumba de Gardel. Por la noche, ya solos en medio de las estatuas, escogían un buen mármol para venderlo dos calles más adelante, en ese barrio que parece un cuello de botella antes de abrirse al lodazal del río.

Luis estaba asustado. Claro, cómo no iba a estarlo.

–Tranquilo hombre que aquí estamos todos juntos –le dijo Juan, uno de los de la Unidad–. Esto aquí es como si fuéramos de la misma parte. Así, de lejos, todo se ve tan chiquito que a uno le da la impresión de conocer a todos los que caen de Medellín o de Envigado. No te preocupés.

–Eran las tres y el timbre lo anunció con la misma exactitud de esa luz que yo siempre veía en una alta torre que se levantaba en medio del río San Pablo. Era la hora de los barcos, cuando pasaban con estruendo de ballenas bajo el puente levadizo y la luz se instalaba, sin falta, en lo alto de la torre. Era como una estrella. La miré un rato y de inmediato se me ocurrió que otra vez debía intentarlo. Corrí hasta la puerta, entré a la oficina donde tenían el teléfono y pedí permiso para otra llamada.

–Ya lleva dos –me dijo el guardia.

–No me han contestado.

Era un negro de figura menuda, de lentes redondos y el pelo escaso. No llevaba armas. Sus manos siempre estaban dando golpecitos sobre el mostrador, como si estuviera tratando de seguir el ritmo de una canción que le zumbaba en los oídos. De pocas palabras, no era hosco y más bien parecía ser alguien que estaba ahí tan encerrado como nosotros, lejos de todo.

Firmé la planilla y marqué el número de mi prima en la casa de sus tías. No importaba, esa semana iba a trabajar el doble en el taller para pagar esa llamada. Repicó tres veces y cuando ya iba a colgar escuché la voz de ella al otro lado, como si tratara de hablar en secreto. Tapaba la bocina con una mano.

–Es mejor que no me volvás a llamar. Ayer mis tías me dijeron que me devolvían para Manizales si se enteraban

de que estábamos hablando. Ellas dicen que estás en la cárcel, que te metiste con gente rara.

—No, no creás esas cosas. Yo estoy bien. Mirá que te hablo como si nada. He estado trabajando mucho. Ya vas a ver cuando vuelva y todo se normalice y te lleve todo lo que he comprado para vos.

—No, Mauricio, es mejor dejar las cosas así. Ya hace mucho tiempo. El primer año te perdiste todos los meses, y de un momento a otro empezaste a llamar cada viernes, a la misma hora, como si estuvieras cumpliendo un horario conmigo. Yo no entiendo. Pero tampoco quiero entenderlo. Encontraste a tu hermana, la vida de ella siguió su curso, se casó y todo pero yo siempre estoy aquí, donde mis tías, esperando como una tonta.

—No le creás a la gente. Vos sabés cómo es todo el mundo.

—Sí, yo sé. Pero el problema es que ya no sé cómo sos vos.

El guardia empezó a hacerle señas con los dedos para que cortara.

—Yo te vuelvo a llamar el otro viernes, ¿está bien?

Ella no respondió. Mi voz se quedó suspendida en el aire, sin llegar a ninguna parte.

—A veces es mejor no llamar —me dijo el guardia.

—¿Por qué?

—Porque es mejor todas las preguntas a tener que dar tu respuesta. Eso se siente en la voz. Uno cree que no, pero esto se le mete a uno por todas partes, hasta nosotros nos vamos volviendo como ustedes, no crea que somos más libres porque estamos aquí y no nos tenemos que encerrar después de los macarrones. Es lo mismo. Después se va a dar cuenta.

Pensé que ese hombre ya nunca podría salir de Sandstone. Estaría ahí para siempre, vigilando el teléfono, enterándose de las historias de todos los que, como yo, fijaban un día, una hora, un número telefónico para dejar que la voz saliera un rato fuera de la celda.

Cuando salí a la puerta del patio escuché el zumbido de un aeromodelo. Tal vez lo manejaba alguien desde la

orilla del río. Era hermoso, de amplias alas plateadas que remataban en puntas amarillas. No volaba sobre nosotros, jamás se lo habrían permitido, tal vez hasta hubieran disparado sobre él para derribarlo, pensando en que se trataba de un asalto como los que pasaban en el cine. Giraba cerca de la torre donde la estrella ya comenzaba a extinguirse en compañía de la tarde. Iba y volvía, subía con esfuerzo y bajaba. Al final, aunque no lo veía, reaccionaba ante la proximidad del suelo y volvía a levantarse para que yo lo viera. Sólo yo porque nadie más parecía enterarse de esa sierra eléctrica que volaba con alas de balsa y símbolos de un verano que hacía rato, varios años atrás, se había acabado.

En tierra, en el patio donde estaban los muchachos de la Unidad 1C, nadie tenía idea de volar. Se veía, eso lo puede ver uno en los ojos de la gente. Parecía que muy rápido se habían acostumbrado a las cadenas, a tomar el sol un par de horas y meterse en el taller para esmerarse todo un día haciendo una billetera de imitación cuero. Pero sobre todo, habían aprendido a pensar con la mente en blanco y los ojos abiertos, mirando hacia la reja que se cierra al unísono con todas las demás. Un guardia pasa, hace sonar el timbre y dice que todos debemos entrar. Nada más sucede. En un minuto entramos al cuarto, se escucha la hilera de rejas que pasan como los rieles de un tren cuando uno va en el último vagón, y un rato más tarde, con la cabeza apoyada en un brazo, los pensamientos, más que los sueños, se vuelven parte de una historia que de verdad vivimos. Eso creo.

Así me sucede con ellas. Con la cárcel y con mi prima. Al fin de cuentas me parece que son lo mismo. Le conté a Ray que esa era la mejor manera de pasarla ahí, encerrándose tanto que nadie supiera dónde estaba uno. A él le bailaron los ojos cuando se lo dije, seguro pensó que me estaba volviendo loco. En ese momento todos los de la Unidad 1C íbamos juntos por el pasadizo que conducía al

salón grande donde hacían las premiaciones y los encuentros religiosos de cada domingo por la mañana. Los pastores se turnaban. Pero esta vez iban a presentar un concierto con un grupo de Detroit, para celebrar los diez primeros años de Sandstone.

—Sí, yo también lo había pensado —dijo Ray—. No soy capaz de ser tan silencioso. He tratado de ser así, a veces me iba a caminar solo por el barrio, saludaba a la gente pero seguía solo, disfrutando de no decir palabras. Creo que me gusta quedarme callado, estar por ahí sin que la gente se dé cuenta. Pero donde yo vivía uno tenía que ser así como soy. No te voy a contar otra historia del Parque Tompkins, ni cuando me iba a caminar con Joe por el Riverside. No es el momento porque ahora vamos a oír a esta gente que vino a tocar. Pero Mauricio, yo también lo he pensado y no estoy diciendo mentiras porque hace rato no me fumo un pitillo. Me estoy poniendo trascendental. ¿Si me ves la cara de filósofo?

—No te burlés, hombre.

—Es en serio. Mentiras. No me hagas caso. Yo soy un caso perdido. Pero esta mañana el guardia del teléfono me contó lo del programa postal. ¿No te lo dijo?

—No.

—Raro. Yo fui a pedirle permiso para llamar a mi casa. Hacía tiempos no lo hacía. Repicó y repicó pero no me contestaron. Y como él se sabe todas las historias de nosotros, me dijo: seguro se fueron, ya deben estar en otro barrio.

—Es un viejo fregado. No habla pero siempre está parando las orejas. Piensa con los ojos, habla con los ojos. Cuando uno menos se lo imagina ahí está detrás, como una sombra.

En el salón estaban todas las unidades de Sandstone esperando el momento en que entrarían los Hot Hotel. Los guardias, apostados a lo largo de todas las paredes, parecían tan emocionados como nosotros por lo que allí iba a ocurrir. “Es la primera vez”, dijo uno de los Alvarado.

Estaba sentado muy quieto con sus dos hermanos y su tío. Sabían ya que al escenario no saldrían los Tigres del Norte, “pero bueno, de todas maneras la vamos a pasar bien, dicen que ahí van a salir dos negritas que están buenísimas”.

—¿Cuánto hará que los Alvarado no ven mujeres? —me preguntó Ray acercándose a mi oído.

—Yo creo que casi tanto como yo. Aquí lo único que hacemos es apuñalar el mico.

—¿Y eso qué es?

—Echale cabeza, Ray, apuñalar el mico.

—Debe ser una vulgaridad.

—No te hagas el santo. Mirá, yo no veo una mujer desde el día en que entré aquí. Cuando me trajeron vi a la mujer que trabaja en el primer piso. Creo que ella ni se fijaba en uno, sólo hacía su trabajo. No la pude ver bien. ¿Es mona? Ese día yo estaba como si me los hubiera fumado todos antes de salir del Parque Flushing. Allá me habían metido en una sección de mucho movimiento, y la noche antes del traslado los muchachos decidieron hacerme despedida de puro humo. Fue un caso. Por eso el viaje del otro día fue una aventura sin palabras y sin luz, en medio de un sueño de resaca que se desvió por la primera salida de la carretera 32, hacia el norte, y ahí sí nos dejamos llevar por la autopista, rumbo hacia estos cuatro años en Sandstone. Me pareció sentir de nuevo la mano del policía que me protegía la cabeza al momento de meterme en la patrulla. Iba a decirme los derechos, pero yo sólo le entendí después de un rato cuando el carro llegaba a la estación y me ponían en todo el ritual de la reseña. Estuvimos doce horas sentados en ese bus, muy separados el uno del otro, mirando apenas luces fugaces que aparecían por entre las rendijas de las ventanas selladas. No vi la ciudad, apenas pude presentir el río.

El grupo de Detroit fue recibido por un chisporroteo de silbidos. Nadie estaba encadenado y los únicos que me

parecieron silenciosos fueron los de la Unidad B. Casi todos ellos tenían una sentencia larga, de más de diez años, y andaban por ahí como unas momias. A uno le parecía que ya estaban muertos, marchitos de tener tantos grados a la sombra. Pero no, lo que pasaba es que estaban pensando para adentro, habían creado sus propias palabras, se mantenían solos, no jugaban a nada, estaban en otro mundo que nadie era capaz de entender.

Los Hot Hotel eran una mezcla de todo. El cantante saltaba y la medalla que tenía en el cuello le golpeaba a veces la cara. El de la batería permanecía lejano, como si no entendiera todo lo que allí sucedía, y se limitaba a dar golpes secos en los tambores, mientras las dos muchachas se contorsionaban, en una lucha desesperada por seguirlos. Las dos guitarras acudían a todos los efectos para tratar de poner un poco de orden.

—Tenemos que aprovechar el programa postal —dijo Ray—. Es sencillo. Hay gente que se ofrece para recibir las cartas de uno, las contestan y se hacen amigos.

—Es una tontería.

Me hubiera gustado decirle, como en la televisión, “es una idiotez Ray”. Hubiera sonado bien y él, sin duda, ya estaría soltando la carcajada. Pero apenas le dije eso por que la verdad es que no tenía muchas ganas de charlar.

—Pero mucha gente ha hecho eso, y les ha gustado, dicen que ayuda bastante a no contar el tiempo, a seguir con lo de uno, sin desesperarse. Algunos hasta han conseguido trabajo para cuando salgan, o novia.

—Son historias Ray —ni siquiera se sonrió, pero fue mejor así.

—Le podrías escribir a tu prima.

John McRea, un muchacho que estaba en la Unidad D, se paró de su puesto y se subió al escenario para bailar con una de las morenas. Ellas, en vez de huir, se le acercaron con un movimiento de sus caderas. Los guardias sólo miraban sin saber qué hacer.

Miré hacia un lado, donde estaban los Alvarado. Permanecían quietos y en silencio, mientras a su alrededor todos trataban de seguir, con los ojos, con los brazos, con un movimiento de los pies, el baile de las dos muchachas, ahora acompañadas de McRea que no tenía ni idea.

Varias veces habíamos hablado con él, pero sólo a Ray decidió contarle lo que había hecho para poder conseguir, como él mismo decía, “el boleto de entrada al viejo Sandstone”. McRea era de Sacramento y toda su vida estuvo tratando de poner una empresa para él solo. Un día cogió el Chevrolet que guardaba para los días en que iba a hacer algo importante, sacó de su clóset dos pantalones de mezclilla, tres camisas y unas botas que guardaba de los días en que le dio por seguir a un testigo de Jehová por las calles de Pueblo. Se fue por la carretera que hacia el final, justo cuando se juntaban las dos líneas de las orillas, parecía volverse espesa de gasolina, flotando en un aire que poco después él iba a atravesar con su Mustang lleno de parches. Pensaba en Ben y Jerry que habían estado con él viendo a los Rolling en Monterrey. Se acordaba que Mick salió envuelto en una capa púrpura para cantar *Love in vain*, y entonces Jerry le susurró, en medio de la ceremonia, que así iba a ser la vida de todos ellos, una espera vana, que siempre iban a estar allí, aguardando lo que nunca sucedería.

Y ahora estaba ahí, mientras esperaba a cumplir sus tres años en Sandstone, bailando con las Hot Hotel. Todos se olvidaron del hombre que cantaba, la batería era como si estuviera marcando, con sus cueros renegridos en el centro, el latido de los corazones de todos. Las dos muchachas alzaban las piernas y dejaban adivinar el comienzo de la noche, una ventana que se abría de un momento a otro para que el brillo de los cristales permitiera ver, como si fuera un látigo para los ojos, ese lugar con el que todos íbamos a soñar durante muchos días de ahí en adelante. En un arrebato, McRea cogió de la cintura a una de las

muchachas. La alzó como un trofeo y todos en la sala aullaron cuando él dio una vuelta con ella en sus brazos, casi doblada por la cintura y la sonrisa convertida en un gesto de sorpresa.

—Yo no Ray. Aunque, bueno, tal vez le escribiría a Ricardo. ¿Y vos?

—No sé, parece que todos se fueron de la casa. El teléfono suena cada vez que llamo, pero nadie lo coge.

—A mí también me ha pasado eso, a cada rato. Ellos salen, no tienen que estar ahí siempre, esperando a que uno los llame.

—Ya hace bastante tiempo.

Tres guardias se subieron al escenario y apartaron a McRea. El cantante se hizo a un lado y el de la batería dejó caer la banca cuando intentó ponerse de pie. Por el altavoz se anunció que ya todo se acababa, que debíamos dirigirnos a la Unidad de cada uno y entrar a las celdas. Todos nos agolpamos en la puerta de salida. Algunos volteaban la cabeza para mirar qué había pasado con las muchachas. Yo también lo hice y vi que trataban de llevárselas detrás del escenario, pero ellas se resistían y le hacían gestos al público que ya se iba. A McRea, entre tanto, lo tenían sentado en una de las sillas de adelante. Le habían puesto esposas y un guardia lo obligaba a estarse quieto con una mano en su hombro.

Vi a los Alvarado, a los hombres de la Unidad B que no se daban prisa. Junto a nosotros estaban los de la Unidad 1C, todos en silencio. Atravesamos el patio y vimos la noche. Los tableros de baloncesto eran como hombres gigantes que se alzaban, tratando de alcanzar el rollo alambrado en lo alto del muro. Era la primera vez que cruzábamos el patio a esa hora, alumbrados por un rayo de luz que nos perseguía desde la garita, encerrados en su círculo. Era la misma luz cuyos ramalazos pasaban cada media hora, tratando de tocar el piano de los barrotes, en la pared del fondo, justo donde mis ojos se detienen cada noche antes de tratar de dormir.

Cerraron todas las puertas. Era más temprano que nunca y en el pasillo sólo quedó la luz que velaba el paso de los guardias. Era una línea blanca que parecía amplificar sus pasos. Ellos caminaban por ahí toda la noche y a veces se asomaban por la mirilla de las celdas.

Ray entró conmigo a la celda y cada uno se fue directo a su sitio. Estuvimos un rato sin hablar. Él, seguro, estaba pensando en el programa postal. En sus oídos repicaba el teléfono, allá en el Bronx. La casa estaba sola, con los muebles quietos en el salón, los cuadros en las paredes, todo tan normal como siempre lo había sido hasta que decidió irse a vivir a orillas de la Plaza Tompkins. Sentí su respiración. Me asomé y tenía un brazo bajo la cabeza, con los ojos fijos en la ventanita de los barrotes, allí donde de tanto en tanto pasaba el ramalazo de luz que limpiaba, ciego y rápido, un sueño de ojos abiertos.

—Está bien Ray —le dije—, a mi hermana le gustaría recibir tus cartas. Ya te conté, a ella le gustan esas cosas. Cuando estaba en la casa, con nosotros, se mantenía oyendo emisoras de música romántica. Se sabía todas esas canciones. Yo creo que le van a gustar tus historias. ¿Ray? ¿Me estás oyendo?

Capítulo 4

HOY LLEGÓ OTRO. NO LO VI HASTA QUE SALIMOS AL PATIO. COMO siempre, yo estaba con Ray, oyéndolo hablar de su adorado Joe Quintana. Cómo lo quería. Seguro que allá nadie iba a poder entenderlo. Para todos él era un pobre marica y me hacían bromas porque estábamos en la misma celda. Nunca les hice caso y hasta le advertí al guardia de mi primo que cuidado le hacían algo.

Ray era alguien con quien podía conversar. Me gustaba oírlo hablar de las calles del Bronx y sus aventuras en los andenes de barrios que sólo tenían nombres de letras. Ellos decían, vivo en la avenida C o nos comimos una hamburguesa en el negocio que está entre la A y B. Me repetía, casi todos los días, que cuando saliéramos íbamos a recorrer esos sitios, sólo para que yo los conociera porque, si por él fuera, ya nunca volvería. Si mucho iría a visitar la tumba de Joe y luego se iría para la estación donde cogería un bus hacia Los Ángeles, al otro lado, muy lejos de todo lo que había sido su vida.

De todo eso hablábamos cuando apareció el hombre. Estaba en el pabellón de los que esperan condena y venía de darle la primera vuelta al patio. No hablaba con nadie y tenía una mirada fría. Moreno y delgado, llevaba un uniforme nuevo de Sandstone. Los primeros días uno se siente muy extraño con esa ropa, es como estar metido dentro de una luz de emergencia, vistoso y condenado a dar vueltas alrededor de nada, sin pasar nunca inadvertido.

Se acercó a la reja que separa los dos patios y nos miramos. No hizo ningún gesto y yo menos, pero me quedé pensando en ese rostro de metales calcinados, mientras

Ray no paraba de hablar a mi lado. Le dije entonces que se callara y cuando por fin lo hizo llegó de una a mi memoria la moto roja, sin silenciador para romper, frente a mi casa, la quietud de la tarde. Era él, no tenía ninguna duda. Era Rodríguez, el hombre que se había escapado con Mayte.

Durante todo el día estuve pensando en qué habría pasado. Ray, que recibía tantas cartas de Mayte, me aseguró que ella estaba bien, se había ido de vacaciones con Frank y la niña a la casa de sus suegros. Ella iba a estar tranquila y segura, yo lo sabía. Pero no me imaginaba las razones que habrían llevado a Rodríguez hasta Sandstone. ¿Era una coincidencia? No estaba seguro de que él me conociera, pero yo sí lo veía cada vez que salía con mi hermana, al atardecer. Y cuando volvían, tarde en la noche, ella entra y subía las escaleras mientras él se perdía, San Juan abajo, a seguir hurgando en los huecos de la noche. Era un hombre oscuro y todos en la casa pensábamos que ella estaba un poco loca al ponerse a andar con él. ¿Qué le vería? Alguna vez mi mamá intentó decirle algo pero ella se enojó tanto que corrió, diciendo hijueputa una y otra vez, para ir a encerrarse en su cuarto durante todo el domingo. Ni siquiera abrió la puerta cuando le tocaron para llevarle la comida. El lunes, muy temprano, cuando me alistaba para ir al liceo, yo la vi salir al baño y cuando volvía para encerrarse de nuevo decidí seguirla y me dejó entrar. Tenía el radio sobre la cama. Escuchaba una emisora de baladas y yo me senté junto a ella. Se acostó otra vez mirando hacia la ventana. Estuvimos así un rato, sin decir palabra, oyendo como tres canciones que hablaban de amores desdichados. Se quedó dormida y yo me fui a coger el bus de La América.

No dormí bien cuando volvimos a la celda. Para colmo, Ray se despertaba a cada momento para preguntarme que qué me pasaba. Tuve que mandarlo al diablo y eso se oyó por todo el pasadizo, hasta tal punto que pronto llegaron los dos guardias que estaban de turno. Preguntaron que si

estaba pasando algo y se pusieron a mirar con una linterna por entre las rejas.

Amaneció sin que yo pudiera pegar el ojo. Hicimos la rutina de siempre. Fuimos al comedor, donde solían juntarse, un día unos y al siguiente otros, la gente de todos los pabellones. Desde el último lugar de la fila vi a Rodríguez que ya empezaba a tomarse el café. Me senté a varias mesas de distancia y al poco rato llegó Ray con su bandeja. No hablamos mucho, sobre todo porque junto a nosotros estaban los hermanos Alvarado y yo no quería que ellos supieran nada.

Pero Ray estaba ansioso por saber qué me pasaba. Le dije que nada, que tal vez era el calor del verano.

–Es por él, ¿cierto? –preguntó Ray.

–No, nada de eso.

–A estas alturas, después de tantos meses en la misma celda ya es difícil que me puedas ocultar algo.

–Ni te lo imagines.

Los Alvarado paraban la oreja, yo me di cuenta y los vi sonreír cuando se miraron entre sí. Entonces me puse a mirar la taza de café. A veces me parecía que cada día era igual al anterior y al anterior, sin parar, sin detenerse, a no ser por la gente que llegaba nueva, los que venían a contarnos de cómo los habían arrestado o cómo era que vivían antes, en su ciudad, y uno los imaginaba empacando su maletín de viaje en una noche de Manrique, mientras los carros pasaban a toda por la 45 y ellos, a punto de iniciar un largo camino hacia Sandstone, pensaban que pronto volverían, tal vez ricos, tal vez acompañados de una rubia. ¿Quién iba a saberlo?

Ray también pensaba en algo ¿En Joe? Pero en sus ojos, dirigidos a la ventana del comedor, había una luz distinta, como si algo se hubiera revelado ante él y ahora se dedicara a contemplarlo.

–Creo que ahora el raro es otro –le dije.

–No, es que me acabo de acordar de Pat. Ya te he hablado de ella.

—Claro. Muchas veces.

—Perdóname. Yo sé que te canso mucho con mis historias.

—Nada de eso, Ray. Pero qué pasó con Pat.

—Recibí una carta de ella. Me dice que está en un internado, en un lugar de Long Island que no se atrevía a contarme, les prometió que nunca me lo diría. Todos se fueron y la dejaron. Mi mamá está en Detroit y mis dos hermanos cogieron cada uno por su lado. No sé qué hacer.

—¿Pero cómo está ella?

—Bien, parece que bien. Dice que le gustaría mucho volver a verme, para que le cuente historias. Me preguntó por Joe. Ella lo adoraba y él también a ella. Una vez fuimos a...

Agachó la cabeza y oí que sollozaba. Los Alvarado lo miraban, sin saber qué hacer, pero yo le puse una mano en la espalda hasta que empezó a tranquilizarse. Sin embargo, cuando levanté la cabeza para mirar alrededor, vi que todos en la mesa tenían los ojos puestos en nosotros y que unos pasos más allá, en el lugar donde solían sentarse los condenados para siempre, había una gran agitación. Alguien nos lanzó un trozo de pan y casi todos allí empezaron a silbar como locos, haciendo gestos de mujeres que se contoneaban por el pasadizo. Se reían como hienas.

Fue necesario que intervinieran los guardias. Abrieron la reja del comedor y todos se alistaron para salir en una fila desordenada, rumbo al patio que brillaba como si fuera el liceo en una mañana de verano. Era demasiado temprano, tal vez las siete, y ya teníamos esa luz inclemente que hería los ojos. Nos quedamos sentados para salir de últimos y sentimos que los demás empezaban a pasar cerca de nuestra mesa. Claro que nos miraban pero no nos importaba. Yo seguía sosteniendo a Ray por la espalda, él agachado, a pocos centímetros de la bandeja de aluminio, y yo mirando hacia el patio, deslumbrado y con los ojos enrojecidos por el insomnio.

Sentía sombras que pasaban, una tras otra. Algunos murmuraban cosas, otros se limitaban a mirarnos. No me importaba. Los Alvarado se pararon, haciendo un ruido de sillas metálicas, y en ese momento alguien dejó caer en mi bandeja una bola de papel. La miré de reojo y luego al guardia que estaba a sólo unos pasos. No se había dado cuenta. Pasaron los últimos internos y antes de ponernos de pie me la eché al bolsillo.

Caminamos bajo el sol unos minutos, hasta que decidimos sentarnos, como siempre, junto a la cancha de baloncesto. Desde luego, nadie quería acompañarnos. Al menos no esa mañana. Ni siquiera el guardia de mi primo. Yo lo vi jugando un improvisado partido de fútbol. Las porterías estaban hechas con montículos de ropa vieja. Junto a él, ya inseparable, estaba Luis, el muchacho de Envigado, quien nos miraba desde lejos con esa misma sonrisa que le vi una vez a Ochoa, en el salón de quinto A, cuando el profesor de religión me lanzó un día la tiza para que yo me despertara. Todos se rieron como animales, pero ninguno igual a él, que se cogía el estómago con las manos y hasta derramó lágrimas que empañaron sus gruesas gafas con marco de carey. Ochoa querido, bendecime desde Roma, decile al Santo Padre que me saque de aquí y me deje ir, corriendo, a la casa de Mayte para conocer a la pequeña Helena, abrazarlas a las dos y salir a caminar, los tres o los cuatro, si es que el profesor Lomas, como le dice Ray, se decide a dejar por una tarde sus libros y nos acompaña para empezar a saldar la deuda de todo este tiempo. Mi pobre Mayte, siempre tan loca, tan sola y tan loca, con esa cabeza llena de ideas, de litio y de frases que parecen pedazos de baladas. Es como la música de Sarde en Un corazón en invierno. Y lo malo es que Ochoa, con la ojeriza que me tiene, en vez de rezarle a ella nos mandaría a ambos a la hoguera. “Bailen, bailen malditos”, con música de John Green al fondo, y él junto al demonio, en un pacto secreto en las catacumbas de Roma.

Creo que me estoy volviendo loco. Al cabo del tiempo, aquí encerrado, lo estoy perdiendo todo, hasta la razón. Menos mal.

Nos sentamos y nos pusimos a ver jugar al baloncesto. Algunos, no sé cómo, corrían por la cancha, de una cesta a otra, con un cigarrillo en la mano. A veces se detenían, cansados, y con el último aire le daban también una chupada al cabo. Después de ver llorar a Ray, con él a mi lado ya más tranquilo, me sentía algo nervioso, con la cabeza tan despejada que hasta podría hacer una locura. Tenía como ganas de ir hasta el otro patio, decirle al guardia que me dejara entrar por un momento, él lo haría, estoy seguro, y entonces yo me le acercaría al tonto de Rodríguez y lo miraría a la cara, directo, sin pestañear, y le preguntaría por Mayte. No me daría miedo de él, pensé.

Y estuve así, imaginándome cosas hasta que me llevé la mano al bolsillo y me acordé de la bola de papel. La saqué y me pregunté para qué había guardado yo esa tontería. Es posible que sólo tuviera allí el rastro de una boca sucia o, en el mejor de los casos, una carta a medio hacer que en el desayuno alguien decidió no enviar nunca.

Abrí el trozo de papel. Tenía el membrete de un casino de Las Vegas. Era el Oro Sólido, donde conocí a Prisci y a Sheila, dos hermanas. Nunca he hablado de ellas. Creo que ni a Ray.

Me las presentó mi primo una noche que estábamos de rumba. Recorrimos la ciudad en un carro alquilado y lo dejamos a la entrada del casino. Estábamos rodeados de luces. Un anuncio subía y bajaba, otro aparecía y desaparecía. Empezaba a marearme cuando entramos a ese gran salón lleno de máquinas tragamonedas. Y junto a una de ellas estaba Sheila. Era rubia. Claro, cómo no iba a serlo si lo he soñado ya tantas veces. Y me sonrió para que me quedara. Tal vez se fijó en mis Ferragamo nuevos y vio también a los hombres de mi primo que lo seguían a él hasta la mesa de ruleta. Allí iba a quedarse toda la noche, hasta

que el maletín que yo llevaba quedara vacío. Ella me cambió cien dólares por fichas y, al hacerlo, sentí su mano que se detuvo un poco más junto a la mía. Hablamos, mientras accionaba la palanca, una y otra vez. Nada caía en la boca de la máquina, pero en cambio estaba ella, sin dejar de sonreír. Después se fue por un rato. Murmuró algo que no entendí bien y se perdió entre las máquinas. La vi alejarse. Tenía una falda corta y el pelo largo le caía por la espalda. Yo me quedé jugando, metiéndole monedas a la ranura mientras pensaba en ella. Tal vez nada había ocurrido. En realidad, el salón estaba lleno de Sheilas, muchachas vestidas igual, con un botón dorado a un lado del escote en el que decía Solid Gold, con un brillo de plástico. Seguro todas salían al cuadrilátero, casi desnudas, con un número en la mano para anunciar el próximo round. Es lo único que me gusta del boxeo. Cuando los dos simios dejan de matarse, ellas salen y las tribunas se sobrecogen.

Pero sólo yo conocía una Sheila de verdad. Ella volvió y, a su lado, había otra sonrisa grande. Era su hermana, Prisci o Priscila, aclaró ella. Así la habían puesto porque su tío admiraba mucho a Elvis. Hablamos, si es que a eso se le puede llamar hablar. Entre señales ellas me dijeron que su turno había terminado. No estoy solo, les dije. Y ellas sonrieron. Fui a la mesa de mi primo y le entregué el maletín. Me miró con otra sonrisa. Esa noche todos sonreían. Parecía que soñaba. Estaba en un casino, rodeado de dinero, de luces plastificadas, con unos zapatos nuevos del viejo Salvatore y, claro, iba a salir con Prisci y Sheila. Las dos a la vez, como le gustaba a mi primo. Él siempre me decía que no había nada como eso, dos a la vez, una mamando y la otra dejándose acariciar con la lengua, como si uno fuera un Cristo. A él le gustaba hablar así. Cuando se ponía nostálgico de su niñez en Manizales, recurría a acordarse de las mujeres y me contaba el relato de una de sus hazañas en la cama. Mientras lo hacía le brillaban los ojos y se estrujaba las gúevas por encima del pantalón. Sus hombres hacían lo mismo.

—¿Qué es eso? —preguntó Ray, sacándome de esa historia. Parecía que adivinara. Cuando yo estaba a punto de coronar con Sheila y Prisci llegaba él y me preguntaba algo. Miré la bola de papel.

—La cogí de la mesa.

—Por algo la cogiste.

—No, por nada.

La abrí ante la mirada de Ray que, ya otra vez con ganas de hablar, no soportaba la espera. Si por él fuera habría agarrado el papel y con las manos temblándole lo hubiera leído.

Sólo se trataba de un par de líneas. Lo primero que vi fue la letra solitaria que estaba en la parte inferior, a manera de firma, con una línea debajo que la hacía ver como la marca de un hombre que va por ahí dejando su huella en el rostro de los muertos.

“Sí, soy yo. Quiero hablar de Mayte. Tengo todo listo para que nos encontremos los dos, solos, en el pasadizo que está detrás del taller, junto a los baños. Allí estaré a las tres, sin falta. Solos”.

R

Ray empezó a decirme que lo pensara bien antes de ir a esa cita. Según él, ese hombre tenía algo muy extraño en la mirada y si estuviera en mi lugar no se fiaría mucho. Tal vez era mejor que alguien me acompañara o contarle primero a Mayte. Estaba aterrorizado. Pensaba que en ese papel había algo así como una cita con la muerte, y ya me lo imaginaba echando sus cartas sobre el catre, cruzadas por las rayas de sombra de las rejas, ansioso por saber algo de lo que iba a suceder. Les haría preguntas y ellas iban a contestarle con un insulto del guardia de turno que anunciaba, golpeando en la franja de alambre, que ya iban a apagar la luz y todos debían dormirse.

No fue fácil convencerlo de que él debía quedarse en el taller, muy tranquilo, hasta que yo saliera. Le aseguré una

y otra vez que nada iba a pasarme. Para tranquilizarlo le dije, al final, que lo haría por Mayte. “Está bien”, murmuró y se alejó, mientras yo volvía a leer la nota y luego, en un lanzamiento perfecto, la encestaba.

El lugar estaba oscuro. Parecía otro mundo dentro de Sandstone. Nunca había estado allí porque era como un pasadizo secreto entre el pabellón de los que no pueden salir en libertad bajo palabra y los que ya están cumpliendo condena. Los baños de al lado estaban clausurados, pero el lugar era húmedo y se escuchaba de lejos el continuo gotear del tubo de una ducha. Avancé despacio por entre la penumbra y me detuve junto a una puerta cerrada. Apoyé la espalda en la pared y me di cuenta de que era como el vacío secreto de todo el edificio. Hasta ahí llegaban todos los olores, los ruidos, la maquinaria de las rejas que rastrillaba, una y otra vez, las horas de entrada y de salida.

Lo primero que sentí de él fue su respiración. Tal vez estaba ahí, junto a mí, desde hacía rato. Hubo un momento en que tomó aire con fuerza y me di cuenta de que estaba demasiado cerca. Me alejé un poco y tropecé con una varilla que cruzaba el pasadizo. Se oyó el eco del metal entre un muro y otro, parecía una cuerda que vibrara con el aire quieto.

—Siempre quise conocer de cerca al hermano de Mayte —le oí decir a la sombra.

—Soy uno de ellos apenas.

—Está bien. Yo lo sé. Conozco toda esa historia de los aviones, a ella le gustaba contarme de las cosas que ustedes hacían. Los admiraba mucho.

—Bueno, está bien. Usted quería hablarme de ella. ¿Pasó algo malo?

—Si así fuera ya lo sabrías. Yo sé que te tienen aquí muy protegido. Y en cuanto a Mayte, ella cree que se puede cuidar sola.

Dio dos pasos hacia el otro lado de la oscuridad. Se alejó un poco y sentí que daba un salto. Una rata salió chillando.

Se me desapareció. Así de simple. La había seguido por todas partes, desde que estuvo viviendo con el barranquillero que la tenía como una esclava. Era un estúpido, creyó que podía chantajearla porque no tenía los papeles de residente.

–Usted fue...

–Ssshhh. De eso no se habla. Vos sabés. Después la localicé en Milford, la vi salir muchas veces con el profesor, desde que ella iba al instituto de inglés y se perdían en la noche para ir a ver ese pueblucho desde una colina.

–A ella le gusta vivir allí.

–Eso dice.

–Y usted qué tiene que ver con todo esto. Además, yo creía que ya estaba muerto.

–Eso se lo podés preguntar a Sheila.

Se puso a reír. Le vi brillar la cara, llena de ángulos. Sus ojos relampaguearon como dos cocuyos. Se demoró un rato, parecía estar muy tranquilo, dueño de ese pasadizo oscuro que había escogido para hacer sus negocios dentro de Sandstone.

–Está bien. Suficiente historia –le dije, y al hacerlo me sentí como un héroe de cuerpo frágil que se atreve a levantar la voz y todos en la sala oscura vuelven a acomodarse en sus asientos–. Usted dijo que iba a hablarme de Mayte.

–Muy bien, muy bien, hombre. Parece que le está sentando bien la temporada en el internado.

–Tengo que irme.

–A ustedes les encanta esa frase. Tengo que irme, tengo que irme –y puso la voz como la de un niño–. Así es ella.

–Usted iba a decirme algo.

–Está bien. Como se dice, al grano. Esta es mi oficina y yo aquí lo único que hago es negocios. ¿Entendés? Bueno, es sencillo. Los dos salimos a buscar a Mayte o los dos nos quedamos en Sandstone.

–No le entiendo.

–Claro, tres años aquí acaban por eliminarle a uno

hasta la última neurona. Más claro no puedo hablar. Nos vamos juntos o nos quedamos juntos. Parece una canción.

–Le sale bien el papel de malo. Usted habla como en las novelas que lee Mayte. De sicarios y todo eso.

–Apenas me entero.

–Pensé que usted la quería. Siempre fue como una sombra para nosotros, pero en el fondo pensaba que había en usted algo que sólo ella podía apreciar. Se me ocurrió que estábamos equivocados, que usted era un revolucionario, uno de esos manes de la universidad que se daba con la policía y todo eso. Y ahora veo que no era tanto.

–Buen discurso. Pero tenía que ganarme la vida. La universidad es la universidad. Uno sueña muchas cosas y después le dan en la cabeza.

–Si ella le está huyendo no veo ninguna razón para que usted insista. Déjela tranquila, ella se merece estar tranquila, ya tiene familia, otra vida. Usted no tiene qué hacer nada ahí. Está como muerto para todos nosotros.

–Otro que lo dice. Ya hasta empiezo a sentir cierto olor a incienso. A propósito, su amigo está pegando pelo.

–¿Quién?

–El del tiple. Casi lo quiebran. Si no es por una pelada que salió más brava que un putas. Le tocó a ella.

–No le entiendo.

–Bueno. Eso ya no importa. Sólo te quería decir eso. Esperaba encontrar a un amigo, un conocido del barrio, y me encuentro con un pelado.

–¿Amigo? Oigan a este man.

–Ahora ya lo sabés. Sos un pelado. Nada más.

Hizo un movimiento y yo sentí que junto a él, saliendo de los lados, surgían otras sombras. Los pasos de varios hombres se apresuraban en el pasadizo, haciendo chasquear el agua represada de los baños abandonados. Escuché un golpe y me pegué a la pared como un pedazo de papel. Rodríguez dejó escapar un lamento. Su sombra se agachó, teniendo el estómago, mientras otro caía por detrás y le asesta-

ba un varillazo en la espalda. “Malparidos”, dijo él. Debía estar haciendo una mueca de dolor, con las dos hileras de dientes en un gesto de morder el aire, mientras en la garganta se debatían por salir mil palabras sucias.

Lo dejaron ahí, con la cara hundida en el agua. Alguien encendió una linterna. Vi acercarse la luz, hasta que llegó a mi cara, con una mano que la sostenía a un lado de la suya. Era el guardia de mi primo. Vi su rostro en esa penumbra de veladora, parecía la cabeza de alguien que carecía de cuerpo, un hombre que flotaba y hablaba. Era un soldado.

Hoy sí estuvo buena –dijo–. Ojalá que de esto no se entere su primo, porque si lo llega a saber, vea –e hizo un gesto de cortarse el cuello con el filo de su mano, toda la vuelta, entera, como para que la cabeza quedará colgando de una sola vértebra, hasta que rodara por el pasadizo, víctima de su peso, y todos ahí, sus hombres, se dedicaran luego a jugar al fútbol en el pasadizo. Me reí de esa ocurrencia. En realidad debía estar temblando. El hombre tenía razones para pensar que yo estaba loco.

–Si no es por la amiguita suya quién sabe qué habría pasado aquí.

–No tengo idea de lo que me está hablando.

–Su compañera de cuarto, la vieja Rivera, vino y me contó lo que estaba pasando. ¿Es que usted no sabe quién es este man?

–Nada, no sé.

–Y hasta mejor que no lo sepa. Pero mire –se acercó a mi oído–, es un soplón. Es de los que escogen a alguien afuera cuando cae en la cárcel, negocia con el fiscal para que le rebajen la pena a cambio de denunciar a otro, a cualquiera que esté afuera.

Rodríguez recibió otro golpe cuando trató de moverse. Yo les dije que lo dejaran, pero el hombre de la linterna me la acercó más a los ojos y quedé ciego por un instante. No se acobarde. No sea cobarde. Le oí decir dos veces, como si se corrigiera.

—Y usted, hombre, lo que tiene que hacer es no dar tanta papaya. Todos aquí piensan que se está volviendo maricón. ¿No ve que por eso lo pusieron en la misma celda con Rivera? Claro, piense y verá. Se querían burlar, querían que todos lo dejaran como un empuja mierda.

—Eso no me importa. Que piensen lo que les dé la gana.

—No lo crea, eso aquí vale, cuesta mucho.

Apagó la lámpara y se alejó. “Vámonos”, les dijo, y todos salieron por la misma puerta cerrada, junto a los baños clausurados que seguían goteando sobre el alma de los condenados a cadena perpetua. Eso creo, porque aquel pasadizo parecía una tumba. Vi a Rodríguez todavía en el suelo. Tal vez no se atrevía a moverse, pero su respiración era ya muy clara, casi como un tambor que hacía ondas en el charco. Me alejé de ese campo de batalla, pensando en que era el momento de dejarlo todo, olvidarlo todo, hasta las noches que soñaba con el liceo y veía a Ricardo atrapado en su silencio, junto al profesor Castano que le prestaba discos y le mostraba cómo tocar las doce cuerdas. Sólo quería ver volar un avión, como el aeroplano averiado que se quedó en el guardarropa, un año y otro más, esperando a que yo fuera a rescatarlo y lo pusiera otra vez entre las nubes, lejos de todo y a un paso de estrellarse contra un árbol y desaparecer para siempre.

Cuando entré al taller ya hacían fila para volver a las celdas. Me uní al grupo como si acabara de dejar las herramientas sobre el banco, y me dirigí en orden hasta la Unidad 1C. Ray iba adelante y yo casi al final.

Atravesamos el patio a esa hora indefinida de la tarde. Para algunos ya es de noche, pero los que dormimos mal esperamos que el día se prolongue y que en las calles ningún auto encienda sus faros. Ni siquiera el Ford traqueteante, el de los traquetos varados frente a la casa de una cantante menuda con el pelo negro. ¿Dónde estarán esos trozos de lata? Puede que alguna vez vuelva y sepa de alguien que lo haya guardado en su garaje. En eso pienso

cuando no quiero pensar, cuando me quiero apartar de todo esto. Es decir, siempre pienso en coger el carro, encenderlo y alejarme de la ciudad, de cualquier ciudad, y preguntar por Mayte en Milford, entre una montaña, cuando pase el verano y ella aparezca, fresca y con un abrigo rojo, directo a saludarme cuando abro la puerta del cacharro 1986 y el metal se queja para advertir que ya es hora de volver a abandonarlo, bajo el sol y el agua de un parqueadero de óxido.

Mientras tanto nos alejamos por la zona de las canchas, en fila como en la noche de las Hot Hotel. Los guardias parecen nerviosos y nos acosan para que caminemos más a prisa. Entramos todos los de la Unidad 1C, un solo grupo, ordenado y limpio. Nadie habla. Se cierran las rejas y esperan unos minutos más antes de apagar las luces. Después quedamos solos.

Ray está en silencio. No quiere hablar, yo lo sé. Sentado en el catre, veo su sombra, otra sombra en este día. Guarda sus cosas. Se quita la camisa y da un paso hacia su lugar en la celda. Yo aprovecho una luz que se filtra del segundo nivel, donde está la sala de los guardias, y me pongo a mirar la foto de Mayte que encontré en el cuartucho de la cantante. Fue tomada al azar, como si a alguien se le hubiera disparado la cámara mientras caminaba por esa multitud de colombianos en el Parque Flushing. Junto a ella y Rodríguez, la gente sostiene las banderas, están rodeados de humo, de carne asada y ollas grandes de sancocho. Las mujeres llevan pantalones cortos para exhibir sus piernas gordas. En el lado izquierdo hay un niño que los mira, ella sombría y él untuoso.

Sentí la mano de Ray que aterrizaba en mi hombro. Vi su cara trajinada y trágica, llena de los recuerdos de Joe. Estaba muy cerca y respiraba como una tumbadora. Me abrazó, no era un abrazo de los que llevan consigo golpecitos en la espalda, con la fuerza de alguien que nunca abraza. Era un abrazo sin palabras, nervioso y acompleja-

do. Metió su cabeza entre mi cuello y me rozaron sus labios. Dijo algo que no le alcanzó a salir de la garganta. Se aferró más a mí, parecía un niño, mudo y envejecido.

Pasó un rato. Yo estaba helado. Me pareció que lloraba y lo abracé hasta que decidió irse para su litera. Arriba, algunos guardias veían televisión. El resplandor azul entraba en oleadas a la celda, y se alcanzaban a oír los diálogos de una persecución en las calles de Los Ángeles.

-Ray, ¿estás dormido?

-Nunca más volveré a cerrar los ojos.

-¿Por qué?

-Cada vez que lo hago vuelvo a enamorarme.

-Esto no es el fin.

-Lo sé. Pero es como si lo fuera.

Un guardia pasó y nos enfocó con su linterna. De acuerdo con las reglas del viejo Sandstone, estábamos dormidos.

Capítulo 5

¿CUÁNTO TIEMPO HA PASADO DESDE QUE ESTOY EN ESTE CUARTO? Algunas horas en el día, casi siempre cuando es hora de comer, se enciende una luz en el techo. Parpadea un momento, como si le diera trabajo penetrar la oscuridad. Poco a poco se mete en la espesura e ilumina la bandeja que me dejan en el postigo. Macarrones. Entonces yo sólo tengo que alargar el brazo y tomar lo que hay allí. Casi ni tengo que moverme.

Entonces como y después me pongo a dormir con los ojos abiertos. ¿Para qué cerrarlos en esta noche de quince días? Y sueño que voy en bicicleta por una carretera. Los carros pasan zumbando y yo me asusto un poco, pero después miro las dos orillas que se unen a lo lejos, al pie de las montañas de piedra, y sigo el pedaleo. Estoy solo, apenas tengo el cielo y la carretera. Eso es todo lo que necesito para salir de aquí, resistir estos días de oscuridad y salir después. Seguro Rivera va a esperarme en la vuelta de la esquina. Me dijo que preguntara por él en un café que hay en la avenida del Ferrocarril, El Norte, y los dos iríamos a buscar a Mayte, a conocer a Helena, a estrechar la mano de Frank y verlos a ellos como si estuvieran en un comercial de televisión, muy felices los tres, distantes, iluminándonos con sus perfectas sonrisas americanas.

He olvidado ya cómo se respira el aire de afuera. Supongo ahora que es como asomarse al mar por primera vez. Uno ve esa línea azul, crispada, y los barcos varados en la orilla. Parece mentira y uno hasta quisiera dar vuelta y volver a la avenida. Pero ahí está, es verdad y hay que verlo, no hay más remedio cuando se está a la orilla del mar.

Así era en Las Vegas, siempre rodeados de luces y arena. Íbamos allá todas las noches, desde Flagstaff. La primera vez alquilamos una Pathfinder, pero después me di el lujo de conducir un Mercedes propio, de mi primo, claro. Cuando iba al volante casi siempre era esa hora en que la tarde es más blanca en el desierto. Atrás dormía él y adelante iba yo con otro amigo, un bogotano que jamás abandonaba su magnum. Poníamos música de diciembre, un fondo monótono de maracas, y yo hundía el acelerador para que la carretera nos llevara. No era necesario hacer ningún esfuerzo. El paisaje estaba quieto, como si no avanzáramos, hasta que después de las seis entrábamos a la ciudad, con las luces recién encendidas y listos para ganar y perder, siempre lo mismo.

A veces llevaba a Prisci y a Sheila hasta su apartamento. Entraba con ellas y nos poníamos a ver televisión, hasta que se quedaban dormidas en el sofá y yo volvía al casino para recoger a los muchachos y tomar de nuevo la carretera, rumbo a Flagstaff, con el maletín vacío y el paisaje oscuro al frente y a los lados, parpadeando al ritmo de las señales de tránsito.

Esa fue la rutina de aquellos meses. Todo un verano de monjes colombianos. Traquetos despiadados. Qué risa. El tiempo estaba detenido, sin frío ni calor, interrumpido apenas por un par de fiestas que hicimos con algunas muchachas del casino. Yo, por supuesto, estaba siempre con Sheila. A ella empecé a confiarle muchas cosas que pensaba, mi largo camino hacia ese lugar en busca de Mayte.

Una noche, cuando nos tomábamos una cerveza en El Cuate, me dijo que debía alejarme de esa ciudad, de los amigos que tenía. Según ella, lo mejor era seguir por la carretera, más al norte, y preguntar por mi hermana en los pequeños pueblos de Nueva Inglaterra. Parecía muy segura de lo que estaba diciendo. Me miró con un poco de alarma, como si pensara que alguien me seguía y tenía que huir, lo más lejos posible. “Esto no es bueno”, me dijo. Yo

la abracé. Hacía mucho tiempo que no sentía a alguien así, tan cercano y sincero, desde esa tarde en Manizales en el cuarto de mi prima, un lugar que el televisor había convertido en una noche de tormenta y despedida. Sheila y yo terminamos en su apartamento, rodamos por el piso hasta la cocina y de allí hasta el cuarto que compartían las dos hermanas, en un juego que parecía dejar atrás la fatiga de todas esas noches en el casino, la espera frente a la máquina tragamonedas y los caprichos de mi primo que un día sí y otro no quería hacer algo que sólo a él se le ocurría, con nosotros como perros falderos, obedientes y sin habla, yo cuidando el maletín y el bogotano su espalda, mientras él se paseaba como un gran señor por entre las mesas del Oro Sólido.

Otra vez era una despedida, profunda y solitaria. Ella arqueaba su cuerpo, como si fuera un puente para que yo lo cruzara. Y así lo hice, la atravesé en silencio, pensando en el calor del desierto, mientras Sheila gemía allá abajo, anclada en la alfombra, al lado de una calle donde los autos se detenían y los letreros de miles de casinos se disparaban, todos de una vez, hasta que nos rendimos y Las Vegas volvió a su ritmo secreto, lleno de gente que bebía y jugaba, amparados en los susurros de un cantante jubilado que trataba de revivir, gordo y con traje de cruel fantasía, sus días de verano.

Cuando volví, ellos me esperaban en la acera del Solid Gold. Nos fuimos sin hablar por la carretera 85. No hubo música ni nada, hasta que llegamos al apartamento. En la puerta, cuando estábamos solos, él me dijo que ese era el fin de la fiesta. Al otro día, agregó, saldríamos para Los Ángeles. Le dije que estaba bien, pero que yo no los acompañaría. “Voy por Mayte”, le dije, pero él no respondió, se encerró en su cuarto, prendió el radio y escuchó vallenatos toda la noche.

Sheila llegó temprano en la mañana. Iba en un viejo Chevy de color verde. Tenía gafas oscuras y un sombrero

que la hacía parecer una actriz de otro tiempo, de las que al terminar una filmación con Douglas Fairbanks atravesaban el desierto para alejarse de las luces. Puso una cinta de Selena. “Me encanta”, dijo, y nos fuimos por el hilo de asfalto oyendo esa voz fronteriza, de labios gruesos, de lengua erizada como los saguaros para empezar a lamer, con un dolor de perro abandonado, la mañana de Arizona.

Me llevó hasta la estación y allí compramos un tiquete de la Greyhound para Chicago. Me aseguró que ella también viajaría, tal vez dentro de un mes, cuando Priscila se decidiera a dejar su empleo en el casino. No quería apartarse de su hermana, llevaban mucho tiempo recorriendo las carreteras del lado oeste, de San Francisco a Los Ángeles, con breves estaciones en Lake Tahoe y Las Vegas. Pero volveríamos a vernos, seguro, me repitió cuando ya el bus prendió sus motores y yo cogí mi bolsa de lona para pasar por el torniquete.

Me fui de Flagstaff, del cañón, de ese desierto que me había atrapado desde el día que atravesé la frontera. A veces tenía la idea de que había recorrido medio mundo. Estaba equivocado. Sólo tenía desiertos y ciudades calcinadas.

Estuve dos días en Chicago, en un motel junto a la estación de buses. Luego me decidí a seguir el viaje hasta Nueva York y llegué a Queens un día de lluvia. A Mayte le hubiera gustado mucho llegar así a esa ciudad, con el pavimento mojado y la gente apresurada. Ella siempre hablaba de esas calles, era un sueño que tenía desde que una amiga empezó a escribirle que la estaba pasando increíble en un bar del Soho. Una vez me mostró una foto. Tenía unos pantalones de cuero y el pelo pintado de azul y naranja. Era de noche, con su amiga sonriendo junto a un muro de ladrillo desnudo.

Encontré donde quedarme. Era en la avenida Roosevelt, encima de un local en el que vendían arepas y chocolate caliente. Todo el día ponían música campesina, un murmullo de voces de pájaros con guitarras de fondo.

Uno se imaginaba a dos mujeres de faldas anchas y dientes echados a perder, mirando al vacío de las montañas de Antioquia. Eran canciones monótonas y tristes, todo el día sin parar, desde muy temprano cuando empezaban a moler el maíz hasta que abrían la puerta metálica y entraban los colombianos, soplándose las manos y envueltos en la neblina de la madrugada.

A veces salía a caminar y preguntaba por Mayte en los negocios. Alguien me dijo, cuando le mostré la foto, que tal vez la había visto en la fiesta de Flushing, el día nacional. Podría estar cerca, pero dónde en esos edificios que se multiplicaban en pequeñas piezas separadas por cortinas. Los negocios olían a chicharrón y a mondongo. En sus mesas, los colombianos cabeceaban al final de una jornada doble, aferrados a canciones que eran su único pasaje de regreso.

Estaba por volverme triste en ese ambiente de edificios grises y ojos enrojecidos. Pero conocí a Rubén y a Ismael. El primero trabajaba algunas noches en un conjunto. Tocaba la tumbadora lo mejor que podía. El otro era albañil y se apostaba tres veces a la semana junto al elevado para que alguien lo contratara por un día a cuatro dólares la hora. Me dijo que cuando pasaban las camionetas ofrecían ocho o siete dólares, pero al final, cuando se acababa el día y todos hacían fila para recibir la plata, sólo les daban cuatro.

La primera vez que los vi estaban en el local de las guitarras. Conocían al dueño y él me los presentó. Hablamos un rato de lo que siempre habla la gente en Queens, de los barrios y de una tarde cualquiera en Junín. Yo les hablé del liceo, claro, y de Ricardo y de Mayte. ¿Cómo no iba a hablar de ellos? Después fuimos a dar una vuelta hasta que se acabó la tarde y terminamos en un cuartucho donde se hacinaba el conjunto de planta del Covadonga. Nunca pude adivinar cómo hacían para quedarse allí mientras les tocaba el turno de salir. Sólo eran tres o cua-

tro metros y allí fumaban, hablaban y hasta se daban puñetazos cuando tenían algún problema entre ellos.

Eran malos, muy malos. Pero la gente bailaba cuando salían a tocar esas cumbias viejas, con la voz de una flaca de pelo negro que se ponía trajes de lentejuelas, muy pegados a su cuerpo. La luz de un foco amarillo le caía justo sobre los hombros. Ella se movía pero su rostro era impasible. Con seguridad nunca pensó que terminaría cantando y menos tan lejos de Pereira.

Ismael y yo nos quedamos allí, recostados en la puerta de entrada, mientras el conjunto terminaba la primera tanda. Fue una larga noche. Descansaban veinte minutos y luego volvían, con dos tragos más en la cabeza. La gente apenas podía moverse en el local, con luces que parecían sacadas de una discoteca en ruinas de los tiempos de John Travolta. Rubén hacía lo que podía en la tumbadora, mientras los demás improvisaban una coreografía con sus trajes de terlete, con un paso a la derecha y otro a la izquierda, luego la cabeza en círculos y una sonrisa cansada, a la medianoche, dejando que la pelinegra se defendiera mientras el aire se volvía más espeso, como gelatina caliente, y después se abría la puerta, cuando apenas dos parejas se amacizaban en la oscuridad y la calle era un incendio recién apagado, al amanecer, sin hablar y con las manos en los bolsillos de la chaqueta, junto a las mujeres que a esa hora volvían, con los zapatos en la mano, después de pasar la noche de pie en una acera de Green Point.

Yo quería conseguirme un carro, un cacharro viejo y barato que me sirviera para llevar colombianos al aeropuerto o a Manhattan. Así que mis dos nuevos amigos me acompañaron a un negocio de usados. Escogimos un Ford de quinientos dólares y salimos los tres a dar la primera vuelta. Paramos en un puesto de mangos verdes y comimos ahí, sentados en ese carro que parecía rescatado de las aguas del mar. Prendimos el radio y abrimos las ventanillas. Afuera hacía frío, pero a ellos les gustaba estar

así, como en la 70 de Medellín, diciéndoles cosas a las mujeres que pasaban.

Queríamos pasar esa tarde sin hacer nada y a Ismael se le ocurrió que podíamos ir al cuarto donde vivía la cantante. No terminó de decirlo cuando enfilamos en el Ford hacia los lados de Flushing. Subimos a su edificio y tocamos a la puerta. No abrieron. Entonces Ismael sacó una navaja y la pasó por la cerradura. Oímos un crujido y la puerta se abrió.

Sobre la cama brillaban, con esa luz opaca de las noches en el Covadonga, dos vestidos de la cantante. Parecía el cuarto de alguien que acababa de llegar, con una gran maleta abierta de donde salían trapos de todos los colores. Sobre la mesa, revueltas, sus pinturas para la cara y muchas fotografías viejas en las que ella aparecía abrazada a un hombre de bigote, otra junto a Celia Cruz y algunas más con un niño en sus brazos.

Vimos su pasaporte y algunos papeles que estaban entre sus páginas. No tenía visa: Sandra Duarte, 39 años, de Pereira. Ismael se recostó en la cama y nosotros nos quedamos viendo las fotografías. Era lo único que ella tenía, aparte de los vestidos que ya se veían como los de una trapecionista en un circo olvidado. Al salir reparé en la cartera que tenía sobre una mesa. Estaba abierta o, más bien, descosida. De allí salían más papeles, hojas pequeñas con direcciones garrapateadas, tarjetas de presentación en las que ella se anunciaba como artista internacional y más fotografías borrosas. Me detuve en una que mostraba, en medio de banderas colombianas, a una multitud que se agolpaba en el Parque Flushing. Parecían náufragos que buscaban una embarcación para abandonar la nave que se iba a pique. Junto al escenario, donde apenas se lograba ver a un hombre con su gran acordeón pegado al pecho, la gente formaba ya una masa que el cielo podría convertir en lluvia de verano. Retiré el dedo que tapaba la esquina derecha y allí apareció ella. Estaban los

dos. Ese tenía que ser Rodríguez y ella era ella, más delgada tal vez, pero se trataba de Mayte junto al hombre de la moto y, un poco más al frente, la cara diminuta de la cantante de Pereira, sonriendo a la cámara justo con el escenario en perspectiva. Tenía grandes candongas y el pelo rubio en ondas resacas y raíces negras.

Guardé la foto en mi billetera y volví junto a los muchachos que buscaban algo de comer en lo que el hombre de la renta debía promocionar como una cocina con gabinetes. No había nada de eso, ni siquiera comida.

La cantante no llegó. Me hubiera gustado esperarla más y preguntarle por lo que acababa de ver en esa foto. La sacaría del bolsillo y antes de que ella protestara por haber mirado sus cosas, yo le diría que estaba hablando con el hermano de la mujer que aparecía allí, junto a su cara de cantante internacional, y que la estaba buscando, que sólo estaba ahí para buscarla y hablar con ella.

Salimos y nos sentamos en las escaleras de la entrada, mirando el Ford, tan viejo como las cosas que Sandra llevaba de un lugar a otro. No nos dimos cuenta cuando la patrulla se detuvo al frente. Se acercó un policía y nos preguntó algo que no entendimos. Detrás de él vino uno de sus compañeros y nos habló en español, querían ver nuestra identificación. No teníamos. Entonces nos hicieron poner las manos contra la baranda, las piernas separadas, y esculcaron por los pliegues de la ropa. Rubén estaba cargado.

Lo que siguió es puro mediodía. Todo lo que vi de allí en adelante fue un fotonazo, como cuando toman una fotografía y uno está desprevenido. Es un flash, eso es, un flash que se quedó estático, quemando baterías, un día y otro, con ese amago de juicio y el día que debí decir, por recomendación del abogado, que me declaraba culpable. "Es mejor así", dijo él, "te podrían dar hasta diez años".

Pero en ese momento el flash apenas abría su gran ojo. Sonó como una cerilla contra un muro de granito y se quedó ahí, sobre nosotros, mientras nos leían los derechos en

esa calle cerca de Flushing, con los curiosos colombianos mirando desde las ventanas de sus viejos buildings. Fuimos a parar al asiento trasero de la patrulla. Todavía recuerdo la mano del agente sobre mi cabeza, cuidando de que no me diera al entrar. Dijeron, como en las series de televisión, que teníamos derecho a guardar silencio. Así lo hice durante estos cuatro años y desde aquí hasta siempre. Además, qué podría decirles. Yo guardé silencio. Nunca me importó si ellos también lo hicieron.

Ahora lo recuerdo todo. ¿Qué más puedo hacer en este cuarto? Recuerdo las cosas una y otra vez mientras el flash acaba de gastarse. Creo que ya vacila. Es justo después de tantos días. El tiempo. Qué pobre es la justicia. Sólo el tiempo. De todo esto me han salvado las palabras, lo que me cuentan los otros. Olvidé lo que es el tiempo. El día y la noche, eso no significa nada, a menos que uno esté pasando por esos días en que por nada pega el ojo en la celda.

Pronto se va a abrir la puerta, yo lo sé. Cuando eso ocurra veré a Mayte junto a todos estos muchachos. Ellos no van a tocarla, estoy seguro. Me dirán que tengo una hermana hermosa, pero no le pondrán la mano y dejarán que los dos nos alejemos por el pasillo, pasemos la puerta de la Unidad 1C y luego las otras rejas hasta dar con la gran muralla que se abre al campo, al pueblo, al momento en que despierte y deje de pensar todas estas bobadas.

Así es uno después de tantos días en este cuarto de confinamiento. Ya me lo habían dicho. No les creí, pero ahora veo que tenían razón. No tengo más remedio, voy a cerrar los ojos, y cuando los abra dentro de unas horas creo que el flash, al fin, se habrá fundido.

Capítulo 6

LO PRIMERO QUE SIENTO ES UNA LUZ CIEGA. HAGO SOMBRA CON la mano y trato de ver la calle. Al frente está la última puerta, una gran lámina de hierro pintada de azul. A su izquierda una garita y en lo alto tres líneas de alambre. Parece un ejercicio de caligrafía. Los guardias que me acompañan me quitan las cadenas y ponen en mis manos una bolsa con las cosas que entregué a la entrada hace ya cuatro años. Un billete de diez dólares, el reloj, mis zapatos casi nuevos de Las Vegas, las llaves del Ford afónico y la ropa que tenía el día en que me fui a andar por los lados de Flushing con Ismael y Rubén. Es posible que ellos hoy, en algún lugar, estén viendo lo que yo veo. Esa nada al frente, la puerta y los últimos guardias.

El tiempo, de aquí en adelante, empieza a correr como un venado asustado. Salgo de la madriguera, me alejo de la oscuridad de las celdas, de esos patios que convertimos en patios de liceo, y caigo en un verano metálico. La luz me corroe la piel, la siento como espinas que se adhieren al cuello de la camisa arrugada. Se abre la puerta y veo el camino bordeado de árboles. Doy unos pasos y me detengo para mirar hacia Sandstone. Es un muro limpio que los árboles diluyen en forma de nube. Parece elevarse hasta que la mirada lo pierde y ya no hay más remedio que volver a buscar otros muros. El liceo, la calle San Juan, un café en la avenida del Ferrocarril donde Rivera me debe estar esperando.

Yo creía que todo eso era mentira. Debía ser uno de esos sueños en los que uno corre y corre. No hay rumbo y tampoco carretera. Con seguridad, lo que de verdad estaba

pasando es que iba hacia San Andrés. Me van a embarcar en un avión comercial, humillado junto a los turistas. Al llegar, un agente me va a quitar las esposas. Ojalá no sea el agente Mulder, el de X Files, ese man me cae al hígado.

Me fui por la carretera que bordea a Sandstone. Caminé unos metros y vi entrar, por la calzada que se aparta de la autopista, el bus azul oscuro de los internos. Se asomaban por las ventanillas enrejadas. Para algunos yo debí ser la última imagen que vieron de la calle, de la luz del sol en desbandada y de los árboles que el viento, a esa hora de la mañana, empezaban a borrar sus sombras.

Caminé como dos horas, hasta la esquina de Groton Road en la ruta 40, y me puse a mirar un poco las vitrinas de un edificio viejo, tachonado de letreros y con vidrios que dejaban ver el resplandor de los carros que pasaban. Una muchacha arreglaba el exhibidor de un almacén de juguetes. Yesterday & Today. En una sección estaban todas las cajas de música que uno pueda imaginarse. Mi atención se dirigió hacia una que aparecía entre muchas otras de bailarinas que, al abrirse la tapa, empezaban a bailar con movimientos mecánicos. La que cogí era minúscula. Encima tenía una pequeña escotilla, tal vez, pensé, podría haber adentro un monstruo marino que haría saltar de la risa a la pequeña Helena. La abrí esperando el agujón sobre mi mano, pero allí sólo había un espejo, una caja vacía con un espejo en el fondo. La música se demoró en llegar. El rodillo parecía atascado. Cuando logró dar la primera vuelta me quedé mirando hacia el espejo. Allí estaba mi cara. Unos ojos que acababan de ver la noche. Después sentí la música. Era lenta y antigua. Era la música de El Padrino.

Corrí hacia la mujer en la vitrina y le pregunté que cuánto valía. Ella la miró un momento y fue a consultar en un cuaderno junto a la caja registradora. "Es una pieza rara", dijo, "ni siquiera la tenemos en el registro". Le dio vuelta y se miró también en el espejo. Sus ojos se ilumi-

naron. Era una mujer de las que suelen identificar en los informes de policía, cuando aparecen asesinadas en un despoblado, como “caucásica de mediana edad”. Hablaba con una voz clara y amable. Vi sus dientes blancos y alineados, sus ojos eran claros como los de Sheila.

–Veo que le encantó esta pieza –dijo ella. Me gustó que no reparara en mi ropa, con ese olor a guardado en los archivos de Sandstone.

–Es hermosa.

–Uno podría decir que no tiene precio.

–Sí, es cierto. Mejor voy a seguir mirando, tal vez encuentre algo de plástico para llevarme.

–Espere. Uno sabe cuándo las cosas son para alguien. Llevo tanto tiempo aquí que me he dado cuenta de que no todo es para todo el mundo, aunque tengan con qué pagarlo.

No supe qué decirle. ¿Estaría loca? Ella volvió a sonreír y me entregó la caja de música. “Puede pagarme lo que pueda”, dijo. Yo pensé que estaba viviendo un capítulo de Dimensión desconocida, que muy pronto iba a escuchar la voz del narrador para decir, antes de ir a comerciales, que yo no sabía en lo que me estaba metiendo. Escuché la música de pesadilla.

Le di cinco dólares y el reloj. Era lo único que tenía y ella no vio problema en darme el cambio del arrugado billete de diez que le entregué. “Es para el bus”, le dije, y salí otra vez a la calle con la caja de música envuelta en una bolsa de papel. Me alejé de los almacenes para dirigirme a la avenida del Ferrocarril. No fue difícil encontrarla. El pueblo que rodeaba a Sandstone, si bien tenía a su alrededor algunas fábricas y hasta una planta nuclear en el Bosque de los Garbanzos, casi todos allí vivían en casas apartadas, a un ritmo de granjeros prósperos que, sin embargo, no habían perdido la costumbre de pasarse todo el tiempo trabajando bajo el sol, hasta el sábado al mediodía.

El centro, entonces, era minúsculo. Lleno de ferreterías, dos estaciones de gasolina y un parque enorme que

permanecía deshabitado. Cuando los días estaban despejados, desde algunas ventanas de Sandstone se podía ver ese parque. El viento limaba las copas de los árboles y, en su centro, la estatua de un oficial de la Unión miraba hacia el río Santa Cruz, rápido y claro en su intención de morirse pronto en el rumiante Mississippi.

Me asomé en la esquina. Eran casi las dos y yo esperaba encontrar, parecía habitual en ese pueblo, un lugar solitario con locales abiertos que esperaban, armados de paciencia, el primer cliente del día. Pero me encontré con aceras donde la gente iba y venía. Era la 42 en miniatura un día de verano. Entraban al banco, se apostaban en la puerta del Seller, salían de las cafeterías o leían, recostados en la pared, un ejemplar de USA Today.

Caminé despacio por la acera, deteniéndome cada vez que veía la entrada de un café. Eran tres o cuatro y en uno de ellos debía estar Ray, esperando nervioso en la barra, tomándose una cerveza mientras a su alrededor la gente hablaba de fútbol. Lo vi desde el otro lado. Estaba en el bar Coltrane. No era El Norte o El Ferrocarril, como había dicho. Pasé la calle y me aproximé a la vidriera. Estaba entre un grupo de hombres que ponían sus codos sobre la barra. Parecían trabajadores de una fábrica, algunos muy gordos, casi todos, y como la mujer de la juguetería eran de "mediana edad".

Ray tenía un vaso al frente, a medio llenar, y miraba la televisión. Desde donde estaba, todavía en la acera, podía ver que tenían puesto un partido de baloncesto. Casi todos allí lo seguían y el mismo Ray parecía haberse olvidado de que yo, en cualquier momento, podría entrar por esa puerta. Pero hubo un momento en que se volvió y miró hacia la calle. Hizo un movimiento brusco. Se apoyó en la barra y bajó de su asiento. Dio algunos pasos dentro del local y se aproximó un poco a la vidriera. Yo me escondí y esperé un momento. El corazón, en vez de palpar a toda, parecía haberse detenido. Tenía miedo. ¿Para qué voy a negarlo?

Estaba cagado del miedo. Sentía que si entraba por esa puerta la sombra de Sandstone me seguiría persiguiendo, que Ray, que yo... No podía entenderlo. No podía. Tenía que irme. Solo. Casi solo porque los dos agentes del Servicio me pisaban los talones. Sí, Ray lo sabía todo. Me dijo que no iban a deportarme, que me dejarían ir para ver qué hacía, con quién hablaba y todo eso. Puras güevonadas de policías. Ahí estaba, me importaba un culo que esos tiras me estuvieran siguiendo.

—Lo vi por última vez. Sé que vas a entenderlo, Ray.

Volvió a su asiento. No me había visto. Respiré profundo pero seguía helado. Agarré con fuerza la caja de música. Sólo tenía cinco dólares en el bolsillo, ni me alcanzaría para ir a San Pablo. Con suerte, tal vez alguien me recogería en la carretera. Tal vez. Hasta podrían ser los dos hombres de Sandstone.

Pensé que tal vez podría seguir así de confundido, con todos persiguiéndome por la carretera en carros viejísimos, mientras yo trotaba por la berma, pensando en encontrar un camino estrecho rodeado de árboles, para alejarme hacia la ciudad, cualquier ciudad de cualquier parte. No me importaba. Sólo que debía irme cuanto antes de la sombra de Sandstone.

Ray, ¿qué te puedo decir? Fue una confusión. Los dos estábamos perdidos. Con miedo y a la vez felices de entrar al periodo de confinamiento. Ahora tengo que irme. Lo siento tanto. Mucho.

Salí caminando por la acera, lo más rápido que pude. Nadie me miraba. Menos mal. Era un preso irreconocible. Como todos en todas partes. Entré a un baño público y me cambié la ropa que llevaba por la que tenía el día que me agarraron en Flushing. Boté los tenis de Sandstone al cubo de la basura y salí apenas con la caja de música bajo el brazo, envuelta en una bolsa de Yesterday & Today.

Un camión lleno de manzanas me arrastró hasta San Pablo. Encontré trabajo en un local de hamburguesas y

conseguí algo para seguir hacia Chicago. Allí hice lo mismo. Vagué un poco por las calles y tomé largas horas de sol en los parques. Por las noches dormía en un pequeño cuarto con varias camas, a dos dólares la hora. El dueño, un venezolano que dormía de día para espiar a sus clientes toda la noche, me dio trabajo en el aseo de los cuartos y claro, sustituyéndolo para que él pudiera llevar su vida de vampiro.

Yo salía entonces a las seis a dar una vuelta. Era bueno sentirse así, flotando entre toda esa gente que a esa hora cruzaba las avenidas y se arropaba, con el cuello alto, para protegerse de la ventisca del lago. Era una ciudad de verdad y ahí quería estar, por lo menos mientras podía conseguir con qué ir más al norte, donde podría ir a la casa de los Lomas y encontrar, ahora sí, a Mayte sonriendo junto a Helena, sentadas las dos en un jardín mientras un sol de invierno las convertía en la ilusión de alguien que iba por la ciudad, perdido y cansado de limpiar los baños de la pensión.

Llegué a Milford un sábado por la tarde. Me bajé del bus en una calle solitaria. No sabía dónde quedarme, así que me dejé llevar por la primera impresión. Me gustó un árbol de ramas secas, parecido al que amenazaba con entrar por la ventana de Mayte en su cuarto de Medellín. Recordé que a ella le gustaba eso. Decía que uno debía seguir la dirección de esas ramas a punto de morir. Esta vez señalaba hacia un sendero, entre un jardín y otro. Lo recorrí. Era un trecho largo, tapizado con losas de cemento que servían para que en invierno los pies no se hundieran en los charcos de la hierba. Pero había que saltar, uno tras otro, hasta desembocar en un parque donde un grupo de muchachos, con bolsos de libros, esperaban el bus.

Leí el letrero sobre la puerta. Milford University, en caracteres que seguían el ritmo oxidado de la verja. Imaginé que entraba a un viejo cementerio y busqué a alguien para preguntar por Mayte, o mejor por el profesor Lomas. Alguien debía conocerlo.

La cafetería estaba desierta. Apenas había un hombre que se ocupaba de limpiar el refrigerador. Le pregunté que qué había pasado. “Es sábado”, me dijo. “Y por la tarde”, agregué.

–Lo siento, pero debo terminar. Hoy no atendemos.

–Ya lo sé. Es sábado.

–Sí, es sábado. La universidad está cerrada.

–Sólo quiero saber si conoce al profesor Lomas.

–Claro, lo conozco. ¿Qué pasa?

–No, nada. Lo estoy buscando. A él y a su esposa.

–¿Usted es policía?

–¿Parezco policía?

–Nada de eso. Pero nunca se sabe.

–Lo entiendo.

–El profesor Lomas ya no trabaja aquí, pero si quiere saber de él tiene que ir a hablar con el doctor Lapid. Él siempre viene los sábados por la tarde. Lo encuentra en Lincoln Hall. Siga por ese pasillo, pase al edificio del frente y suba, su oficina es en el segundo piso. Allá debe estar.

Le di las gracias como si fuera un indígena. Le dije: gracias, muchas gracias señor. Creo que hasta hice una venia antes de salir a recorrer pasillos fantasmales. Mis Salvadore Ferragamo resonaban en los salones y me hacían pensar que yo iba era hacia la muerte. Tal vez el doctor Lapid... bueno, era demasiado fácil pensarlo pero lo pensé: podría tener cara de lápida, y me miraría a los ojos, profundo y rumano, una mirada de niebla y viejos anticristos.

Me acerqué a su puerta y di dos golpes. Una voz delgada me dijo que entrara. La raya de luz me reveló a un hombre de su misma especie. Era alto y flaco, con el pelo rebelde y de un gris parecido a nada. Si uno pasaba por ahí y lo veía encorvado en su escritorio, podría quedarse con la imagen de un viejo de madera, pegado a ese lugar para siempre.

Entré y me miró. Con un parpadeo salió del libro que leía.

–Doctor Lapid.

–Entre, tranquilo, apenas soy yo, casi nadie.

Sonreí porque él esperaba eso. Pero el hombre, en vez de parecer nadie, era una sombra magnífica en medio de un escenario creado para él. Estaba rodeado de libros viejos, papeles que parecían llevar siglos a su alrededor, viéndolo ahí sentado, convertido en un solo gesto, una respiración casi imperceptible.

–Aquí los verdaderos habitantes son estos libros. Por eso no acostumbro recibir gente en este lugar.

–Perdone que lo interrumpa –le dije, y me alegré de haberlo hecho en otro tono. Me sentí más animado, a pesar de que el hombre no dejaba de ser extraño.

–Qué lo trae por aquí. Disculpe la frase de cajón pero ya estoy en un momento de la vida en que esas cosas me asedian. Antes lograba huir de ellas, ahora no me desamparan.

–No se preocupe. No voy a molestarlo. Sólo quería saber... bueno, alguien allá abajo me dijo que usted podría ayudarme a encontrar al profesor Lomas.

–Lomas. Buen hombre. Siempre ha estado cansado de que le digan eso: buen hombre. ¿Amigos?

–Mayte es mi hermana.

–Mayte, Mayte. Mi esposa Kate siempre habla de ella. Le fascinaban sus historias. Desde que se fueron, los sábados no son lo mismo aquí en Milford. Fue peor que cuando nos dejaron los Siegert.

–¿Se fueron? –pregunté por preguntar. Ni siquiera sabía quiénes eran los Siegert.

–Sí, se fueron –y se quedó mirando hacia el hueco plateado de la ventana.

–¿Y dónde están?

–Claro, era la pregunta que seguía. Si usted no la hace todo podría acabar ahí, en ese instante de escasos treinta segundos.

Estaba medio loco el doctor Lápida, pensé. Me quedé mirándolo y él sonrió. Tenía un humor extraño, creo que sólo él lo entendía.

-Nueva York. Su historia es como la del reverendo Brown. ¿La conoce?

-Ni idea.

-Bueno, tampoco importa mucho. Primero se fue ella, un verano de esos en los que todos nos volvemos locos, y luego él regresó a Milford, recogió sus cosas y un día se apareció aquí para despedirse. Dijo que la casa quedaba en manos de las termitas y de los acreedores. Yo creo que ellas se la llevaron toda. Gracias a Dios.

Hablamos mucho rato, después de todo cómo iba yo a salir corriendo. Estaba demasiado lejos. El hombre me tranquilizó. Dijo que todos ellos estaban bien, por lo que sabía. Además, casi me hace morir de la risa cuando dijo que no me preocupara, que en español lo podía seguir llamando doctor Lápida. Al fin y al cabo, aseguró, pronto sería lo mismo.

Lo acompañé hasta su casa y dijo que podía quedarme. Su esposa llegaría un poco tarde esa noche. Me llevó hasta un cuarto y allí me dejó solo. Dijo que me midiera algo de lo que había en el clóset. Al rato bajé, con unos bluyines que me quedaban un poco grandes y una camisa que el doctor debía tener guardada desde sus primeros días en Milford.

Los dos estaban en la sala. Ella, una mujer menuda y vivaz, se tomaba un trago. Parecían contentos. Yo tenía miedo de que ella dijera: pero si es igual a Mayte. Esperé un momento antes de dar el primer paso en la sala, luego me acerqué, le estreché la mano. Ella no dijo nada de lo que yo pensaba. Mejor se puso a contar de lo tristes que estaban desde que los Lomas se habían ido. Ahí sí dijo: era una pareja encantadora.

Hablamos un buen rato. Ellos de verdad querían a Mayte y estimaban a Frank, lo consideraban un joven serio que tal vez se tomaba muy a pecho su trabajo. Pero era agradable, tranquilo, dijeron los dos. Todos allí pensaban que se había ido tras ella. Aunque nunca se los dijo.

Sólo se fue, dijo que Mayte y Helena estaban bien, cerró, dijo la señora Kate, “esa bonita casa que tenían, y no lo volvimos a ver”.

Yo también me tomé un par de tragos y muy pronto empecé a sentirme un poco achispado. Después de todo, hacía cuatro años que no me llevaba una copa a la boca. Ella volvió a decir que extrañaba los sábados en la casa de los Siegert y me preguntó que si yo también sabía contar historias trágicas de Medellín. Lo intenté pero terminé hablándoles de aviones, haciendo todo lo posible por evadir sus preguntas sobre Sandstone. Les expliqué largamente cómo hacía un aeroplano de sólo un metro de envergadura para permanecer en el aire durante varias horas, mientras mi hermano y yo, en la manga, lo seguíamos como dos niños.

El profesor Lapid permanecía en silencio, con las piernas cruzadas y sin quitarse la corbata. La miraba a ella fascinado, aunque la señora Kate cada vez estaba más prendida. Hubo un momento en que ella se paró a bailar. No había música ni nada, pero los dos se pusieron a dar vueltas por la sala mientras yo los miraba. Al final cayeron sobre el sofá muertos de la risa. Los aplaudí y les dije que se veían muy bien.

Ella conservaba una belleza de colegiala. Llevaba su pelo negro muy corto y bien cortado. Se maquillaba con esmero y su ropa era de una informalidad estudiada con detalle en algún almacén elegante de Boston o Nueva York.

Era hija de un acaudalado comerciante de la calle principal de Milford, la calle Littleton. Toda su vida había transcurrido en ese pueblo, entre los negocios de la familia y las juergas de la universidad, pasando por una corta temporada como porrista del equipo de baloncesto y novia de un joven abogado que quiso llevársela para Boston, donde instalaría su bufet en plena avenida Beacon. Pero en ese momento apareció el doctor Lapid. Venía de Israel, con un libro inédito bajo el brazo acerca del desplazamiento forzado a causa de la guerra. Ella lo escuchó en

una conferencia a la que asistió por pura casualidad, sólo mientras esperaba a su prometido en un pasillo de Emerson Hall, la Facultad de Ciencias Políticas. Lo vio salir y pararse frente al atril. Cojeaba un poco y ya tenía sobre su cabeza esa mata gris que lo hacía ver como un hombre que venía de muy lejos, hablando despacio sobre cosas que eran para ella una aventura en medio de los campos de batalla. Su conferencia había sido muy académica, pero ante la pregunta de un estudiante, él se decidió a contar su propia historia de eterno emigrante. De Rumanía a París, de allí a Praga, con un breve período en España para terminar en Israel. Y en medio de todo, la muerte de todos los que conocía en su barrio y el lento paso por Auschwitz que lo dejó marcado para siempre.

No fue él quien me contó todo esto. Fue ella. El doctor Lapid siguió en silencio, mirando a su mujer como un niño. La señora Lapid se puso a buscar algo en su bolso. Cuando lo encontró lo abrió con los dientes, pasó su lengua por los labios y luego formó dos pequeñas cordilleras de perico en la mesa que tenía a su lado. Nos miró para saber si queríamos, pero los dos negamos con un parpadeo. Ella se echó una raya por cada lado. Respiró fuerte, poniéndose el anular en las puertas de entrada. Pensé en sus fosas, a punto de sangrar por dentro, mientras afuera la nariz parecía tallada por un joyero.

—Usted, en cambio, no quiere contarnos nada de Medellín —dijo ella cuando había dejado de aspirar.

—Lo siento. Créanme que lo he intentado toda esta noche pero no puedo. Es como si hubiera olvidado. No es así, pero parece. Ni siquiera me siento capaz de hablar de Sandstone, aunque los recuerdos estén tan frescos. Puede que algún día, cuando ya no me sienta como huyendo, pueda encontrarlos otra vez y hablarles con cierta serenidad de lo que he vivido, si es que lo he hecho.

—Mayte también decía que muchas veces tenía la sensación de que no había parado de huir.

–Es que tal vez siempre estamos huyendo –dijo el doctor Lapid.

–Bueno –interrumpió ella–. No nos pongamos tan serios. Terminemos este sábado como se merece el hermano de Mayte. Usted debe descansar. Ahí tiene un cuarto, que será suyo por el tiempo que lo desee. No tenemos hijos. Ya sabe. Nos encanta la fantasía.

–Muchas gracias.

–No se preocupe, muy pronto encontrará a su hermana. Nosotros la queremos mucho. Usted irá a Nueva York.

Cuando me retiraba, el doctor Lapid no dejó a un lado su humor extraño y me deseó las buenas noches poniendo el brazo frente a él, como el saludo de los nazis. Los dos se rieron a carcajadas y yo me fui a dormir, con el telón de fondo de sus risas.

No pude pegar el ojo y estuve mucho rato dando vueltas en la cama. Me levanté y salí al pasillo que conectaba con la sala, bajando las escaleras. Desde arriba los vi en el sofá. Eran dos viejos desnudos que se acariciaban con una calma hermosa. Ella tenía todavía un cuerpo espléndido y estaba sobre él, como suspendida, mientras Lapid le decía cosas al oído y ella sonreía, con esa risa que se parecía a la piedra arenisca cuando le da el sol al final de la tarde.

Volví a mi cuarto y me asomé a la ventana. Era una noche tranquila. Algunas estrellas palpitaban en el cielo. Me sentía bien allí. Abajo, en la calle desolada, dos hombres del Servicio Secreto miraban hacia donde yo estaba. Uno de ellos se metió al carro y el otro permaneció en la vereda, con el hombro pegado a un poste. Pero ahí adentro me parecía que nada podía pasarme. Era un buen lugar para llegar. Alguien hacía el amor allá abajo, alguien dormía en la casa del frente, alguien pasaba en su auto, alguien se tomaba un trago en el bar de la calle Littleton. Me dormí con la ventana abierta porque me gustaba ver la cortina inflada por el viento, volando, como el vestido de una muchacha cuando está huyendo.

Capítulo 7

ESTÁ DORMIDA. A UN LADO DE LA CAMA, SENTADO EN UNA SILLA de madera, Frank la mira y pone su mano en la frente sudorosa. A veces ella parpadea y entonces nosotros dos prestamos más atención. Parece que fuera a hablarnos. Pero vuelve a sumergirse en un sueño que nos parece lleno de sombras.

Afuera, en la sala, Helena juega con sus muñecas. Cuando la niña entra al cuarto Frank pone su dedo índice atravesado sobre los labios. Está seguro de que Mayte necesita todo el silencio del mundo para que pueda estar tranquila. Pero yo pienso que ella busca lo contrario. Seguro sueña que está en un salón lleno de gente y ella es el centro de todo. Les habla de cómo había sido su vida y al final, cuando todos salieran al frío de la calle y se metieran a sus carros para seguir oyendo a Frank Sinatra, podrían comentar que ella estaba medio loca.

Eso le encantaba. Mayte. Ahora duerme. Un sueño de pájaro. "Cuando despierte, vamos a regresar a Milford", le oigo decir a Frank. Sobre sus piernas se había sentado Helena. Yo fui a la sala y le entregué la caja de música. Desgarró la bolsa y me miró. Era una caja. Nada más una caja de música perdida en el tiempo.

Mayte parpadeó más seguido y abrió los ojos un instante. Me miró. Eran esos ojos grandes que hicieron a Ricardo volverse loco por las doce cuerdas. Su cara, más alargada que de costumbre, no había perdido esa viva tragedia que lo hacía a uno acercarse para escuchar lo que ella quería decir. A veces no decía nada, pero también así podía verse que algo bullía, sin hacer ruido, por su sangre.

Frank le preguntó si quería algo. Le acercó un vaso de agua a la boca y le mojó los labios. Mayte volvió a hundirse en su sueño de mareas altas.

“Todo este tiempo esperó a que vinieras. Sonaba la puerta, paraba un auto frente al edificio, y ella salía para ver si era su hermano. Fueron tan pocos días. Al principio creímos que se había recuperado. Salió del hospital y se fue derecho para el Ojo Caliente, a encontrarse con sus amigos. A veces iba y la escuchaba. La gente aplaudía cuando anunciaban su nombre. Ella salía al frente y los viejos drogos de la avenida B se acercaban, paraban la oreja y escuchaban sus historias. Siempre era su ciudad. Siempre Medellín. Decía que era una ciudad horrible, decía también que la amaba, que a ella le gustaban las cosas cuando empezaban a andar por un alto muro entre la muerte y la muerte, a un lado y otro, sin más escapatoria. Creo que... No sé Mauricio, nunca pensé que ella tuviera tanta fuerza. Cuando sobrevivió a los rápidos del río, después de haberse roto casi todos los huesos al lanzarse por la hondonada, ella pareció renacer en un estado de gracia. Quería estar sola y todos entendimos eso. Yo me fui a vivir unas casas más allá, junto al parque Tremont. Dejé la universidad, abandoné Milford y todos los libros que tenía los he ido regalando ¿Para qué todo eso? Ahora comprendo quién es ella. Demasiado tarde, ¿cierto?”

Se sentó junto a ella como un indígena. Tenía cruzada al pecho una mochila arhuaca. La volvió a mirar y después, como si quisiera imitarla, también cerró sus ojos. Se veía viejo Frank Lomas. El profesor Lomas como le decía Ray. Estuvo así durante un rato y yo aproveché para ir a la sala, junto a Helena. Seguía jugando con la caja de música. Se miraba al espejo mientras reventaba la cuerda y el viejo gánster moría para siempre.

Desde afuera oí los sollozos de Frank. Helena me sonrió. Al rato él salió para decirle a ella que debía acostarse y se la llevó para el cuarto que estaba al lado de la cocina.

Estuvimos en vela toda la noche, atentos al parpadeo de Mayte. A las tres ella empezó a hacer extraños sonidos con la garganta. No abría los ojos pero era como si tratara de decir algo. Dos horas después tocaron a la puerta, era una mujer que Frank había llamado para que pusiera un poco de orden al apartamento. La sentimos trabajar allá afuera, recogiendo los trastos rotos de la pequeña Helena. Así le decían ellos, la pequeña Helena, como si en realidad no existiera y estuviera más bien en las páginas de un libro de cuentos infantiles.

A las seis Frank se paró y fue a buscar algo. Volvió con un paquete de cartas. “Son de un tal Ray”, dijo.

Miré la letra del pobre Ray. Caracteres redondos, pulidos y sin correcciones. Vi que en varias decía, al final, “saludos de su hermano Mauricio”. Yo nunca le había pedido que escribiera eso. Saludos. Es una tontería eso de los saludos. Me imagino que ahora Ray debe estar saludando la tumba de su adorado bolerista. Puede que ya tenga otro. ¿Pero por qué me enojo? ¿Será que yo...? No, mejor no me hago caso. Estúpido que soy.

A las nueve entró el sol. Se fue la mujer de la limpieza y cuando ella salía llegó el médico a preguntar por Mayte. El doctor González era un hombre sin edad, de barba descuidada y con un traje que lo hacía ver como un mesero del Casa Bella. Llevaba en su mano un maletín de cuero acartonado.

–Al fin el sol, al fin sol en Nueva York –dijo, mientras se quitaba el sombrero de fieltro de hace treinta años. De allí salió un pelo enmarañado.

–Tuvo una mala noche.

–Todos la tuvimos señor Lomas. Todos la tuvimos.

–No crea.

–Tampoco hagamos del clima un problema político. Buenos días muchacho.

–Es Mauricio, el hermano de Mayte –se adelantó a decir Frank.

-Yo vengo de parte del Ojo Caliente. Todos allí quieren volver a verla.

La examinó con cuidado. Estuvo un rato sentado en la cabecera de la cama, con Frank justo al frente. Escuchó su respiración. Hizo un gesto afirmativo.

-Bien. Muy bien. No hay de qué preocuparse. Supongo que suspendió el litio del todo. No es el momento para tomarlo.

-Pero el siquiatra dice que... -repuso Frank.

-No importa lo que él diga, por ahora. Créame profesor. No hay de qué preocuparse. Entienda que en eso consiste la medicina.

No sé lo que quiso decir con eso. Era un hombre de ojos saltones. Parecía jugar con todo lo que hacía y decía. Tuve la impresión de que sólo se trataba de un amigo de Mayte que ella había convertido en personaje de sus cuentos.

El médico se fue y volvimos a quedar solos. Helena todavía dormía cuando Mayte al fin abrió los ojos y alargó la mano, temblorosa, antes de decir con sus labios hundidos que le llevaran el retrato de la niña.

Frank miró hacia los lados. Buscaba en los cuadros de las paredes. Casi todos eran fotos de una mujer que caminaba, a veces desnuda y otras con un raído traje de novia, en medio del desastre de una ciudad. No había ninguno de Helena. Me miró a mí, como para ver si yo podía tenerlo. Busqué en mi billetera, un regalo de la tienda donde había comprado los Ferragamo, y ahí estaba la familia Lomas, unida por un fondo azul de utilería. Ella tenía una blusa de cuello alto y sonreía con generosidad mientras él apenas dejaba asomar la punta de los dientes. Helena, entre los dos, completaba el cuadro de la sagrada familia de Milford.

Se la entregué a él. La miró y luego se la pasó a Mayte. Ella abrió los ojos tanto como pudo. Trató de sostener en alto la fotografía pero al ver que le temblaban las manos Frank volvió a cogerla y la sostuvo frente a su cara hasta que volvió a cerrar sus ojos. Ella era así, una baladista.

Nos quedamos en silencio. Parecía más tranquila. La oímos respirar. Un pequeño tambor sonaba en su pecho.

A las seis de la tarde, cuando ya el puente de Manhattan se clavaba en el corazón de la noche, ella se dejó llevar por la corriente del río. Era la última vez, supongo. Se fue sin decir nada, apenas respirando, más y más lento.

A esa hora debía empezar la tranquila algarabía del Ojo Caliente. No tardaron en llegar los primeros. Llenaron la casa, en un silencio respetuoso que no les impidió tomar litros de café como si fuera agua. También se fumaron sus cajetillas de Lucky.

Seguían allí cuando vinieron de la morgue para llevársela, y uno de ellos abrió la puerta cuando llegaron los dos hombres del Servicio Secreto para preguntar qué estaba pasando en esa casa donde había ido a parar un ex convicto de la logia de los Sandstone.

Al día siguiente nos entregaron las cenizas. Un auto paró frente a la puerta de la casa y de allí se bajó un hombre de traje azul. Tenías gafas oscuras y una prisa que no se molestó en ocultar. “Aquí tiene, la señora Mayte Lomas”, dijo él. Y se fue.

Yo recibí en mis manos a la señora Mayte Lomas. Estaba ahí, encerrada, después de soñar tanto. Se la podía llevar el viento si uno abría la tapa en la acera. Los dos lloremos. Frank y yo. ¿Para qué voy a negarlo? Seguro parecíamos un par de viejas.

—¿Sabes cuál era su último deseo?

—Ni idea.

—Que llevaran sus cenizas a Medellín.

—Pero por qué, si ella odiaba a esa ciudad.

—Así somos todos.

A su funeral asistió en pleno la tropa del Ojo Caliente. Los recuerdo con sus ropas de espanto. Cada uno de ellos siguió con balbuceos las oraciones de la ceremonia.

Los agentes del Servicio debieron descansar cuando al fin partí hacia el aeropuerto. Me acompañaron el señor y la señora Lapid, junto a Frank y Helena.

—Algún día iremos —dijo Frank.

—Claro.

La ciudad estaba envuelta en un sol rabioso. A la ventanilla del avión entraban ramalazos de fuego. Y cuando empecé a bajar del aeropuerto, por la carretera de Las Palmas, ya las luces se encendían en las faldas de las montañas. Iba solo. No quería oír más sollozos. Mi plan era llegar, entregarle a mi mamá las cenizas de Mayte e irme a dormir o a caminar varias horas hasta el centro y después subir por la quebrada arriba para tocar la puerta de la casa de Ricardo. Tal vez nos iríamos a aporrear el cerebro en un zafarrancho de Monterrey. Él no me preguntaría nada, estoy seguro.

La caja de las cenizas amaneció entre dos velas encendidas. El resplandor iluminaba la cara pálida de una virgen. Mi mamá estaba junto a ella, rezando, mientras la casa se empeñaba en recordarme sus sonidos de siempre. El goteo del agua en la cocina, un pájaro despistado en la oscuridad del patio y el crujir de las tablas en el cuarto de mi hermano. Quise ir a ver sus aviones, pero decidí salir a la calle para oler la mañana y caminar lo más lejos que pudiera.

Bajé por San Juan, respirando el aire como en los días del liceo. Ya no estaba el Tropicana y en La Tinaja un grupo de hombres se afanaba en derrumbar ese techo que parecía un circo. Fueron varias horas bajo el sol, hasta atravesar el centro entre la furia de los buses de la avenida Oriental. Allí empecé a sentirme como si caminara sobre carbones encendidos, el humo deformaba la multitud que cruzaba la esquina del Banco Unión. Un pájaro gordo y lleno de agujeros se hundía en el Parque San Antonio. Una muchacha se tomaba un refresco en el kiosco de la lotería, envuelta por las miradas de tres morenos que cantaban vallenatos.

Llegar a la calle de Ricardo era como aterrizar en un mundo perdido. A las dos de la tarde ese mundo estaba desierto. En una casa tenían encendido el radio en un noti-

ciero. Más allá se oía un pedazo de telenovela. Los árboles le hacían sombra a toda esa ausencia.

Frente a la casa encontré a un hombre. Era su tío, dijo. Estaba junto a una moto vieja. En la silla del piloto reposaba una caja de herramientas. Eso me pareció. Era roja. Me extendió la mano. Recuerdo que era de piedra.



AYER FUI CON MI HERMANO A VOLAR UN AVIÓN NUEVO. ERA UN pequeño Cessna del 79. Lo vi a él con su equipo de radio pegado a la cintura, debía sentirse muy bien, poderoso y libre como un piloto, y lo hacía dar vueltas, un loop y otro. Después volteaba a mirarme.

No hubo viento esa tarde. Apenas ayer. ¿Quién creyera? Dos días después de llevarnos a Mayte para el cementerio. Ella quedó en una galería de osarios recién blanqueada. La de Ricardo estaba casi al frente. Se podía sentir el olor de la cal. Los domingos por la noche, cuando se van los mariachis de las tumbas, y por la tarde, cuando dejan al fin los nichos de los pistoleros, en medio de los muertos, entre los mausoleos en ruinas de los magnates de las fábricas de telas y los poetas laureados por el alcalde, podrán oír apenas un murmullo, un eco de tumbadoras que se confundirá con el viento para enviar señales a la tribu que habita en El Volador.

El tío de Ricardo puso la lápida. Yo le ayudé sosteniéndole la escalera. Y después salimos los dos por la puerta del cementerio. Él se hundió en la moto por la calle del norte, hacia las Camelias, mientras yo me iba a pie por la calle que conduce hacia el hospital, sin norte, como dicen. “Me voy a tomar un guaro para este verano”, dijo él antes de darle una patada a la palanca del motor.

A la entrada de la policlínica había una ambulancia y dos policías se abanicaban bajo la sombra de un car-

bonero. Un muchacho iba y venía con un balde de agua para limpiar la sangre que manchaba la acera.

También me puse a pensar en mi prima de Manizales. No la vi en el funeral de Mayte. ¿Quién sabe? Siempre que veo televisión me acuerdo de ella. Sobre todo a las seis.

Mientras tanto seguí caminando. Cerca del puente de Barranquilla, en la esquina de la universidad, vi a un hombre que llevaba a su niño de la mano. Estaba tan borracho que ni se sostenía en pie. Se detuvo en medio del gentío que cogía los buses del noroccidente. Los de Castilla y todo eso. Dobló las rodillas y arqueó la espalda. Se durmió. Parecía un poste a punto de venirse al suelo. El niño se quedó allí, sin saber qué hacer, aferrado a su mano.

Eso fue el lunes y ayer lo del vuelo en la manga de Sabaneta. Pero hoy recordé algo que Ricardo me dijo una vez en el patio del liceo, cuando hacíamos la fila para el café con pan de las diez de la mañana. Dijo que me fijara bien en las doce cuerdas. Si alguna vez las tocaba, aseguró, me iba a quedar ahí, atrapado en su oscuridad antigua, en su timidez, en las ganas de morir antes de subir al cerro. Era como caminar desnudo por un bosque de niebla.